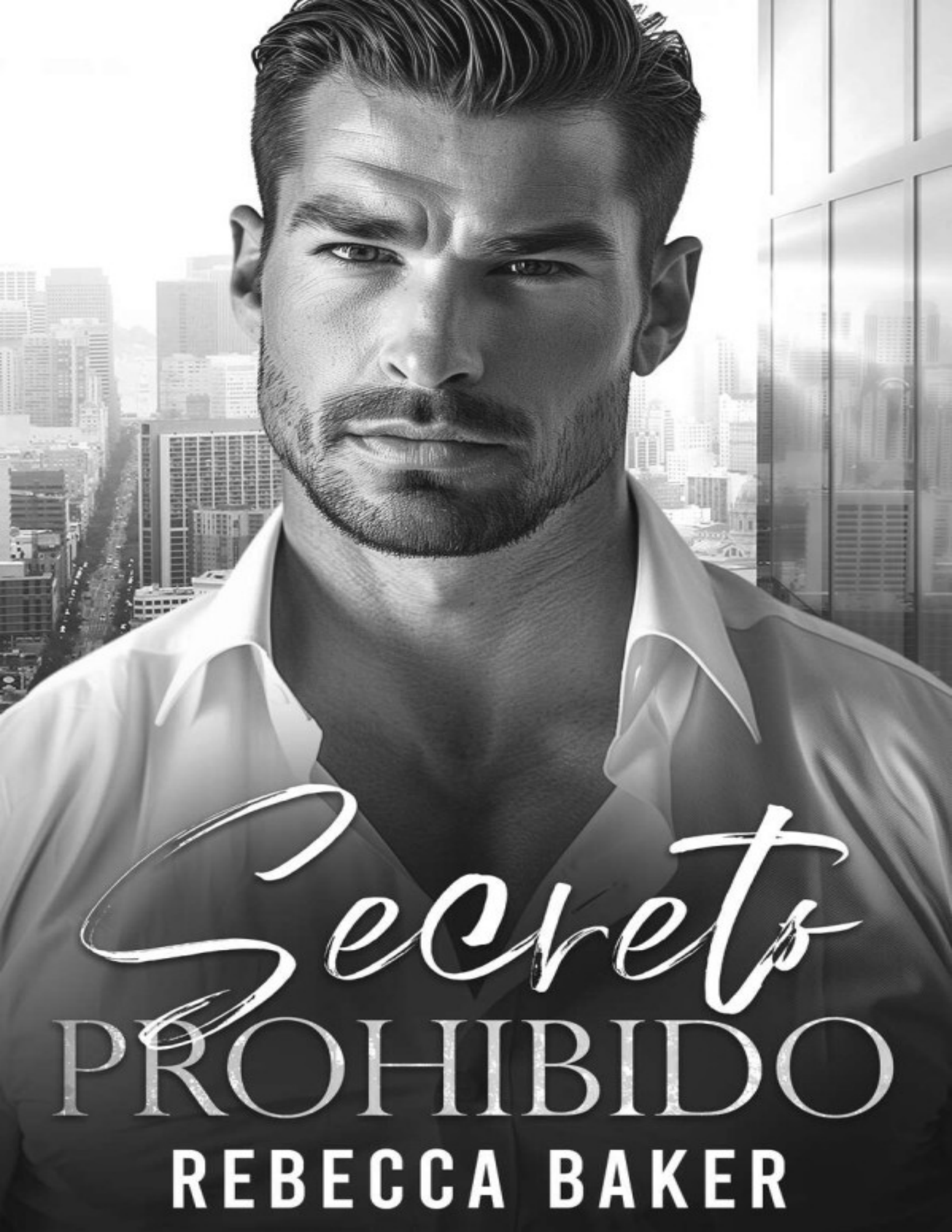
Secreto
PROHIBIDO
REBECCA BAKER

Secreto Prohibido

Rebecca Baker

Índice

Descripción
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15

Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Epílogo

Descripción

—Tienes el sabor de la tentación —murmuró el multimillonario justo antes de devorarnos.
Tras aquella noche, se esfumó. Dejándome sola y embarazada.
Ahora, un año más tarde, pretende quedarse con mi tienda.
Pero ignora un pequeño detalle: en casa, aguardándome, está su hijo.

Debido a un malentendido, la florista Beth entrega un arreglo floral carísimo en la mansión del multimillonario Alex Rodgers para un evento que este celebra.
Él no quiere su encargo, pero sí la quiere a ella.
Primero discuten, de ahí surge un intenso flirteo y, tras el evento, los dos acaban en la cama.

A la mañana siguiente, como era de esperar, se esfuma. ¡Típico!

Un año después, Beth no solo es madre de un niño, sino que también se reencuentra con Alex. Él es quien quiere quitarle la tienda para construir en su lugar una de sus impersonales

franquicias de comida rápida. Al mismo tiempo, le hace proposiciones muy claras a Beth y le ofrece un trato más que dudoso para conseguir su objetivo.

¿Qué debe hacer Beth ahora? En realidad, lo único que desea es un padre para su pequeño. ¿Pero qué dirá Alex cuando se entere?

Capítulo 1

Beth

¡Te deseo!

Me quedo mirando las dos palabras que me muestra el móvil en la pantalla de bloqueo y abro la aplicación de mensajería porque creo que habrá más. Pero no es así. Solo esas dos palabras. Estoy a punto de responder algo cuando aparece: *Chris está escribiendo...* Poco después, aparece más texto:

Quiero tu cuerpo debajo del mío.¡Quiero que te corras y grites mi nombre!

Suspiro, lanzo el móvil con fastidio sobre la mesa que tengo delante y me resisto al impulso de escribirle a Chris lo que pienso de sus mensajes. Chris es mi ex. Ni siquiera uno especial. La cosa terminó hace más de un año y duró... ¿cuánto fue? Creo que lo he olvidado. ¿Llegamos siquiera a las seis semanas? En cualquier caso, fue el mayor error de mi vida y me pregunto por qué me escribe Chris. Probablemente esté borracho como una cuba y buscando un polvo. Quizá también haya sido un mensaje enviado a *Todos los contactos*.

Sería muy propio de él. Porque, por lo que averigüé después, Chris me puso los cuernos con unas diez mujeres durante nuestra corta relación. O quizás su ego simplemente no puede soportar que yo me largara en su día.

Mi móvil aterriza junto al arreglo floral a medio terminar que tengo delante, rodeado de todo tipo de hojas, ramas y varias flores que aún tengo que incorporar antes de poder entregar el pedido.

Inspiro hondo y percibo el olor de las plantas y las flores que me rodean en la trastienda de mi pequeña floristería aquí en Queens. Normalmente, esta conexión consciente con mi pasión, que convertí en mi profesión por necesidad porque con mi título universitario en Literatura Comparada las oportunidades en el mercado laboral no eran precisamente halagüeñas, me tranquiliza. Hacerme cargo de la floristería fue un golpe de suerte. Siempre había echado una mano durante la universidad.

La anciana señorita Taylor, la anterior dueña de la tienda, me dijo en su día que tenía buena mano para la floristería y siempre bromeaba diciendo que debería haberme dedicado a algo así. Ella me enseñó todo, y cuando, meses después de terminar la universidad, me comunicó que tenía párkinson y ya no podía usar las manos, me ofreció quedarse con la tienda. Todo estaba arreglado con el arrendador del local y yo solo tenía que asumir el contrato existente. Le di vueltas durante un par de semanas, pero después de más negativas de trabajo y su oferta de pagarme incluso el inventario a plazos, finalmente acepté. Hoy no puedo imaginar un lugar de trabajo más maravilloso. El aroma de las flores tiene un efecto maravillosamente calmante en mí, al menos...

Veo que has leído el mensaje.¿Y sabes lo que me hace eso?

Ya he tenido suficiente. Miro a un lado, asqueada, pues debajo de esa pregunta le sigue una foto de su propia polla.

—Chris —exclamo, molesta, y siento cómo una ira acumulada se apodera de mí. En aquel entonces, yo no había sido más que su *juguete sexual*. De hecho, me llamó así en alguna que otra ocasión. Como si a una mujer le gustara oír algo semejante.

¡Te recompensaré generosamente por tus servicios!

¡Increíble! Justo cuando piensas que Chris ha tocado fondo, se supera a sí mismo. ¿Por qué no habré bloqueado su número hace tiempo? Ya no lo sé, pero sí sé que debería haberlo hecho mucho antes. Pero no puedo dejar pasar toda esta historia así como así.

¡Que te jodan, gilipollas!

Es todo lo que le respondo antes de bloquear su número y borrar el contacto de mi agenda. Aunque me ha sentado bien desahogarme de esa manera, noto lo mucho que me altera este descaro monumental y dejo el móvil a un lado con brusquedad, de modo que cae al suelo.

¿De verdad cree que algo así funciona? ¿De verdad piensa que puede simplemente ofrecerle dinero a cualquier mujer de su agenda a cambio de que se acueste con él? ¿Funciona de verdad una cosa así?

No me lo puedo imaginar, y vuelvo a centrarme en terminar el arreglo floral que tengo delante, sin preocuparme por mi móvil. Un vistazo al reloj me dice que ya voy muy tarde y que me queda poco tiempo para la recogida.

Es sábado por la noche; en realidad, la tienda ya ha cerrado hace rato, pero como me registré como tienda en una floristería en línea debido a la caída de los ingresos, me asignaron este encargo. Un llamado pedido prémium prioritario de clase AAA.

Antes ni siquiera sabía que existía algo así y lo había tomado por una broma. ¿Quién se gasta 15 400 dólares en un arreglo floral?

Para ser más exactos: 400 dólares por el arreglo, que me pagará el repartidor directamente por PayPal tras la entrega puntual, y que él a su vez recibirá del cliente en la puerta de su casa. Probablemente él lo suba a 450 dólares para ganar algo también. Así funciona el negocio con el vendedor en línea. Él se embolsa la comisión tranquilamente y yo tengo que conformarme con 50 dólares después de descontar todos los costes de material.

Los otros 15 000 dólares son para el pan de oro que todavía tengo que incorporar. Gracias a Dios, eso se pagó por adelantado y mi amiga Veronica se ofreció a recogerlo del joyero local. Vuelvo a mirar el reloj. Espero que llegue a tiempo. Con el tráfico de la ciudad, cualquier cosa es posible.

Me sorprendo preguntándome si este ramo de flores no es más que una especie de oferta «te compro, ahora acuéstate conmigo» que un hombre con demasiado dinero le hace a una mujer de su elección.

Quizás él y Chris no son tan diferentes. Quizás ya son los mejores amigos, o quizás todos los hombres son así. Aunque sé que no es el caso, lo que sí sé es que no he dejado que ningún hombre se me acerque desde lo de Chris.

Vale, también he estado muy liada con la búsqueda de trabajo y el traspaso de la tienda, la caída de las ventas y...

—¡Beth! ¡Aquí estoy! ¡Lo tengo! —Veronica entra en la tienda por la puerta principal. Es la única, aparte de mí, que tiene llave de la tienda. No confiaría en nadie más. Nos conocemos desde el colegio, hemos pasado por las buenas y por las malas. En el sentido más literal de la palabra. Porque de los trece a los quince años, era demasiado baja para mi peso. Siempre era la última en ser elegida en gimnasia y tuve que aguantar comentarios bastante crueles. Pero no de Veronica. Ella no estaba gorda en aquel entonces, siempre ha tenido el tipo perfecto, pero aun así me apoyó. Me ayudaba a estudiar e íbamos juntas a las primeras fiestas. Era una amiga de verdad y siempre les decía a los demás que se callaran la boca cuando yo no tenía el valor para hacerlo. Incluso cuando más tarde alcancé un peso normal, nada de eso cambió.

Supongo que es gracias al destino que acabamos en la misma universidad y no nos perdimos de vista. Al igual que yo, después de acabar Derecho, tuvo dificultades para encontrar trabajo en Nueva York y ahora se las apaña con trabajos de camarera. O me ayuda a mí, como en este caso con el pan de oro, que ahora me tiende un poco sin aliento.

—Gracias, Veronica. Qué haría yo sin ti.

—Bah, no es para tanto —dice, todavía jadeando y con las manos en las caderas. Debió de correr los últimos metros. Porque sabe lo crítico que es el tiempo con el negocio de la plataforma en línea. Cada minuto que haga esperar al repartidor me resta dinero del precio.

—Claro que sí. Sin ti estaría perdida. Termino esto y, cuando entregue el ramo, te invito a cenar, ¿vale? —le propongo.

—Ahora primero termina tus flores y... —Su mirada cae sobre mi móvil en el suelo—. Oye, se te ha debido de caer esto —se agacha y

lo recoge—. Y también hay un sobre debajo de la mesa.

Deja ambas cosas sobre la mesa. Su mirada se detiene al ver el dispositivo, cuya pantalla se ha activado, probablemente porque ha pulsado uno de los botones sin querer. Me mira en silencio.

Dirijo mi mirada a la pantalla y entonces también veo el mensaje de un número desconocido.

Me encanta cuando te portas mal. Tu Chris

Por lo visto, Chris tiene otro número de móvil. Gimo y le cuento a Veronica los mensajes de antes.

—Qué gilipollas —gime Veronica y golpea la mesa con el puño, tan fuerte que el sobre que había recogido antes y que estaba justo en el borde, vuelve a caer al suelo.

—Oh, perdona —dice, agachándose y recogiéndolo de nuevo.

—Grupo ARS —lee en el sobre.

—Grupo Culo le iría mejor —digo yo, lo que nos hace reír a las dos por el chiste fácil. Luego me pongo seria de nuevo—. Puedes tirarlo a la papelera que tengo detrás. Quieren mi tienda. Al parecer el casero no vende. Me ofrecen a intervalos regulares una cantidad cada vez mayor para que desaloje el local.

—Cualquiera diría que todo el mundo piensa que con dinero se puede comprar todo —se lamenta Veronica, sacudiendo la cabeza con incredulidad—. Ni se te ocurra ceder, Beth.

—No lo haré —digo, intentando sonar segura mientras coloco con cuidado los adornos de pan de oro. Cuando termino, voy al ordenador para, como último paso antes de finalizar, ver el texto que debo escribir en la tarjeta de felicitación del ramo con caligrafía artística.

—Mira esto —le digo a Veronica y leo en voz alta—. «Tu néctar sabe como el oro de este ramo. ¡Quiero probarte!».

—El mundo se ha vuelto tan depravado, cariño —se ríe Veronica.

—Pero ¿alguien se cree esto? ¿Soy una anticuada si simplemente espero encontrar al hombre adecuado algún día? —pregunto mientras escribo las palabras en la tarjeta.

—No lo sé —dice Veronica—. Tampoco es que últimamente haya tenido un montón de citas prometedoras. —Luego se encoge de hombros—. ¿Y tú?

—Ni una sola —murmuro, sintiendo cómo un vacío se extiende dentro de mí y lo mucho que anhelo una cercanía real. No esta pseudocercanía que se supone que transmite este ramo, que probablemente no es más que un medio para un fin.

Entonces veo que, en la parte superior derecha de la pantalla, en la página del proveedor en línea, junto al símbolo de la campana, luce un 1 en rojo. ¿Otro pedido? En realidad, el dinero no me vendría mal, pero ha sido una semana larga, estoy bastante cansada y quería invitar a Veronica a cenar y...

Pero es aún peor, porque allí pone:

El repartidor para el pedido prémium prioritario de clase AAA se ha dado de baja de la plataforma. No hemos conseguido un sustituto a corto plazo. Según los términos y condiciones de la plataforma, debe entregar el ramo usted misma y exigirle su dinero al cliente. Dirección de entrega: ...

Saludos cordiales

—Mierda —murmuro.

—¿Qué pasa? —pregunta Veronica. Señalo el mensaje en la pantalla.

—Pues ¡en marcha! —responde Veronica—. Tu coche está en el aparcamiento subterráneo, ¿verdad?

Asiento. El coche me lo dejó mi padre poco antes de morir. Sé que en realidad no me lo puedo permitir, porque la plaza de garaje cuesta una fortuna y en Nueva York, en el fondo, no se necesita coche. Pero no he podido desprenderme de él, aunque no sea nada del otro mundo.

—¿Dónde está la maldita llave? —murmuro después de buscar en el bolsillo de mi pantalón, en el bolso y en las estanterías sobre el ordenador.

—¿Me ayudas a buscar, Veronica? —pido, un poco desesperada, mientras miro el reloj y sé que la cosa va a estar muy justa. La dirección está en una de las mejores zonas de la ciudad; desde aquí necesito al menos media hora, y eso si tengo mucha suerte. Y la entrega es en cuarenta minutos. Va a ser justo. Muy justo.

Maldigo el portal en línea y me prometo a mí misma hacer lo mismo que el repartidor. Darme de baja sin más y centrarme en los clientes

normales. Por otro lado, gran parte de mis ingresos proviene precisamente de este tipo de pedidos y...

—Oye, aquí hay más cartas del Grupo ARS. Pero ninguna llave.

—Puedes tirarlas. Se me habrá olvidado —respondo, mirando brevemente a Veronica, que busca la llave con verdadero ahínco, y siento una punzada de profunda gratitud antes de seguir buscando yo también.

Después de dos largos minutos, que se restan del tiempo de entrega, tengo una última idea. ¿Quizás en el buzón? ¿Me la habré dejado puesta?

Suelto un suspiro de alivio, porque efectivamente, allí está. Y todas las demás llaves están también en el llavero. ¡Por fin! Del buzón asoma un sobre. Esta vez no es una carta del Grupo ARS, sino del casero. Un mal presentimiento me invade, pero aun así dejo el sobre a un lado, corro hacia Veronica, agito la llave y veo también su alivio.

—¡Venga, en marcha! —dice ella, mientras yo cojo el arreglo floral con la mano libre y Veronica me sujeta la tarjeta de felicitación.

******

—Ya casi está —murmuro, mirando nerviosamente el reloj, luego el ramo de flores a mi lado en el asiento vacío del copiloto, y de nuevo el tráfico. Veronica quería acompañarme, pero le dije que ya había hecho suficiente por mí y, además, tenía que cubrir un turno de noche por una compañera que había fallado, así que simplemente pospusimos mi invitación a cenar para mañana.

El tráfico ha ido mejor de lo esperado y, de hecho, podría llegar justo a tiempo sin que me descuenten nada de mi importe. Entretanto, el barrio ha cambiado. No puedo estar muy lejos, porque a derecha e izquierda solo se ven elegantes mansiones con enormes jardines delanteros y pesadas puertas de hierro. Aquí y allá, incluso con casetas de portero. Creo que nunca he estado en esta zona. Probablemente el alquiler de una de esas casetas de portero ya cueste más de lo que sacaría por la venta de mi coche.

A 300 metros ha llegado a su destino, canturrea la voz del navegador.

Me miro en el espejo. Mi pelo rizado y encrespado vuelve a estar disparado en todas direcciones.

¡Fregona! ¡Gorda fregona!, oigo en mi cabeza las voces de mis compañeras de clase de entonces. Odio mi pelo por estar tan alborotado, como si fuera una especie de sensor de estrés, para que mi entorno pueda ver lo mejor posible cuál es mi estado de ánimo. En realidad, me encantaría volver a peinármelo, todo lo que se puede con el pelo rizado. Veronica siempre dice que queda mono y ya ha oído a hombres decir que les gusta mi peinado. Yo creo que solo quería ser amable.

Sea como sea, no hay tiempo para peinarse y no estoy aquí para conocer a nadie. Solo soy la repartidora de un ramo de flores para un *playboy* rico al que le gusta el néctar. Aparco en la calle, me aseguro de nuevo de estar en la dirección correcta, me bajo y contemplo la mansión, cuyas puertas de hierro están abiertas y cuya caseta de portero está vacía. Un taxi viene hacia mí, pero aparte del conductor no hay nadie dentro. Probablemente ha dejado a alguien. ¿Quizás a la dama para la que es el ramo? El jardín delantero está decorado con guirnaldas. Delante de la entrada, que está a casi cien metros, hay aparcados varios coches caros: Bentley, Porsche, Jaguar.

Esas son solo las marcas que conozco. De la casa sale música a todo volumen.

Al parecer, aquí hay una fiesta y el arreglo de pan de oro ¿es quizás un regalo? Pero entonces, ¿a qué viene la tarjeta?

Sacudiendo la cabeza, sigo caminando, miro el reloj y me digo a mí misma que no voy a resolver este misterio y que no me importa. Solo estoy aquí para conseguir los 400 dólares y luego largarme.

—¿Quién es usted? —oigo una voz áspera que me hace sobresaltar cuando estoy a dos pasos de la gran escalinata de la puerta de entrada. Miro a un lado y descubro a un tipo fornido, de aspecto fiero y nariz de boxeador. La pequeña placa con la palabra «Seguridad» en su solapa no habría sido necesaria. Se le ve a tres metros de distancia, siempre que no se esconda entre los arbustos.

—Servicio de entrega —digo y le muestro las flores.

—Eso lo puede decir cualquiera —gruñe él, poco impresionado.

—Aquí está el pedido de... —miro la hoja impresa con la dirección, que afortunadamente tengo a mano—. Alex Rodgers —leo—. Es aquí, ¿verdad?

—El señor Rodgers vive aquí. Pero no se ha dicho nada de un pedido ni de flores —espeta el de seguridad, cuyo trabajo debe de ser parecer antipático e intimidante. Normalmente, eso funciona conmigo y soy la primera en dar media vuelta en un club si hay un hombre así en la puerta. Pero en este caso, tengo un ramo de flores de 400 dólares y no pienso hacer un negocio ruinoso.

—Solo soy una humilde florista y me gustaría que me pagaran por el ramo. Aquí está el pedido que he recibido —le tiendo la hoja impresa —. ¿Podría, por favor, preguntarle a su jefe? No pido más —digo, esbozando la sonrisa más amable que puedo.

—Mmm —gruñe el de seguridad, y luego saca un *walkie-talkie* sin quitarme el papel de la mano. Al parecer no tiene interés en comprobar el pedido—. Dilara. Hay una entrega para el señor Rodgers. Flores con purpurina.

—Es pan de oro —murmuro, pero él me indica con un gesto brusco de la mano que no quiere saber nada.

Se oye un crujido en la línea. Luego suena una voz que parece ser femenina. ¿Quizás la destinataria del ramo? ¿Por qué le llama a ella y no a ese tal señor Rodgers?

—Despáchala —oigo una voz desde el otro lado del *walkie-talkie*.

—Por favor, no puedo...

—Ya la ha oído —me interrumpe el de seguridad.

—Por favor, pregunte de nuevo. Por favor —le suplico.

—La mujer es bastante insistente. ¿Quizás el señor Rodgers pidió las flores? —pregunta él, y su mirada se suaviza un poco. ¿Quizás simplemente ha visto que se me encrespa aún más el pelo? ¿Acaso este sensor de estrés va a servir de algo por una vez?

No hay respuesta. El de seguridad se encoge de hombros. Casi me da pena, porque seguro que él también solo tiene sus órdenes que cumplir. Entonces se abre la puerta. Aparece una mujer rubia con un

vestido ajustado y un escote muy profundo. No sé quién es, pero una cosa está clara: no es el señor Rodgers.

Miro el reloj y veo que la entrega ya lleva un minuto de retraso. Diez dólares menos. Y lo decisivo es el momento en que el señor Rodgers o quien sea confirme digitalmente la entrega en la aplicación de mi móvil.

—¿Es otra de esas bromas? —pregunta la mujer, cruzando los brazos sobre el pecho y sonando tan malhumorada como el de seguridad antes.

—¿Qué bromas? —pregunto, sin saber a qué se refiere. Pero en realidad la respuesta me da igual. Lo que definitivamente no es una broma es que cada minuto que pasa se me escapa el dinero de las manos—. Mire, estas flores se pidieron por internet. Solo quiero entregarlas y recibir el importe que me corresponde por ellas...

—Soy la asistente personal del señor Rodgers y sabría si ha encargado flores —espeta, interrumpiéndome—. De ninguna manera voy a aceptar esta entrega para él.

—Mire —digo, y suspiro—. No sé qué está pasando aquí. Pero cada minuto que me retraso en la entrega, pierdo dinero, solo soy...

—No le he preguntado la historia de su vida —dice la asistente, en cuyo pequeño y dorado pin de la solapa pone *Dilara* y debajo, en cursiva, *AP del Sr. Rodgers*.

—¿No puede preguntarle a su jefe? Quizás las flores son para una amante, una aventura, no lo sé. Pero yo...

—Basta. Abandone la propiedad —dice Dilara y señala la entrada—. O tendré que...

—¡Tu néctar sabe como el oro de este ramo. Quiero probarte! —leo de la tarjeta, y esta vez soy yo la que la interrumpe. La ira crece en mí. Ira hacia este *playboy* rico que se esconde detrás de una asistente personal con unas tetas enormes a la que seguro se folla a menudo y...

—Espera, Dilara. Ya voy —resuena una voz desde el *walkie-talkie* que ella sostiene en la mano.

—Lo ha conseguido. El señor Rodgers lo ha oído todo. Viene y seguro que le dirá lo que piensa de usted y de su tarjeta barata —espeta Dilara, levantando el *walkie-talkie*—. Esta noche tiene cosas mejores que hacer que tratar con simples trabajadoras —añade con desaprobación.

Si este señor Rodgers es tan engreído como su asistente, me va a oír. Incluso si me toca asumir los costes del pedido. No voy a dejar que me humillen así, aunque todo en mí me grite que me vaya y esté a punto de romper a llorar. ¿Cómo puede ser tan mala esta mujer?

Poco después, un hombre aparece junto a esta Dilara. También lleva una placa con su nombre que lo identifica como Alex Rodgers. Al principio, no puedo apartar la mirada de él. No sé por qué, pero tengo la sensación de que se me ha quedado la boca abierta y de que me dan sofocos y escalofríos al mismo tiempo.

Contrólate, Beth. ¡Piensa en lo que pone en la tarjeta! ¡Es un playboy! ¡Un ligón!

—Así que usted es el hombre al que le gusta el néctar —le digo, entregándole el ramo. Siento que me tiemblan las manos y espero que no se me note.

—Guapa. Insistente y además descarada —dice él, sonriéndome. Sus palabras suenan como una promesa aterciopelada que despierta algo en mí que mejor hubiera seguido dormido. ¿Qué me pasa? Es el típico *playboy*. ¿Y yo estoy delante de él con las piernas temblando?

—¿Cómo puedo ayudarla, señorita...?

—Peterson —grazno, preguntándome a dónde se ha ido mi voz.

—Encantado, señorita Peterson —dice él, se acerca a mí y me da un besamanos que hace que mis rodillas flaqueen aún más.

—Señor Rodgers, debo recordarle que dentro hay gente importante esperándole y... —interrumpe Dilara el momento.

—Pues ve con ellos y entretenlos —dice el señor Rodgers, haciendo un gesto con la mano sin siquiera dignarse a mirarla.

—Yo me ocuparé de este asunto —dice, y sus ojos azul hielo me atraviesan. Siento un cosquilleo en la nuca que aparto apresuradamente.

—Bueno, señorita Peterson. Puede llamarme Alex. ¿Qué la trae por aquí y quién escribió ese texto tan cursi en la tarjeta? —su voz suena de repente seria, su mirada sigue siendo penetrante, pero de una manera peligrosa.

¿Dónde me he metido?

Capítulo 2

Alex

Poco antes

—Llega tarde, jefe —me saluda mi asistente personal, Dilara, mientras me abre la puerta principal y me ofrece su generoso escote.

—Lo sé. El helicóptero no estaba listo para despegar, otra vez. Siempre le pasa algo a ese trasto. ¿Para qué lo tengo todavía? —Fastidiado, hago un gesto con la mano y me pillo una vez más mirando su escote durante demasiado tiempo y preguntándome por qué no me he acostado ya con ella, como con la mayoría de sus predecesoras.

A la mierda. Ahora mismo no estoy de humor para pensar en eso, porque en realidad quería hacer una entrada espectacular en este evento. Al fin y al cabo, esta es mi mansión y yo soy el anfitrión.

Y ahora entro arrastrándome por la puerta principal y nadie, excepto mi asistente y el de seguridad que estaba en la puerta y me ha saludado con un silencioso asentimiento, se percata en lo más mínimo.

—Le pongo la placa con su nombre, señor —dice Dilara, posando su mano izquierda en mi pecho y enredando con la otra para prenderme la placa dorada en la solapa.

—Como si lo necesitara —mascullo, pero la dejo hacer y echo un vistazo a mi alrededor.

Para lo que veo, solo hay una palabra: ¡aburrido!

¿A quién se le ocurrió que la gente rica quiere malgastar su tiempo en galas benéficas? ¿Es que toda esta gente no tiene amigos?

Todo lo que veo es un montón de hombres barrigones, medio calvos y con las canas que les quedan, acompañados de sus mujeres, la mayoría bastante más jóvenes, de las cuales seguro que más de la mitad se han aumentado el pecho gracias al cirujano plástico local.

Al fondo, una pequeña banda toca música aburrida junto a un bufé aburrido del que se sirven los invitados.

Quizás esta gente tenga tan pocas ganas de estar aquí como yo. Sé que esta mierda es indispensable para cuidar la imagen de mi empresa. Así que estrecharé unas cuantas manos influyentes por aquí y por allá, sonreiré amablemente y haré algunos cumplidos para poder abrir unas cuantas sucursales más de mi cadena de comida rápida en Nueva York, que ahora mismo es lo más de lo más en la ciudad y pronto lo será en toda la costa este. Y cuando haya terminado con eso, entonces...

—Vaya, vaya —murmuro en voz baja cuando mi mirada se posa en un grupo de mujeres cuyos vestidos parecen aún más ceñidos a sus esbeltos cuerpos que el de Dilara.

Quizás sean las mujeres de esos hombres que acaban de retirarse a la habitación de al lado con un puro y un brandy. O son mujeres solteras y mi asistente las ha invitado porque conoce mi reputación y sabe lo que quiero. Pero, en realidad, me da igual el motivo: no me interesan.

Lo que sí me interesa, sin embargo, es esa mirada de «fóllame» de la pequeña del pelo rojo intenso. Nuestras miradas se cruzan, echa su melena hacia atrás por encima del hombro, me sonríe y me sorprendo pensando en cuándo fue la última vez que me acosté con una pelirroja.

Casi tengo que sonreír al recordar que fue apenas el fin de semana pasado. Y si lo pienso bien, se parece bastante a la chica que ahora se acerca a mí. ¿Quizás su hermana gemela? Eso sería bastante loco. Le echo un vistazo a la pequeña placa con el nombre en la solapa de la pelirroja. Me suena haber oído ese nombre antes, pero no caigo.

Entonces la pequeña se planta delante de mí, todavía sonriendo. Está más que claro lo que quiere. Me parece casi demasiado fácil y me pregunto si también se dejará azotar el culo, como la de la semana pasada, a la que se parece tanto y...

—¡Ay!

Eso ha sido rápido. Debo admitir que no vi venir su manita y, la verdad, me arde un poco la mejilla por su bofetada.

—Por lo de la semana pasada —espeta, se da la vuelta y regresa con sus amigas, que ríen por lo bajo.

—Menuda zorra —murmuro para mis adentros, frotándome la mejilla distraídamente y mirando a mi alrededor. ¿Por qué no me ha avisado Dilara? ¿Dónde se ha metido?

Entonces la veo estrechar la mano de algunos hombres que, por supuesto, también se fijan principalmente en su escote, y vuelvo a darme cuenta de por qué la contraté.

¿Quizás lo ha hecho a propósito para desviar la atención de mí? Aunque no la creo tan lista. Sin embargo, el grupo de hombres que la rodea no se ha enterado de nada del incidente con la pelirroja.

Pero, por supuesto, no ha pasado completamente desapercibido. Por aquí y por allá, me cruzo con algunas miradas furtivas de los invitados y, sobre todo, las miradas de las acompañantes femeninas se detienen en mí más tiempo de lo habitual. O bien porque también les gustaría acostarse conmigo, o porque me consideran un playboy simplón. Por lo general, es lo primero.

De todas formas, su opinión me importa un bledo. Lo que sí me importa es el permiso de construcción y la licencia para mis nuevas sucursales, y si su marido resulta ser un pez gordo del ayuntamiento, entonces esa dama, por supuesto, recibirá todo mi encanto.

Entonces Dilara se acerca a mí, con un iPad en la mano.

—Los señores de allí estaban bastante impresionados con su plan de expansión —dice—. Pero ¿será suficiente para la próxima reunión, cuando el subsecretario se entere de que se ha follado a su

asistente? —No sé muy bien a dónde quiere llegar—. La pelirroja a la que le gusta repartir bofetadas —dice, y señala con la cabeza al grupo de mujeres.

—No me ha dicho nada de eso —replico, intentando sonar inocente, pero no puedo evitar una sonrisa.

—Para usted todo es un juego, ¿verdad? —dice Dilara, malhumorada.

—Y eso te gusta, ¿a que sí? —sonrío, pongo mi mano en su cadera y la atraigo hacia mí. Nuestras miradas se encuentran y sé que podría ser mía si quisiera. Pero ahora no.

—¿Tiene el análisis de nuestras cifras de negocio? —le pregunto, y me divierte su mirada desconcertada. Probablemente se esperaba cualquier cosa menos esta pregunta de negocios.

—Por supuesto —dice, retrocede un paso y parece que le cuesta un momento recuperar la compostura. Luego cambia de aplicación en el iPad. En él se ven unas cuantas columnas de números que podrían resultar confusas para un extraño. Sin embargo, es un análisis detallado de mi negocio y también incluye una comparativa con la cadena de comida rápida que mi antiguo amigo Jake fundó hace poco más de un año, después de dejarme y llevarse a algunos empleados consigo.

O mejor dicho: después de traicionarme como un Judas, copiar mi negocio y convertirse en un cabrón rastrero.

Y todo eso a pesar de que yo quería hacerlo mi socio.

Intento no volver a obsesionarme con el asunto, pero lo que veo aquí no me gusta nada. El negocio de Jake está creciendo más rápido que el mío. El beneficio por sucursal parece mayor. Aparentemente, sus locales están situados en lugares con más afluencia.

—¿Todo bien, señor? —pregunta Dilara, que, por supuesto, ni entiende las cifras ni conoce mi pasado con Jake. Para eso no lleva el tiempo suficiente conmigo.

—Acompañe a esa señorita por la salida trasera —le digo a Dilara, señalando con la cabeza hacia el grupo—. Y extiéndale un cheque generoso. Que se compre zapatos, que se opere las tetas... o lo que sea. Aunque no, las tetas, creo, estaban bastante bien.

—Pero, señor, no puedo... —balbucea.

—Sí que puede —la interrumpo—. Usted se encarga de mi basura. Para eso está. ¿Ya se le ha olvidado? —Hago una breve pausa y espero su asentimiento. Luego continúo—: Ahora voy a hablar un momento con el concejal, a hacerle un par de cumplidos a su mujer, porque ese es el único motivo de este evento. Si me fijo en el resto de los invitados, no son más que unos pseudoinfluencers engreídos que no he visto en mi vida.

—Entendido —dice Dilara obedientemente y se da la vuelta.

******

—Si necesita cualquier cosa, no dude en llamar —dice amablemente el concejal. Luego me despido, le doy un beso en la mano a su mujer, que suelta una risita encantada, como si volviera a tener veinticinco años, lo que en realidad corresponde más bien a la mitad

de su edad. Pero al concejal parece que le gusta y yo he conseguido lo que quería. Ahora solo queda poner fin al evento pronto, sin que...

—Señor, aquí hay alguien más que quiere hablar con usted —dice mi asistente cuando he dejado atrás al concejal y a su mujer—. Dice que conoce una inversión interesante y...

—Ya no hay interés por hoy —digo, y hago un gesto de desdén.

—Pero... —empieza Dilara, pero es interrumpida por una voz metálica que sale de su walkie-talkie.

—Dilara. Hay una entrega para el señor Rodgers. Flores con purpurina.

—Es el de seguridad que está fuera, en la puerta. Le di un walkie-talkie para que no llame al timbre si vuelve a haber una de esas bromas.

—Bien pensado —la secundo y, por una vez, lo digo en serio. Porque últimamente se acumulan los sucesos extraños en mi puerta. En el último evento de este tipo, el de seguridad entró la friolera de cinco veces porque había repartidores en la puerta. Unas veces con pizza, otras con sushi, y luego juguetes eróticos.

Todo empezó cuando rociaron la cámara con pintura, de modo que ya no se podía ver quién estaba en la puerta. Hasta que una empresa se encargó de limpiar esa extraña laca especial, hubo todo tipo de gamberradas. La mayoría de las veces simplemente no había nadie en la puerta, a veces alguien había dejado un saco de basura, otras una bolsa con caca de perro.

Las típicas cosas que hacen los niños. Pero todos los vecinos a los que se preguntó no tenían hijos y juraron su inocencia. ¿O era una de las muchas mujeres con las que había pasado una noche? La pelirroja me había dado una bofetada, ¿quizás había otra mujer vengativa por ahí? Lo de los servicios de reparto, al menos, apuntaba a un adulto. Pero ¿por qué demonios flores?

—¿Ha pedido usted flores? —me pregunta Dilara.

—Por Dios, no —digo, molesto.

—Que se vaya —espeta Dilara al walkie-talkie, me asiente con la cabeza y damos el asunto por zanjado.

—La mujer es bastante insistente. ¿Quizás el señor Rodgers sí que ha pedido flores? —oímos decir al de seguridad por el walkie-talkie unos instantes después.

—Yo me encargo —dice mi asistente, pone los ojos en blanco, busca en su bolso y me entrega otro walkie-talkie—. Por si hay algún problema —me explica y me deja plantado.

Resisto el impulso de ir tras ella. Algo en la frase del hombre de seguridad ha despertado mi interés. ¿Porque ha descrito a una mujer insistente? Me acerco al interfono, activo la cámara, que vuelve a funcionar, para ver si es la pelirroja la que está en la puerta. ¿Quizás quiere disculparse?

Vale, eso ya es un poco descabellado. Pero es mejor observar la situación desde aquí. Fuera del alcance de sus manos abofeteadoras.

Cuando la imagen de la cámara se enfoca, me detengo un momento. No es la pelirroja. Lo que veo en su lugar es una mujer

menuda de rizos negros, con un vestido sencillo pero de algún modo elegante, que sostiene un ramo de flores en la mano.

No puedo describirlo, pero tiene algo. ¿Acaso estoy viendo sus hoyuelos mientras habla con Dilara? Casi he activado el interfono, pero este transmite las palabras por todos los altavoces del salón. Eso podría no jugar precisamente a mi favor. Así que me decido por el walkie-talkie que tengo en la mano.

—Suficiente. Abandone la propiedad —dice Dilara y señala la entrada —. O tendré que...

—Tu néctar sabe como el oro del ramo. ¡Quiero probarte! —empieza la mujer. No entiendo lo que dice, pero el sonido de su voz desata algo en mí. Escucho el sinsentido como hipnotizado. Entonces me doy cuenta de que está leyendo la tarjeta del ramo.

Oh, Dios. Solo es una florista. Pero vaya florista. Se puede ver esa ira sincera en su mirada. Ese fuego. Estoy verdaderamente cautivado por esta mujer. Viene de otro mundo...

—Espera, Dilara. Ya voy —me oigo decir al walkie-talkie y me dirijo hacia la puerta.

******

Cuando abro la puerta y veo a esa repartidora con ese vestido delante de mí, nuestras miradas se cruzan. Cielo santo, es aún más guapa que a través de la cámara 4K del interfono. Intento recuperar la compostura y siento cómo una sensación de calor ascendente se acumula en la boca de mi estómago y sube lentamente.

—Así que usted es el hombre al que le gusta el néctar —dice la mujer de mal humor y me tiende el ramo de flores.

—Guapa. Persistente y además, insolente —digo, y sonrío al ver el ligero temblor de sus manos. Un poco insegura, un poco rebelde. Justo como me gusta.

—¿Cómo puedo ayudarla, señorita...?

—Peterson —carraspea, como si de repente hubiera perdido la voz.

—Encantado, señorita Peterson —susurro, me acerco a ella y le doy un beso en la mano. La observo por el rabillo del ojo y siento literalmente cómo el beso surte el efecto deseado.

—Señor Rodgers, debo recordarle que dentro hay gente importante esperándole y... —interrumpe Dilara el momento.

—Pues ve con ellos y dales largas —digo. Sé que es un farol evidente. Ahora mismo no hay nada más importante que esta misteriosa mujer de pelo negro y rizado.

—Yo me ocuparé de este asunto —digo, mirándola y preguntándome si ella también siente lo que yo estoy sintiendo. Hay algo entre nosotros. ¿Es esto lo que la gente quiere decir cuando dice que hay química? No lo sé. Pero lo que sí sé es que la quiero. Pero antes de eso, quiero averiguar por qué ha venido.

—Así que, señorita Peterson. Puede llamarme Alex. ¿Qué la trae por aquí y quién ha escrito ese texto ridículo en la tarjeta? —pregunto, intentando fijar mi mirada en la suya.

—Ha sido usted —dice la señorita Peterson.

—Puedes tutearme. Soy Alex —repito, queriendo dejarle claro que puedo ser su amigo. Si ella quiere.

—Vale, has sido tú. Y ahora me gustaría recibir mis cuatrocientos dólares y luego puede... Puedes regalar las flores y beber el néctar de tu elegida —dice y me tiende las flores.

—¿También tienes un nombre de pila, descarada señorita Peterson? —pregunto, poniendo todo el encanto que puedo en mi voz.

—Beth —su voz no es más que un susurro.

—Bueno, Beth. No he pedido nada. Lo siento, pero no tengo intención de pagar el ramo y... ¿eso es pan de oro? —pregunto al darme cuenta de la cosa brillante que hay dentro.

—Así es. Según el pedido que no quieres pagar —espeta Beth y siento cómo esa energía, ese calor que emana de ella, literalmente me contagia. La mayoría de los repartidores se rinden. Esta mujer es diferente. Y eso me gusta. Ella me gusta.

—Escucha, Beth. Alguien me está gastando bromas últimamente. Tocar al timbre y salir corriendo, pedir comida y ahora hasta flores. ¿Entiendes? —pregunto, ladeando la cabeza.

—Lo único que entiendo es que un pijo rico me está estafando cuatrocientos dólares —replica Beth, se da la vuelta y se dispone a marcharse.

—Oye, espera un momento —digo, le pongo el brazo en el hombro e intento que se dé la vuelta. Con el contacto, mil relámpagos recorren mis dedos y por un instante es como si viera estrellitas ante los ojos.

—¿Qué haces? Yo... —dice Beth, se gira y antes de que pueda reaccionar, me empuja con todas sus fuerzas hacia atrás, de modo que tropiezo y caigo de culo en un pequeño charco de mi entrada.

—Perdona, no quería... —dice Beth y se lleva horrorizada la mano a la boca.

—No pasa nada, no debería haber intentado darte la vuelta —digo con un gesto de la mano y me giro para ver el desastre en todo su esplendor.

—¡Oh, Dios! Lo siento mucho —dice Beth y empieza a sacudirme la suciedad con las manos.

—¿Me estás azotando el culo después de haberme empujado? —pregunto y no puedo evitar sonreír divertido mientras la observo.

—Per... Perdona. No quería, yo... debería irme. Yo...

—¿Crees que te vas a escapar así como así? —pregunto, apenas reconociendo el timbre de mi propia voz y sintiendo cómo mi corazón late como un loco. Esta mujer es tan diferente a todas las que he conocido.

Entonces saco el fajo de billetes de cien dólares del bolsillo, cuento cuatro billetes y se los tiendo. —Te pago el ramo si me crees cuando te digo que no lo he pedido y que tampoco he encargado esa tarjeta ridícula.

—No, no tienes por qué. La limpieza de los pantalones seguro que cuesta más. De verdad que debería... —dice, ignorando mi mano extendida.

—Deberías coger el dinero y como compensación... —hago una pausa—, entrar conmigo y tomar una copa. Deja que yo me preocupe por los pantalones.

Durante unos segundos no dice nada, solo me mira fijamente. Creo que está debatiéndose y quizás tan abrumada por todo el asunto como yo. Entonces asiente y me coge el dinero.

—Una copa —dice.

—No quiero nada más —digo sonriendo y me alegro como un adolescente de que venga conmigo.

******

—Así que quieres decir que preparaste tú misma el ramo y el repartidor te dejó plantada —pregunto de nuevo, pidiéndole que me cuente la historia otra vez.

—Exactamente así fue —dice Beth y toma un sorbo de su ya segundo caipiriña, cuyo pedido se ha sentido como una pequeña victoria para mí. El ramo está a nuestro lado, en la barra. Es realmente bonito, si es que puedo juzgarlo, porque no tengo buen ojo para las flores y no sé cuándo fue la última vez que regalé unas.

—Qué feliz coincidencia —susurro y me propongo meter una marcha más al ver que algunos invitados más, incluido el concejal, se están despidiendo.

—¿Quieres bailar? —le pregunto, extendiendo la mano mientras la banda empieza a tocar una canción un poco más lenta.

—La verdad es que debería irme. Quiero decir, yo...

—Un baile —digo, acercándole un poco más la mano y esperando a que la coja.

—¿Con los pantalones mojados? ¿De verdad no quieres ir a cambiarte? —pregunta y pone su mano en la mía. De nuevo esa sensación de que su calor se filtra por todo mi cuerpo, como si nos fusionáramos.

—Exacto. Ya has dicho cuatro veces que deberías irte y si vuelvo con pantalones nuevos, seguro que ya no estarás. No quiero arriesgarme —susurro mientras empezamos a movernos al compás.

—Vaya con el conquistador —dice, dándome un golpecito en el pecho y riendo.

—Ay —digo de forma exagerada y me llevo la mano al pecho—. Primero empujas, luego golpeas. ¿Te van esas cosas? —pregunto.

En cuanto la frase sale de mi boca, nos miramos largamente en silencio. Sé que ha sido bastante torpe. Normalmente no me pasa algo así. ¿Por qué con ella me estoy comportando como un colegial que parece haber olvidado las reglas básicas del flirteo?

—¿Normalmente funcionan esos piropos? —pregunta, me pisa a propósito y sonríe.

—La verdad es que nunca —digo y sonrío también.

—Qué suerte que el repartidor se echara atrás —susurro y le acaricio la mejilla con la mano.

Nuestras miradas se encuentran. Alguien se despide de mí dándome una palmada en el hombro, pero ni me doy cuenta. Solo tengo ojos

para Beth. Para su pelo. Para sus hoyuelos y esos maravillosos ojos. Y esos labios...

Me acerco lentamente a su cara, como si quisiera esperar a ver si me vuelve a apartar de un empujón.

Pero esa fase ya la hemos superado. Lo sé cuando mi nariz está casi frente a la suya y veo cómo cierra los ojos. Unos milímetros más y entonces nuestros labios se tocan y de repente sé que eso es exactamente lo que he querido hacer desde que la vi por primera vez a través del interfono.

Capítulo 3

Beth

¡*PUM!*

La puerta golpea contra la pared y entramos tambaleándonos, besándonos con desenfreno, en la habitación de la planta de arriba de su mansión.

—Estás preciosa, Beth. Tan llena de fuego —me susurra Alex al oído, me mordisquea el lóbulo de la oreja y, probablemente por culpa de lo que han debido de ser en total cuatro caipiriñas, se me escapa un gemido mientras me aprieta contra la pared y desliza la mano justo por los sitios adecuados de mi vestido.

Sé que probablemente mañana me arrepentiré, pero el alcohol, en este caso, ha sido como un amigo que me anima y me susurra: *Vamos. También tienes derecho a pasártelo bien.*

Al primer intento de beso durante nuestro primer baile aún he logrado resistirme. Ya tenía los ojos cerrados y esperaba el beso

cuando la voz en mi cabeza gritó *ALTO*, me solté a toda prisa y quise emprender el camino a casa.

Pero Alex no cedió. De nuevo nos plantamos ante su puerta principal. Esta vez no se veía al Security-Mann. Ya había terminado su turno.

—No puedes dejarme unas bragas mojadas y largarte, Beth —dijo Alex y me dio su todavía mojado trasero.

—Eres imposible. Un auténtico crío y... —no pude evitarlo; tuve que reírme con él, porque tenía delante a un multimillonario que estaba haciendo el ridículo por mí.

—Y tú eres... —dijo, se puso de repente serio y se acercó mucho. Demasiado. Aspiré su olor, esa embriagadora mezcla de cereza y cuero que ya me había llamado la atención la primera vez—. Simplemente increíble.

Sus labios volvieron a dirigirse a los míos. Lo dejé hacer. No: lo quería. Lo quería más que nada en el mundo. Ni idea de por qué me había dejado convencer tan rápido. Quizá porque aquí fuera no había nadie más que nosotros. En el fondo no tenía que impresionar a nadie, no tenía que montar ningún espectáculo, y aun así parecía desearme.

¡PUM!

El nuevo estruendo interrumpe mis pensamientos y veo que, con la mano, ha tirado un marco de fotos de la cómoda junto a mí, me agarra por debajo del culo, me sienta justo en el borde, me separa un poco las piernas y se planta delante de mí.

Y está muy cerca de mí. Tan cerca que siento su polla dura, vuelvo a aspirar el aire con fuerza y repaso de nuevo cómo hemos llegado hasta aquí. Aquí, a su dormitorio: tras el beso, me ha llevado de la mano a la casa, le ha susurrado algo al oído a su asistenta y luego me ha conducido escaleras arriba. Una vez allí... ¿cómo decirlo?... ¿se tomó lo que quería?

Sin más me ha empujado contra la pared, me ha sujetado las muñecas, me ha mirado largo rato y luego ha empezado a besarme. Cada vez más salvaje. Y con cada roce de nuestros labios, con cada baile de nuestras lenguas, supe que eso era también lo que yo quería.

—Beth, tienes un culo precioso —me susurra al oído, va besando hacia abajo por el cuello y empuja con suavidad el tirante de mi vestido por el hombro.

—Tú también —digo, lo acerco aún más a mí e intento no volverme completamente loca con su polla dura, y le doy una palmada en su culo mojado—. Y tan mojadito.

Podría pensarse que somos dos adolescentes inmaduros, porque ambos nos reímos por mi comentario más que burdo. Quizá sea el alcohol, quizá mi forma de disimular la inseguridad, porque nunca he hecho algo como esto.

—Pues fuera entonces —ríe Alex aún y empieza a desnudarse sin el menor pudor ante mí. Primero la camisa, luego el pantalón junto con los zapatos y los calcetines y, por último, sus calzoncillos retro, bajo los que se marcaba un bulto evidente.

Y entonces se planta ante mí. Desnudo. Tal y como vino al mundo. Y con este cuerpo, Dios se esmeró de lo lindo. Absolutamente todo en

él es celestial. La tableta, los pectorales definidos, los bíceps, la polla dura, en la que, lo admito, me detengo mirando más tiempo.

—Estoy aquí, Beth —dice Alex, sonríe y me levanta la cara con un dedo para volver a besarme. Solo después de unos segundos y como si tuviera todo el tiempo del mundo, se separa de mí y empieza a quitarme el vestido por la cabeza.

—Preciosa —murmura mientras me contempla con detalle y luego se pone a trastear con el sujetador, que cae en seguida—. Tan bonita —susurra de nuevo, y con un dedo índice recorre lentamente desde el cuello, entre mis pechos, sobre el ombligo, hasta llegar al borde de mis bragas, por encima de las cuales presiona con suavidad—. Tan mojada —añade aún más bajo, mordiéndose el labio.

—Ven —dice, me empuja por las nalgas hacia delante y me lleva así, en volandas, a través de la habitación hasta su enorme cama. Mientras tanto, la punta de su polla presiona suavemente contra mi perineo. Jadeo y tengo de verdad la sensación de que acabo de correrme un poquito. ¿Puede ser? ¿Todavía con la ropa interior puesta?

—Enseguida —dice con cariño y me besa con suavidad, como si lo nuestro fuera lo más normal del mundo.

Al llegar a la cama, me deposita con cuidado, me quita las bragas, me aparta las piernas, se tumba entre ellas y se pone sin más a lamerme.

Y es... —Dios mío —grito, mientras relámpagos eléctricos chisporrotean ante mis ojos, alargo la mano hacia un cojín detrás de mí e intento entender qué está pasando aquí ahora mismo.

Su lengua está caliente, es maravillosa, y me acaricia justo en los puntos adecuados. Luego añade un par de dedos que desliza en mí lentamente.

—Alex... esto... tú... —gimo—. Es increíble.

—Increíble eres tú —susurra Alex, y se aparta de mí justo antes de que tema que todo empiece a girar a mi alrededor y tenga que gritar a pleno pulmón. Luego va besándome lentamente hacia arriba. Por el monte de Venus, el vientre, mis pechos, que además acaricia con cariño con las manos.

Dios mío, este hombre sabe exactamente lo que tiene que hacer. Se siente como si volara, como si...

Entonces vuelve a besarme; tiene un leve regusto a mí, pero el aroma a cereza y cuero es más intenso. Los besos vuelven a intensificarse y siento que estoy tan cerca del orgasmo como nunca, como si fuera a arder por dentro en cualquier momento.

Luego se aparta de mí, me mira muy hondo a los ojos y lleva una mano abajo.

Sé lo que viene ahora.

Entonces introduce despacio su polla gruesa y larga en mí sin apartar la mirada de mis ojos.

—Mmmm —me muerdo el labio para no gritar. Porque es una delicia.

Entra con suavidad tan hondo como nadie antes. Luego comienza a moverse. Es sencillamente celestial y yo me muevo a su compás, le

agarro ese culo tan bien formado con las manos para empujarlo, en lo posible, aún más dentro de mí.

Cuando entonces su lengua juega con mis pezones, no puedo evitarlo: grito y esta vez me da igual si nos oye alguno de sus posibles invitados que aún queden o su asistenta. Porque nunca había sentido algo así.

—Oh, Alex... —gimo al notar que de algún modo ha conseguido llevar también un dedo a mi clítoris. Embiste cada vez más fuerte, me frota el clítoris con los dedos, juega con mis pechos y me besa. Es una locura.

La ola de calor me arrolla. Me retuerzo bajo él, grito mi placer y tiemblo durante varios segundos, como si me recorriesen descargas eléctricas y no orgasmos múltiples. También Alex gime alto y siento cómo se corre hondo dentro de mí.

—¿Qué demonios ha sido eso? —pregunto, cuando se rueda a un lado, se tumba jadeando y sudando a mi lado, me paso la mano por el pelo y solo ahora caigo en la cuenta de lo empapada en sudor que estoy.

—Ha sido el comienzo de una noche maravillosa —dice Alex, sonríe y me da un beso amistoso al pasarme el brazo por encima.

—¿Quieres beber algo antes de seguir? —pregunta, y alarga la mano hacia una pequeña nevera justo al lado de la cama y me tiende una botella de agua.

—Quiero —respondo. Y me pregunto si habrá notado lo ambiguo de mi respuesta. Porque, sobre todo, quiero que sigamos. Ha sido tan increíble.

***

Parpadeo y me froto los ojos soñolienta. Por un instante no sé dónde estoy, pero enseguida todo vuelve de golpe a mi memoria.

Alex. El sexo y todo lo que vino después. Después de la primera ronda nos hemos duchado juntos y allí lo hemos vuelto a hacer. Después he querido enseñarle, sí o sí, lo que es una mamada y él lo ha disfrutado de forma bien audible. Me ha confesado que su postura favorita es a cuatro patas y me ha azotado el culo primero suave y luego más fuerte, y aún ahora me escuece un poco.

La vergüenza vuelve, junto con el dolor de cabeza, que supongo que debo a las caipiriñas. Un mechón negro y rizado me cae sobre la cara y sé exactamente cómo debo de estar ahora mismo; me doy la vuelta despacio para comprobar si Alex sigue dormido antes de escabullirme en silencio al baño de al lado y...

... para mi sorpresa, descubro que estoy sola en la cama. ¿Quizá Alex esté en el baño? Me levanto, me envuelvo en una manta, voy de puntillas hacia el baño y veo que allí tampoco hay nadie.

¿Quizá esté ocupándose del desayuno para nosotros? Pero mientras lo pienso, me asaltan dudas: que alguien al que pertenece una casa así, que organiza fiestas como la de anoche y que paga sin más un ramo de 400 dólares que no ha encargado, vaya a preparar el desayuno... Y no es solo eso: ¿tal vez se ha dado simplemente una noche loca conmigo, se ha esfumado y espera a que me vaya?

Intento domar mi pelo encrespado con los utensilios que hay aquí, por ejemplo más de cinco cepillos aún en su envoltorio de plástico. Quizá sea mejor que no me vea el pelo —ni a mí— así, me digo, mientras desprecinto y uso el cepillo nuevo. ¿Por qué tiene un

hombre tantos cepillos en el baño? Pero conozco la respuesta y no me gusta.

Aparentemente ha comprado hasta artículos de baño de reserva para sus conquistas, para que se refresquen después de habérselas tirado. Me siento tan tonta. Tan tonta y...

—¿Hola? —oigo una voz desde la habitación. Una voz femenina.

—¿Sí? —pregunto y asomo con cuidado la cabeza por la puerta del dormitorio. Allí está su asistenta y tiene un aspecto como mínimo tan malhumorado como anoche. El vestido, esta mañana, parece un poco más recatado, pero el escote sigue siendo generoso.

—Ah, ahí está. Debo acompañarla fuera —dice, y parece la mar de cómoda en su papel.

—Alex, no habrá... —pregunto, y noto cómo me arden las mejillas y una oleada de vergüenza me recorre porque no puedo creer lo que está pasando.

—¿Esos son sus vestidos? —me interrumpe la asistenta y levanta mi vestido del suelo junto a la cómoda—. ¿Sus bragas... no están aquí?

—¿Podría dejarme a solas, por favor? ¿Por qué es usted tan... brusca? —pregunto con tono horrorizado.

—¿Cómo estaría usted si le pidieran, nada más empezar la jornada, sacar la basura por la mañana?

Me quedo inmóvil, porque al principio no entiendo a qué se refiere. ¿Qué basura? Pero entonces caigo. Yo soy la basura. El desecho. El último resto de la fiesta de ayer.

—¿Podría dejarme sola mientras me visto, por favor? —ruego, luchando por no llorar.

—No, espero aquí. Demasiadas antes que usted han hecho locuras en estos momentos.

Asiento, con el labio inferior temblando, le arrebato rápido el vestido de la mano, cuidando de que no se me caiga la manta. Luego veo junto a la cama mis bragas de ayer y corro con ellas al baño.

—Deprisa, por favor —me grita.

—Vale —respondo, intentando mantener la voz firme. Me tiemblan las manos mientras me pongo las bragas. Cuando termino, me trago el nudo de la garganta, me enderezo, salgo hacia ella y me propongo hacer la pregunta clave:

—¿Ha dicho Alex que me echara? —pregunto.

—¿Qué cree usted? —bufa con desprecio—. ¿Piensa que uno de los hombres más ricos de Nueva York necesita a una florista para más de una noche? —Luego se ríe.

—Usted no está a su altura. Alex normalmente se folla esto —dice, pasándose las manos por los pechos—. Esto es todo lo que necesita. Y de vez en cuando un poco de gente del montón. Le manda recuerdos y le da las gracias por la noche tan maja.

Ya basta. Sin decir una palabra, paso a su lado a toda prisa, me seco las lágrimas de desesperación mientras bajo las escaleras y me siento tan utilizada y miserable como nunca en mi vida.

¿En qué clase de hombre he ido a caer? Debe de tener dos caras y yo, tonta de mí, he caído rendida ante un seductor. Abajo, por el rabillo del ojo, veo a dos empleados que están recogiendo los restos de la fiesta de ayer. Detrás de ellos hay un gran cubo de basura, del que asoma mi ramo entregado de 15.400 dólares.

Así es exactamente como me siento. Usada y tirada.

Ya no me vuelvo cuando corro hacia mi coche. Por suerte encuentro la llave a la primera esta vez. Solo cuando he dejado atrás la zona de mansiones me dejo llevar por el llanto y llamo a Veronica para contárselo todo.

—Menudo capullo, Beth. No te merece, cielo —dice ella.

—¿Cómo he podido ser tan tonta, Vero? —sollozo.

—No eres tonta, cielo. Eres adulta. Si el sexo ha estado bien, no te avergüences. Cuando estábamos en el instituto siempre me preguntabas por qué los chicos eran tan crueles. Ya te dije entonces que también lo son si estás delgada. ¿Sabes ahora a qué me refería?

—Entonces, ¿adelgazar no ha servido de nada, quieres decir? —pregunto y me sueno.

—No, no me refiero a eso. Perdona si me he liado al decirlo. En realidad solo quiero decir que eres preciosa y que a los hombres les gustas. Pero aun así algunos de ellos son auténticos capullos, y da igual que una sea bajita y gorda o alta y delgada.

—Puede que tengas razón —digo.

—¿Cuándo llegas, cielo? Vamos a tomar un café, me lo cuentas todo y ya verás que en una semana el mundo te parecerá distinto. No volverás a tener que pensar en ese Alex. Yo me encargo.

—Gracias —susurro, me seco las lágrimas de la cara y me alegro de tener una amiga tan buena. Tiene razón. No ha sido agradable, pero él no merece que esté triste por más tiempo. Debería olvidarlo sin más.

Capítulo 4

Alex

Un año después

—Señor, he dispuesto que le entreguen su traje de la tintorería directamente en su casa —me informa Eric, mi asistente personal, mientras asoma la cabeza por la puerta—. Ya sabe, ¿para la gala benéfica de mañana en su casa? —añade, al parecer tras haber visto la expresión de incomprensión en mi rostro.

—Genial, Eric. Eso sería todo por ahora —replico, a lo que Eric asiente, cierra la puerta tras de sí y me deja solo en mi despacho.

Por un momento, mis ojos se quedan fijos en la puerta y me pregunto por qué no se me ocurrió antes contratar a un asistente masculino. Muchos menos problemas. Antes cambiaba de asistenta como de camisa. ¿Y por qué? Porque me gustaba seducirlas, pero después todo se complicaba en la oficina. Ni una sola mujer era capaz de entender que solo era por placer. Siempre pensaban que me había enamorado de ellas o algo por el estilo.

Pero luego estaba esa otra mujer: Beth.

Mañana hará un año exacto y quizá sea por ella por lo que este año no me estoy ocupando en absoluto de los preparativos de la gala benéfica y se lo dejo todo a mi asistente. Confío en Eric; lleva ya casi un año conmigo. No es la primera gala benéfica que organiza para mí y sabe lo mucho que me aburren este tipo de eventos.

Lo que más me fastidia es el hecho de que, un año después, sigo pensando en Beth. Y hasta recuerdo su nombre. Normalmente, los nombres son lo primero que olvido, seguido poco después por la cara. ¿Pero con ella? No sé a qué se debe, pero parece que de alguna extraña manera se ha instalado en alguna región de mi cerebro.

Aun así, el sexo fue... agradable.

Aunque, ¿es *agradable* la palabra correcta para una mujer que tiene orgasmos múltiples bajo mi cuerpo gracias a mis caricias y cuya visión me hace correrme a mí también y que, aún hoy, me provoca una erección detrás de mi escritorio solo de pensarlo?

Maldita sea, de verdad que necesito follar. Ha pasado demasiado tiempo. Puede que suene raro, pero me parece que me he vuelto exigente. No es que tenga nada en contra de los rollos de una noche. Al contrario. Pero el sexo suele parecer más bien corriente... nada especial. Casi como si aquella chica de las flores hubiera establecido una especie de *referencia*. Una especie de vara con la que mido todo lo demás.

La palabra no encaja aquí, pero se me acaba de ocurrir porque tengo delante, en el monitor, un análisis de *benchmarking* que me ha enviado un jefe de departamento y que llevaba mucho tiempo esperando.

—Menuda chorrada —me digo a mí mismo intentando desechar esos pensamientos confusos—. Eso es agua pasada. Como siga así, mañana me pasaré todo el día pensando en ella. Y eso no debería ocurrir.

Al menos, el análisis de *benchmarking* ofrece una pequeña distracción, aunque de un tipo inesperado. Resulta que uno de mis jefes de departamento me ha preparado las cifras trimestrales y se ha pasado tres pueblos con las animaciones de PowerPoint. En la próxima reunión le recordaré que no me interesan las imágenes que vuelan ni los destellos en las diapositivas. ¿Por qué alguna gente sigue pensando que eso está de moda?

Las cifras no son malas, que conste. Al contrario. Los beneficios son magníficos. Pero como suelo decir: la tendencia... es a la baja. Y eso me fastidia enormemente. Sobre todo por la columna añadida al final de la diapositiva. Un *benchmark* con la empresa de Jake, que en el último año se ha convertido sin duda en mi mayor competidor y me ha arrebatado más de una vez alguna ubicación lucrativa para una sucursal y también a varios empleados competentes.

Y eso es algo que no soporto en absoluto. No solo porque aprendió de mí el oficio. También las conversaciones con él se vuelven cada vez más insolentes. Parece que se cree el puto amo del planeta.

Por otro lado, ha llegado a mis oídos que mi exasistenta Dilara también lo saca de quicio. Seguro que ya se la ha follado desde que empezó a trabajar directamente con él tras su despido. Yo, en cualquier caso, sigo alegrándome de no haberla tocado nunca, aunque en su momento jugué con la idea más de una vez. Pero Beth, la chica de las flores, lo cambió todo.

Admito que al principio me molestó bastante que Dilara empezara a trabajar con Jake. Pero, por lo visto, ha conseguido espantar a varios

socios comerciales importantes con su carácter antipático. Quizá sin ella Jake tendría aún más éxito, y estoy convencido de que solo la mantiene porque ella le frota la polla entre sus enormes tetas durante sus horas extra nocturnas y... no, es demasiado asqueroso, ni siquiera quiero imaginármelo.

Y de nuevo mis pensamientos se desvían. A aquella noche de hace un año, o mejor dicho, a la mañana siguiente, cuando Dilara apareció de repente junto a mi cama, zarandeándome, y al principio no sabía ni qué estaba pasando.

Vi a Beth a mi lado, todavía profundamente dormida. El sol ni siquiera había salido y recordé lo que habíamos estado haciendo toda la noche. Joder. Solo de pensarlo se me está poniendo dura otra vez.

El caso es que Dilara me había hablado de una emergencia, que debía prepararme e ir a la oficina. Me pregunto una y otra vez por qué no le pregunté con más detalle qué tipo de emergencia podía ser, porque, al fin y al cabo, trabajamos en el sector de la alimentación. Mi empresa tiene numerosas sucursales por todo el país, ofrecemos las mejores hamburguesas y muchas otras comidas que a los americanos les encantan. ¿Qué emergencia podría justificar una escapada a la oficina de madrugada, y además en domingo?

Resultó que, una vez más, se trataba de mi helicóptero. No había recibido permiso para aterrizar después de que un equipo de mecánicos finalmente lograra ponerlo en el aire. Por falta de combustible, había aterrizado —mira tú por dónde— en el tejado de la torre de Jake en la calle 42, recién adquirida por él. Por supuesto, él estaba fuera de sí, despotricando por teléfono y queriendo darle bombo y platillo al asunto para montar un circo mediático con el

titular: *El batacazo de Rodgers. Jake's Burger's ayuda en lo que puede.*

En realidad, una nimiedad, pero sabía cómo piensan los clientes. En las semanas siguientes, preferirían el local de Jake. Simplemente por un titular y un par de fotos. Así que zanjé el asunto y le exigí a Jake un favor que aún me debía. Al menos a ese tipo le quedaba un mínimo de decencia. Con eso, el tema quedó cerrado. Pero Jake dijo que ahora ya nada le impediría robarme empleados y locales, porque estábamos en paz.

En aquel momento lo consideré una tontería, pero ha sido fiel a su amenaza y eso me fastidia tanto como el hecho de que no habría tenido que salir de casa para aclarar ese incidente. Podría haber hecho la llamada al borde de la cama y después, con Beth...

En cualquier caso, ella ya no estaba cuando volví. Dilara me dijo que había salido de casa como una furia. Que había intentado detenerla, pero que a Beth no parecía interesarle. Dilara me preguntó si podía consolarme, se bajó la cremallera del vestido y de repente estaba completamente desnuda delante de mí. En medio de mi vestíbulo, casi restregándome sus tetas de silicona por la cara.

Pero yo no quise. Estaba irritado porque Beth podría pensar que no quería volver a verla solo porque mi asistenta me había despertado por una tontería y ahora, encima, quería que me la follara. Fue demasiado para mí. La despedí en el acto, le dije que se fuera al diablo. Y eso hizo: ahora trabaja para Jake.

RING, RING, RING

El teléfono me saca de mis pensamientos.

—Es Troy, señor —me anuncia mi asistente.

—Pásemelo —digo.

—Troy, viejo amigo. ¿Cómo va todo? Cuánto tiempo. ¿Estás de caza otra vez? —le pregunto a mi colega del instituto, con el que en su día recorrí prácticamente todas las discotecas e hice todo tipo de gamberradas.

—Al contrario, querido amigo. Lo mío con Monica va en serio —dice.

—¿Cómo de serio? —pregunto, sintiendo cómo se me acelera el pulso.

—Tan en serio que te llamo para pedirte a ti, ocupadísimo director general, que te reserves ya el 24 de julio en tu calendario. Porque ese día Monica y yo nos casaremos. Y estás cordialmente invitado. Con acompañante.

—Eso es... no sé ni qué decir, colega. Enhorabuena.

—Gracias, colega —responde—. La invitación ya llegará. —Entonces oigo una voz de fondo—. Monica pregunta si vas a traer a alguien.

—Yo... aún no lo sé. ¿Vale si te aviso más adelante? —pregunto, sin poder evitar que Beth aparezca de nuevo ante mis ojos. ¿Qué demonios me pasaba? Llevaba un año básicamente olvidada; bueno, no del todo, eso sería mentira. Había intentado encontrarla. Pero en Nueva York había cientos de floristerías, y yo no había encargado las flores y a la mañana siguiente ya se las habían llevado. ¿Cómo iba a encontrarla? Así que lo dejé estar. Joder, ¿solo porque hoy es la gala benéfica en mi casa me pongo así?

—De acuerdo. Ya te diré algo. ¡Cuídate!

—Lo haré —replico, y terminamos la conversación.

RING, RING, RING

Mi teléfono vuelve a sonar apenas he colgado.

—¿Quién es ahora? —le pregunto a Eric.

—Es... —hace una pausa—. Es ÉL —dice en voz baja, y sé a quién se refiere. Es Jake. Eric ha desarrollado un sexto sentido; sabe que cada vez que el nombre de Jake resuena en mi empresa, me subo por las paredes. Por eso evita pronunciarlo, para no llevarse mi ira. Un chico listo, mi asistente.

—Pásamelo —espeto, sintiendo cómo se me tensa el cuerpo.

—Alex, viejo amigo. Venga, ¿qué tal por el bando de los perdedores? —dice, sonando tan arrogante como siempre.

—¿Qué quieres, Jake? —pregunto—. ¿Llamas solo para buscar bronca? ¿O para decirme a quién más has cazado? ¿O por fin te has dado cuenta de que eres un gilipollas? —espeto de mal humor, cerrando las manos en puños.

—Alex, Alex. Tranquilo, colega.

—Ya no somos colegas. No desde que me apuñalaste por la espalda y copiaste mi modelo de negocio.

—Alex, mis ventas pronto superarán las tuyas. Entonces a nadie le importará una mierda quién llegó primero. Y cuando tenga ese pequeño local de la calle 4, la cosa va a explotar. Hay un pequeño negocio ahí. ¿Sabes a cuál me refiero?

No digo nada, aunque sé perfectamente a cuál se refiere. ¿Cómo diablos ha dado con ese local? Llevábamos más de un año en negociaciones por escrito con el propietario y enviando ofertas al inquilino para poder quedarnos con la tienda. ¿Y ahora, justo antes de conseguirlo, se mete Jake por medio?

—Jake. A eso es a lo que me refiero. NOS DEJAS hacer el trabajo y justo antes de cerrar el trato vienes a aguarnos la fiesta. Te juro que...

—Siempre con las amenazas, Alex. ¿Qué harás entonces? ¿Volver a partirme la cara, como la última vez? —pregunta, aludiendo a un encontronazo en una fiesta de verano en el jardín del alcalde. Allí también me provocó y nada me sentó tan bien como darle un puñetazo en la nariz, aunque no resuelva los problemas de negocios.

—Pues es buena idea. ¿Ya tienes la nariz recta otra vez? ¿Puedes volver a oler con ella el coño de Dilara cuando se lo chupas? —pregunto, intentando sacarlo de sus casillas.

—Eres un cabrón de mierda, un sucio...

—Tengo a alguien en la otra línea con más seso. Tengo que colgar —digo, y sonrío porque de alguna manera siento que este asalto de nuestro pequeño intercambio verbal lo he ganado yo. Pulso el botón para cambiar a la otra línea, donde la lucecita roja lleva un rato parpadeando.

—¿Eric? ¿Quién es? —Al mismo tiempo, garabateo una nota en mis papeles, en cuya esquina aparece en letras grandes el nombre de la empresa, ARS Group. Una abreviatura de Alex Rodgers Group. Anoto que tenemos que meterle caña a los esfuerzos por el local de la calle 4. No voy a dejar que Jake me lo arrebate. Quiero ganar esta carrera. Cueste lo que cueste.

—Señor, disculpe la interrupción. Es que... El local de la calle 4 — balbucea Eric, un poco inseguro.

—¿Qué pasa con él? —pregunto apresuradamente, con un mal presentimiento en el estómago por el hecho de que me hable de ello justo después de Jake.

—Acaba de llegarme por correo el informe del hombre que enviamos a hacer una oferta aún más alta. —Hace una pausa—. Sin éxito. Además, ha dicho que la floristería está algo anticuada y que la dueña le ha dejado bastante claro lo que piensa de él.

¿Una floristería con una dueña un poco irascible? Reviso rápidamente mis notas. No encuentro nada que diga que en ese local hay una floristería. En todas partes solo pone «local comercial». El tema ha pasado a ser asunto de la dirección hace solo tres semanas, porque ninguno de mis empleados parece ser capaz de manejarlo.

¿Podría ser que... no, eso sería una enorme coincidencia. Desecho la idea y me pregunto más bien si puede ser que las dueñas de floristerías se hayan convertido últimamente en mi nuevo tipo de presa.

Y aunque así fuera, ahora se trata de negocios. Quizá también pueda usar mi encanto con esta mujer. Y quizá así avancemos un

poco. Pero entonces no debería identificarme como el jefe de ARS Group. Es jugar con fuego, pero podría funcionar.

—Voy a hacerle una visita a esa tienda. Ahora mismo —le digo a Eric, cuelgo el auricular, recojo mis cosas y salgo a toda prisa de mi despacho.

A ver hasta dónde me lleva mi encanto.

Capítulo 5

Beth

Desenvuelvo la hamburguesa del papel, la que he cogido en mi pausa para comer en el Big Burger que hay a cuatro manzanas. Son, sencillamente, las mejores.

Al menos, cuando una, como yo, no encuentra tiempo para absolutamente nada desde que mi pequeño Ben está en el mundo. Ya tiene casi tres meses, está durmiendo y…

—Mmmm —murmuro, aspirando el olor que se despliega en mi cocina al abrir el envase para llevar y que hace que se me haga la boca agua. Y, cuando desenvuelvo la hamburguesa de su papel, el aroma se vuelve aún más intenso.

Disfruto de este pequeño momento para mí en mi cocina, coloco la hamburguesa en el plato que tengo delante, respiro hondo y me pregunto cuándo fue la última vez que cociné algo en condiciones para mí o que dormí más de dos horas seguidas.

El reflejo del espejo del pasillo me ha respondido a la pregunta sin piedad al pasar por delante nada más entrar, justo después de darle un besito en la mejilla a Veronica, que es quien lleva la tienda por mí durante mi descanso para comer y que ha estado cuidando de Ben mientras dormía mientras yo le recogía la hamburguesa al repartidor. No tengo tiempo ni para dar un paseo de cuatro manzanas.

Pero no pasa nada, porque así es mi vida ahora. Bebo un buen trago, hojeo a toda prisa el periódico que Veronica se ha dejado aquí y, cuando mis ojos captan en la sección de sociedad la palabra «gala benéfica» junto a la foto que la acompaña, casi me atraganto. La foto no muestra a nadie que conozca, pero en ese instante me doy cuenta de que aquel fatídico encuentro tuvo lugar hace casi exactamente un año. Incluso el mismo día.

Desde entonces, nada ha vuelto a ser como antes. Porque aquella noche, después de la cual me desecharon como si fuera basura, no quedó sin consecuencias. Me quedé embarazada. De ese capullo llamado Alex.

Luché conmigo misma durante mucho tiempo y me hundí en un valle de lágrimas y desesperación del que solo escapé gracias a Veronica. Para mí, en algún momento, cuando la niebla de mi mente se disipó, dos cosas quedaron meridianamente claras: jamás podría abortar una vida que crecía dentro de mí. Nunca sería capaz de hacerlo. Y jamás me pondría a buscar al padre ni a exigirle nada después de que me hubiera hecho echar de su casa de aquella manera.

Claro, han sido tiempos duros y, cuando miro el saldo de mi cuenta y la evolución de las ventas de la tienda, he dudado más de una vez sobre si esa fue la decisión correcta. Pero mi orgullo no se puede comprar, y así seguirá siendo.

Respiro hondo, aparto esos pensamientos y trato de saborear este pequeño momento con mi hamburguesa, la cojo con las manos, me la llevo a la boca, huelo esa salsa maravillosa y…

¡Oigo a Ben gritar!

Respiro hondo, bajo la hamburguesa sin tocarla, porque no hay nada más importante que mi pequeño tesoro, al que no daría por nada del mundo. Ha puesto mi vida patas arriba, la ha complicado infinitamente, y, sin embargo, soy muy feliz de tenerlo.

Me acerco a la cuna en la que está y, en cuanto entro en su campo de visión, deja de gritar, parece mirarme y balbucea algo. No puedo evitar sonreír.

—El encanto lo has sacado de tu papi. Y los ojos —le digo con ternura y siento cómo, a pesar de todo, las palabras me dan una punzada en el estómago. Debería quitarme la costumbre de hablar de su padre y olvidarlo sin más. Quizá sus ojos azules todavía cambien, es algo que ocurre en los bebés. Pero me lo recuerdan a diario.

Ben parece tener hambre, porque ya busca con la boca o su naricita parece oler dónde está la leche, pues gira la cabeza instintivamente hacia mi pecho.

—¿La comida, cariño? —le pregunto con dulzura—. Ahora mismo llega. —Me siento con él en brazos en el pequeño sofá, me descubro el pecho, lo pongo a mamar y lo acaricio con ternura mientras bebe a grandes tragos.

Casi se me cierran los ojos cuando me inclino un poco hacia delante, pero me sobresalto y me enderezo de nuevo. ¿Qué clase de madre

sería si me quedara dormida mientras le doy el pecho y se me cayera mi hijo? Pero quizá encajaría con el cuadro general. Nos hemos mudado al pequeño apartamento de encima de la tienda, que pude conseguir más barato porque también me ocupo de las tareas de mantenimiento de la comunidad, como fregar el portal y limpiar el trozo de calle de delante de mi puerta.

El motivo principal es que quiero conservar mi fuente de ingresos y mi tienda. Pero si tengo que desplazarme a diario y contratar a más empleados, aparte de la chica que tengo de ayuda, además de una niñera, las cuentas ya no salen. En el fondo, esto solo funciona porque Veronica me ayuda muchísimo y ha cogido los turnos de noche en su trabajo de camarera. ¿Qué haría yo sin ella? No se queja y lo hizo por iniciativa propia, dice que las propinas son mejores desde que, hace casi un año, sustituyó por casualidad a una compañera. Además, vive a solo una manzana y ayuda en todo lo que puede. Y aun así, el piso solo tiene un dormitorio, un salón, una cocina y un baño.

Siento de nuevo cómo me pesan los párpados. Ben parece haber terminado, ha echado su eructito y vuelve a dormir satisfecho. Quizá solo una siestecita de diez minutos, porque luego tengo que volver a la tienda y abrir otra vez. Diez minutos son mejor que nada, decido. Dejo a Ben a mi lado en el sofá, construyo una especie de barrera a su alrededor con mantas para que no se caiga si se gira en sueños y me tumbo a su lado.

Huele tan bien. A bebé y a todo… es simplemente lo más grande del mundo para mí. Pongo la alarma en el móvil y en seguida se me cierran los ojos y…

RRR RRR RRR

Me despierto de un salto. No ha sido la alarma, todavía me indica que me quedan siete minutos para mi valiosa siesta. No, es mi hámster Petey.

Parece tener algún tipo de percepción para saber cuál es el momento de impedirme dormir. En realidad, los hámsteres son nocturnos, pero Petey… él es diferente y ya es bastante viejo. Lo compré antes de saber que estaba embarazada, porque me sentía inútil y sola y quería un poco de vida en el piso. En la tienda de animales me dijeron que era viejo y que moriría pronto. Pero me pareció tan mono. Le cogí cariño al instante y quise darle una buena vida conmigo antes de que cruzara el puente del arcoíris. Se mantiene bastante bien, la verdad, come bien y corre mucho. Quizá lo que lo tenía enfermo era simplemente la tienda de animales, con tanto ruido. Lo único que no encaja es su biorritmo. Ahora mismo debería estar durmiendo, cosa que hacía mientras yo le daba el pecho a Ben. Ahora está dando vueltas en su pequeña rueda de hámster en la jaula, que desde hace poco hace esos ruidos tan molestos.

Entonces Petey vuelve a parar, pero ese poco ruido ha sido suficiente no solo para despertarme a mí, sino también a Ben, a quien, por supuesto, le gusta tan poco como a mí y ahora llora de mal humor.

Lo cojo en brazos, lo mezo suavemente y, diez minutos después, ha vuelto al reino de los sueños.

Lo acuesto, miro el reloj y veo que ya llego tarde para abrir la tienda. Veronica tampoco ha vuelto. ¿Le habrá pasado algo? Miro el reloj nerviosa y no sé qué hacer. Entonces, por fin, se abre la puerta. Veronica, por supuesto, tiene su propia llave y puede entrar y salir como si estuviera en su casa.

—Perdona, yo… —empieza ella.

—Sshhh —digo rápidamente, llevándome un dedo a los labios—. Ben duerme —susurro.

—Oh —dice ella, y se encoge. Se quita la chaqueta y mira al pequeño tesoro con una sonrisa—. Lo siento mucho, de verdad, yo…

—No tienes que disculparte conmigo, Veronica. ¿Qué haría yo sin ti? —La abrazo, la aprieto contra mí, me pongo increíblemente sensible de repente y noto cómo una lágrima me resbala por la mejilla. Quizá sea solo la falta de sueño.

—Anda, anda —dice dándome una palmada amistosa—. Está todo bien. Ahora baja y abre tu tienda. Ben y yo nos apañamos. —Y me dedica su sonrisa más amable.

Le doy un beso en la mejilla que espero que exprese más que cualquier palabra de gratitud. Aparte, ya me ha dicho que no puede oír más la palabra *gracias* de mi boca, después de las mil veces, o eso le parecen a ella, que la he usado.

—Vale, pues hasta luego.

******

—¿No abre usted a la una? —me pregunta la señora mayor que ya estaba en la puerta cuando aparezco detrás de ella a las 13:07, giro la llave y el pequeño letrero en el que ahora se puede leer desde fuera ABIERTO.

—Sí, disculpe, me ha surgido un imprevisto —digo apresuradamente, la invito a entrar y me siento fatal por haberla hecho esperar. Ya me ha pasado un par de veces y supongo que no todos los clientes esperan con tanta paciencia como ella, sino que simplemente

compran en otra floristería que no tiene problemas personales como los míos y abre con puntualidad.

—No se preocupe. Sé lo que es —dice ella para tranquilizarme y sonríe—. Vengo a recoger mi ramo encargado. Los geranios. ¿Sabe a qué me refiero?

No lo sé y miro a mi alrededor un poco perdida entre los arreglos que mi empleada ha preparado esta mañana de ocho a diez. Pero ni rastro de geranios. Entonces miro la nota que me ha dado antes de irse y un sudor frío me recorre el cuerpo. Ahí ha anotado el ramo de geranios con todos los detalles y también ha escrito la hora de recogida: 13:00.

¿Y yo? Yo la he fastidiado. Y sé por qué. Veronica me ha llamado poco después de que se fuera mi empleada porque Ben no se calmaba. Así que hemos hecho un cambio rápido, he subido, le he dado el pecho y después…

¡Mierda! Supongo que a esto lo llaman «amnesia de la lactancia». Me he olvidado por completo de la nota.

—Lo siento —digo—. Le prepararé el ramo ahora mismo. ¿Tiene cinco minutos?

—Está bien, hija —dice, esta vez menos amable—. Parece que tiene usted mucho lío en su vida ahora mismo, ¿no? Aún recuerdo cuando tenía su edad. Ay, creo que ya tenía hijos y… —Se interrumpe—. ¿Tiene usted?

—Un hijo. De casi tres meses. Duerme arriba.

—Ah, entonces lo entiendo —dice y hace un gesto con la mano—. A esas alturas una está hecha un trapo. No se preocupe. Tengo tiempo —dice y vuelve a sonreír—. ¿Lo cuida el padre?

—Una amiga. El padre… —Hago una pausa—. Se dio a la fuga.

—Pfff… esos padres de hoy en día. —Hace una pausa—. Pero usted es guapa. Ya encontrará la felicidad.

Me limito a asentir en silencio, ato el ramo y no sé muy bien a qué se refiere con *encontrar la felicidad*. ¿Quién va a querer conocer a una madre soltera que trabaja en una floristería? Y además: ¿DÓNDE voy a conocer a alguien? Las flores son cosa de mujeres y los hombres que entran aquí no las compran para sí mismos, sino para una mujer con la que están o a la que esperan conquistar.

Aparto esos pensamientos y siento que me empiezan a temblar las manos, aunque sé que seguramente solo lo ha dicho con buena intención.

—Casi listo. Serían… —calculo mentalmente—. Treinta dólares —digo —. Le hago un descuento de diez dólares por la espera. —Sonrío amablemente, aunque sé perfectamente que mi ganancia con este ramo no es más de cinco dólares, porque los geranios se han vuelto carísimos al por mayor.

—Yo… eh… —dice la señora mayor mientras rebusca en su bolso—. Ahora la que se siente mal soy yo. Creo que he debido de…

La puerta se abre a su espalda y suena la pequeña campanilla que colgué el año pasado. Tanto yo como la mujer nos giramos.

¡Y se me para el corazón!

No solo eso: se me pone la piel de gallina por todo el cuerpo, seguido de un hormigueo que no sé clasificar o que no quiero clasificar.

Es él.

Alex.

El padre de Ben.

Está en mi tienda.

¿Qué demonios hace aquí?

Al menos, parece tan sorprendido como yo, porque no dice nada y se limita a mirarme durante varios segundos. Pero parece recuperarse antes que yo, se acerca en silencio al mostrador, que ahora mismo es mi única protección entre él y yo, y se pone al lado de la anciana.

—Ustedes dos… —dice la señora mayor, señalando con el índice de uno a otro—. Se conocen, ¿verdad?

—De vista —digo secamente, al ver que Alex abre la boca, y le lanzo una mirada venenosa.

—Debería salir con ella, es una preciosidad —le susurra la señora a Alex, pero con un volumen suficiente para que yo entienda cada palabra—. Pero hay algo que debería saber. Tiene…

El corazón se me vuelve a parar. ¿No querrá hablarle de mi hijo? Tengo que hacer algo.

—¡Treinta dólares! —digo más alto de lo que pretendía, esperando que ninguno de los dos oiga el pánico en mi voz, y golpeo el ramo en el mostrador delante de ella, lo que hace que se interrumpa y retroceda un poco.

—Huy, huy —dice en tono de reproche—. No sea tan brusca.

—¿En efectivo o con tarjeta? —pregunto con insistencia, esperando que desaparezca pronto para que Alex y yo… Un momento: no hay un «nosotros». Tampoco sé qué quiere él aquí, pero al menos no quiero que la anciana se entere de cada palabra.

—Lo siento… yo… mi monedero… debo de habérmelo dejado en casa. Vuelvo enseguida, solo tengo que…

—Puedo encargarme yo —dice Alex, y le regala a la señora una sonrisa que la hace reír como si tuviera veinte años otra vez. Esa mirada. Todavía le funciona y la usa donde le da la gana.

—Eso… sería muy amable por su parte, joven —dice ella con una sonrisa.

—¿Cuánto era? ¿Treinta dólares? —pregunta él y saca un fajo de billetes del bolsillo del pantalón, lo que me trae recuerdos de aquella vez, cuando nos conocimos y pagó el ramo de pan de oro como si nada.

—Cuarenta dólares —digo con severidad, y siento el corazón latirme salvajemente y noto que me sonrojo, porque, por supuesto, ambos han oído que acabo de decir treinta dólares. Pero este hombre, que me despachó de esa manera, no va a tener ningún descuento. En realidad, aquí no va a tener nada y la única razón por la que no lo echo de mi tienda de inmediato es porque hay una clienta a mi lado.

—¿No había dicho usted…? —pregunta la anciana.

—No se preocupe. Yo me encargo —dice él, y luego me entrega uno de sus billetes de cien dólares—. Quédese con el cambio —añade.

—Ay, gracias. Es usted un encanto —dice la señora, encantada. Una breve sonrisa se dibuja en mi cara al verla coger su ramo y alegrarse de verdad de que Alex la haya ayudado. Pero ¿por qué hace algo así? ¿Quiere demostrarme lo amable que es con la gente? Habría bastado con no desecharme como basura y… da igual, eso ya pasó. La señora se dirige a la puerta, ya tiene la mano en el pomo, entonces suena la campanilla y, cuando va a salir, se le cae el bolso. —¡Oh! —exclama.

—Espere, le ayudo —dice Alex, corre hacia ella, recoge sus cosas y le entrega el bolso.

—Qué joven tan amable, ¿verdad? —dice ella, mirándome con una sonrisa radiante, pasando la vista de Alex a mí. Consigo forzar una sonrisa y asiento.

—Sea lo que sea que los una a ustedes dos, solo quería decir que hacen una pareja muy bonita —dice la señora, se da la vuelta, deja que la puerta se cierre tras ella y nos deja a los dos solos con el silencio que se instala.

No acaba de decir eso, ¿verdad?

Alex vuelve a acercarse al mostrador. El corazón me late como loco, evito su mirada, abro la caja y meto el billete de cien dólares.

—Tenga. Sesenta dólares de cambio —digo y le entrego tres billetes de veinte con las manos temblorosas.

—Pero si he dicho…

—No quiero nada de ti. Absolutamente nada —espeto, y solo cuando las palabras salen de mi boca siento cómo la ira incandescente me inunda por completo, cómo cierro la mano libre en un puño y mi cara debe de estar roja como un tomate.

¿Cree que sesenta dólares de propina deshacen el modo en que me trató? ¿Quiere hacer como si no hubiera pasado nada? Ni siquiera se ha disculpado desde que está aquí, en lugar de eso, se pasea por el mundo con la misma seguridad de siempre, como si le perteneciera y…

… maldita sea, ¿por qué tiene que estar tan bueno?

¿Y por qué estoy pensando eso ahora? ¿No he sufrido ya bastante? Intento imaginarme cómo, justo después de mi partida, se tiró a su asistente para agradecérselo, a ese monstruo con tetas que seguro que solo contrató por eso. Seguro que los dos se partieron de risa a mi costa.

—Beth, sobre lo de aquella vez… —empieza y se detiene. ¿Está fingiendo que le cuesta? ¿Qué parte de él no es una farsa? —. Lo siento mucho, yo…

Levanto la vista. ¿De verdad va a disculparse ahora? Pero ¿por qué? ¿Y cómo me ha encontrado después de tanto tiempo? ¿Qué lo trae por aquí?

—Creo que no quiero hablar contigo —lo interrumpo, pero mi voz suena más suave y siento que me tiemblan las rodillas.

—Puedo entenderte, debió de parecerte que…

—Beth, tienes que venir. Es que… —Veronica baja corriendo las escaleras que llevan del apartamento directamente a mi tienda y se detiene en seco al ver a Alex.

Gesticulo frenéticamente, me paso una mano por el cuello y espero que entienda que no debe decir nada de Ben. No delante de él. En general, tenemos ese acuerdo, porque podría darles a los clientes la impresión de que no controlo mi vida y, por tanto, mi tienda, así que se supone que debe relevarme con cualquier pretexto.

—… se me ha caído una cosa —concluye, y luego nos mira a Alex y a mí, alternativamente. Casi tengo que sonreír, porque es una mentirosa increíblemente mala.

—Ya voy —digo y me parece oír a Ben quejarse arriba—. ¿Te quedas aquí un momento?

—Claro —dice Veronica—. ¿Le pongo algo? —pregunta, señalando a Alex, que está de pie frente al mostrador.

—Ya se iba. Y no volverá nunca más. ¿Verdad, Alex? —pregunto, me doy la vuelta y subo corriendo las escaleras hacia mi hijo —hacia nuestro hijo—, que me necesita, mientras intento reprimir las lágrimas y la rabia.

—¿Alex? —pregunta Veronica detrás de mí, pero no me giro. El nombre le suena, porque lo he mencionado a menudo y seguro que también ha visto sus ojos y el parecido con Ben.

—Exacto, así me llamo —oigo la voz de Alex—. Simplemente volveré en otra ocasión, quizá entonces podríamos quedar para cenar… —le oigo decir.

—¡No, nunca más! —grito hacia abajo, cierro la puerta de un portazo a mi espalda, voy hacia Ben, lo cojo en brazos y doy rienda suelta a mis lágrimas—. Sshh, tranquilo, mi tesoro. Mami está aquí.

Capítulo 6

Alex

Esto no ha salido como esperaba.

Y mucho menos esperaba encontrarla a ELLA en la tienda. ¡Qué enorme casualidad!

Y, aun así, ¡es tan guapa! Más guapa aún de lo que la recordaba. Y ese fuego en sus ojos... Cualquiera diría que quería saltarme al cuello. Me gustan las mujeres con fuego en la mirada, y el de los ojos de Beth parece arder con especial intensidad.

PIII PIII PIIIIII

—¡Eh, tío, el semáforo lleva un buen rato en verde, pijo de mierda con tu Bentley! —me grita un taxista neoyorquino a mis espaldas, sacando el brazo por la ventanilla y gesticulando como un loco.

Niego con la cabeza, miro el semáforo y arranco. El inesperado reencuentro con Beth me ha sumido en un ensueño en medio del

tráfico de la ciudad.

Vale, quizá debería afrontar la verdad: me odia. Y no puedo reprochárselo, porque para ella, hace un año, debió de parecer que la había dejado tirada sin más. Seguramente, la celosa de Dilara no fue especialmente amable con ella cuando la acompañó fuera de la casa. Solo conozco su versión, que decía que Beth se había marchado de allí como una furia. Pero hoy ya no puedo ni quiero preguntarle a Dilara. Además, ha pasado demasiado tiempo; probablemente ella recuerde los detalles incluso menos que yo.

Pero ¿por qué la guapa de Beth, cuyos pechos parecían aún más turgentes, monta este numerito? Vale, la ofendí, pero ¿por qué rechaza mi invitación a cenar? Si eso no es un gesto de disculpa reconocido internacionalmente, entonces ya no entiendo nada.

Oh, esos pechos...

Vuelvo a divagar y la veo delante de mí con su delantal verde de florista, que resalta a la perfección sus maravillosas curvas y...

—Mierda —murmuro, tamborileando nervioso sobre el volante—. Tengo una falta de sexo crónica. Pero ahora mismo no se trata de eso. Más bien, me doy cuenta de que el asunto de la tienda se acaba de complicar mucho más. O quizá sea mucho más sencillo, porque...

RING, RING, RING

El timbre de mi teléfono interrumpe mis pensamientos. La pantalla me muestra en mayúsculas el nombre de mi asistente, Eric. O tiene una pregunta o quiere pasarme a alguien.

—Eric, ¿qué pasa? —pregunto, saltándome el saludo. Es lo bueno de los asistentes masculinos. Trabajar juntos es mucho más relajado. Aunque a lo mejor también es así con las mujeres con las que no quieres o no te has follado. A lo que me refiero: Eric fue una buena elección.

—¿Ha tenido éxito, jefe? ¿Ha avanzado con lo de la tienda? —pregunta, y noto al instante el tono nervioso en su voz.

—Ayúdeme un poco, Eric —digo con una sonrisa burlona—. ¿Me está llamando mi asistente para preguntarme por el progreso de mi trabajo? ¿No debería ser al revés?

—Lo siento, jefe, solo quería...

—Era una broma, Eric. No pasa nada. ¿Qué ocurre? —lo interrumpo, un poco preocupado. Normalmente pilla estas indirectas. ¿Por qué ahora no? ¿Qué quiere decirme? No tiene a nadie en espera, me lo habría dicho lo primero.

—La empresa de Jake. Quieren la tienda y...

—Lo sé, Eric. Hemos hablado de eso en la oficina, por eso he venido hasta aquí. ¿Qué pasa? —pregunto.

—Sí, lo siento, jefe. Lo sé. Quiero decir que no solo quieren la tienda. —Se detiene de nuevo—. ¿Se acuerda de nuestros planes para el centro comercial en el distrito de Manhattan?

—Sí, ¿qué pasa con eso? —pregunto, y me temo lo peor. Se me había ocurrido la idea de construir un centro comercial en Manhattan y poner una de mis tiendas allí. El proyecto acababa de ser aprobado

por el ayuntamiento. Iba a ser la bomba; todos los expertos involucrados estaban convencidos de ello.

—Acabo de enterarme. Solo es parte de un plan más grande. Quieren comprar toda la manzana y construir un centro comercial en ella.

Por un momento, se hace el silencio en la línea. Tengo que asimilar sus palabras para entender lo que significan. Ese cabrón de Jake copia absolutamente todo lo que cae en sus manos.

—Eso es... —empiezo, pero esta vez es Eric quien me interrumpe.

—...genial —completa.

—Yo no lo llamaría así. ¿Pero ha comprobado a qué distancia están los centros comerciales más cercanos?

—Por supuesto, por eso llamo. La ubicación es perfecta. Va a pegar un bombazo. Los visitantes acudirán en masa y no hace falta que le diga la afluencia que eso supondrá para su hamburguesería. —Hace una pausa para dar a sus palabras el efecto necesario.

—Y podemos adivinar qué franquicia de hamburguesas no conseguirá licencia para un local ahí dentro. Ese hijo de puta.

—¿Qué va a hacer ahora, jefe?

—Casualmente, sé dónde come siempre el señorito Jake Ruddell. —Miro el reloj—. Y da la casualidad de que estoy cerca.

Terminamos la conversación, pongo el intermitente, cambio de carril y piso el acelerador, sintiendo cómo mis manos se tensan notablemente sobre el volante.

Jake no puede quedarse con la tienda de Beth. Jamás.

Pero entonces, otra voz resuena en mi cabeza. Una voz extraña que nunca antes había oído, que me pregunta: *¿Y tú eres mejor si le quitas la tienda?*

Aparto el pensamiento, convenciéndome de que tengo mejores intenciones que él y que ella lo entenderá. Pero ¿de verdad lo hará?

******

—Hola, ¿qué tal los *nuggets* de pollo del menú infantil? —pregunto al encontrarme a Jake —con mi exasistente Dilara, por supuesto— en la mesa de uno de los mejores restaurantes de la zona, sin reparo alguno en gritar estas palabras por todo el local, haciendo que banqueros de inversión, corredores de bolsa y demás gente de traje giren la cabeza confusos.

—Tío, qué grata sorpresa —dice, después de casi atragantarse con un poco de... ¡Dios mío! ¿Come caviar para almorzar? ¿Hasta qué punto es un flipado? —. ¿Verdad, Dilara? —le pregunta a su asistenta.

—Pues no —dice ella, lanzándome una mirada de desaprobación, cruzándose de brazos y mirando a un lado.

Lo conozco demasiado bien y veo en sus ojos lo increíblemente molesto que está por mi visita sorpresa.

Sin preguntar, cojo la silla libre entre los dos y me siento.

—Oh, ¿no estaré interrumpiendo una cita? —pregunto, señalándolos a ambos con el dedo.

—Qué gracioso eres —responde Jake con una risa forzada, antes de volver a su caviar.

—¿En serio, Jake? ¿Huevas de pescado para comer?

—Es que los hombres de éxito tienen buen gusto, Alex. Ya sé que tú de eso no sabes, porque... —empieza, pero lo interrumpo.

—Y yo que creía conocerte mejor. Habría pensado que, si alguien aquí come huevos para comer, es Dilara. Junto con una anguila apestosa y viscosa que se mete en la boca y...

—¡Cállate la puta boca, Alex! —grita Jake de repente, dando un puñetazo en la mesa. De nuevo, todos los demás clientes se giran hacia nosotros. Por un instante, reina un silencio sepulcral en el restaurante, al menos hasta que los demás comensales vuelven a susurrar.

Sonrío satisfecho, porque sé que ahora lo tengo agarrado por los huevos. He encontrado su punto débil.

—Dilara, espera fuera —dice bruscamente, haciéndole una seña con la mano para que se vaya.

—Pero yo... mi comida... —balbucea ella, nerviosa, y parece que se le han sonrojado las mejillas desde mi comentario.

—Me importa una mierda. Vete ya —espeta de nuevo y vuelve a golpear la mesa con el puño.

Ella se queda quieta un momento y me pregunto lo genial que sería que simplemente le escupiera en la cara por su actitud condescendiente. Pero ella no es así. Dilara no tiene clase. Beth tiene clase y... joder, estoy divagando.

Cuando Dilara está lo bastante lejos como para no oírnos, Jake inclina la cabeza hacia mí.

—Bueno, ¿qué quieres?

—Sabes perfectamente lo que quiero: ponerte en tu sitio. Tu negocio solo ha crecido porque copias todas las ideas y...

—...y he hecho la copia mejor que el original, ¿quieres decir? —pregunta con su típica actitud informal y displicente que tanto me saca de quicio. Lástima que su momento de desconcierto no haya durado más.

—La cuestión es que no tienes decencia. Me robas las ideas y... bah, da igual, no lo entiendes —me interrumpo y niego con la cabeza. Esto es solo parte de la táctica, porque no quiero pedirle que deje en paz la tienda de Beth. Jamás lo hará sin más. Tengo que sacarlo de sus casillas.

—Quiero hablar contigo de los planes del centro comercial —digo—. Ya sabes...

—Sí, claro. Mi nuevo proyecto favorito. Y la dueña de la tienda de la calle 4 es un bombón. Seguro que la chupa de vicio, ¿no crees, tío?

Una oleada de ira me inunda por completo. Un fuego ardiente me sube desde el estómago y se extiende por cada rincón de mi cuerpo. Y todo por ese comentario despectivo. Siento literalmente que pierdo los estribos y que no puedo soportar ni por asomo que hable así de Beth. ¿Quizá incluso ya ha intentado ligársela y... mierda... quizá hasta la ha invitado a cenar?

—Hagamos una apuesta —le espeto, y las palabras salen de mi boca antes de que pueda pensarlas. Ya me estoy arrepintiendo, pero no puedo echarme atrás, porque eso me haría parecer débil. Sé que a Jake le encanta apostar sobre cualquier gilipollez y sus ojos me miran con interés.

—Te escucho —dice.

—Quien consiga el local de la floristería, podrá construir allí el centro comercial. Y recibirá un millón de dólares del otro.

—Tss... tss... una apuesta con dinero de bolsillo —dice Jake, limpiándose las comisuras de los labios con la servilleta—. Pero bueno. Parece que te importa esa mujer. Así que la apuesta es mayor, al parecer. Hagámoslo un poco más interesante: quien se camele primero a la tía y pase una noche con ella, se lleva el milloncito y la tienda.

Todo en mi interior grita NO. Pero no puedo evitarlo. No puedo echarme atrás ahora. Siempre he conseguido lo que he querido y quiero esa tienda, pero también quiero a Beth y, sobre todo, quiero protegerla de ese cretino arrogante de Jake. Por eso, le tiendo la mano.

—Trato hecho —decimos, y nos la estrechamos.

Sin decir una palabra más, me levanto y me voy.

—Ah, Alex —me grita Jake—. ¿Haces que vuelva a entrar Dilara? Le encanta la anguila, ¿sabes?

Mientras me alejo, levanto la mano hacia atrás, le enseño el dedo corazón y solo oigo una risa barata como respuesta.

Joder, ¿en qué me he metido? Esto no ha salido para nada como yo quería.

******

Por hoy, he trasladado el resto del trabajo a casa. Estoy en mi salón, agitando un whisky *on the rocks* en la mano mientras cavilo sobre unos papeles y, en mi cabeza, solo pienso en la estúpida apuesta en la que me he metido, preguntándome cuáles serán mis próximos pasos.

Entonces me doy cuenta de que debo de parecer uno de esos estúpidos y estereotipados millonarios de Hollywood que deambula aburrido por su mansión bebiendo whisky. Dejo el vaso a un lado, guardo los papeles y reviso mis mensajes de nuevo.

Nada.

Es una buena señal, porque, después de salir del restaurante, llamé directamente a Eric y le pedí que contratara a un detective privado para que vigilara la tienda de Beth. Tenía que avisarme en cuanto Jake apareciera por allí, porque entonces...

¡RIIINNNNNG!

El timbre de la puerta. Voy al videoportero. En la calle no se ve nada y la imagen de la cámara de la puerta no es visible —una vez más— porque algún bromista ha puesto una maceta con una de sus plantas delante.

Otra de esas gamberradas con el timbre. Han disminuido desde el año pasado, pero todavía no he encontrado al culpable. De nada sirvió mejorar la cámara para poder ver también las grabaciones de antes de que llamaran. Casi siempre solo se veía una figura enmascarada que luego se marchaba a toda prisa.

Había sospechado de mis vecinos. Pero viven en casas tan grandes como la mía. ¿Por qué demonios iban a dedicarse a hacer gamberradas con el timbre si eran deportistas profesionales, directores ejecutivos o algo por el estilo? No tenía sentido. ¿Pero quizás uno de sus hijos? Se dice que los hijos de los ricos se aburren mucho. ¿Pero se supone que ahora tengo que llamar como un loco a todos los vecinos y preguntarles: «Disculpe, ¿a su hijo le gusta llevar pasamontañas y hacer gamberradas con el timbre»?

¿Quién lo admitiría? Probablemente, los padres solo me restregarían por la cara el expediente del colegio de élite y tendría que escuchar sermones sobre el hándicap de golf que ya tenían sus hijos. Me juré que si alguna vez tenía hijos, crecerían con los pies en la tierra, irían a un colegio normal y...

Desecho el pensamiento mientras voy hacia la puerta, preguntándome qué me espera hoy. Yo como figura paterna... eso estaba muy lejos.

Al abrir la puerta, exhalo audiblemente, porque me recibe un maullido lastimero. Ante mí no hay una bolsa de papel ardiendo llena de caca de perro, sino un gatito adorable, pequeño y de color negro y gris atigrado que me mira y...

Oh, Dios, ¿puede ser que esté sangrando por una de sus patas?

—¿Dónde estás, cerdo? —grito, mirando a mi alrededor, pero por supuesto no hay nadie.

—Ya está, pequeño —digo, inclinándome y extendiendo la mano con cuidado. El gatito tiembla al principio, pero se calma cuando lo acaricio—. No tengas miedo.

—Voy a meterte dentro —digo, levantando al gatito con cuidado sobre mi brazo y preguntándome lo trastornado que puede estar alguien. Las bolsas ardiendo con caca de perro eran una cosa. Pero herir a un gato a propósito y luego abandonarlo iba demasiado lejos.

—Voy a llamar a un veterinario para que te cuide. Mientras tanto, ¿quieres algo de beber? —le pregunto a la cosita adorable, que me mira con ojos grandes e inocentes—. Seguro que sí. Espera un momento. Y llamaré a Eric para que envíe a alguien que te traiga algo decente de comer. Debes de tener hambre.

Recibo un *miau* como respuesta y no puedo evitar sonreír.

Después de ponerle un cuenco con agua, marco el número de Eric.

—Jefe, qué bien que llame, yo...

—Primero yo —lo interrumpo y le explico lo que necesito.

—Vale, jefe. Entendido. Yo mismo me encargo. Pero hay algo más...

—¿Qué? —pregunto.

—Jake... está delante de la tienda de la calle 4. Sigue en el coche, dice nuestro hombre allí.

—¿Y por qué demonios no me lo dice de inmediato? —le espeto.

—Pero usted quería encargarse primero de las cosas para su gata. Señor, yo solo quería... —balbucea.

—Disculpe, Eric. Tiene razón —digo en un tono tranquilo, pensando en Jake y en cómo trató a Dilara. ¿Acaso yo no soy igual? Debería tratar mejor a mi gente.

—Siento el tono. Me pondré en camino ahora mismo. Supongo que el helicóptero sigue averiado, así que cogeré el coche. ¿Se encarga usted de la gata? Se llama Cutie —añado.

—Lo haré, jefe —responde Eric tras un momento de silencio—. ¿Se encuentra bien?

—¿Lo dice porque sueno como una persona, Eric? Sí, gracias por preguntar. Rara vez me he sentido mejor —respondo.

Luego terminamos la conversación, cojo las llaves, corro hacia el coche y me maldigo por no haber ido directamente a ver a Beth después de cerrar la apuesta. Estaba claro que Jake aparecería por allí de inmediato. ¿Pero qué debería haberle dicho? ¿Invitarla a cenar otra vez?

No tenía ningún plan y, por el momento, solo un objetivo: Jake no podía quedarse con Beth. Simplemente no podía soportar la idea.

Capítulo 7

Beth

Después de más de media hora, que pareció hacerse interminable, Ben por fin se ha vuelto a dormir. No tenía hambre ni sed de verdad, tampoco quería jugar y mucho menos que lo dejara en la cuna. He intentado meterme en la cama con él, pero la ropa del trabajo me rozaba por todas partes, así que me he puesto rápidamente el top de flores y el pantalón de chándal, mi pijama, porque he leído en alguna parte que a los bebés les encanta que la ropa huela intensamente a su mamá.

En momentos así siempre me pregunto si soy una mala madre por no tener ni idea de lo que quiere mi hijo. Pero entonces Veronica suele decirme que ella tampoco tiene ni idea, aunque ha estado rebuscando en varios foros de internet y por lo visto a la mayoría de los padres les pasa lo mismo, y que este sentimiento es especialmente pronunciado en las madres solteras.

Esta vez no dejo a Ben en la cuna, porque las veces anteriores siempre se ha despertado y me ha hecho saber con los correspondientes lloros que no le hacía ninguna gracia. ¿Quizá solo

necesita cercanía y quiere estar en mis brazos? ¿Quizá siente lo alterada que estoy porque su padre...? Me trago el nudo que tengo en la garganta y corrijo mi pensamiento. Porque su *progenitor* se ha presentado de repente en mi tienda y ha actuado como si no hubiera pasado nada. Pero probablemente esa idea sea una tontería. Ben no sabe nada de todo esto. Ya tendré que darle explicaciones tarde o temprano y no debería interpretar tantas cosas ahora.

Lenta y sigilosamente, voy con Ben en brazos a la cocina para encender el hervidor de agua, ya que quiero prepararme un té y una bolsa de agua caliente.

—Puedo encargarme yo —dice Veronica a mi espalda y yo doy un respingo, porque no contaba con que volviera tan pronto.

—Shhh —murmuro, porque Ben arruga la frente y mueve los bracitos, probablemente porque mi respingo asustado lo ha sacado de su merecido sueño. Le acaricio la cabecita mientras Veronica me mira con cara de culpabilidad, hace un gesto silencioso de disculpa y me indica que salga de la cocina, porque el ruido del hervidor seguro que despertará a Ben de nuevo.

Asiento, vuelvo al salón y compruebo aliviada que Ben respira de nuevo de forma relajada y regular. Tiene la cabeza apoyada en mi pecho, una fosa nasal aplastada y solo inspira y espira por la que le queda libre, produciendo a veces un pequeño silbido que me dibuja una sonrisa en la cara. Le doy a mi pequeño rayo de sol un suave beso en la frente y...

—¿Veronica? —la llamo en un susurro.

—Lo sé, té de frambuesa y una bolsa de agua caliente para los pies, ¿verdad? —pregunta, mostrándome la bolsita de té que ya tiene en la mano.

—Sí —digo sonriendo y siento de nuevo una punzada de culpa por lo mucho que me cuida—. Pero no me refería a eso. La tienda... —hago una pausa—. Sé que es mucho pedir, pero no puedo cerrar cuando me apetezca. ¿Puedes quedarte abajo un rato más hasta que Ben...? —vuelvo a callarme, porque me cuesta mucho recurrir a Veronica constantemente. No tengo derecho a meterla así en mi vida como empleada sin sueldo.

—¡Cariño! Paula, tu ayudante, está ahí. Ha llegado hace diez minutos, tal como acordasteis. —Sonríe y me da un beso en la mejilla—. ¿Demencia lactante? —pregunta sonriendo.

—Probablemente —respondo, y me avergüenzo un poco de tener tan poco control sobre mi vida en este momento, pero al mismo tiempo me siento aliviada por no tener que pedírselo a Veronica.

—Entonces, ¿té de frambuesa y bolsa de agua caliente? —pregunta y yo asiento.

Pocos minutos después, vuelve con una taza de té humeante, cuyo aroma me produce un efecto calmante inmediato, y la deja con cuidado delante de mí, en la mesita de centro. Pone la bolsa de agua caliente en el suelo, con el lado estriado hacia arriba, para que pueda apoyar los pies alternativamente un poco sobre ella.

—¿Y? —pregunta, y se limita a mirarme—. ¿Cómo estás?

—¿Qué quieres decir? Yo... —entonces me doy cuenta de a qué se refiere—. Ah, te refieres al gilipollas que me dejó embarazada y luego hizo que me desecharan como si fuera basura, ¿no? —pregunto, sintiendo cómo me corroe la rabia por su descarada aparición y esa insolente invitación a cenar.

—A eso me refiero —dice en un susurro, y solo entonces me doy cuenta de lo alto que he hablado cuando Ben vuelve a estirar una manita porque mi voz lo ha sacado de nuevo de sus sueños.

Cuando se relaja de nuevo, tomo un sorbo de té con cuidado y de la forma más torpe posible para que, en caso de derramar algo, no le caiga ni una gota a Ben.

—Y encima le paga el ramo a la señora mayor porque no lleva dinero y la ayuda a recoger las cosas y...

—Yo no estaba allí en su momento —dice Veronica en voz baja, hace una pausa y parece elegir sus palabras con cuidado—. Pero no me pareció el típico gilipollas. ¿Crees que solo ayudó a la mujer para impresionar? Parecía que quería explicar algo y quizá la invitación a cenar era una especie de disculpa. ¿Quizá quiere arreglarlo? ¿Quizá todavía le gustas y... ay, quizá solo estoy diciendo tonterías —dice Veronica y toma un sorbo de su propia taza.

—No lo creo. Deberías haber visto a su exuberante asistente de entonces. —Me toco los pechos. Y sin embargo, aunque no quiera admitirlo, la idea de Veronica me afecta. Se hunde profundamente en mí y se aferra a algo. ¿Podría ser que quisiera disculparse? Pero ¿por qué? ¿Y por qué después de tanto tiempo? ¿Y por qué todavía se me ablandan las rodillas cuando está delante de mí, después de todo lo que me ha hecho?

—Tú ahora también estás bastante exuberante —dice Veronica sonriendo, refiriéndose al tamaño de mis pechos, que casi han explotado con la lactancia.

—Ja, ja —digo, pero no puedo evitar sonreír también y le doy una palmada amistosa en el muslo—. ¿Entonces crees que solo quería invitarme por eso? —pregunto, señalando mi pecho.

—Solo digo que estás estupenda y que los hombres se pirran por ti. No es como en el instituto. Sigues siendo la misma persona. Pero ahora los hombres se han fijado en ti y... ¿Te miras de vez en cuando al espejo y te das cuenta de lo guapa que eres, cielo?

—Solo veo ojeras y a una madre soltera y cansada —respondo, sintiéndome un poco incómoda con el cumplido de Veronica, como cada vez que me hace uno. Quizá es que simplemente me duele el recuerdo de aquella época en el instituto, cuando era una cabeza demasiado baja para mi peso y los chicos se reían de mis michelines. ¿Quizá por eso no puedo verme guapa?

Mi teléfono vibra en la mesa. Agradecida, lo cojo, porque es una distracción bienvenida y no sé qué más decir. Pero cuando leo el remitente y las primeras líneas del mensaje, se me escapa un suspiro de fastidio.

¿Salimos? ¡Quiero tu cuerpo! ¡Mejor ahora mismo! Chris

—Mira esto —digo molesta y le enseño el mensaje a Veronica.

—Ya te lo digo yo: los hombres se pirran por ti. —Veronica se ve confirmada en su opinión y sonríe de oreja a oreja—. Vale, vale, era una broma —añade en tono tranquilizador al notar que frunzo el ceño—. Es un capullo, ignóralo y ríete. Chris no se merece más, después de cómo te ha tratado.

Sé que Veronica tiene razón. Casi siempre la tiene en estas cosas. Pero para mí todo esto es nuevo y no entiendo cómo un exnovio, que simplemente me engañó, puede escribirme un mensaje y pedirme sexo de una forma tan burda después de más de un año y medio.

—¿Puedo añadir algo más? —pregunta Veronica con cautela.

—Por supuesto. Tú, como mi terapeuta, amiga y organizadora de vida, siempre puedes —digo, y esta vez soy yo la que se lleva una palmada en el muslo.

—Ja, ja —replica Veronica, se aclara la garganta un momento y vuelve a ponerse seria—. Solo estoy pensando en voz alta, no quiero presionarte en ninguna dirección —dice, y vuelve a hacer una pausa —. Pero piénsalo: uno te pide sexo sin más, el otro quiere invitarte a cenar y explicarte algo.

—¿A dónde quieres llegar? —pregunto.

—No quiero llegar a nada. —Veronica levanta las manos en señal de rendición—. Solo digo que el padre de tu hijo parece estar interesado en ti...

—Progenitor —la corrijo, sintiendo de nuevo cómo el calor se extiende por mi estómago. Y aun así me pregunto si no tendrá razón. ¿Debería haber escuchado lo que tenía que decir?

Siento literalmente cómo se me eriza el pelo rizado, lo que por supuesto es una tontería, pero la idea me afecta. Sin embargo, ya no puedo deshacerlo. ¿Qué clase de madre soy? ¿Dentro de diez años le diré a mi hijo que su padre quizá quería disculparse, pero que yo lo mandé al infierno? Dios mío, ¿eso me hace tan mala como él?

RRRRRR RRRRRR RRRRRRRR

Miro a mi alrededor y veo a Petey dándole a la rueda a una hora atípica para un hámster y, por primera vez en mucho tiempo, se lo

agradezco, porque por un momento me distrae.

Debería quitarme a ese Alex Rodgers de la cabeza de una vez por todas...

BZZ BZZ BZZ

Esta vez es mi móvil el que vibra, indicando una llamada. Suspiro, porque por un breve instante sospecho que Chris ha pasado a llamarme directamente. Pero una mirada a la pantalla me muestra el número de la tienda de abajo.

—¿Paula? ¿Todo bien? —pregunto preocupada, sabiendo al mismo tiempo que no es así, porque tiene instrucciones de llamar solo si es urgente, ya que sabe que cuando no estoy en la tienda, estoy cuidando de Ben.

—Disculpa, Beth. Llamo solo porque sé que Veronica también está contigo. Y hay un hombre de traje aquí. No hay forma de quitárselo de encima y no para de decir que quiere hablar contigo y...

Ahí está de nuevo: ese calor en la boca del estómago. ¿De verdad Alex es tan descarado como para volver e insistir en hablar otra vez? ¿No he sido lo bastante clara? Al mismo tiempo, siento otra cosa dentro de mí y una parte de mí se siente halagada de que sea tan insistente. Pero intento no dejar que ese otro sentimiento aflore, porque la última vez tampoco me llevó a ninguna parte.

—Voy —digo y colgamos—. ¿Puedes coger a Ben unos minutos, Vero? Creo que está profundamente dormido.

—Sí, pero... —dice, sin entender del todo lo que está pasando mientras le paso a Ben con cuidado.

—Ha vuelto. Alex. En la tienda. Voy a bajar ahora mismo —digo, sintiendo cómo mi corazón martillea salvajemente en mi pecho.

—Beth, estás...

—Lo sé, lo sé. He entendido todo lo que me has dicho. Vuelvo enseguida —respondo.

—No me refiero a eso, tú...

—Puedo con esto. Gracias por cuidar de él —digo de nuevo y les doy un beso en la frente a ella y a Ben. Luego salgo corriendo por la puerta y bajo las escaleras hacia la tienda.

—¡Beth, mírate al espejo! —la oigo gritar, pero ignoro el comentario, suponiendo que quiere dejarme claro una vez más que los hombres me encuentran guapa. *Ropa*, oigo como un fragmento de palabra cuando llego abajo.

—¿Dónde está? —le pregunto a Paula, que me mira con asombro cuando llego y me escudriña de arriba abajo.

Al principio no lo entiendo, pero de repente me doy cuenta de por qué. Estoy aquí, en pantalón de chándal y con un top de flores descolorido a través del cual se me marcan los pezones. Mi pijama, vamos, el que nadie más ve. ¿Quería Veronica decirme lo mismo cuando la interrumpí?

—Ahí —dice, extendiendo la mano, y yo me giro mientras mis mejillas se sonrojan y desearía haber escuchado las palabras de Veronica, que de repente cobran sentido.

El tipo del traje mira a su alrededor, olisquea unas rosas, saca una del recipiente y se vuelve hacia mí.

Pero no es Alex.

Y me odio por sentirme casi un poco decepcionada por ello.

Pero ¿quién es y por qué quiere hablar conmigo? Es guapo, pero no como Alex y... ¡oh, Dios!, ¿de verdad acabo de pensar eso? ¿Todavía me gusta Alex? No puedo estar pensando eso, ¿verdad? Podrían ser hermanos, porque él también tiene esa típica sonrisa de *playboy*, que en su caso me deja completamente fría.

—Jake Smith —dice, acercándose a mí, y su mirada se detiene en mis pechos más tiempo del necesario. Cruzo los brazos protectoramente sobre mi pecho; aunque mi atuendo ya es bastante vergonzoso, no quiero que me desnude con la mirada.

—¿Es usted la dueña? —Me tiende la mano, la cojo brevemente, me da un besamano. Casi como Alex en su día, pero no provoca nada en mí. Retiro la mano y vuelvo a cruzar los brazos.

—¿Qué quiere? —pregunto.

—Tranquila, preciosa dama —dice y se aclara la garganta—. Tengo una propuesta que hacerle que podría gustarle.

—No soy su dama —digo bruscamente.

—Escuche, la cosa es así. Verá como no podrá decir que NO.

Claro que puedo, pienso, mientras escucho lo que este *playboy* de pacotilla tiene que decir y me pregunto si habrá alguna granja donde crían a estos niñatos ricos y engreídos y les meten en la cabeza que el mundo estaba esperando a gente como ellos.

—Bueno, ¿qué piensa? —pregunta, acercando un poco la cabeza. Aspiro su olor, que de alguna manera me recuerda a aguacate podrido y solo quiero que se vaya. Además, la propuesta era sencillamente descarada. ¿Una cita por dinero? ¿Quién se cree que es?

Ahora mismo le voy a enseñar cuál es mi respuesta.

Capítulo 8

Alex

Tengo la sensación de que las calles de Nueva York vuelven a estar crónicamente congestionadas y de que el tráfico avanza a paso de tortuga. Sin embargo, en realidad he llegado hasta aquí en un tiempo récord, me detengo en doble fila frente a la pequeña tienda de Beth, justo al lado del cochazo de Jake, y bajo la ventanilla. Pero el coche está vacío.

Miro apresuradamente hacia la tienda, entrecierro los ojos y me parece ver a Jake dándole un beso en la mano a Beth y...

—Ya voy, ya me muevo —le espeto al conductor que tengo detrás a través del retrovisor, que con el claxon me está dejando muy claro lo que piensa de mi parada. Me encantaría bajarme y cantarle las cuarenta. Y más todavía me gustaría sacar a Jake de esa tienda a rastras y... Los nudillos se me ponen blancos de la fuerza con la que agarro el volante, porque la idea de perder a Beth y la tienda a manos de Jake simplemente me vuelve loco. Lo de Beth, incluso un poco más de lo que estoy dispuesto a admitir. En general, no

soporto la idea de que él gane. Debería ser yo quien gane. Siempre ha sido así y así tiene que seguir siendo, joder.

Unos cien metros más adelante encuentro un pequeño hueco para aparcar en esta ciudad en la que la falta de aparcamiento es crónica. Consigo meter el Bentley a duras penas, lo que, por supuesto, me vale unos cuantos bocinazos y gestos vehementes del coche que tengo detrás. Pero me da igual, porque tengo cosas mucho más importantes que hacer.

Me bajo a toda prisa, corro hacia la tienda y me pregunto si Jake la habrá camelado. La idea es difícil de soportar y me imagino separándolos, apelando primero a la conciencia de Beth y luego agarrando a Jake por el cuello y...

No, eso es una gilipollez monumental. Solo conseguiría que me echara una mirada aún más fulminante. Tenía que hacer algo, pero no sabía el qué. Quería ir a por todas: a por la tienda y a por Beth.

Pero tal vez... Me detengo, porque la puerta de la tienda se abre justo cuando estoy a pocos pasos de ella. Jake sale. Solo. Me ve, me lanza una mirada hosca y se frota la mejilla enrojecida.

Por dentro, suelto varios gritos de júbilo. Le ha dado una bofetada. Beth es simplemente genial, es...

Entonces recuerdo que a mí también me empujó al principio y después acabamos en la cama. Quizá estoy cantando victoria antes de tiempo.

—¿Buena charla? —pregunto a pesar de todo y sonrío de oreja a oreja, porque quiero parecer lo más seguro posible de mi victoria ante Jake.

—Espero que a ti te pegue aún más fuerte. Es un hueso duro de roer, la tía —dice, esta vez sorprendentemente parco en palabras; camina hacia su coche y se va sin decir nada más, lo cual no es nada propio de él.

Respiro hondo y noto cómo me tiemblan un poco los dedos. ¿Es posible que esté nervioso por volver a enfrentarme a ella, porque no sé qué pasará? En realidad, eso no me ocurre con ninguna mujer. Pero Beth...

Sí, ella es simplemente diferente. Fogosamente diferente, y eso me gusta. Pero quizá tenga que acercarme a ese fuego poco a poco para recuperarlo. Quizá el típico patrón de conquista no funcione con ella. Si no recuerdo mal, hace un año ya fue así. Así que, ¿por qué iba a ser diferente ahora?

La mejilla roja de Jake era un claro ejemplo. Tal vez debería tomármelo con más calma. Con más cuidado. Vuelvo a respirar hondo, subo los tres pequeños escalones y abro la puerta de la tienda.

Al entrar, me pregunto por qué lo hago, en realidad, porque el intento de Jake no ha tenido éxito y, básicamente, solo he venido para impedírselo. Así que, en el fondo, ya no hay nada que hacer por mi parte. Pero, sin embargo, he entrado en la tienda como si me controlaran a distancia y...

¡Oh, mierda!

Cuando nuestras miradas se cruzan, tengo la sensación de que me quedo sin aliento por un momento. Está ahí de pie con un top de flores algo dado de sí por los bordes, a través de cuya fina tela se traslucen los maravillosos pezones de sus aún más maravillosos

pechos. Me viene a la mente lo que hice con ellos el año pasado y siento cómo el mero pensamiento ya me pone bastante a tono.

Lleva un pantalón de chándal y los pequeños mechones de su pelo salvaje y rizado apuntan en todas direcciones. Tengo que admitir que rara vez un conjunto de estar por casa me ha parecido tan sexi.

Pasan los segundos mientras nos miramos sin que ninguno de los dos diga nada.

—¿Qué quieres? —pregunta Beth, cruzando los brazos sobre el pecho—. ¿Poner también diez mil dólares sobre la mesa por una cena y la tienda?

—¿Qué...? ¿De qué hablas? —pregunto, desconcertado.

—Ah, vamos. No es ninguna casualidad que aparezcas aquí justo después de ese tal Jake, que me ha puesto diez mil dólares sobre la mesa si se queda con mi tienda y sale a cenar conmigo. ¿Sois hermanos? ¿Socios? ¿O amigos con derecho a roce?

No puedo evitarlo, su último comentario me hace reír.

—Jake es... —me detengo. ¿Qué le digo? No quiero mentir. Pero tampoco quiero contarle directamente que yo también estoy interesado en la tienda y que de ninguna manera quiero que Jake se la quede. Entonces seguro que volvería a mandarme a paseo. Y no quiero eso. Prefiero mucho más disfrutar de esta imagen de ensueño.

Quizá funcione el arte de la omisión. Decir poco, pero ceñirme a la verdad.

—Nos conocemos de hace tiempo. Trabajó para mí y...

—Entonces ha aprendido de ti sus malos modales —me interrumpe, cosa que le agradezco.

—Ya le has dado una respuesta adecuada —digo, sonriendo un poco y observando con agrado cómo se dibuja también una sonrisa en sus labios, así que me acerco a ella con cautela unos pasos.

—Le he dicho que done los diez mil dólares a la protectora de animales y que me deje en paz.

—Buena idea —respondo—. Las protectoras deben de estar a rebosar. Si no, no me explico que alguien haya dejado hoy un gato herido en mi puerta.

—Hay mucho cabrón suelto por el planeta —dice, mirándome directamente. La doble intención de sus palabras es innegable.

—Sobre lo de hace un año... —empiezo—. Déjame terminar, por favor —le ruego cuando ella levanta el dedo índice, niega con la cabeza y da un paso hacia mí, y puedo ver cómo se le sonrojan las mejillas.

—Tienes diez segundos —espeta, cruzando los brazos y plantándose justo delante de mí.

—Mi asistente me atrajo a la oficina con un pretexto. Una supuesta emergencia. Una nimiedad con mi helicóptero. Cuando volví, te habías ido. Y mi asistente quería acostarse conmigo y...

—Se acabó el tiempo. ¿Esa es tu explicación? ¿Que te follaste a tu asistente? —pregunta bruscamente, mirándome con incredulidad. La

entiendo: ¿por qué demonios no voy al grano? ¿Por qué parece que me quedo sin palabras en su presencia?

—No. No tuvimos sexo. La despedí en el acto y contraté a un asistente masculino y... —trago el nudo que tengo en la garganta, me acerco un poco más a ella y la miro directamente—. He pensado mucho en ti. En nuestra noche y en lo maravilloso que fue. Siento que tuviera que terminar así.

Beth no dice nada. Se queda ahí, como si le hubiera caído un rayo encima, sin mostrar ninguna reacción. No sé exactamente qué espera ahora ni qué espero yo de ella, así que simplemente sigo mi instinto. Me acerco lentamente a su maravilloso rostro, aspiro su aroma. Nuestros labios están a solo unos centímetros y...

—No puedo... —susurra.

Me detengo, la miro y me aparto lentamente.

—Lo siento, es que yo... —empieza ella.

—Lo siento yo. He sido demasiado lanzado. Discúlpame —digo y retrocedo dos pasos para restablecer la distancia que había entre nosotros.

No ha querido besarme, pero hay algo ahí. Lo veo en su mirada. Parece estar luchando internamente consigo misma y no sé por qué. ¿Qué le atormenta? ¿La he herido tanto? ¿O hay algo más detrás?

—¡Sal conmigo! ¡Esta noche! —Las palabras salen de mi boca antes de que pueda pensarlo. *Genial, Alex. Ahí tienes tu «tómatelo con calma».*

—Por favor —añado. ¿De verdad estoy suplicando una cita con ella? ¿Me he dejado la virilidad en la puerta?

—Solo una cena. Como disculpa por lo de entonces —añado de nuevo, porque Beth sigue sin decir nada y se limita a mirarme fijamente.

—Yo... tengo que aclarar una cosa. Todavía hay entregas en línea... Mi ayudante y... Veronica. Además... Yo... Quiero decir, el piso de arriba, no está ordenado y... —balbucea Beth.

Las palabras inconexas que salen de su boca me hacen sonreír. Está nerviosa. Resulta tierno. Debería darle tiempo para aclarar lo que sea que quiera aclarar. Al menos no me ha dicho a la cara que no quiere volver a verme nunca más. Comparado con nuestro primer encuentro en esta tienda, es un progreso bastante grande.

—Toma —digo, girando el cuaderno de notas que hay en el mostrador a su lado y escribiendo mi número en él con el bolígrafo. Luego me vuelvo hacia ella y no puedo evitarlo: le acaricio la mejilla con cuidado con el dedo índice. Ella me lo permite y siento cómo ese contacto vuelve a excitarme.

—Tómate el tiempo que quieras y aclara lo que sea que tengas que aclarar. Llámame y cenamos. Cuando tú quieras.

Beth no dice nada. Solo asiente en silencio.

Entonces levanto la mano a modo de saludo y me siento raro. Pero si me acerco a ella de nuevo, no quiero solo darle un beso en la mejilla, quiero estamparla contra una pared y...

—Será mejor que me vaya ya —digo con tono mecánico, intentando apagar las películas que me monto en la cabeza. Beth asiente de nuevo. Me doy la vuelta y salgo de la tienda, y no sé muy bien si he dado un paso adelante o más bien tres hacia atrás.

Capítulo 9

Beth

Se ha disculpado y... —niego con la cabeza, me detengo y acuno al dormido Ben en mi brazo, en mi sofá de arriba, en mi piso, mientras todo me vuelve a pasar por la cabeza.

Me he quedado unos segundos clavada en el sitio mirando la puerta por la que Alex ha desaparecido, y me he preguntado cómo he podido perder tan rápido la compostura con ese hombre.

—Pero eso es bueno, cariño —dice Veronica—. Eso es justo lo que siempre has querido, ¿no? —Hace otra pausa—. Querías añadir algo más. ¿Qué ha pasado?

—Casi nos besamos y... —Veronica se lleva la mano a la boca, asustada, y yo la miro a sus ojos grandes—. Lo sé, lo sé. He frenado a tiempo. Pero me ha invitado a cenar y quizá tengas razón y no debería ir y...

—Yo no he dicho eso, cielo. Solo me he quedado tan pasmada. Tan contenta. Ay, no sé. Pero suena tan bien que el padre de tu hijo quiera besarte y salir contigo, ¿no?

—Sí, de algún modo —murmuro, y luego le cuento a Veronica mis excusas disparatadas para las cosas que supuestamente aún tengo que arreglar. Pedidos online inventados, mi ayudante y mi piso desordenado—. ¿Soy ahora yo la que construye una posible segunda oportunidad sobre una mentira? —le pregunto a mi amiga—. Y, más importante aún, ¿quiero siquiera esa segunda oportunidad?

—Beth —dice Veronica, se acerca, me pone la mano en la rodilla y con la otra acaricia la mejilla sonrosada de Ben, que sigue durmiendo en mis brazos.

—Te conozco desde hace mucho y, durante el embarazo y desde que Ben vino al mundo, te he oído más de una vez decir lo mucho que te gustaría que tuviera un padre. Y ahora no es que cualquier hombre quiera salir contigo, sino justo ese hombre. El padre de tu niño.

—Sí, pero quizá solo quiera volver a embaucarme como entonces y luego tirarme a la basura otra vez. ¿Y si caigo dos veces en lo mismo?

—Te hago la pregunta al revés: ¿Cómo te vas a sentir si le dices que no y no vuelve a preguntar?

Siento un mal presentimiento en la boca del estómago cuando paso la mirada de Veronica a Ben y le acaricio la cabeza. ¿Cómo podría explicárselo alguna vez? Si no lo hago por mí, al menos por él. Claro que siempre he querido que tuviera un padre. ¿Pero tiene que ser de verdad el hombre que me mandó a paseo al más puro estilo playboy? Por otro lado, dijo que fue un malentendido, una supuesta urgencia. ¿Pero será verdad?

—No voy a decirle que tenemos un hijo en común. No quiero compasión ni nada por el estilo, y quizá solo quiera cenar conmigo por... Había también ese otro tipo que me ofreció dinero por la tienda. Quizá no quiera nada de mí y solo quiera el negocio.

—¿He escuchado entre líneas que quizá sí quieres ir? —dice Veronica, sonriendo.

—Sí, pero... —empiezo, pero esta vez es un suspiro sonoro del dormido Ben lo que me hace detenerme.

—¿Ves? —susurra Veronica, con una sonrisa, cuando Ben vuelve a calmarse y gira su cabecita dulce hacia el otro lado—. Ben también opina que no deberías darle tantas vueltas. Pero en serio: si te preocupa que esté tramando algo, pregúntaselo sin más.

—No entiendo por qué aparece precisamente ahora y quiere sacarme a cenar —murmuro para mí, más para mí que para Veronica —. Siento que la curiosidad pesa más y que me arrepentiría de decir que no. Pero por otro lado no tengo claras sus motivaciones, y que casi haya dejado que me besara me da miedo. Y se me aflojan las rodillas solo de pensarlo. Dios, ¿qué es lo que despierta este hombre en mí, incluso después de cómo me ha tratado?

—Quizá simplemente le gustas —dice Veronica y me saca de mis pensamientos.

—¿Quieres decir...?

—Quiero decir que quiere ir a cenar contigo aunque ahora mismo tu pelo esté lejos de estar perfecto —empieza Veronica, y yo me llevo la mano al pelo de forma instintiva y noto, sin necesidad de espejo, que mi melena rizada pide a gritos un peine.

Veronica continúa: —Además, tu camiseta tiene manchas de leche, que quizá no haya identificado como tales, pero al menos las habrá visto, igual que los pezones marcadísimos y...

—Dios mío —se me escapa, y noto cómo me suben los colores cuando bajo la mirada y veo que tiene toda la razón—. Es tan jodidamente embarazoso. Si pienso que quería besarme aun con el pelo hecho un asco y la camiseta manchada, entonces... sí, ¿entonces qué? Ni yo misma sé muy bien qué pensar de eso.

—¿No puede ser simplemente que le gustas? Quiero decir, quizá le guste tu carácter. —Veronica me mira con una sonrisilla—. Claro, tu cuerpo también, y tus pezones seguro que han sido un punto a favor y...

—Eres imposible —digo, me echo a reír y le doy un azote de lado en el culo, empujándola un poco para apartarla.

—En serio, Beth. ¿Te acuerdas del instituto? Te morías porque los chicos no fueran crueles contigo, sino que te vieran como a una chica. ¿Y ahora? Ahora quiere salir contigo prácticamente el tío más atractivo —y además rico— que ha entrado en tu tienda, y además después de que la primera vez lo despacharas de forma brusca. Vale, se lo tenía merecido después de aquella espantada, pero su explicación también podría ser cierta, ¿no?

—Mh-hm —murmuro y miro a Veronica directamente a los ojos. Podría tener razón. De hecho, suele tenerla bastante a menudo en estas cosas.

—Pero esta noche tienes turno de noche y no puedo...

—Shhhh —dice Veronica, y me pone el índice en los labios—. Una compañera aún me debe un favor. Seguro que me cubre el turno. Le escribo y luego acostaré al dulce Ben en su cunita mientras tú te sacas un poco de leche y te arreglas, de modo que a ese Alex se le salten los ojos cuando venga a por ti.

—Gracias —murmuro, emocionada, y noto cómo se me humedecen los ojos de emoción, porque Veronica es sencillamente la mejor amiga del mundo.

—No llores, cariño. Estoy aquí para ti, te lo prometí y lo cumplo —susurra Veronica, me rodea con un brazo y me da un beso en la mejilla a mí y luego a Ben—. Para los dos.

—Eres la mejor —digo y le devuelvo el besito.

—Ahora vamos a mirar tu armario. ¿Tienes un vestido negro clásico o quizá uno rojo con un escote generoso?

—Tengo. Pero de antes de dar a luz, ni idea de si me siguen quedando. ¿Pero de verdad quiero que piense que soy presa fácil?

—Al contrario, Beth. Que se dé de cabezazos por cómo te trató entonces. Haya sido a propósito o no. Eres increíble y que lo vea bien claro.

Sonrío y la vuelvo a abrazar después de dejar con cuidado a Ben en el moisés. A veces daría lo que fuera por poder ver el mundo con los ojos de Veronica. Pero tenerla a mi lado ya me ayuda. Sin ella... mi vida no sería la misma. Especialmente desde que Ben vino al mundo y me ayuda como nadie.

—Entonces le escribo ahora —digo, y noto lo nerviosa que sueno mientras cojo la notita de la cómoda y el móvil con la otra mano.

—Todo irá bien —dice Veronica y me guiña un ojo con cariño.

—Enviado —añado, y veo enseguida que está en línea y que está escribiendo una respuesta, que entra al instante.

—Me recoge a las 19:00 abajo, en la tienda —leo en voz alta y noto cómo se me aflojan las rodillas.

—Pues vamos a mirar el armario y...

—Primero, sacarme leche —replico, voy a la cocina y le escribo enseguida —OK— de vuelta, para que Alex sepa que estoy de acuerdo. Y me vuelve a rondar la cabeza si debería contarle lo de Ben o no. Quizá debería simplemente esperar a ver cómo evoluciona todo.

—¿Pero y luego qué? ¿Decidir sobre la marcha? ¿Está bien ir a cenar con el padre de mi hijo cuando quiere disculparse y, al mismo tiempo, ocultarle un secreto enorme?

Capítulo 10

Alex

La tarde en la oficina se me hizo eterna. Los informes de gestión en mi pantalla y las decisiones que había que tomar en las reuniones no me interesaban lo más mínimo. Asentía con la cabeza en los momentos oportunos, cuando alguien me miraba fijamente durante demasiado tiempo, para dar la impresión de que estaba reflexionando intensamente.

Pero, en realidad, mis pensamientos estaban en el encuentro con Beth, que parecía brillar con luz propia incluso con su ropa de andar por casa. Y no lo digo solo por los pezones que se le marcaban debajo. Sin embargo, sabía que precisamente ese aspecto lo complicaría todo. Porque no solo la quería a ella. También quería su tienda y, sobre todo, quería ganarle a Jake. Iba a ser difícil y todavía no tenía ni idea de cómo podía explicárselo de la forma más comprensiva posible. ¿Tal vez sería mejor no mencionarlo durante la primera cena?

Al menos, si es que llega a haber una cena, porque Beth aún no me había escrito.

Así que me abalanzaba sobre el móvil cada vez que emitía un sonido. Ya fuera en una reunión o, poco después, en mi despacho.

Pero las dos primeras veces había sido Jake, que se limitó a escribir:

¿Qué, ya te la has tirado? ¿O te ha soltado una hostia?

Preferí no responder, porque no sería la primera vez que mis mensajes, con la amenaza de la paliza que sin duda se habría merecido por este, acabaran en la prensa. Me costó un gran esfuerzo no escribirle, pero al menos iba aprendiendo algo.

El segundo mensaje era de un número desconocido. Ya sentía la emoción crecer dentro de mí. ¿Beth?

Pero solo era uno de mis muchos ligues, que esperaba repetir nuestra aventura sexual porque, según escribió, su marido acababa de dejarla y necesitaba amor urgentemente. La foto desnuda que acompañaba al mensaje subrayaba su necesidad de forma impresionante.

Y, he de admitir que el cuerpo no estaba nada mal y hasta me sorprendí un poco a mí mismo, porque ni siquiera se me pasó por la cabeza rechazarla y simplemente borré el mensaje. No me interesaba en lo más mínimo. Antes no habría dejado pasar una oportunidad así.

¿Me estaba obsesionando demasiado con este asunto? ¿Y si Beth no me escribía? ¿No me habría venido bien una pequeña distracción con la rubia de la foto?

PIP, PIP, PIP.

Mi móvil suena de nuevo. Por una fracción de segundo, pienso en ignorarlo y me propongo que, si es otra conocida del pasado, voy a permitirme una distracción. Al fin y al cabo, hasta ahora siempre me han divertido.

Pero en cuanto le echo un vistazo al mensaje, el pensamiento de hace un momento se esfuma, pues esta vez también es un número desconocido. Pero esta vez es Beth. Y escribe:

Soy Beth. Si tu oferta sigue en pie, vamos a cenar.

Miro rápidamente el reloj, mis dedos vuelan sobre las teclas y respondo de inmediato:

Te recojo a las siete delante de tu floristería.

Miro la pantalla con nerviosismo, esperando la respuesta. Veo que está en línea. Pero no responde. Los segundos pasan y me pregunto si debería enviarle un breve *¿OK?*. Pero ¿no me haría parecer débil? ¿Significaría que estoy esperando su aprobación? Vale, eso es exactamente lo que estoy haciendo y me siento ridículo.

Entonces el indicador de *en línea* desaparece y me pregunto qué significa eso. Pero todo sucede muy rápido. Beth vuelve a estar en línea, escribe y aparece un mensaje que me dibuja una sonrisa en la cara.

OK

Eso es todo. Pero me basta para que, al pensar en nuestra experiencia juntos en mi mansión y en sus pezones bajo la camiseta, se me vuelva a poner dura.

—Eric —digo, después de haber pensado en los siguientes pasos y, acto seguido, pulsar el pequeño botón de marcación rápida para llamar a mi asistente.

—¿Sí, señor? —responde.

—Consiga un vestido de noche rojo en la mejor boutique de la ciudad. Ni demasiado sexi, ni demasiado sobrio. Talla 36. Haga que lo envíe un mensajero a... —me detengo, trasteo con el móvil para encontrar la tienda de Beth en Google Maps.

—¿La tienda de la calle Cuarta? —pregunta.

—Exacto —digo sonriendo, encantado de que mi asistente sea un tipo tan espabilado que sabe simplemente lo que quiero.

—¿Señor?

—¿Sí, Eric?

—Quiero decir... no es ningún problema, pero...

—Suéltelo de una vez —lo animo.

—¿Está seguro de la 36? A lo mejor usa una 34 y se lo toma a mal.

—Estoy seguro —digo, y pienso en la cantidad de cuerpos desnudos que he tenido sobre mí, debajo de mí y en cualquier otra postura, y en la ropa con la etiqueta de la talla que he visto después tirada por el suelo.

—De acuerdo, jefe —dice, y colgamos.

Satisfecho, doy un par de vueltas en mi silla giratoria y disfruto de las vistas del centro de Manhattan cada vez que entran en mi campo de visión en mi particular viaje en carrusel, y tengo que admitir que estoy sencillamente contento. Estoy deseando ver a Beth, ir un paso por delante de Jake y disfrutar de la cena.

El resto de la tarde pasa volando y, justo cuando me dispongo a irme a casa para arreglarme, mi teléfono vuelve a sonar.

—Eric. En serio. Es una 36 —digo, al ver que es mi asistente quien me llama—. Y si ahora me dice que tiene sus dudas, le diré que el tiempo apremia.

—No es eso, jefe. Ya he tramitado todo. Es… —hace una pausa—. Es ÉL, en la línea cuatro.

—Gracias —digo, pulsando el botón junto al cuatro, cuya pequeña luz roja no había notado antes.

—¿Qué quieres? —espeto, saltándome el saludo.

—No has respondido, Alex. Tenemos una apuesta entre manos y no está bien dejar al otro en la incertidumbre.

—¿Y tú eres el que respeta las reglas del juego? —pregunto, sintiendo cómo se me arquea la ceja izquierda.

—Solo quiero que sepas que voy a volver a pasarme por allí hoy y entonces voy a…

—Quédate donde estás. Estoy en el juego y esta noche ceno con ella —lo interrumpo, sintiéndome al mismo tiempo un poco mal por referirme a Beth como un juego, porque… sí, ¿por qué en realidad?

Joder, ¿puede ser que de verdad me importe?

—Ah, si es así, mejor voy para allá ahora mismo —dice Jake, y casi puedo oír la malicia en su voz.

—¿Eres tú el gilipollas que acaba de recordarme las reglas de una apuesta y ahora las rompe? ¿Tengo que recordarte que se deja en paz al oponente cuando puede marcarse un tanto? Esas eran nuestras reglas para cualquier apuesta, ya desde que trabajabas para mí.

—Como ves, las cosas cambian. Ya no trabajo para ti y la tienda de la calle Cuarta y la chavala son mías y yo…

—No eres más que un gilipollas —espeto, miro de nuevo el número en la pantalla y cuelgo el auricular de un golpe.

El número en la pantalla era el de su oficina. Sé exactamente dónde está y calculo que tardará una media hora en llegar a la tienda de Beth. Y eso solo con buen tráfico. Yo, en cambio, puedo llegar antes.

Me salto el desvío a casa; la cena no será de esmoquin y tendré que conformarme con mi traje de negocios habitual. Si eso ayuda a que llegue antes que Jake y pueda llevarme a Beth, me parece bien.

******

—¿Quién es mi niño de oro? ¿Quién es mi niño de oro? —oigo a una mujer decirle con voz aguda a un bebé que acuna en sus brazos, mientras entro en la tienda de Beth. Aparte de ella, yo y el bebé en sus brazos, no hay nadie más.

Se detiene al verme y me mira consternada y… ¿Puede ser que esté intentando esconder al bebé y lo deje apresuradamente en el moisés? ¿Qué tiene de malo que la empleada de Beth se traiga a su bebé?

—Usted… ¿es usted? —me pregunta, y sus mejillas parecen enrojecer.

—No sé a quién se refiere, pero sí, soy yo —digo sonriendo.

—Quiero decir, ¿es usted Alex? —pregunta, frotándose los ojos con nerviosismo.

—Ese soy yo. ¿Le ha hablado Beth de mí? —pregunto, acercándome a ella y mirando por encima del mostrador hacia el cochecito donde el bebé, a juzgar por el color del pelele es un niño, balbucea.

—Qué niño más mono tiene usted —digo, y no puedo evitar sonreír porque el pequeño me mira, sonríe y parece como si me tendiera su manita.

—Hola, tú —digo, extendiendo mi dedo índice para que nuestras manos se toquen. Está calentito y su piel es maravillosamente suave.

—Un niño de oro, como usted decía —replico—. ¿Cómo se llama?

—Veronica —responde, y parece como si estuviera en estado de shock.

—No pasa nada. Ya dejo de tocar a su hijo. Disculpe —contesto—. Y no le diré a su jefa que ha traído a su hijo al trabajo, si es por eso.

—No es eso, es… —se interrumpe y mira hacia la escalera por la que desapareció Beth la primera vez—. Oh, ahí estás. Ya está aquí —dice con la cara sonrojada y señalándome.

Entonces Beth aparece en mi campo de visión. Lleva un vestido negro y mi mundo se detiene por un momento. Está…

Preciosa.

Y el vestido le queda perfecto. El escote es clásico, no demasiado sexi, muestra un poco, pero no demasiado, y resalta sus curvas de una manera elegante. Y sus rizos negros, bien peinados… son increíbles.

—Hola —digo, sonando casi como un adolescente inseguro, y me aclaro la garganta—. Estás guapísima.

—Tú también —dice Beth, y mira un poco insegura de mí a Veronica y al bebé.

—He llegado pronto, pero ¿te importa si nos vamos ya? —pregunto, rompiendo el silencio.

—No, no hay problema. Solo… necesito que alguien me suba del todo la cremallera del vestido —dice, e intenta girarse hacia Veronica.

—De eso me encargo yo —digo—. Así tu empleada puede cuidar de su hijo.

—No es mi empleada. Solo una amiga que me ayuda y… —las dos intercambian una larga mirada, mientras Veronica vuelve a coger al adorable niño en brazos.

—Genial que cuide de tu tienda a pesar del bebé. Gracias, Veronica —le digo. Ella solo asiente en silencio y sigue pareciendo un poco apurada.

Entonces Beth se gira hacia mí, aspiro el aroma de su perfume, mezclado con el olor natural de su piel. Simplemente maravilloso. Resisto el impulso de besarla y acariciarla en el cuello allí mismo y le subo la cremallera los diez centímetros que le faltan por su hermosa espalda.

—¿Lista? —pregunto cuando se da la vuelta y veo que también sus mejillas están sonrojadas. Le ofrezco mi brazo para que se agarre.

—Lista —dice y se engancha a mi brazo.

—Pues vamos allá —digo y me giro una vez más—. Y gracias por cuidar de todo, Veronica. Tiene usted un niño estupendo.

Veronica solo asiente y me parece que Beth tiene prisa por salir de la tienda, y no solo yo porque no quiero cruzarme con Jake.

—Por cierto, ¿recibiste el vestido rojo que te…? —pregunto mientras le abro la puerta del copiloto de mi coche.

—Sí. Demasiado grande —dice y sonríe.

—Entonces mi asistente debió de entender mal la talla —invento rápidamente, le tiendo la mano y siento cómo pequeñas descargas recorren mi brazo cuando nuestros dedos se tocan y ella sube al coche.

—No pasa nada. Fue un detalle por tu parte. Pero tengo otros vestidos —responde y me regala una sonrisa. Al cerrar la puerta, me

propongo hacerle más caso a su recomendación la próxima vez, pero pienso aún más en la mujer de mi coche, que no le da ninguna importancia al asunto. El estereotipo de mujer con el que suelo salir me habría llamado gritando y llorando al teléfono: «Talla 36. ¿Me tomas por una zorra gorda?».

Beth no era una de esas mujeres, era…

Sí, ¿qué era ella para mí exactamente?

En realidad, todo esto debería ser solo un medio para un fin. Para una nueva sucursal. Pero de alguna manera, sabía que se iba a complicar mucho más.

******

—Estaba todo delicioso. Gracias —dice Beth y le dedica una amable sonrisa al camarero mientras retira los platos vacíos de nuestro plato principal.

—¿Postre? —pregunta él, a lo que Beth y yo decimos que sí al mismo tiempo, luego nos miramos y sonreímos, lo que resume bastante bien el transcurso de la noche: compañía agradable, buenas conversaciones, muchas risas y alguna que otra vez ha parecido un coqueteo desenfadado. Maldita sea, pensaba que si la conocía mejor podría volver a centrarme en los negocios.

Pero era aún peor que hace un año. De Beth parecía emanar una fuerza invisible que me atraía cada vez más a su hechizo cuanto más hablábamos. Me enteré de cómo se había hecho cargo de la floristería y, de hecho, me sentí un poco miserable al enterarme de tanto y que además hablara del Grupo ARS, mi empresa y las ofertas

de adquisición, y yo no dijera nada porque no quería arruinar el momento ni destruir la armonía.

—Les traigo la carta —dice el camarero, pero ninguno de los dos le dirige ya una mirada. En lugar de eso, nos miramos largamente, como si no pudiéramos saciarnos de los ojos del otro.

Joder, tengo que contenerme, cambiar de tema y, de alguna manera, mantenerme centrado. Estamos sentados en un rincón acogedor de uno de los mejores restaurantes italianos de la ciudad, y la forma en que Beth comió los linguine fue una maravilla. Además, el suave aroma del restaurante, que huele como una mezcla de brisa marina y casco antiguo, te hace pensar que de verdad estás sentado en un callejón de Italia. La suave música italiana de fondo no hace más que reforzar esa impresión y no me importaría lo más mínimo coger su mano junto a su copa, atraerla hacia mí y decirle que quiero continuar justo donde lo dejamos el año pasado. Pero no puedo. Tengo que mantenerme centrado.

—Tu amiga. Esa Veronica —empiezo, cuando se me ocurre un buen tema, a lo que la mirada de Beth cambia y parece casi un poco asustada—. ¿Cría a su hijo sola? ¿Tiene marido?

Beth me mira un momento sin expresión, como si sopesara bien sus palabras. Pero entonces sonríe de lado e inclina ligeramente la cabeza. —¿Por qué lo preguntas? ¿Quieres invitarla a cenar a ella también y comparar?

—¡Por el amor de Dios! —digo y, por instinto, cojo su mano por encima de la mesa. Solo cuando la sujeto me doy cuenta de lo que estoy haciendo, pero noto que Beth no retira la mano y se limita a mirarme—. Solo quería hacer una pregunta sobre tu amiga. —Vuelvo a hacer una pausa y la miro directamente a los ojos—. Solo quiero

salir contigo —susurro a continuación y añado—: Y creo que, de todas formas, no se me dan bien los niños.

No sé qué he hecho, pero parece que Beth está a punto de llorar, porque retira la mano y se seca el ojo izquierdo con la servilleta limpia.

—¿He dicho algo malo? No quería decir que no quiera tener hijos, solo que no tengo experiencia y… —digo, intentando arreglar lo que sea que le haya provocado.

—No pasa nada, solo me ha llorado un ojo. Me pasa a veces. No te preocupes —dice Beth, forzando una débil sonrisa—. Se me han quitado las ganas de postre. ¿Podríamos irnos ya?

—Como quieras —digo, pero mi sensación de haber dicho algo equivocado no hace más que aumentar. Beth asiente de nuevo para confirmar su deseo, echa la silla hacia atrás y nos levantamos.

Pasamos en silencio por la barra, donde pago la cuenta con mi tarjeta de crédito. El aparcacoches nos trae el coche y me entrega la llave.

Cuando Beth ya ha abierto la puerta y va a entrar, me armo de valor y le pongo la mano en el hombro.

—Oye —digo cuando se detiene y nos miramos.

—Si he dicho algo inapropiado, por favor, discúlpame. Solo quería ser amable y pensé que, si Veronica es madre soltera, debe de ser muy duro y…

Ahí está de nuevo, esa mirada vidriosa y la sensación de que lo estoy empeorando todo, y aun así sonríe. —Ya lo he olvidado —dice.

—Pero yo no lo he olvidado —susurro y echo por la borda todos mis propósitos de tomármelo con calma—. No he olvidado lo del año pasado. Ni un segundo. Y me arrepiento de que terminara.

Las mejillas de Beth se sonrojan mientras mi cara se acerca a la suya. Esta vez no retrocede. Ni siquiera cuando nuestros labios se encuentran, lo que se siente como el cumplimiento de un deseo largamente anhelado que ni siquiera sabías que tenías.

Nuestras lenguas juegan, me acerco a ella, quiero sentir su cuerpo contra el mío y la presiono suavemente contra mi coche. No quiero que esto acabe.

Pero acaba.

De forma bastante abrupta, de hecho.

Porque de repente siento una mano entre nosotros. La mano de Beth.

Me aparta de ella con suavidad pero con firmeza y, cuando me mira, vuelve a tener esa mirada vidriosa de antes. ¿Qué le pasa? ¿Acaso no le he dado la sensación, con palabras y hechos, de que todo está bien?

—Lo siento, Alex. Ha sido una noche estupenda. Pero voy a coger un taxi para volver a casa —me explica y se da la vuelta para marcharse.

Perplejo e incrédulo, me quedo unos segundos de pie, procesando sus palabras. Nunca me había pasado algo tan extraño. ¿Primero se deja besar y luego me deja plantado?

—Beth. Espera un momento, yo… —empiezo, mientras ella sube al taxi que hay detrás de mi coche.

—Lo siento —dice Beth y esboza una sonrisa forzada mientras cierra la puerta y el taxi se pone en marcha. Sigo con la mirada las luces traseras y no entiendo nada.

Hasta hace un momento, pensaba que todo iba perfecto.

Ahora, sin embargo, no sabía si debía seguirla, escribirle u olvidarla.

¿Qué había salido mal?

Capítulo 11

Beth

Vaya, ¿ya has vuelto? —me pregunta Veronica en cuanto entro en el piso y dejo las llaves en la pequeña cómoda que hay junto a la puerta.

—¿Todo bien con Ben? ¿Ha pasado algo? —le pregunto, intentando cambiar de tema, ese que me ha estado persiguiendo todo el trayecto en taxi hasta aquí.

Me ha besado. Alex, el padre de mi hijo, me ha besado. Y yo se lo he permitido.

No, mejor dicho: yo quería y tuve la sensación de que me derretía literalmente cuando nuestras lenguas se tocaron y él apretó su cuerpo cálido y fuerte contra el mío. Lo deseaba tanto y, sin embargo, una voz en mi cabeza gritaba que no podía hacerlo, que estaba yendo demasiado lejos, porque él no sabe nada del niño. De nuestro hijo. Él mismo dijo que no es la figura paterna por excelencia, aunque luego intentara matizarlo. Y, a pesar de todo, me vine abajo y en el taxi me enfadé conmigo misma por lo fácil que me

había resultado caer rendida a sus pies. Una cena, una mirada intensa, y fui cera en sus manos. Pero ¿por qué?

—¿Hay alguien ahí, Beth? ¿Estás aquí? —pregunta Veronica, agitando la mano delante de mi cara.

—Sí..., eh..., ¿qué decías? —balbuceo, intentando apartar esos pensamientos.

—He dicho que no has estado fuera ni tres horas y que Ben no se ha despertado ni una sola vez desde que lo acosté. No he tenido que calentar ningún biberón ni ha pasado nada especial. —Entonces se detiene y me mira con la cabeza ladeada—. Venga, cuenta. ¿Qué tal ha ido? ¿Y qué haces ya aquí? ¿No iba a invitarte a un *café* en su casa? ¿O ha sido precisamente ese el problema? —Al decir «café», dibuja unas comillas en el aire, con lo que queda claro a qué se refiere.

—Ha estado... bien —digo tras dudar un momento, y es verdad. Incluso más que eso. La conversación durante la cena, el ligero flirteo, las risas. Ha sido genial. Me lo he pasado muy bien y, aun así, tengo la sensación de que con el beso lo he complicado todo.

—¿Tan mal? ¿Un «*ha estado bien*» no es otra forma de decir «*ha sido una mierda*»? —pregunta Veronica, preocupada. Se ve que me nota que algo no va bien. Siempre he sido un libro abierto para ella. Ya en el instituto se daba cuenta enseguida si algo me agobiaba. ¿Por qué iba a ser diferente esta vez? ¿Y por qué dudo tanto en confesarle a Veronica lo que ha pasado?

Lo sé: porque me avergüenzo un poco.

—No. Ha estado muy bien, de verdad. Hemos charlado a gusto, la comida estaba rica, ha sido educado, ha sabido escuchar y... —Vuelvo a callarme.

—Entonces ha pasado algo, ¿no? —pregunta Veronica con dulzura, poniéndome una mano en el hombro con gesto protector.

—Me ha dicho que tiene que ser duro que críes a TU hijo sola. Cree que Ben es tu hijo.

—Sí, lo siento. En la tienda ya no supe qué decir. No quería desvelar nada —dice Veronica, algo compungida y sintiéndose culpable.

—No pasa nada. Ha sido culpa mía. Podría haberlo aclarado, pero no supe cómo. Debería haberle dicho que Ben es mi hijo. Pero ¿y luego qué? ¿Habría seguido queriendo cenar conmigo? ¿Y qué le habría dicho si me hubiera preguntado por el padre del niño?

—¿La verdad? —sugiere Veronica, encogiéndose de hombros.

—Pero...

Sí, supongo que habría sido una opción. Quizá incluso habría sido la decisión correcta, pero algo dentro de mí se resistía. Quería tomarme un poco de tiempo, ver primero cómo iba la cena y...

—Ay, no sé. Supongo que simplemente tenía miedo. Miedo de su reacción. Miedo de admitir que durante un año me he sentido como basura de la que se han deshecho. Por eso, supongo, no quise poner todas las cartas sobre la mesa en una cena —digo.

—Lo entiendo. Yo en tu lugar probablemente habría hecho lo mismo —replica Veronica—. Pero eso siempre puedes corregirlo, si quieres,

y formulárselo exactamente así, ¿no?

—También me ha dicho que, de todas formas, no se le dan muy bien los niños y luego, encima, nos hemos besado delante de su coche y entonces... —me detengo un instante, porque las palabras me brotan a borbotones—, entonces, sin más, me he subido a un taxi y le he dicho que me tenía que ir.

—Pero solo ha sido un beso, qué más da si... —empieza Veronica.

—Un beso de película. Con lengua. Su cuerpo apretado contra el mío. Le he notado cada parte de su cuerpo. C-A-D-A U-N-A —digo, y noto cómo se me sonrojan las mejillas porque todavía me da un poco de vergüenza.

—Beth, cielo. Te gusta. Habéis pasado una noche genial. Y sí, no sabe lo de Ben. Pero no te preocupes. Ahora primero consúltalo con la almohada y, si quieres, mañana le escribes y le explicas cómo te has sentido. ¿Qué te parece?

—Suena totalmente lógico. Y no se parece en nada a mí —digo, y no puedo evitar soltar una risita, porque dicho así por Veronica, parece la mitad de grave. Dos adultos se han besado, yo me he ido antes de tiempo y no le he confesado toda mi vida y todos mis secretos en la primera cena. Visto así, es completamente normal..., al menos si se ignoran un par de detalles y la historia previa.

—Para eso me tienes a mí —añade Veronica, me guiña un ojo y me da un besito en la mejilla.

—¿Te puedo dejar sola? Es que entonces iría a relevar a mi compañera unas horas en su turno. Parece que no se encuentra muy bien. ¿Y nos vemos mañana?

—Sí, claro. Yo me voy a tumbar ahora con Ben a ver si consigo dormir unas horas. Dale recuerdos a tu compañera. Y siento que haya tenido que sustituirte por mi culpa, estando enferma.

—No te preocupes por eso, Beth. Tú no tienes la culpa. Hasta mañana —dice Veronica, y se despide.

Me preparo un té e intento rememorar la noche una vez más. ¿Debería escribirle a Alex ahora y explicárselo todo? ¿Por qué esperar a mañana? Pero en cuanto me siento en el sofá e intento formular una frase, noto cómo el cansancio se apodera de mí y decido dejar el mensaje guardado como borrador, acostarme y dormir mientras Ben también duerma.

******

6:25. Vaya nochecita.

A los diez minutos de acostarme, Ben ha querido beber algo. Apenas había forma de calmarlo y ha pasado toda la noche bastante inquieto. Y justo cuando pensaba que lo habíamos conseguido, Petey se ha puesto a armar jaleo en el salón, al lado. Pero no solo eso, desde las tres de la madrugada, además, hace unos ruidos extraños que no suenan nada bien. Corre sin parar en su rueda de hámster, luego se detiene y al coger aire suena de todo menos normal.

Poco antes de las seis y media, decido dar por terminada la noche. Ben, por supuesto, sigue durmiendo y, después de comer, Petey decide echarse a dormir también. Pero yo ya estoy despierta, aunque tengo la sensación de haber dormido como mucho tres o quizá cuatro horas. Aun así, no me siento demasiado mal, me siento en el sofá y voy a coger el móvil para escribirle el mensaje a Alex. Pero no tiene batería.

Así que lo conecto al cargador, me reclino un poco y noto cómo se me cierran los ojos...

¿Cómo? ¿Qué? Me despierto de un sobresalto al oír a Petey hacer de nuevo esos ruidos raros y a Ben quejarse también en su cuna. Mientras voy hacia Ben y me siento con él en brazos al lado de Petey, miro el reloj. 7:45. Me he vuelto a quedar dormida en el sofá más de una hora. Tengo el cuello contracturado, pero al menos me siento un poco más despejada que antes.

Le doy el pecho a Ben, que bebe con avidez. Mientras, le acaricio la cabeza y observo a Petey, cuyo comportamiento me preocupa de verdad. ¿Quizá deberíamos ir al veterinario? Paula abre la tienda a las ocho y yo tendría hasta las diez para ocuparme de Petey.

Sé que hace poco abrieron una clínica de urgencias veterinarias a tres manzanas que está abierta 24 horas. Ya estuve allí una vez con él y se puede ir sin cita si tienes tiempo. Yo no lo tengo, pero quizá funcione igualmente. Así que acuesto a Ben con cuidado cuando termina y vuelve a caer en un sueño profundo, me visto y me pongo en camino hacia el veterinario con Ben en el portabebés y la jaula de Petey.

******

—Tiene dolor. Le daré algo para que se lo mezcle en la comida —dice el veterinario media hora después, cuando termina de examinarlo. Primero me había alegrado de que apenas tuviéramos que esperar, creyendo que había sido un golpe de suerte. Pero su diagnóstico es cualquier cosa menos eso.

—Vuelva en una semana. Si para entonces no ha mejorado, quizá debería plantearse dormirlo. Tiene artrosis. Es viejo. Más viejo de lo que suelen vivir los hámsteres.

—Lo sé —digo con tristeza, miro a Petey y acaricio la cabecita de Ben, que duerme en mi portabebés—. Ya llegó a mí con achaques. Pero le tengo mucho cariño.

—El medicamento le ayudará a no tener dolor. Pero no puede ser una solución permanente. Lo volveremos a ver en una semana. Los efectos secundarios del medicamento son..., bueno, digamos que no alargan la vida.

Trago saliva y lucho contra las lágrimas. Sabía que este momento llegaría. Y aun así, la noticia es como un puñetazo en el estómago.

Apesadumbrada, me marcho con Ben y Petey y vuelvo a casa. Allí le mezclo el medicamento a Petey en la comida. Come bien y, unos quince minutos después, parece quedarse dormido relajado, lo que me permite respirar un poco.

Acuesto a Ben, miro el reloj y veo que todavía me queda media hora antes de tener que ir a la tienda. Me preparo un café, pienso en cómo solucionar lo de Petey y espero que en una semana esté mejor.

Con el café en la mano, me pongo a buscar mi móvil y, cuando lo encuentro detrás del sofá, enchufado al cargador, me doy cuenta de lo que tenía intención de hacer.

Enciendo el aparato, completamente cargado, y poco después veo que Alex me ha escrito un mensaje.

El corazón me late desbocado en el pecho. Estoy nerviosa y, al mismo tiempo, no quiero creer la reacción física que me provoca el simple aviso de un mensaje suyo.

Hola. Espero que hayas dormido bien, Beth. Gracias por la noche tan estupenda.

El mensaje es de hace solo cinco minutos. Le contesto al instante.

A mí también me encantó la noche. Perdona por haberme ido tan deprisa.

Quiero añadir algo más, pero no sé cómo explicarlo. Su respuesta llega de inmediato.

No hay problema. Quizá fui un poco lanzado. Así que ha sido culpa mía.

Tengo que sonreír al leerlo. No le habría supuesto tanta empatía.

Yo también he tenido la culpa. Es solo que...

Me detengo mientras escribo. ¿Qué había dicho Veronica? ¿Qué tal la verdad? Respiro hondo y decido intentarlo.

Es solo que: lo del año pasado me hizo daño. Quiero tomármelo con calma.

En cuanto envío el mensaje, me entra un sudor frío. He escrito «tomármelo con calma». Para él, eso significa que quiero algo más. Y eso que yo solo quería esta cena y nada más. ¿O no?

Antes de que pueda rectificar, ya ha llegado su respuesta.

Te entiendo y lo siento de verdad. ¿Qué te parece si volvemos a cenar hoy y hablamos de lo despacio que tiene que ser?

Siento el corazón latiéndome desbocado en el pecho. Estoy a punto de teclear una respuesta, pero entonces oigo a Ben llorar y, además, son casi las diez. Eso significa que tengo que relevar a Paula ya. Y, en realidad, todavía quiero contestarle a Alex.

Pero Ben es la prioridad. Siempre lo es. ¿Quizá solo quiere comer y puedo escribir mientras?

Entonces suena mi teléfono. Es el número de mi tienda.

—¿Paula?

—Beth, tengo que irme pronto hoy, ¿puedes bajar ya? Tengo cita con el médico.

—Claro, Paula. Ya voy —digo, cojo a Ben en brazos, me guardo el móvil y me pregunto cómo voy a compaginar todo esto a largo plazo.

Capítulo 12

Alex

Joder, ¿qué estoy haciendo mal? ¿Por qué ya no me escribe?

Irritado, dejo el smartphone a un lado sobre la gran encimera de mi cocina y vuelvo a centrarme en mi desayuno, que consiste en huevos revueltos con beicon abundante, dos tostadas, un café solo y, para terminar, una tortita.

Pero no hago más que engullir la comida y no es hasta el último bocado cuando me doy cuenta de que mi asistenta hoy ha debido de ser demasiado generosa con la sal, así que ahogo el regusto con un buen trago de café.

Las noticias que se reproducen en el iPad que tengo delante con el volumen al mínimo tampoco despiertan mi interés. En lugar de eso, vuelvo a preguntarme qué demonios le pasa a esta mujer.

Su comportamiento es tan atípico. Me está volviendo un poco loco. Primero se deja besar —y el beso fue sin duda uno de los mejores y

sabía tanto a sexo y deseo prohibido— y luego me deja plantado, se sube a un taxi y se larga.

La cosa cada vez es más complicada y siento que no estoy ni un ápice más cerca de explicarle lo de la tienda y hacerle una oferta razonable. ¿Lo entenderá mejor cuando nos hayamos acostado y nos hayamos hecho un poco amigos?

No lo sé, porque con Beth nada se puede encasillar. Es, sencillamente…, ¡diferente!

Quizá por eso mismo no paro de pensar en ella, me he pasado media noche en vela escribiendo borradores de mensajes una y otra vez. Ya anoche, cuando estaba en el taxi. Pero los descartaba continuamente, porque, ¿qué impresión habría dado?

Salió huyendo. Huyó del beso y de lo que vendría después. Un mensaje precipitado seguro que no era lo más adecuado.

Así que decidí esperar hasta el desayuno y hete aquí que hasta ha contestado. Y mejor aún: incluso se ha disculpado y me ha explicado que quiere tomárselo con calma porque el año pasado le hicieron mucho daño.

Le he vuelto a pedir perdón por ello y lo decía muy en serio, porque en su momento me cabreé mucho con esa tipeja de Dilara y su comportamiento. Y todo porque seguramente quería tirarme los tejos.

Aparte de eso, era una buena señal: me deseaba. Todo iba según el plan. Unas cuantas citas más, quizá con un poco de diversión, y podría hablarle de mi plan y de las sucursales, y a lo mejor a ella

misma se le ocurría lo ideal que sería su tienda para ello. ¿No sería perfecto?

Pero desde que hace unos quince minutos le he preguntado y le he propuesto hablar de cómo seguir, no hay…

¡Nada!

Simplemente ya no contesta. Y eso me está volviendo loco. Aprieto los puños y me pregunto si alguna mujer me ha dejado colgado así varias veces: el casi beso en la tienda, el beso delante de mi coche y su espantada, y ahora esto. Normalmente soy yo el que se hace de rogar para contestar, pero…

—Hola, Cutie —digo al sentir algo suave paseándose entre mis pies. Parece que la gata que encontré se ha despertado.

Dejo los cubiertos a un lado, la cojo en brazos y le rasco el lomo. —Sí, tú sí que aprecias mi afecto, ¿verdad? Estás mejor, me ha dicho Eric. Me alegro —le digo, y ella responde a mis caricias con un ronroneo de satisfacción.

Eric, mi asistente, la había llevado al veterinario. Le cosieron la herida y le dijeron que se curaría por completo. Además, por orden mía, había mandado colgar algunos carteles de «Se busca» con su foto. Pero no ha llamado nadie.

En cierto modo, me alegro y estoy a punto de decirle a Eric que mande quitar los carteles, porque de verdad me gustaría quedarme con Cutie.

—¿Ya has comido algo? —le pregunto a Cutie y la bajo al suelo, abro la puerta del armario de la comida para gatos y lleno los dos

cuencos que hay en el suelo junto a mi silla, de modo que poco después ambos nos dedicamos a nuestro desayuno.

—Vaya, te gusta mi comida, ¿eh? A ti también te gustaría quedarte, ¿a que sí? ¿Quién querría volver con un dueño que te dejó aquí herida? —le digo a Cutie, que aparta un momento la vista de la comida para mirarme y da la impresión de que me ha entendido. Pero enseguida vuelve a enfrascarse en su comida y sonrío para mis adentros. No sabía que me gustaban los gatos. Pero su aire, que irradia cierta elegancia, sencillamente me gusta.

—¿Señor? —oigo una voz conocida a mis espaldas y me giro bruscamente.

—Eric. Aún no he terminado. Luego —digo y lo miro con el ceño algo fruncido al verlo de pie en la entrada de la cocina. Los días que voy más tarde a la oficina, suele venir aquí y, después de mi desayuno, repasamos los asuntos del día. Ahorra tiempo y es mejor que las constantes llamadas. Pero tiene la orden de dejarme en paz durante el desayuno. Toda mi jornada laboral está marcada por interrupciones y llamadas, por eso quiero tener tranquilidad al menos en el desayuno, y en realidad él lo sabe.

—Lo sé, señor. Pero es ELLA. Dilara. Está en su puerta y…

—¿A estas horas? —pregunto y miro mi *Breguet* en la muñeca, que creo que costó más que muchas casas unifamiliares. Antes pensaba que necesitaba una cosa así. Y, sin embargo, solo da la hora. Pero ahora que lo tengo, también puedo llevarlo. Además, más de una visita me admira por él. Y lo mejor de todo es que, a pesar de haberlo usado, ha aumentado su valor desde que lo compré.

—¿No le ha dicho que no puedo atenderla?

—No vendría si no lo hubiera intentado. No hay forma de quitársela de encima. Además, dice que es importante.

—Precisamente para estas cosas tengo un asistente que hasta ahora consideraba competente —respondo con un suspiro, dejo los cubiertos a un lado y me levanto.

—Disculpe, jefe. Solo pensaba…

—Encárguese usted de las reuniones de hoy. Hablaremos de ello en un momento. Arreglo esto rápido —digo, dejándolo plantado, y me dirijo a la puerta.

Dilara, se va a llevar una buena sorpresa. ¿Qué podría ser importante? Era la asistente de mi competidor. Seguro que solo era una treta.

—Dilara. No quiero… —empiezo sin más preámbulos al abrir la puerta y me detengo, porque me esperaba muchas cosas. Pero no esto.

—¿Te gusta lo que ves? —me pregunta mi exasistente, que está aquí, en medio de mi puerta, con los pechos al descubierto; por lo visto, se ha desabrochado la blusa en el tiempo que Eric tardó en avisarme. En el despacho de Jake parece que el sujetador no es necesario y estoy bastante seguro de a qué se debe.

—Tápate eso y déjate de teatros —digo señalando sus pechos, que se operó en la época en que trabajaba para mí, lo que ahora es más que evidente, pues esas dos cosas parecen desafiar la gravedad. Curiosamente, me siento mal por mirar esos pechos, pero ¿a dónde más voy a mirar cuando abro la puerta de mi casa y quiero echar a la visita no deseada?

Me giro hacia un lado y finjo que no puedo soportar la visión y Beth aparece brevemente ante mis ojos. ¿Habrá contestado ya? ¿Y me creerá si le cuento este encuentro?

—Alex. Te deseo —oigo su voz y por el rabillo del ojo, a través de los dedos de la mano que me tapa la cara, veo que se acerca. De repente, siento cómo aprieta sus tetas contra mí.

—No estás bien de la cabeza, ¿o qué? —le pregunto, apartándola instintivamente de mí, y siento cómo la rabia me sube por dentro. Miro rápidamente a mi alrededor: ¿se ve a algún fotógrafo? ¿Pretende que le hagan unas fotos comprometedoras conmigo? ¿O a qué viene este teatro?

—Antes no eras así. ¿Qué te pasa, Alex? ¿Por qué no me quieres? —pregunta Dilara, con un tono casi ofendido, y ahora se tapa los pechos con la blusa desabrochada, como si de repente se sintiera incómoda.

—¿Por qué vienes aquí y haces esto? ¿No puedes seguir follándote a Jake y dejarme en paz? ¿Por qué no te vas y ya está? —le espeto con brusquedad, señalando hacia la salida.

—¿Tienes miedo de que te guste darme por detrás? ¿Es eso? —pregunta y sorbe por la nariz.

—Para que lo sepas: estoy saliendo con una mujer. Cenamos juntos anoche y vamos a volver a cenar hoy y…

—¿La florista? —pregunta Dilara, y el desprecio en su voz es evidente—. ¿La has besado? ¿O te la has vuelto a tirar?

—No sé qué te importa. Pero si tanto quieres saberlo: sí, nos hemos besado. —Entonces hago una pausa—. ¿Cómo sabes…? —pregunto al darme cuenta de repente.

Lo sabe por Jake. ¿Quizá solo está aquí para cotillear y averiguar si ella ha dormido aquí?

—¡Ahora lárgate, Dilara. ¡Inmediatamente! —digo y esta vez no hay ofensa ni tristeza en su rostro. Cuando se da la vuelta sin rechistar, creo incluso haber visto una sonrisa. ¿Qué está pasando aquí? ¿Es este otro de los juegos sucios de Jake?

Doy media vuelta, regreso a la cocina, acaricio brevemente a Cutie, que acaba de terminar su comida y trota satisfecha hacia su cesta, y miro mi smartphone.

Sigue sin haber mensaje de Beth.

La visita de Dilara me pone nervioso y me pregunto qué estará tramando Jake.

—¡Eric! —llamo en voz alta y mi asistente asoma de nuevo la cabeza por la puerta poco después.

—Nos vamos. De camino a la oficina pasaremos por la floristería de la 4th Street. Discutiremos los asuntos de las reuniones por el camino. Conduzca usted y espere delante de la floristería.

—De acuerdo, señor. Solo recojo mis cosas y…

—Dese prisa. Creo que deberíamos llegar cuanto antes —digo, a lo que Eric asiente, se retira rápidamente y me pregunto qué le diré a Beth si llegamos antes que Jake o Dilara. Y lo que es peor: si

llegamos después y uno de los dos le ha contado cualquier estupidez.

******

—Espere aquí en algún sitio —digo cuando, treinta minutos después que se han sentido como una eternidad, nos detenemos frente a la floristería de Beth. Por supuesto, no hemos hablado de nada y yo solo he intentado localizar a Jake, que, como era de esperar, no ha cogido el teléfono, y he estado pensando febrilmente si debería llamar a Beth para advertirla. ¿Pero qué le habría dicho? Además, su respuesta aún estaba pendiente y no quería complicar las cosas más de lo que ya estaban. Quizá era una falsa alarma. Al menos existía esa posibilidad. Así que mejor no buscarle tres pies al gato.

—Pero ¿dónde? Todos los aparcamientos están ocupados y… —responde mi asistente con cara de desesperación, que se sobresalta al oír los bocinazos de los vehículos que vienen detrás porque mi Bentley está bloqueando el carril. Parece que hoy está un poco perdido. Además, se ha equivocado de camino dos veces y hemos tenido que dar un rodeo que nos ha costado al menos diez minutos.

—Usted encontrará una solución, para eso le he contratado —digo con brusquedad, me bajo y me dirijo hacia la puerta de la tienda sintiendo cómo se me acelera el pulso.

Entonces la puerta de la tienda se abre. Al principio supongo que es una clienta, pero cuando veo esa cara conocida con la blusa ahora abrochada, me quedo sin palabras por un momento.

Dilara acaba de salir de la tienda y me mira con una sonrisa maliciosa. —Mucha suerte, cielo —dice, me guiña un ojo y se aleja contoneándose, sin prestarme más atención.

—Qué has hecho, tú… —le grito furioso, sabiendo al mismo tiempo que es inútil.

—Mierda —se me escapa y, con una mala sensación en el estómago, abro la puerta y entro en la tienda.

—Vaya, mira quién está aquí. Hay que tener cara para atreverse a volver —oigo la voz de Beth antes de poder verla.

—Beth. Te haya contado lo que te haya contado, no es verdad. Es…

—Ya, claro. Todo mentira, ¿no? Igual que esta foto, ¿verdad? —pregunta y me tiende una copia que muestra a Dilara en top-less, restregándose contra mí en la puerta de mi casa. Me pregunto cuántas fotos se habrán hecho, porque muestra aproximadamente el milisegundo en que quiero bajar la mano y apartarla.

Sin embargo, en la foto parece que quiero agarrarla y follármela, o sabe el diablo qué.

—No es lo que parece —digo, y sé lo ridículo que debe sonar eso para Beth, que además parece tener lágrimas en los ojos. Estoy furioso. Conmigo mismo, con Jake y con Dilara, y me pregunto si no debería decirle simplemente que todo este circo se debe solo a la ubicación privilegiada de su tienda y a una estúpida rivalidad entre Jake y yo.

Pero los ojos húmedos de Beth me dicen que no mejoraría las cosas con eso. Quizá incluso las empeoraría, y en realidad no quiero hacerle daño. De alguna manera me gusta. De una forma extraña, porque en realidad no sé qué es esto que hay entre nosotros.

¿Es la emoción de no poder tenerla como quiero? ¿Realmente solo me importa la tienda? ¿O ambas cosas? De momento, eso tampoco importa, porque su mirada me revela que hoy seguro que no iremos a cenar. Probablemente preferiría tirarse de un campanario antes que sentarse a una mesa conmigo.

—Esa es la explicación más estúpida que he oído en mi vida. ¿A ti qué te parece, Alex? ¿A ella también la besaste? ¿Entró contigo y no salió huyendo como yo? —pregunta Beth, audiblemente dolida y en un tono agudo.

—Ella no trabaja para mí, sino para mi competidor. Para Jake. Ya lo conoces, ha estado aquí antes. Seguro que ha sido una treta asquerosa para… —me interrumpo. Mierda. ¿Debería decírselo?

—¿Para qué, Alex? ¿Para fastidiarme? —pregunta Beth.

—Exactamente.

—Eso es aún más estúpido que tu *no-es-lo-que-parece* —espeta, cruzando los brazos sobre el pecho. Sus mejillas están encendidas y si las miradas matasen… Me gustaría abrazarla y explicárselo, pero la foto está muy bien hecha y… ¡Ah, maldita sea todo!

—Escucha, Beth. Vayamos a cenar esta noche. Te lo explicaré todo. Simplemente apareció en top-less en mi puerta y tenía un fotógrafo escondido en alguna parte. No pasó nada, yo…

—Seguro que no vamos a cenar, Alex. Y ahórrate tus explicaciones y vete ahora —dice Beth sorbiendo por la nariz y señalando hacia la puerta.

—Beth, de verdad. No ha pasado nada. Ella simplemente…

—No quiero oírlo, Alex. Por favor, vete y ya está.

Me detengo un breve instante. Pero no quiero empezar a explicárselo todo de nuevo. Está demasiado sensible, demasiado alterada. Hoy no va a funcionar. Tengo que darle un poco de tiempo y volver a intentarlo más tarde, esperando que ese completo idiota de Jake no lo haya estropeado todo.

—Está bien. Me voy ya. Pero volveré —digo en voz baja, me doy la vuelta y camino lentamente hacia la puerta.

—Espero que no —espeta Beth.

Me giro y durante un buen rato ninguno de los dos dice una palabra. Las posturas parecen irreconciliables. Entonces oigo un ruido de algún lado, como si alguien gritara. ¿Un bebé? ¿Está esa tal Veronica otra vez con ella?

—Tengo que irme ya y además… tengo cosas que hacer. Y ahora, vete —dice Beth.

Asiento con la cabeza mientras ella desaparece en dirección a la escalera y espero no haberla perdido a ella y a la tienda para siempre.

Capítulo 13

Beth

Suspirando, me dejo caer en el sofá después de haber acostado a Ben en su cunita y despedido a Veronica. Me alegro de que el pequeño duerma ya. Ha estado muy inquieto desde que he subido de la tienda tras el encuentro con Alex y una desconcertada Veronica me ha entregado a un Ben que no paraba de llorar.

No quería comer ni dormir, y apenas se calmaba en brazos. Cuando estaba a punto de llamar a una línea de atención médica, al final ha funcionado. Se ha dormido justo sobre mi pecho desnudo, como si necesitara oler la fuente de su alimento para saber que de verdad estaba conmigo. Al instante, me ha asaltado el remordimiento. Quizá últimamente no he estado lo suficiente para él, o quizá Ben tiene unas antenas muy finas y nota lo alterada que estoy, y por eso no quiere separarse de mi lado.

Poco después he tenido que despedir a Veronica, porque su turno empezaba pronto. Solo le he contado por encima lo que había pasado. Parecía preocupada, pero aun así tenía unas palabras de

ánimo, aunque ninguna solución, claro. ¿Y cómo iba a tenerla? Si ni yo misma sabía qué pensar de todo aquello.

BZZZ, BZZZ, BZZZ

Mi móvil vibra sobre la mesa que tengo delante y me saca de mis pensamientos. Cojo el aparato y al mismo tiempo el mando a distancia, porque esta noche quiero ver cualquier película romanticona y así olvidar este asunto durante unas horas.

Pero el mensaje en mi móvil hace que apriete el mando a distancia con más fuerza en la otra mano, porque es de Alex.

Sé que no quieres hablar. Me gustaría explicártelo. Simplemente se ha desnudado delante de mi puerta, se ha pegado a mí y…

El texto continúa. Dejo de leer, solo echo un vistazo a algunas palabras sueltas como *fotógrafo, broma, infeliz*, dejo el móvil a un lado y enciendo la televisión.

Pero mis pensamientos siguen en el mensaje y apenas puedo concentrarme en la trama de la película romántica.

¿Qué se cree Alex? ¿Que soy tan crédula? Probablemente sí, porque hace un año también funcionó. Pero al menos se aferra a su versión de que ella es la culpable, aunque no me la creo del todo.

Justo cuando estaba a punto de creerme lo de su desaparición el año pasado, vuelve a pasar algo de lo que supuestamente es culpable la misma persona. Él, por supuesto, nunca hace nada mal. Él es el rico, el atractivo, el… Sí, maldita sea: ¿por qué tiene que ser tan guapo y por qué ahora me quita también el gusto de ver una película?

Cuando los dos actores, con los acantilados de Irlanda de fondo y una música dramática, por fin se abrazan y se besan apasionadamente después de haber estado separados, no puedo más: apago la tele.

Cojo de nuevo mi móvil, esta vez leo el mensaje entero y me pregunto por qué se toma tantas molestias. ¿Por qué no puede simplemente admitir que ha cometido un error? Entonces veo que, mientras tanto, han llegado otros tres mensajes.

Sé que esto suena completamente de locos.

¡En eso tiene razón, y mucha!

Luego, el siguiente mensaje: *Me imagino cómo te sientes.*

¿Ah, sí? ¿Cómo va a saber un playboy rico lo que se siente cuando crees que te están engañando?

El tercer mensaje, en cambio, vuelve a ser mucho más exigente. El típico Alex, me parece a mí: *Espero que podamos repetir nuestra cena. Fue muy agradable.*

Me pregunto qué debería responderle, ya estoy escribiendo y mis primeras frases oscilan entre un tono de reproche, unas cuantas palabrotas o la descripción de cómo me siento, pero nada de eso encaja bien, por lo que lo borro todo de nuevo. Al final, me decido por la opción más fácil y más difícil a la vez: no escribo nada.

Al dejar el móvil a un lado, siento que el cansancio se apodera de mí. Cuando miro la hora, casi no me lo puedo creer, porque en realidad todavía es bastante temprano. Pero entonces me acuerdo de la noche anterior y decido aprovechar el tiempo para acostarme

junto a Ben, que está durmiendo, esperando que Alex, al menos, no aparezca en mis sueños.

******

En los días siguientes, todo continúa igual. Mensajes y más mensajes que ignoro, aunque me cuesta, porque a su extraña manera se está esforzando por mí y no quiere dejar las cosas así sin más.

Al menos me ahorro otro encuentro con él, aunque tiemblo un poco cada vez que se abre la puerta y entra un nuevo cliente al que no le veo la cara de inmediato porque está plegando el paraguas o lleva un gorro muy calado.

Pero ni él ni esa insufrible persona llamada Dilara vuelven a aparecer por aquí. Dos días después, casi creo que el mal trago ha pasado y que puedo volver a llevar una vida normal. Tan normal como puede serlo para una madre soltera con una floristería cuyos ingresos no paran de bajar y que no se puede permitir más que una empleada a tiempo parcial.

Pero ni siquiera eso me dura, porque Paula, mi empleada, me ha dado a entender que los constantes y repentinos cambios en sus horarios de trabajo le están haciendo plantearse cambiar de empleo. Paula es buena en lo que hace. Fiable, concienzuda, e intento ser comprensiva con ella, aunque es difícil, porque no le cambio los horarios por gusto, sino que intento ajustarlos a mis horas de lactancia y a las horas en las que no puedo contar con Veronica.

Por supuesto, puedo entender a Paula. Es un alma de cántaro. No se encuentra a alguien así en todas partes. Y menos para unas pocas horas. Si pienso en los tres intentos antes de contratarla… Estuve a

punto de rendirme, pero Paula fue un golpe de suerte. No quiero perderla.

Por eso ahora, a última hora de la tarde, estoy en mi tienda, he puesto la cuna de Ben junto al mostrador, lo cojo en brazos tan a menudo como puedo mientras preparo pedidos o atiendo a los clientes, y tengo un cuidado escrupuloso de lavarme las manos una y otra vez entremedias.

Me siento bastante agotada y me pregunto cómo va a seguir esto. ¿Qué pasará cuando a Ben se le quede pequeño el moisés? ¿Cómo voy a poder con todo? Una niñera tendría sentido, o una guardería. Pero no mientras sea tan pequeño y, además, la mayoría cuestan un ojo de la cara. He hecho los cálculos y en cualquier caso el resultado al final es un gran número negativo, así que de momento las cosas se quedan como están y simplemente intento sobrevivir cada día.

BZZZ, BZZZ, BZZZ

Mi móvil vuelve a mostrar un mensaje de Alex. El primero de hoy. Como Ben está durmiendo y no hay ningún cliente en la tienda, cojo el aparato y me pregunto qué explicación dará hoy.

Pero, para mi sorpresa, no hay ningún texto. Solo un vídeo. Me desplazo hacia abajo y hay otro vídeo. Y después un texto corto: *Grabado por la cámara de mi telefonillo. Se me ha ocurrido hoy. El primero es el original. El segundo, con el audio optimizado.*

Me tiemblan los dedos al darme cuenta de lo que tengo delante. ¿Y si al final decía la verdad? Mientras espero a que se descarguen los vídeos, me siento mal y me pregunto por qué no quise creerle.

Tranquila, Beth. No te precipites. Primero mira los vídeos, me digo a mí misma para calmarme.

Entonces, reproduzco los vídeos. Ambos muestran lo mismo. En el segundo, el sonido es un poco mejor, como había anunciado.

Todo es exactamente como él dijo. En el primero, las voces solo se oyen de forma sorda, pero se ve claramente lo que hace Dilara después de que su asistente actual entre y vaya a buscar a Alex. Se desabrocha la blusa y gesticula enérgicamente hacia alguien que está fuera del campo de visión. Se la oye decir: —Haz todas las fotos que puedas.

Después, todo sucede exactamente como me lo explicó Alex. También en el segundo vídeo, solo que ahí las voces se oyen aún mejor. Seguramente no quería correr ningún riesgo y me ha enviado el original y también la versión mejorada para que no le acuse de nuevo de ocultarme algo.

Mis pensamientos se arremolinan, porque esto lo cambia todo, y me pregunto cómo debería reaccionar ahora. No puedo dejar estos vídeos sin respuesta.

—Oye, guapa. Quería pasarme antes del turno para ver qué tal estás y… —oigo la voz de Veronica, levanto la vista y me sorprende no haberme dado cuenta de que había abierto la puerta de la tienda. Debo de haber estado completamente absorta en el vídeo.

—¿Qué pasa, pareces como si hubieras visto un fantasma? ¿Ha estado ÉL aquí otra vez? Di una sola palabra y le voy a… —dice Veronica y mira a su alrededor como si quisiera comprobar si Alex está escondido por alguna parte.

—Peor —digo con voz apagada y le muestro mi móvil—. Tenía razón. En todo.

—Mmm —hace Veronica—. ¿Crees que es de verdad? Con esas inteligencias artificiales se puede falsificar cualquier cosa —dice pensativa.

—No lo sé. Parece muy real. La calidad de la imagen. El sonido. Es típico de un telefonillo. El ángulo de la grabación también encaja… —digo, me detengo y caigo en la cuenta de por qué lo sé con tanta exactitud. Yo también he estado delante de esa puerta, delante de esas mismas escaleras donde empezó todo, y sé demasiado bien dónde está colocado exactamente el telefonillo.

Todo lo de entonces se me ha quedado grabado a fuego en el cerebro.

—Sí, eso es verdad —dice Veronica, pensativa.

—Quizá lo que dijo sea cierto y debería… —me interrumpo cuando la puerta se abre detrás de mí.

—No tienes que hacer nada, Beth. Solo me alegraría que volviéramos a hablar —dice Alex, que probablemente estaba esperando fuera en alguna parte antes de enviar el mensaje. Siento un escalofrío al verlo y entonces me doy cuenta de cómo debe de verse la escena, porque el moisés de Ben está aquí, al lado del mostrador.

—Yo… esto… —balbuceo y miro de Veronica a Alex, con la cara completamente roja.

—Gracias por cuidarlo. Subo un momento con él a cambiarle el pañal, ¿vale? —dice Veronica, que reacciona a la velocidad del rayo, cosa que le agradezco, pero que al mismo tiempo teje la red de mentiras aún más tupida. Por supuesto, no ha dicho que sea su hijo. Pero me doy cuenta de cómo debe de parecer la situación cuando ella lo saca con cuidado del moisés, lo acaricia y sube con él.

—Tengo que decirte algo, Beth. Algo muy importante. No quiero que nada más se interponga entre nosotros… —dice Alex y se acerca, haciendo que, involuntariamente, me empiecen a temblar las rodillas.

—¿Sí? —grazno, preguntándome qué querrá decirme. ¿Algo sobre el vídeo? ¿Algo más? ¿Y qué se supone que debo hacer con el secreto que acaba de desaparecer escaleras arriba?

Capítulo 14

Alex

Dos malditos días y un sinfín de mensajes después, a los que no ha respondido en absoluto, aquí estoy, en su tienda, dispuesto a jugármelo todo.

Se acabaron los secretos. Se acabó toda esta mierda. He tenido bastante y quiero poner todas las cartas sobre la mesa para que por fin se entere de todo y Jake no pueda volver a aguarme la fiesta.

Porque lo de Dilara y la foto fue, por supuesto, idea suya. Incluso lo admitió sin tapujos cuando lo llamé después de que Beth prácticamente me echara de su tienda.

—Eso va contra las reglas —le había explicado, consciente de lo ridículo que sonaba. Él ya había dejado claro una vez que no pensaba ceñirse al código de honor que habíamos acordado en el pasado, cuando trabajábamos juntos y este tipo de apuestas estaban a la orden del día.

—Contra las reglas de antes. Hoy ya no hay reglas —replicó con indiferencia—. Se trata de negocios. Y ahí todo vale. ¿A no ser que te eches atrás?

—Ni hablar —solté de sopetón, aunque me di cuenta de que seguramente Jake quería arrinconarme justo ahí.

Así que ahora estaba claro que no se trataba solo de una simple apuesta como las de antes, por una cantidad de dinero, el honor y la chica, y en este caso, por la tienda. Era una lucha. A partir de ahora había guerra y yo no pensaba seguir ninguna regla en lo que respectaba a Jake o Dilara.

Sabía que no pararía con sus jueguecitos, así que mi única opción era la huida hacia adelante. Quería ponérselo todo sobre la mesa a Beth. Confesárselo todo, hablarle de la apuesta y de mi intención de hacerme con la tienda. Tenía claro que eso podría suponer otro revés, por lo que primero tenía que pensar en cómo conseguir que me escuchara o, al menos, que volviera a responderme.

Mis intentos de acercamiento durante los dos días siguientes fueron infructuosos. Beth no respondía. Al menos, el detective privado que había apostado frente a la tienda informó de que no había ninguna novedad. Ni Dilara ni el propio Jake prepararon el siguiente golpe mientras yo sopesaba mis próximos movimientos.

Estaba a punto de presentarme en casa de Beth sin plan ni estrategia alguna. Porque no solo me carcomía el asunto de la apuesta y de Jake. Era mucho más que eso. Simplemente, no podía quitármela de la cabeza. Ninguna mujer había ignorado mis mensajes de esa manera. Nunca había tenido que pensar en el último beso con una mujer durante el desayuno y admitir que quería más que eso.

Maldita sea, ¿por qué tenía que ser todo tan complicado? ¿Por qué todo parecía estar entrelazado y por qué no parecía haber manera de convencerla de mi inocencia?

La solución me llegó de repente y de una forma inesperada, cuando menos me lo esperaba. Cutie, mi gatita, maullaba para sí; al principio no encontraba al pequeño ovillo de lana, pero luego oí que el sonido provenía del pequeño cuarto técnico detrás del guardarropa, donde se concentraban un montón de cables, aparatos técnicos, servidores y toda la tecnología domótica. Debió de colarse de alguna manera cuando la mujer de la limpieza dejó la puerta abierta y esta debió de cerrarse tras ella.

En cualquier caso, Cutie estaba sentada frente a la pequeña pantalla que mostraba la grabación de vídeo del interfono exterior y que grababa en el sistema de disco duro conectado a él.

Entonces se me cayeron las escamas de los ojos. Tenía que haber una grabación de Dilara y mía. Con suerte, el sistema aún no habría sobrescrito los datos.

—Eres la mejor, Cutie —dije, acariciando a mi gata y poniéndome manos a la obra para encontrar la grabación.

Cuando vi la sección correspondiente una y otra vez, supe que esa era la solución. Le pedí a Eric que editara el vídeo, ya que el sonido era un poco malo. No pareció muy entusiasmado cuando le expliqué lo que se veía en él. No sé por qué, quizás no le gustaba la tarea, pero me daba igual.

Cuando terminó, quise enviar el archivo original, así como el que tenía el audio mejorado, directamente a Beth. Pero entonces se me ocurrió una idea mejor. Esperaría frente a su tienda hasta verla, entonces enviaría los archivos y entraría unos minutos después.

Tras enviarlos, ya estaba de camino cuando la amiga de Beth, llamada Veronica, apareció por la esquina y entró en la tienda. Para mí, eso significaba: esperar. Quería darle tiempo a Beth para compartir la noticia con Veronica, que era madre soltera y que, nada más entrar, acarició al niño pequeño que Beth, al parecer, había estado cuidando a pesar de estar trabajando en la tienda. Fue un gesto tierno por su parte y me pregunté si no sería agotador cuidar del bebé de una amiga mientras trabajaba.

En fin, eso era cosa suya. Yo solo sabía que había llegado la hora de la verdad y que quería despejar los secretos de una vez por todas. Así que respiré hondo y entré en la tienda.

***

—Tengo que decirte algo, Beth. Algo muy importante. No quiero que haya nada más entre nosotros... —digo, acercándome a Beth, después de que Veronica se haya despedido para subir a cambiarle el pañal a su bebé. Parece que a Beth se le ha ido todo el color de la cara.

—¿Sí? —grazno, preguntándome por qué tiene esa expresión tan abatida.

—Entonces, me crees. ¿El asunto con mi exasistenta está zanjado? —pregunto, dando un paso atrás para asegurarme de que este es realmente el momento adecuado.

—Sí, te creo y... —hace una breve pausa y mira al suelo—. Perdona por no haber creído tu versión. Es solo que...

—La foto era bastante comprometedora —convengo, completando su frase y dedicándole una sonrisa, con la esperanza de mejorar un

poco el ambiente.

—Sí, bastante. —Esboza una leve sonrisa y siento cómo esa simple imagen hace que un extraño calor recorra todo mi cuerpo. ¿Puede ser que tenga un poco de miedo de cómo se tomará la verdad?

Joder, sí, porque, sinceramente, no quiero salir a cenar con ella solo por eso. Es mucho más que un simple medio para un fin. Es... simplemente una mujer atractiva que no puedo quitarme de la cabeza.

—Y si tenemos en cuenta nuestra historia, yo en tu lugar habría actuado igual —recalco, queriendo subrayar una vez más que la entiendo.

—¿Qué es eso tan importante que quieres decirme? —pregunta Beth, volviendo al tema y mirándome directamente a los ojos.

—Bien. Es que... —me detengo y la miro fijamente—. Caray, ¿cómo digo esto?

—¿Hay otra mujer? —pregunta Beth, levantando la ceja derecha de una forma adorable y cruzándose de brazos.

—No, no. Ninguna otra mujer. Solo tú y yo. Al menos, si tú quieres —respondo, tras lo cual se produce una pausa que en realidad no pretendía. Beth se dispone a replicar, pero esta vez soy yo quien se le adelanta y le pone un dedo en los labios.

Solo ahora me doy cuenta de lo cerca que estamos y la sensación de sus labios suaves bajo mi dedo envía descargas eléctricas por todo mi cuerpo. Joder, esta mujer me provoca algo que ninguna otra ha conseguido. Beth no se aparta y se limita a mirarme. El momento es

tan intenso y está tan cargado que me encantaría atraerla hacia mí para sentir su cuerpo contra el mío, pero tengo que contenerme: primero tengo que poner todas las cartas sobre la mesa.

—Es sobre Jake —empiezo, cuando, después de dos segundos que parecieron una eternidad, retiro el dedo de sus labios—. Es un antiguo empleado mío. Éramos colegas. O eso pensaba yo. El caso es que dejó mi empresa y abrió la suya propia. Competencia directa para mi negocio.

—Vale, que no es un caballero, ya lo sé. Me ofreció los diez mil dólares por una cita y la tienda. Pero ¿por qué es importante su pasado para mí? ¿Tiene que ver con su oferta? —pregunta Beth, retrocediendo instintivamente un paso.

—Ambos tenemos un próspero negocio de hamburguesas con varias sucursales. Jake's Burger's es suyo. Big Burger es mío.

—¿Qué? ¿Tú eres el jefe de Big Burger? Me encantan vuestras hamburguesas.

—Gracias —digo, y sonrío.

—Pero las de Jake's también están buenas —añade ella.

—Es que también copiaron nuestra receta —replico—. Pero no es a donde quiero llegar. El caso es que Jake se llevó una gran cantidad de información que no le pertenecía. Yo diría que la robó, pero eso ya lo decidirán nuestros abogados y un tribunal en algún momento. El hecho es que se ha llevado a varios empleados de forma deliberada, entre ellos a Dilara, la del vídeo. Mi exasistenta, trabaja para Jake.

—¿Quieres decir que hizo lo de la foto a propósito? Pero ¿por qué? —pregunta Beth—. Claro, no os caéis bien, pero ¿qué tengo que ver yo en eso?

—Se trata de... —empiezo, sabiendo que ha llegado el momento de contarle que se trataba de su tienda. Al menos, al principio. También quiero contarle lo de la apuesta e invitarla a cenar al mismo tiempo. Va a ser un auténtico ejercicio de equilibrismo.

—Beth. ¿Puedes venir un momento? Es... importante —oigo la voz de la amiga de Beth llamándola desde el otro lado. Debe de estar arriba, al final de la escalera, con la puerta abierta. Detrás se oye llorar a su hijo.

Dios mío, ¿por qué una madre necesita la ayuda de su amiga? ¿O es que Beth le ha avisado en secreto para que se la lleve con cualquier excusa si la cosa se ponía demasiado intensa? Estaba a punto de contárselo todo. Maldita sea, ¿por qué tiene que surgir algo justo ahora?

—Ahora vuelvo. Espera un momento —dice, y me deja plantado sin más. Pasan los minutos, en los que estoy solo en la tienda, mirando las flores y preguntándome cómo voy a hacerle creer lo de la apuesta y mi interés en la tienda sin que me eche de nuevo. ¿Es eso siquiera posible? Lo deseo con todas mis fuerzas. ¿Quizás pueda contarle lo de la tienda con delicadeza y omitir lo de la apuesta? ¿A qué mujer le gusta oír eso?

—¿Alex? —Oigo su voz y me doy la vuelta.

—Verónica... necesita mi ayuda. Cosas de mujeres y bebés. ¿Ya me entiendes? —pregunta, pareciendo un poco estresada.

Asiento, pero, sinceramente, no entiendo absolutamente nada.

—Pero ¿qué te parece si cenamos? ¿Me recoges? ¿Hoy a las ocho de la tarde? —pregunta, y todos mis sentidos vitorean por dentro. Eso es: en un ambiente relajado, seguro que todo se puede explicar mejor. Y allí no nos interrumpirá su amiga con su bebé.

—Con mucho gusto —digo con una amplia sonrisa y, mientras Beth ya sube de nuevo las escaleras, le grito—: Mucha suerte con vuestras cosas de mujeres y bebés.

—Gracias —oigo decir a Beth antes de salir de la tienda.

Vale, vuelvo a estar en el juego. Y esta noche se lo contaré todo y prepararé mis palabras cuidadosamente de antemano.

Pero ¿qué demonios son las «cosas de mujeres y bebés»? ¿El bebé ha vomitado en la alfombra? Probablemente, eso seguirá siendo un misterio para mí para siempre.

Capítulo 15

Beth

Se ha calmado —le susurro a Veronica mientras acaricio la cabeza de mi hijo dormido, al que sostengo en brazos.

—Lo siento, yo..., es que no había forma de calmarlo —dice Veronica en tono de disculpa.

—No tienes por qué disculparte. Ya lo he visto yo también. Ben me estaba reclamando y puedo entender perfectamente al pequeñajo —replico, volviendo a acariciar a esa cosita tan mona y esperando no estar haciéndole ningún daño por estar siempre tanto con Veronica y, al parecer, no tenerme a su lado tan a menudo como él desearía.

—Tu mami es un auténtico caos últimamente —le susurro—. Y encima le he dicho a tu papi que vamos a salir a cenar esta noche. —Luego, en silencio, añado la promesa de que voy a ser mejor. Quiero ser una madre mejor para Ben, estar más presente para él, aunque todavía no sepa cómo. Pienso también en que, en cierto modo, lo hago por él, porque su progenitor... por fin debe saberlo.

—Me quedo con Ben y cambio mi turno —dice Veronica, sin que yo tenga que pedírselo.

—Gracias —digo, acariciándole el hombro—. Pero esto no se convertirá en la norma. Tengo que tomar las riendas de mi vida. Y estas mentiras... —hago una pausa—. No puede seguir así. No quiero tener que contarle cualquier historia sobre asuntos de madres y bebés cuando Ben me necesite. Y tú no deberías tener que fingir todo el tiempo que eres su madre. No puedo seguir así.

—Te entiendo, cielo. Pero ¿y si...?

—Entonces no nos merece, ni a mí ni a Ben —respondo con determinación, aunque al mismo tiempo temo que ocurra exactamente eso—. Pero esto no puede continuar. Tengo que decírselo. Pase lo que pase y...

—Hola, ¿hay alguien? —oímos la voz de una señora mayor que viene de abajo. Por un momento, Veronica y yo nos miramos desconcertadas, pero entonces caigo en la cuenta: es una clienta, está esperando abajo en la tienda, donde no hay nadie que se ocupe de mis flores y de los pedidos.

—Ya voy yo. Quédate con Ben —dice Veronica cuando nuestras miradas se cruzan.

—Le escribiré a Paula para preguntarle si puede cubrirme —digo, y le doy un beso a Veronica en agradecimiento antes de que baje.

Esto no puede seguir así. Siendo sincera, ahora mismo no hay ni un solo aspecto de mi vida que vaya bien: estoy descuidando a mi hijo, mi tienda y, al mismo tiempo, intento tener una cita con el progenitor de mi hijo, que me dice que su exempleado le está

haciendo fotos para molestarme con ellas. Pero ¿por qué? ¿Me he metido en algo de lo que debería mantenerme al margen?

Poco después, Paula confirma que estará aquí en veinte minutos y que puede hacerse cargo de la tienda. Gracias a Dios.

Pongo los pies en alto y no tengo intención de apartar a Ben, que duerme, de mi regazo. Puede estar conmigo todo el día, tumbado encima de mí. Lo que él quiera.

Esta noche, cuando Alex venga a recogerme, espero que esté durmiendo mientras Veronica lo cuida. Y entonces se lo contaré todo a Alex. Absolutamente todo.

***

Llegaré tarde. Serán las 20:30. Disculpa. El coche no arrancaba.

El mensaje de Alex llega unos diez minutos antes de las ocho y es un alivio enorme para mí. Aunque ya llevo un vestido puesto y me he maquillado a toda prisa, Ben todavía estaba bastante inquieto y ya pensaba que volveríamos a tener una situación difícil de explicar si se presentaba puntualmente a las ocho en la puerta de la tienda para recogerme.

Le respondo con un breve «OK», luego me ocupo de Ben, le doy de nuevo el pecho y, a las ocho y veinte, se duerme en su cama, saciado y contento.

Me quedo a su lado cinco minutos más, pero ya no se queja. Satisfecha y orgullosa de mi pequeño tesoro, le doy un suave beso

en la frente, que él también recibe inmóvil, resoplando de manera uniforme.

—Si pasa cualquier cosa, escríbeme. Vendré tan rápido como pueda —le digo a Veronica, que ha esperado pacientemente en el salón—. Y... gracias.

—¡No hay de qué, cielo!

—Sí que las hay. Eres... Sin ti, hace tiempo que estaría perdida. Gracias —digo, profundamente conmovida, y la abrazo.

Entonces oigo unos golpes lejanos y sé de inmediato de dónde vienen. Tiene que ser Alex, que está en la puerta de la tienda, ya cerrada, para recogerme. Dos minutos antes de lo anunciado.

—Vete ya. Ben y yo nos las arreglaremos. Y, oye... —dice Veronica, mirándome—. Todo saldrá bien.

—Eso espero —replico, preguntándome al mismo tiempo qué podría significar «bien» en este contexto. ¿Que no salga corriendo en cuanto se entere de lo de Ben? ¿Eso ya sería bueno?

Mientras bajo y lo veo tras la puerta de la tienda, con ese traje elegante y esa sonrisa encantadora, saludándome con la mano, vuelvo a sentir ese cosquilleo que se apodera de todo mi cuerpo.

—Hola —dice cuando abro la puerta con la llave. Aspiro esa mezcla tan familiar de olor a cereza y cuero, estamos más cerca de lo que deberíamos y me parece como si sonaran campanitas en mis oídos —. Siento haberme retrasado. El coche se ha averiado y mi helicóptero también está en el taller y...

—Vaya, el niño rico solo tiene juguetes estropeados —digo en un tono de falsa compasión, intentando con ello rebajar la intensidad del primer encuentro, aunque no se me da nada bien.

Alex se echa a reír de repente. —Vale. Lo pillo. ¿Vamos? —pregunta, señalando el coche dos plazas de aparcamiento más allá.

—¿Ese es tu coche de sustitución? —pregunto, señalando el Mercedes AMG descapotable, que probablemente cuesta más que los pisos de la mayoría de los neoyorquinos—. Debe de ser terrible para ti, ¿no?

—Casi siempre está en el garaje, pero las llaves habían desaparecido y... Oye, ¿puede ser que te estés burlando de mí? —pregunta Alex, dándome un toquecito amistoso en el costado.

Entonces nos paramos frente a su coche, nos miramos directamente a los ojos y ninguno de los dos dice nada. Quizás él también esté pensando que ya se ha convertido en una extraña tradición esto de mirarnos delante de su coche, a veces besarnos... y a veces no.

—Estás espectacular —susurra, mirándome con una expresión que transmite puro deseo. Sabía que iba a ser difícil. ¿Pero tanto?

—Tú tampoco estás mal —respondo, intentando de nuevo ocultar mi inseguridad con una respuesta ingeniosa.

—¿Tampoco estoy mal? —pregunta con una sonrisa.

—Sí, no estás mal —digo en tono indiferente, aunque no puedo evitar sonreír.

—¿Tienes alguna preferencia para cenar? Había pensado en... —empieza, mientras me abre la puerta.

—¿Qué tal comida india? Hay un restaurante genial a solo unos minutos de aquí —digo rápidamente, interrumpiéndolo. Había descubierto el sitio ese mismo mediodía durante una breve búsqueda en Google Maps mientras Ben dormía la siesta. Las fotos y las reseñas parecían buenas. La razón es mi preocupación latente de que pudiera pasar algo con Ben. Así estaría cerca y podría volver enseguida.

—Comida india... Me parece bien —dice—. ¿Vamos? —pregunta, ofreciéndome la mano para subir al coche. Cuando nuestras manos se tocan, ahí está de nuevo: ese calor. Ese deseo que devora y aparta toda la razón que hay en mí.

***

—No conocía este sitio, pero debo decir que es muy bonito. Y la comida también es genial. ¿No te parece? —pregunta Alex cuando damos los primeros bocados de nuestro plato principal.

—Totalmente —convengo, porque tiene razón: el sitio es un sueño, casi como un viaje a la India. Huele a especias exóticas y las numerosas lamparitas y alfombras de todos los colores parecen un sueño de *Las mil y una noches*.

Sería la cena romántica perfecta. Si no fuera porque tengo algo que me pesa en el alma y no sé cómo decirlo sin destrozarlo todo.

Por eso, las conversaciones de camino hasta aquí, después de pedir y mientras esperábamos la comida, giraron principalmente en torno a mi tienda, sobre la que me hizo todo tipo de preguntas. Respondí

obedientemente y le hice contrapreguntas sobre su negocio, suponiendo que era una forma de tantear el terreno. Pero también estaban esas miradas, esos pequeños momentos de silencio que no eran incómodos, sino tan intensos y llenos de promesas no dichas de futuros y apasionados roces que se me ponía la piel de gallina al instante.

—Alex, quería decirte una cosa... —empiezo de repente y me llevo una cucharada a la boca para serenarme, sintiendo cómo el corazón me late con fuerza contra el pecho, porque sé que ha llegado el momento. No puedo posponerlo más. Tiene que saberlo todo. Lo de Ben y...

Me da un ataque de tos, seguido de un increíble ardor en la boca. Miro el plato y me doy cuenta de que debo de haberme comido sin querer la pequeña guindilla roja que había en la cuchara, porque ya no está.

El ardor se intensifica, rompo a sudar, me concentro en respirar y cojo el vaso de agua.

—No —dice Alex, que se ha levantado de un salto preocupado y está arrodillado a mi lado. Lo miro sin entender.

—El agua lo empeora. Toma pan —dice, ofreciéndome un trozo arrancado de pan *naan*.

Asiento, le doy un mordisco y, efectivamente, noto que el picor en la boca va remitiendo poco a poco.

—¡Camarero! Leche y chocolate —exclama, levantando la mano. El hombre indio parece saber por qué, se limita a asentir y se va a toda prisa.

—Ya pasará —dice Alex en voz baja, dándome palmaditas en la mano. Es tierno, en cierto modo, cómo me cuida y no se aparta de mi lado hasta que el camarero regresa con la leche y el chocolate.

Después de medio vaso de leche y unos trozos de chocolate, la cosa mejora de verdad. Vuelvo a sentir la boca normal.

—Gracias —digo en voz baja—. Puedes volver a sentarte, creo —le digo a Alex, que sigue a mi lado con su mano sobre la mía. Sienta bien y a la vez tan mal, porque cargo con este secreto.

—Sí, claro —dice, retirando la mano, lo que de alguna manera se siente como una pequeña pérdida—. ¿Querías decir algo? —pregunta, y siento que el valor para decir la verdad se ha esfumado de algún modo. Todo por culpa de una maldita guindilla.

—Yo también quería decirte una cosa. No había terminado del todo antes en la tienda y...

—Un segundo —digo, interrumpiéndolo, cuando mi móvil vibra, porque me preocupa que le pase algo a Ben. Efectivamente, hay un mensaje de Veronica.

Ben se ha despertado. Tenía muchísima sed. Ya duerme otra vez, pero ahora no queda más leche extraída.

—Mierda —se me escapa, y siento un escalofrío. Algo así no puede pasar.

—¿Todo bien? —pregunta Alex, preocupado.

—Sí, es solo que... deberíamos irnos ya —digo, sintiendo cómo el corazón me martillea en el pecho. Sé que debería decírselo. Pero no

así, no deprisa y corriendo, y no cuando no queda comida para Ben en casa.

—¿Quieres venir a mi casa y...? —empieza, y me pregunto cómo explicarle que en realidad no tengo tiempo para eso, pero no se me ocurre ninguna buena razón y no quiero mentir más.

Entonces vibra su móvil. Por lo visto, él también recibe un mensaje que no le gusta, porque su frente se arruga visiblemente.

—¿Todo bien? —pregunto.

—Problemas de trabajo en dos sucursales de los que tengo que ocuparme —me explica, deja el móvil a un lado y me mira—. ¿Te importa si hoy nos saltamos el postre? —pregunta, poniendo su mano sobre la mía.

—No, no hay problema. De todos modos, Veronica dijo que necesitaría mi ayuda. Hubo... un percance —digo, odiándome por ser tan vaga.

—Claro, ¿quieres que te deje en su casa? —pregunta, dejando dos billetes de cien dólares sobre la mesa, y salimos.

—No, primero paso por casa —digo. Él asiente, y recorremos en silencio los cinco minutos en coche hasta mi tienda y mi piso.

—Beth. Yo... deberíamos sin falta... —empieza, cuando apaga el motor y me mira. No puedo evitarlo, mi cara se gira hacia la suya como por control remoto. Sé que no debería, pero...

Mi móvil vuelve a vibrar, y todo se queda en un intento de beso.

Ben está despierto. ¿Puedes venir? Lo siento.

—Tengo que irme. Hablamos por mensaje, ¿vale? —salgo del coche sin mirar atrás y huyo de la verdad. Por supuesto, hay una razón para ello, una muy buena, de hecho.

Aun así, no sé cómo va a seguir esto con Alex. No puedo estar queriendo besarlo constantemente y seguir cargando con este secreto.

Cuando me giro de nuevo, su coche ha desaparecido. ¿Lo he enfadado?

Capítulo 16

Alex

¡Vaya una mierda más grande!

Parece que me ha mirado un tuerto. Primero, el puto chili y, justo cuando iba a contarle lo de mi interés comercial en su local y la competencia que eso suponía con Jake, le vibra el móvil y dice que tiene que irse.

Así, sin más. Su amiga Veronica debe de creer que puede darle la lata a Beth constantemente si algo va mal con su bebé. Vale, eso ha sido cruel, porque no tengo ni idea de lo que es criar a un bebé sola.

Probablemente, Beth sea su único apoyo y, aun así..., justo cuando íbamos a besarnos, otro mensaje. No sale nada bien: ¡ni siquiera besarnos! Y mucho menos decir la verdad. Siempre se mete alguna mierda por medio, como por ejemplo estas dos sucursales cerradas, con clientes cabreados delante que quieren sus hamburguesas y que ahora probablemente se irán al Jake's Burger.

Eso es exactamente lo que ponía en el mensaje de Eric. Los dos locales no muy lejos de aquí no han podido abrir hoy porque más de dos tercios del turno asignado no se han presentado a trabajar.

—Huelga —me explica Eric, a quien llamo de inmediato después de que Beth se haya largado precipitadamente—. Tendré que pensar en algo con respecto a Beth. Pero ahora, aquí y esta noche, primero tenía que quitarme este problema de en medio.

—Deberíamos despedir a los huelguistas. A todos —digo, furioso.

—Entonces tendremos problemas de personal no solo a corto plazo, sino también a largo —explica Eric.

—Esto es una mierda —digo, golpeando el volante con rabia—. ¿Qué sucursales son? Voy para allá ahora mismo.

—¿Jefe? No servirá de nada, no hay nadie allí.

—Entonces, informe al jefe de personal. Que envíe a una persona de cada una de las sucursales de los alrededores. Y que se asegure de que se cubran todos los puestos. No podemos… —le espeto a mi ayudante.

—Eso es exactamente lo que he intentado hacer, jefe. Pero el director de Recursos Humanos ha dicho que no tenemos ninguna posibilidad. Muchos están de baja por enfermedad actualmente y formar un equipo ajeno con tan poca antelación causaría más caos que otra cosa.

—Maldita sea —resoplo, sabiendo que mi ayudante tenía razón—. Pero algo tendremos que poder hacer —le suelto, molesto, aunque sé que en realidad no nos queda ninguna solución a corto plazo.

—Muy bien, los locales se quedan cerrados esta noche. Pero al menos que cuelguen carteles informando a los clientes de la enfermedad de la plantilla y mañana por la mañana revisaremos los turnos —digo tras una pausa.

—Me encargaré de ello —dice Eric.

Molesto, terminamos la conversación y me pregunto qué voy a hacer con lo que queda de noche. Eric tiene razón. No sirve de nada ir a las sucursales.

Mi teléfono vuelve a sonar. Al principio pienso que Eric quiere aclarar algo más, pero cuando veo el nombre de Jake en la pantalla, de algún modo ya intuyo que él podría estar detrás de todo este embrollo.

Claro, solo son dos sucursales, pero sabe cómo soy y lo de los nervios que me pone que los clientes se enfaden.

—¿Sí? —pregunto sin más al descolgar la llamada.

—¿Tu cita no ha ido como pensabas? —pregunta con ese tono burlón tan despreciable que tiene.

—¿Acaso me espías o qué coño es esto? —gruño.

—Bueno, si contratas a un detective privado para que merodee delante de su tienda, es legítimo, ¿no? —pregunta con un tono indiferente y siento el impulso de romperle la nariz.

—¿Qué quieres? —pregunto, decidiendo no caer en su provocación esta vez.

—Nada. Solo decirte que siento lo de tus dos locales cerrados. Tu gente debe de estar fatalmente pagada. En Jake's, por cierto, eso no pasa y…

—Capullo —bramo y cuelgo.

******

—Al menos tú me eres fiel, Cutie —digo al entrar en mi mansión y acaricio a la gatita, que se acerca a mí ronroneando.

La rabia contra Jake ha disminuido un poco y Eric me ha informado de que han colgado los carteles, junto con un código de descuento con el que los clientes molestos obtienen una hamburguesa gratis en otra sucursal. Una idea realmente buena. Por eso es tan importante que tus propios empleados sean mejores que el jefe. Yo solo tengo que mantener los hilos unidos y tener la visión estratégica.

Como el problema parece resuelto, al menos por ahora, mis pensamientos giran ahora solo en torno a Beth. Y en que, una vez más, hay un beso fallido entre nosotros. Pienso en cómo mis labios rozan los suyos mientras me meto en la cama y siento cuánto me gustaría explorar su pequeño y perfecto cuerpo con mis manos y mi lengua. Independientemente del asunto de su tienda, también la quiero en mi cama, y mucho. Me doy cuenta de ello mientras estoy aquí tumbado, solo, pensando en ella.

Perdona por el final tan brusco de esta noche. Lo mío ya se ha solucionado todo. ¿Y lo tuyo?, le escribo y miro el móvil, que es la única fuente de luz en mi dormitorio.

Para mi alegría, veo que Beth contesta de inmediato.

Sí, todo solucionado también. Lo siento también por el chili y por el final precipitado.

No puedo evitar sonreír como un adolescente idiota al leer su mensaje. Ella quiere. Seguro que tanto como yo. Veo que sigue en línea. Está esperando. Una respuesta mía.

¿Mañana por la noche en mi casa? ¿Sin móviles? Sin interrupciones ni emergencias, y podremos hablar de las cosas en las que nos han interrumpido hoy.

Cuando envío el mensaje y lo releo, me doy cuenta de lo ambiguo que debe sonar, así que añado:

Quiero decir que todavía quería decirte una cosa.

Pero eso no es del todo cierto. También quiero tocarla, besarla y... joder, ¿cuánto tiempo llevo sin sexo? ¿Puede ser que la imaginación me esté jugando una mala pasada? ¿Estoy solo en la cama, escribiéndome con una mujer con la que me acosté una sola vez hace más de un año y estoy empalmado?

La respuesta de Beth se hace de rogar. Me pregunto si he vuelto a hacer algo mal sin darme cuenta. Entonces, tres largos minutos después, llega su mensaje:

Tengo que solucionar una cosa. Te digo algo, ¿vale?

¿Qué es lo que siempre tiene que solucionar? ¿Tiene que cambiar lo de hacer de canguro con Veronica? ¿Tiene otros planes? No entiendo nada y, aun así, le contesto *OK, buenas noches*, aunque me parece que acaba de darme calabazas sin llegar a rechazarme del todo.

¿Me ha rechazado alguien alguna vez? No lo recuerdo. Quizás por eso la sensación es tan extraña ahora mismo.

Mi móvil vibra de nuevo y supongo que Beth va a enviar otro mensaje, pero es mi ayudante Eric.

Ya están los malos resultados trimestrales. Te envío las cifras por correo.

—Mierda —mascullo y me levanto de nuevo para mirar los datos en mi portátil. Eric tiene la orden de enviarme los datos siempre de inmediato. Me alegro de ello, aunque sé que el documento me va a quitar el sueño.

Las cifras no pintan nada bien, aunque tampoco son alarmantes. Pero no soporto que nuestros beneficios bajen mientras Jake se forra cada vez más. Eso me toca las narices.

Paso al final de los datos, porque ahí suele haber una propuesta elaborada que prefiero a un análisis constante de los errores. Al fin y al cabo, se trata de lo que se puede hacer mejor para salir del lío.

Ahí está. Formulado de forma breve y concisa como recomendación:

Comprar local en la 4th Street, así como toda la manzana. Construir un centro comercial, alquilar locales y hamburguesería para clientes de dentro y fuera del centro comercial.

Joder, la verdad es que era una buena idea. Leo los detalles y veo que se adjunta un análisis de los centros comerciales existentes. Realmente no hay ningún centro comercial en las cercanías. Esto podría convertirse en una auténtica máquina de hacer dinero.

Pero la cosa sigue igual: para eso necesito la tienda de Beth. ¡Y para eso tengo que hablar con ella!

Capítulo 17

Beth

A la mañana siguiente

Vaya noche. Siento que apenas he pegado ojo otra vez. Pero esta vez no ha sido por Ben. Aunque estaba despierto y he podido darle el pecho en cuanto he subido al piso, apenas ha bebido y se ha despertado una vez más durante la noche.

Yo, sin embargo, me he quedado despierta, perdida en mis pensamientos y mirando a la oscuridad. Me he dado cuenta de que una parte de mí incluso se alegraba de no haber tenido que decirle la verdad a Alex y de tener de nuevo una excusa para huir. Su mensaje también resonaba en mi cabeza. ¿De verdad debería ir a su casa hoy? ¿Una noche de peli? Una palabra clave para referirse al sexo, eso estaba claro.

¿Pero no acabaría pasando eso de todos modos? ¿Y no era eso exactamente lo que quería una parte de mí, más allá de la razón? ¿Por qué tenía que ser todo siempre tan complicado?

Nuestras conversaciones y las muchas miradas inequívocas no dejaban de darme vueltas en la cabeza mientras estaba despierta. Había algo entre nosotros. Una especie de lazo invisible. Algo que parecía electrificar el ambiente cada vez que nuestras miradas se cruzaban o nos rozábamos con cualquier parte del cuerpo.

Y siempre esas despedidas: a veces con beso, a veces sin él, y constantemente surge algo o me entra el miedo.

Y, sin embargo, este secreto me está consumiendo. Esto no puede seguir así. Tengo que decírselo de una vez. ¡De verdad!

Aparte de eso, parece que él también quería decirme algo, pero se lo impidió el atragantamiento con el chile. ¿Pero qué sería? ¿También tiene un hijo?

¡Tonterías!

Al pensarlo, me paso la lengua por el interior de la boca y casi siento como si el paladar todavía estuviera un poco irritado por ello.

Mientras le daba el pecho a Ben esta noche, de repente caí en la cuenta, horrorizada, de que podría haber causado un problema mucho mayor, porque existen alimentos y métodos para provocar el destete. Me obligué a no buscar si el chile era uno de ellos y, en su lugar, recé una plegaria al cielo. Quizás me escucharon, no lo sé. En cualquier caso, Ben bebió como de costumbre y, ahora por la mañana, al levantarme, siento los pechos llenos y prietos.

Un suave chasquido a mi lado me hace sonreír y miro a mi pequeño rayo de sol, que ha abierto los ojos. —¿Na, hombrecito? ¿Has dormido bien? —le pregunto a Ben, lo beso y lo acaricio, a lo que él responde con un gorgoteo alegre y pataleando un poco.

—Hoy solo existimos tú y yo. La tía Veronica descansa. Te lo prometo —le digo, y vuelvo a pensar en el mensaje de Alex y su invitación a una noche de peli. Pero tengo que afrontar la verdad. Soy una madre soltera y no puedo recurrir a mi amiga todas las noches, quien, además, siempre tiene que cambiar sus turnos por mi culpa. Hoy quiero estar solo para él y no salir otra vez. Por mucho que quiera volver a ver a Alex y deshacerme del secreto. Ben es lo primero.

—¿Nos preparamos, hombrecito? Luego a desayunar y después, a la tienda —le pregunto a Ben y cojo en brazos a mi sonriente hijo.

Como cada mañana, pasamos a ver a mi hámster Petey y, como cada vez, siento un poco de tensión cuando me acerco a su jaula. Pero él corretea alegremente en su rueda y parece que el medicamento que le ha recetado el veterinario le sienta muy bien.

Mientras le mezclo un poco más con la comida, me doy cuenta de que el medicamento se acabará pronto. El veterinario también me dijo que no debería tomarlo durante mucho tiempo por los efectos secundarios. Cuando deje de tomarlo, se verá cómo está realmente Petey. Quizá haya podido recuperarse. Ya en la tienda de animales lo habían dado por perdido y este no fue el primer veterinario que también lo hizo. Eso esperaba, y sabía que me costaría muchísimo tomar una decisión sobre dormirlo. No podía hacerlo: tomar una decisión sobre la vida y la muerte. Era terriblemente difícil. Pero si Petey estaba sufriendo, ¿no era injusto por mi parte negarle el descanso?

Una cabecita se estira en mi brazo. Ben busca su desayuno y le agradezco que por ahora me haya quitado esa idea de la cabeza.

—Sí, ahora mismo desayunamos, cariño —digo y me siento en el sofá con Ben y mi cuenco de cereales—. Desayunar juntos es

agradable, ¿verdad?

Mi móvil vibra antes de que pueda llevarme la primera cucharada a la boca. Automáticamente pienso en Alex y me pregunto si él también habrá dormido tan mal. Anoche estuve a punto de escribirle más de una vez. Pero no quería enviar más señales confusas. Siempre huyo de él, ¿y luego le escribo en mitad de la noche? No, no me parecía sensato.

El mensaje era de un número desconocido. Lo leo con curiosidad y ya con las primeras palabras me doy cuenta de quién es el remitente. Mi ex.

Florecilla de miel. Te deseo. ¿Por qué bloqueas todos mis números? Estamos hechos el uno para el otro.

Niego con la cabeza y cierro la aplicación de mensajes. ¿Por qué sigue sin dejarme en paz después de más de un año? Entonces caigo en la cuenta de que el mensaje no tiene un saludo personalizado y no puedo evitar sonreír. Seguro que ha enviado este texto a todas las mujeres de su agenda.

Justo cuando voy a borrar el mensaje, aparece otra notificación en el móvil que me hace dar un respingo, porque el texto no me gusta nada.

Transferencia fallida. La cuenta no dispone de fondos suficientes.

Miro la fecha. Mierda. Hoy es día uno y solo tengo una orden de transferencia permanente. Para el alquiler del piso y de la tienda.

Abro rápidamente la aplicación de mi banco y me enfrento directamente a la escasez de mi cuenta corriente. Por suerte,

todavía tengo una cuenta de ahorros, así que transfiero inmediatamente la cantidad correspondiente a la cuenta corriente y vuelvo a realizar la transferencia del alquiler.

Sin embargo, ver mi cuenta de ahorros me preocupa. Como un iceberg al sol, la cantidad se ha derretido en los últimos meses. Dentro de dos meses ya no será posible. La floristería genera ingresos, pero hay que pagar las muchas horas de Paula y las flores también son cada vez más caras porque no puedo estar en el mercado mayorista a las tres de la mañana para conseguir los mejores precios.

Quizás tenga que subir los precios, porque los ingresos están muy bien, pero parece que la tienda no da beneficios desde hace unos meses. O tengo que trabajar más yo misma, lo que significa que Ben tendrá menos tiempo, y ya es muy poco.

Como si lo hubiera invocado, emite un sonido debajo de mí.

—Lo siento, tienes razón. Solo estoy mirando el móvil y se suponía que íbamos a desayunar. Gracias por recordármelo —le digo, aparto el móvil, cojo mi cuenco y siento cómo el remordimiento se apodera de mí por no dedicarle tiempo a mi hijo ni siquiera mientras le doy el pecho. ¿Qué clase de madre soy?

******

Listo.

He cubierto las muchas etiquetas de las flores con precios nuevos y mientras lo hacía me he preguntado si de verdad es por los precios que la tienda no da beneficios. Porque en los cuarenta y cinco minutos que me ha llevado, no ha entrado ni un solo cliente; más

bien, la gente pasaba apresuradamente por delante de mi tienda de camino al trabajo o a cualquier otro sitio.

Quizás debería cerrar la tienda y... sí, ¿y qué entonces? ¿Y dónde viviríamos Ben y yo? Tampoco puedo mudarme con Veronica, que ahora mismo está cuidando de Ben mientras duerme la siesta de la mañana. Quise negarme, pero Veronica me dijo que tenía dos horas libres y que quería quitarme un peso de encima antes de que empezara su próximo turno.

Y en cuanto a la tienda: si no la cierro, quizás debería hacer más marketing, o volver a registrarme en el servicio de entrega en línea. Quizás ese sea el negocio del futuro y mi cancelación por el incidente con Alex fue precipitada y solo por despecho, y me ha costado ventas. Tengo que revisar urgentemente mi contabilidad de entonces y mirar algunas cifras. La pregunta es cuándo voy a encontrar tiempo para ello. Además, la contabilidad no es precisamente mi tema favorito y...

—¿Molesto? —oigo una voz masculina a mis espaldas, justo después de que se abra la puerta, y me doy la vuelta.

Ahí está el señor 10.000 dólares por mi tienda y una cita. Ese tal Jake. El competidor de Alex. ¿Será porque ahora sé más sobre él y su pasado que hoy me parece tan zalamero y su sonrisa encantadora tan falsa y maliciosa?

—Siempre. ¿Viene a informarme de la donación al refugio de animales? ¿O por qué está aquí?

—Eh, con calma. Fue un error presentarme de forma tan brusca. Me disculpo por ello —dice, e inclina la cabeza ante mí. ¿Y esto qué es? ¿Un gesto del siglo pasado?

—Si no quiere comprar flores, le rogaría... —empiezo, intentando poner toda la fuerza posible en mi voz, pero me interrumpe.

—Se lo diré tal cual. Quiero su tienda. Pronto seré dueño de toda la manzana. Le ofrezco algo que le gustará y...

—Como ya le dije la última vez, no quiero salir. ¿Cómo se le ocurre que eso podría gustarme? —pregunto, y siento que mi móvil vibra en el bolsillo del pantalón. Lo saco y veo un mensaje de Alex.

Espero no molestar. La oferta de la noche de peli sigue en pie. ¿Has podido solucionar tus cosas?

—Oye Beth, solo quería preguntarte si... ¡Oh, perdona! ¿Tienes un cliente? —oigo la voz de Veronica, que ha bajado del piso de arriba, y doy un respingo. ¿Le pasa algo a Ben? Aguzo el oído, pero no lo oigo llorar, lo que me alivia un poco.

—No, el señor ya se iba. Solo quiere mi tienda. No flores —digo de nuevo, y siento cómo el corazón me martillea en el pecho.

—Lo ha entendido. Pero si escuchara lo que tengo que ofrecerle, entonces...

—No quiero —digo.

—Le saldrá a cuenta. Para usted y para su negocio.

—¿No ha oído a la señora? ¡Fuera! —dice Veronica, señalando hacia la puerta.

—No me extraña que su tienda vaya cuesta abajo —dice él, negando con la cabeza, y se da la vuelta para marcharse.

—Qué tío más zalamero. Me recuerda a tu ex —dice Veronica—. ¿Qué te ofrecía por la tienda?

—Ni idea. Y, sinceramente, tampoco quiero saberlo. No quiero hacer negocios con gente así —digo, y hago una pausa—. Ahora, a lo tuyo. ¿Le pasa algo a Ben? —pregunto rápidamente.

—No, todo bien. Está durmiendo. Solo quería preguntarte si tienes hambre y si te preparo algo de comer.

—Eres demasiado buena para este mundo —digo, y le doy un beso en la mejilla—. No hace falta, de verdad —le digo, y le enseño a Veronica el mensaje de Alex.

—Noche de peli. Suena romántico —dice, y sonríe.

—No seas tonta —digo, sonriendo también—. Tengo que decírselo, y quizás sea mejor ir a su casa para que no surja nada que nos interrumpa.

—Puede que tengas razón. Pero hoy tengo turno doble y no puedo...

—No te preocupes. Le he prometido a Ben que esta noche estaría con él. Hoy, de ninguna manera.

—¿Mañana? Podría arreglármelas y cuidar de Ben —se ofrece Veronica, y mira su calendario en el móvil.

—Eres la mejor —digo, conmovida. Luego me detengo y me pregunto de nuevo si de verdad debería hacerlo.

Sí, este es el camino correcto. La verdad tiene que salir a la luz, así que le respondo a Alex.

¿Mañana a las 20:00 en tu casa?

La respuesta no tarda en llegar.

Vale, me alegro. Pero con una condición...

El corazón me late como un loco mientras espero a ver qué viene ahora:

Ropa cómoda. Nada de trajes de noche. Y yo preparo unos aperitivos y bebidas.

No puedo evitarlo. Tengo que sonreír al pensar en estar sentada en el sofá de la mansión de ese tío rico, en chándal, comiendo patatas fritas. Es casi demasiado perfecto, y sin embargo, sé que probablemente no llegaremos a eso, porque debería decirle directamente lo que hay.

Capítulo 18

Alex

A la noche siguiente

Ha llegado el momento. Miro el reloj, son las 20:03 y espero que el timbre suene de un momento a otro. He estado esperando este momento todo el día y apenas he conseguido hacer nada que valga la pena en la oficina. Al menos, lo de la huelga se ha solucionado y me he ahorrado más llamadas o apariciones de Dilara y Jake ayer y hoy. ¿Se habrán rendido? No, eso no encaja con Jake. Quizá esté planeando algo más grande.

Pero hoy me da igual. Vuelvo a revisar la mesa de centro, sobre la que he puesto varias bolsas de patatas fritas, gominolas, cacahuetes con chocolate y palomitas. Yo llevo mi mejor pantalón de chándal y la camiseta blanca más sencilla que he encontrado en mi armario. Ropa informal, tal como habíamos quedado.

He estado todo el día pensando en cómo y cuándo plantearle esta noche mi propuesta sobre su tienda. Pero entonces se me ha ocurrido una idea mejor. ¿Por qué no disfrutar simplemente de la

noche, ver una película de verdad y decidir después según el ambiente? No estaba seguro al cien por cien de que fuera una buena idea, pero una cosa sí sabía: era exactamente lo que quería. Zampar patatas fritas en mi sofá y ver una película con la mujer que me vuelve loco.

Suena el timbre, abro la puerta y veo a Beth.

—Estás guapísima. —Y es verdad: le miro el pelo negro, rizado y algo domado, que es una maravilla; luego, el top blanco, que enmarca a la perfección sus pechos y su esbelta cintura, y los vaqueros ajustados que lleva debajo.

—Y tú… —dice, y se ríe. Una risa maravillosa que me llega al alma—. Vas comodísimo. Al final no me he atrevido con el pantalón de chándal —me explica con una risita, y al momento se pone seria.

—Alex, de verdad quiero hablar contigo. Deberíamos… —empieza.

—Chisss… —hago, acercándome a ella y poniéndole el dedo en los labios, como ya hice una vez. Ella se calla y ese pequeño roce casi me hace perder la cabeza por completo. Debería agarrarla ahora mismo y…

—¿*Dirty Dancing* o *Come, reza, ama*? —pregunto, recomponiéndome.

—¿Cómo? ¿Qué? —pregunta, mirándome sin entender.

—Pues la selección de películas —digo.

—¿No había nada más típico, no? —pregunta sonriendo.

—Entra primero —digo, haciéndole un gesto para que pase y guiándola al salón.

—Esto no es un sofá, ¡es un sofá con *chaise longue*! —dice asombrada—. ¿Y esto son *unos cuantos aperitivos*? —pregunta, señalando la mesa de centro a rebosar y mirándome de nuevo con una sonrisa.

Dios mío, esta mujer irradia algo que me hace perder el control por completo.

—Alex, de verdad, déjame decirte algo primero. Creo que es importante —me dice, y se acerca tanto que puedo volver a oler su seductor perfume.

Entonces sucede: la atraigo hacia mí y la beso. Lo deseo con cada fibra de mi ser, aunque sé que tiene razón y que deberíamos hablar. Hay algo que la preocupa y yo también tengo que soltar algo. Pero me da la sensación de que después ya no habrá oportunidad de hacerlo.

Y la deseo.

La deseo tanto y desde hace tanto tiempo.

Tan rápido como la he besado, la suelto, y se produce un largo silencio en el que solo nos miramos fijamente mientras mis manos descansan suavemente sobre sus tiernas caderas.

—Perdona. Ha sido impulsivo y… —empiezo, pero esta vez es ella la que me da un beso. Así sin más y de forma totalmente inesperada.

Volvemos a mirarnos fijamente durante unos segundos.

Y entonces se desvanecen todas las inhibiciones.

Nos besamos con desenfreno y pasión. Mis manos recorren su cuerpo, las suyas se enredan en mi pelo, la aprieto contra mí, quiero que sienta lo cachondo que me pone. Se le escapa un gemido ahogado cuando la levanto en brazos, le abro las piernas, la presiono contra la pared y me coloco entre sus cálidos muslos.

—Fuera ropa —susurro, la bajo y me quito la camiseta. Me mira un momento en silencio, con el pelo alborotado y revuelto en todas direcciones. Por un instante me preocupa que vuelva a huir, pero en lugar de eso, pasa su cálida mano por mi tableta de chocolate y volvemos a besarnos, dejando un rastro de ropa mientras nos dirigimos hacia el sofá, donde finalmente llegamos completamente desnudos.

Sé que en realidad tenía otros planes y que esto se está descontrolando por completo, pero me da igual, porque ahora mismo no hay nada que quiera más que esto. A Beth.

—Túmbate —le digo con suavidad, luego le abro los muslos y me coloco entre ellos. Nos besamos y disfrutamos de cómo nuestros cuerpos se presionan el uno contra el otro.

—Alex, de verdad que deberíamos hablar primero —dice Beth entre nuestros besos.

—Deberíamos. Sin duda —respondo, y voy bajando mis besos por su cuello, jugando con sus pezones, lo que la hace inspirar bruscamente y echar la cabeza hacia atrás.

Sigo besándola, pasando por su ombligo hasta llegar abajo y, cuando alcanzo sus labios vaginales y noto lo húmeda que está, ya

no hay quien me pare. Juego con mis dedos, acariciando suave y delicadamente su clítoris mientras la lamo, disfrutando de cada gemido, de cada suspiro suyo, y siento cómo eso me pone aún más cachondo.

Con mis manos recorro alternativamente sus muslos y sus pechos, y finalmente se estremece un poco bajo mi cuerpo y sé que acaba de correrse un poco.

—Te toca —dice Beth, incorporándose y agarrando mi dura polla con ambas manos. Me empuja hacia atrás con una mano, se arrodilla a mi lado y empieza a chupármela. Se toma su tiempo, lo hace increíblemente bien y me acaricia los huevos mientras tanto. Es verdaderamente divino. Y disfruto teniéndola a mi lado, acariciando sus pechos y su culo, lo que, a juzgar por su respiración, también debe de gustarle a ella.

—Quédate así —digo cuando estoy a punto de correrme, la aparto de mi polla, me arrastro por el sofá hasta colocarme detrás de ella, acaricio su maravilloso culo, lo separo ligeramente para poder verle el agujero y luego introduzco lentamente mi polla hasta el fondo de su coño.

Beth gime con fuerza. Primero embisto con suavidad y luego aumento gradualmente el ritmo, mientras mis manos recorren su culo, su espalda y amasan sus maravillosos y grandes pechos; la sensación de tenerlos en mi mano casi me hace correrme.

—Quiero mirarte a los ojos —me oigo decir al final. En realidad, no es típico de mí, pero no puedo evitar la sensación de que estoy a punto de correrme y quiero mirarla directamente mientras lo hago.

Así que nos damos la vuelta, Beth yace sudorosa y mojada debajo de mí. Sus pechos tienen un sabor maravilloso, casi dulce.

Simplemente de ensueño.

Cuando le llevo la mano al clítoris, aumento el ritmo y Beth se adapta a mi compás mientras me agarra los huevos, un tsunami de placer me inunda y el calor se extiende por cada parte de mi cuerpo.

La miro directamente a los ojos, embisto una vez más con fuerza y gimo sonoramente mientras me corro dentro de ella. Para mi deleite, Beth se corre al mismo tiempo, retorciéndose y temblando salvajemente debajo de mí.

—Eres increíble —digo jadeando, la beso con avidez y ella me devuelve el beso—. Ahora podemos hablar —digo, apoyando la barbilla en su pecho y mirándola.

Beth duda. Luego esboza una ligera sonrisa. —¿Nos duchamos primero? Estoy pegajosa.

—Solo si me dejas enjabonarte —digo con una sonrisa pícara.

******

—Hola —saludo a Beth a la mañana siguiente, cuando nos despertamos en el sofá, todavía desnudos y abrazados. Llevo unos quince minutos despierto, contemplando su maravilloso cuerpo desnudo a mi lado y recordando lo que hicimos después de la ducha y durante la película. Lo hicimos toda la noche y en algún momento nos quedamos dormidos.

El sexo es incluso mejor de lo que recordaba y, sin embargo, tengo la sensación de que con esto quizá lo he empeorado todo. Quiero decir, ha sido abrumador, pero si ahora le digo que también quiero su tienda…

No quiero ser un capullo y, sin embargo, tengo la sensación de que con esta noche he cruzado un límite.

—Hola —responde Beth, sonriéndome.

—Como ves, esta vez sigo aquí —devuelvo, y la beso.

—¿Por qué? ¿Qué hora es? Debería… —empieza Beth, se incorpora y mira por la ventana, a través de la cual se ve perfectamente el sol saliendo.

—Mierda, ¿ya es de día? —pregunta Beth, levantándose de un salto del sofá.

—No te preocupes, yo… —empiezo, preguntándome qué la pone tan nerviosa. Son poco más de las siete. Su tienda no abre hasta dentro de dos horas.

—Tengo que irme. Yo… —dice, y empieza a recoger frenéticamente su ropa del suelo.

—¿He hecho algo mal? ¿No íbamos a hablar? —pregunto, sin entender qué está pasando.

—Deberíamos haberlo hecho anoche. ¡Oh, demonios! Yo… Perdona, esto debe de parecer raro. Pero ahora de verdad tengo que…

—No lo parece. No hay problema —digo en voz baja, aunque sé que sí que parece bastante raro.

—Te lo explicaré. Pronto —dice, me da un beso, lo que significa que a pesar de todo no he hecho nada mal, y luego me deja con un

montón de interrogantes.

¿Qué demonios era esto nuestro?

Esto no podía seguir así. Después de esta noche, de ninguna manera, porque ahora ya nada era como antes.

Capítulo 19

Beth

—Lo siento muchísimo, Veronica. No sé cómo ha podido pasar. Yo... ¿Cómo está Ben? —empiezo a decir en cuanto abro la puerta de mi piso y Veronica viene a mi encuentro.

—Para el carro, cariño. Ya te has disculpado como diez veces durante la llamada de camino aquí. Y Ben está durmiendo, todo bien. Venga, entra de una vez y... —hace una pausa y me mira con aire insinuante.

—No me mires así, voy un momento a ver a Ben.

—Como quieras —dice Veronica, y casi puedo sentir su mirada de rayos X sobre mí.

Aliviada, compruebo que, al parecer, Ben ha pasado una noche maravillosa. Está durmiendo, como ha dicho Veronica, respira de manera uniforme y por lo visto solo ha querido comer una vez esta noche. Eso está bastante bien y se me quita un peso enorme de

encima al ver que a mi pequeño le va tan bien. Y aun así, los remordimientos me siguen carcomiendo.

—Gracias, Veronica —digo, y la abrazo al volver al salón.

—De nada —dice ella, restándole importancia con un gesto—. Ahora, cuenta: por lo que parece, ha ido bien, ¿no? Se te nota en la cara lo que ha pasado. ¿Se ha tomado tan bien la noticia de su hijo? —me pregunta Veronica.

—Yo... ¿a qué te refieres con que se me nota en la cara? —le pregunto, y me miro de arriba abajo para comprobar si llevo algo delator.

—Esa sonrisita, Beth. Esa sonrisita de suficiencia. ¿O debería decir más bien: esa sonrisita de *satisfacción*?

—Bueno... es que... —me detengo y ladeo la cabeza—. Sí, vale, nos hemos acostado. —Esa palabra ni siquiera se acerca a describir lo que hemos hecho esta noche. *Hacerlo como animales* sería más apropiado, pero ya me arden las mejillas solo con confesar lo que ha pasado con la versión más suave.

—Eso es genial. ¿Y qué ha dicho sobre el tema del niño antes de eso? —pregunta Veronica, mirándome con curiosidad.

—Ese es el tema... porque, en realidad... no hemos hablado de eso y... —me quedo a medias.

—¿Me... me estás diciendo que habéis follado? ¿Toda la noche? ¿Y todavía no sabe que tenéis un hijo juntos? —pregunta Veronica, enarcando una ceja con incredulidad.

—Algo así —digo, evitando su mirada. Sé cómo suena y me avergüenzo de ello. Ha sido increíblemente estúpido. Nos miramos en silencio.

—Quería decírselo. Pero entonces se ha plantado delante de mí y, de repente, me ha besado y entonces... —empiezo, sintiendo que de alguna manera tengo que justificarme ante Veronica.

—... ¿habéis follado toda la noche? —me pregunta Veronica, completando mi frase.

—Más o menos. Sé que ha estado mal, pero cuando estoy con él es como si no pudiera controlar nada y... —me detengo un momento—. Ayer lo pensé por un instante, cuando terminamos de ducharnos. Pero ¿cómo se dice algo así? *«Oye, el sexo ha estado genial, ¿sabes que tenemos un hijo?».* No se puede y punto.

—En eso tienes razón —dice Veronica, pensativa, y le agradezco que no parezca estar juzgándome.

—Sé que he cometido un error. Tampoco es justo para ti; sacrificas tu tiempo libre y, en lugar de arreglar mis líos, yo solo...

—Eh, frena un poco, cariño. Conmigo no tienes que disculparte. Claro, me he quedado un poco sorprendida. Pero solo porque no me lo esperaba. No te estoy echando nada en cara.

—Ya lo sé, ya me lo echo en cara yo misma —digo, mirando al suelo —. Tengo que decírselo. Sin falta. Si no, todo se va a poner mucho peor.

—En eso tienes razón. Quizá la próxima vez nada de noche de peli, porque resulta que es justo lo que parece: ¿una palabra en clave

para el sexo?

No puedo evitar sonreír al ver cómo me mira Veronica mientras lo dice. —Sí, solo encuentros oficiales. Mejor en algún lugar público. A lo mejor lo de salir a cenar no era tan mala idea y simplemente tuvimos mala suerte.

—Lo conseguirás. Creo en ti y... —se detiene, me mira y continúa en voz baja—. Espero de verdad que tengáis un futuro juntos. Por lo que parece, sentís algo el uno por el otro.

—Si fuera tan fácil y yo no hubiera ocultado un aspecto fundamental de mi vida y te hubiera convertido en madre soltera —digo, y como si lo hubiera invocado, Ben se hace oír con un ruidito desde el dormitorio.

—Voy a verlo —digo, señalando hacia la puerta.

—Y yo me voy a ir yendo. Mi turno empieza dentro de un rato.

—Hasta pronto y gracias —digo, y le doy un beso en la mejilla a Veronica antes de ir a ver a Ben.

******

Por la tarde. Veronica ha terminado su turno y acaba de salir a pasear un poco con Ben en el carrito para que le dé el aire, mientras yo gestiono los pedidos en línea, que han llegado en abundancia en cuanto me he vuelto a dar de alta. Lo bueno es que esta vez he configurado bien los ajustes: nada de peticiones especiales y solo arreglos florales de hasta sesenta dólares. El límite evita las confusas peticiones extra que tantos problemas me dieron el año pasado.

Miro un momento el móvil. Ningún mensaje de Alex. Nada.

Pero ¿por qué iba a haberlo? Al fin y al cabo, he huido en circunstancias dudosas y lo he dejado tirado en el sofá. En mi mente, veo su cuerpo bien formado con sus músculos, su pecho duro y su tableta de chocolate sobre mí, mientras penetra en mí y se corre en lo más profundo de mi ser y...

—Ay.

Me he cortado. Algo que no me pasaba desde hacía años. Rápidamente me pongo una tirita en el corte y me pregunto qué demonios me pasa. Hasta el mero pensamiento de Alex parece hacer que ocurran cosas que normalmente no pasan.

—Hola —oigo de repente una voz a mi espalda que hace que se me ablanden las rodillas—. He pensado en pasar a verte. ¿Molesto?

—Alex —susurro, sintiendo calor y frío por todo el cuerpo a la vez. Lleva una camisa blanca, unos pantalones de traje que seguro que resaltan a la perfección su culo respingón y... joder, ¿le estoy mirando justo donde tiene el pene?

—¿Qué te trae por aquí? —añado, volviendo a centrarme en mis flores e intentando no mirarlo.

—Te has ido muy deprisa esta mañana. Solo quería decirte... —empieza, y por el rabillo del ojo veo cómo se acerca a mí. Me tiemblan los dedos. Dejo el cuchillo, porque si no, es posible que vuelva a cortarme—. Ha sido una noche maravillosa —me susurra al oído y, por un brevísimo instante, siento que voy a desmayarme.

Su olor ha vuelto y las imágenes vívidas de anoche aparecen ante mis ojos.

—Sí, lo ha sido —digo con el corazón desbocado, y me giro hacia él. Volvemos a estar muy cerca. Demasiado cerca. No quiero que se aleje de mí y, al mismo tiempo, sé que eso es exactamente lo que debería decir.

—Eh, ya hemos vuelto. Es que me he dejado la bolsa de los pañales arriba y... oh... hola —oigo a Veronica detrás de mí, que ha entrado en la tienda con el carrito, pasa sigilosamente a nuestro lado, sube y, poco después, vuelve a pasar apresuradamente junto a nosotros con la bolsa de los pañales y un juguete—. Ya me voy.

—¿Ella... —pregunta Alex, señalando a sus espaldas— tiene siempre la bolsa de los pañales y los juguetes de su hijo en tu casa? —pregunta, mirándome pensativo.

—Bueno... viene a menudo y... simplemente hay algunas cosas de niño en mi piso —balbuceo, y me arrepiento al instante. Una pequeña mentira más. No es gran cosa y, en realidad, no he mentido del todo. Pero tampoco ha ayudado a la verdad.

Pero no puedo decírselo ahora, porque parecería que solo suelto la verdad porque me veo obligada a ello.

Quiero decírselo de otra manera. Por voluntad propia.

—Beth. Hay algo que quiero preguntarte —dice Alex, mirándome con seriedad.

Oh, Dios. ¿Lo sospecha? ¿Y ahora qué? ¿O es eso que lleva tiempo queriendo decirme? Su mirada parece seria y sospecho que todo

podría terminar aquí y ahora si pregunta de quién es realmente el niño.

Capítulo 20

Alex

Poco antes

La forma en que se ha ido esta mañana ha vuelto a ser típica de Beth y de mí. Algo la preocupaba. Ya quiso hablar conmigo ayer. Pero yo no quise, aunque debería haberlo hecho.

Pero verla ahí de pie con sus rizos negros y rebeldes, su top blanco y sus vaqueros… Tan cerca de mí. Tenía que besarla sin más. Y lo que ocurrió después fue igual de maravilloso. Creo que la última vez que tuve una noche entera de sexo increíble fue...

... también con ella. Hace más de un año.

Dios, cuando pienso en todo lo que hicimos anoche y durante toda la noche… Me apetece volver a hacerlo. Una y otra vez. ¡Y solo con ella!

Pero todavía hay algo que debería saber. Lo de la tienda, por no hablar de mi apuesta con Jake.

Pero ¿cómo se me ocurrió que sería buena idea acostarnos primero de forma salvaje y desenfrenada y hablar a la mañana siguiente?

¿Cómo pude pensar que eso podría funcionar?

Sin embargo, ni siquiera tuve la oportunidad de hablar en serio con ella. Y eso que pensaba que quizás una atmósfera relajada durante el desayuno podría ser beneficiosa. Le explicaría mis planes para su tienda y, al mismo tiempo, le conseguiría un sustituto adecuado. ¿Quién podría decir que no?

Además, había leído un análisis del mercado de las floristerías, si es que se le puede llamar así. La tendencia se estaba alejando cada vez más de las tiendas físicas para orientarse hacia los pedidos en línea.

Quizá no necesitaba una tienda, sino simplemente un lugar donde pudiera gestionar sus pedidos. Pero, en el fondo, no tengo ninguna experiencia en su negocio y ¿a quién le gusta que se metan en lo suyo? A mí, desde luego, no. Y menos aún de alguien con quien me he acostado.

Y supongo que con Beth no será muy diferente.

Pero antes de que llegáramos a eso, Beth había desaparecido. Así, sin más, de forma totalmente apresurada y sin dar explicaciones. Esto se había convertido en una especie de extraña tradición entre nosotros: que al despedirnos o al intentar besarnos, algo se interponía o a uno de los dos le entraban dudas.

Pero ya habíamos superado la fase de las dudas. Lo de Beth esta noche… ¡ha sido increíble!

¡Beth es increíble!

Pero he intentado no pensar más en ello, me he vestido y he ido a la oficina para dedicarme a mi trabajo y despejar la mente. No le he escrito ningún mensaje. Quizá más tarde.

******

—Maldita sea —maldigo cuando, por la tarde, termino con el análisis detallado del informe del último trimestre y he vuelto a revisar las recomendaciones.

¿Por qué tenía que ser todo tan complicado? Necesito la tienda de la calle 4. La tienda de Beth. Una ubicación estratégicamente buena y una previsión de ventas que bate todos los récords. La tienda competiría con las mejores de la ciudad. Por no hablar de la idea del centro comercial.

Si compro toda la manzana —y Eric ya está en conversaciones preliminares para ello—, será la mejor tienda que haya tenido nunca. Pero para eso, no solo Beth tiene que desalojar la tienda, sino que su casero también tiene que vender, y se ha cerrado en banda desde el principio.

Sea como sea: es hora de poner a Beth al corriente de mi situación. Sin más excusas ni aplazamientos. Ya me he divertido, aunque siento una extraña punzada en el pecho al tener este pensamiento.

Porque yo mismo sé que ha sido más que la diversión habitual. Lo de Beth ha sido diferente. Y, en cierto modo, también quería que así

fuera.

Molesto y sin un plan sobre cómo abordar el tema, reviso el correo que Eric me ha dejado esta mañana sobre la mesa.

RING, RING, RING

—¿Sí, qué pasa, Eric? —pregunto al descolgar el teléfono.

—Señor, sobre mañana por la noche. ¿Debo llevar el esmoquin a la tintorería?

—¿Mañana por la noche? —pregunto, frunciendo el ceño.

—La gala benéfica. En su casa.

—Ah, síííí —digo, aunque lo había borrado por completo de mi memoria. Esas recepciones tontas eran un auténtico fastidio. El constante peloteo mutuo me sacaba de quicio. Aunque… Algunos edificios de esta manzana eran propiedad municipal. Así que no estaría de más tomarse unos coñacs con el alcalde y saludar amablemente a su mujer.

—Sí, adelante —digo.

—Entendido. ¿Como siempre, sin acompañante? —me pregunta Eric.

—No. Esta vez, con acompañante —digo, aunque todavía no hay nada claro, pero sé lo bien que queda en este tipo de eventos ir acompañado. Y ya tengo a alguien en mente. Una única persona y espero que acepte.

—¿Quién será? ¿Quiere que envíe a alguien a recogerla?

—No. La recogeré yo. Y en cuanto a quién es: deje que eso sea asunto mío. Tengo que colgar —digo, me levanto y sé exactamente adónde tengo que ir. A ver a Beth.

Espero que diga que sí y espero que podamos estrechar algunas manos allí y hablar de todo. De verdad que lo espero.

******

—Beth. Hay algo que quiero preguntarte —le digo, mirándola con seriedad.

—¿Sí? —responde Beth, que incluso con su ropa de trabajo y su delantal verde parece tan seductora que casi pierdo la cabeza solo con mirarla. Retrocede un paso y de nuevo tengo la sensación de haber dicho algo equivocado. Parece un poco desconcertada.

Tal vez le da vergüenza porque le he preguntado por qué el bolso cambiador y los juguetes del hijo de su amiga estaban en su apartamento.

Vale, respiro hondo. Mejor no decir ni una palabra más sobre niños. Debería centrarme en lo que de verdad importa.

—Beth, mañana hay una gala benéfica en mi casa. Una recepción muy oficial con gente importante de la ciudad —empiezo y carraspeo —. ¿Quieres ser mi acompañante oficial para esa noche? —pregunto y, como no responde de inmediato y se me queda mirando con cierta incomprensión, añado—: Estrechamos algunas manos y luego tendremos tiempo de sobra para hablar. Este tipo de eventos suelen

ser aburridísimos. Y hace tiempo que queríamos hablar de un par de cosas...

—Tu acompañante: ¿qué significa eso exactamente? —pregunta Beth en voz baja.

Me detengo. Es una pregunta justificada. No lo había pensado realmente. ¿Por qué se dice así? No quiero decirle que esa noche fingiremos que estamos juntos y que después cada uno seguirá su camino. Además, eso no es lo que quiero en absoluto.

De camino hacia aquí, he repasado todo mentalmente y me he dado cuenta de una cosa: no quiero en absoluto que esto —sea lo que sea que tengamos Beth y yo en este momento— termine. De hecho, quiero profundizarlo y ver a dónde nos lleva.

Pero primero tengo que aclarar lo de la tienda. Y lo de la apuesta. Seguro que eso no va a sentar bien. Quizás sea mejor que lo deje, porque ¿a qué mujer le gusta ser objeto de una apuesta? De todas formas, fue una idea de mierda aceptar.

—¿Alex? —pregunta Beth en voz baja, porque sigo sin responder.

—No tiene por qué significar nada. Podemos ir como amigos. Muchos de los que llevan acompañante están casados, son pareja o… bueno… —balbuceo, sintiéndome como un colegial tonto que no puede expresar nada con palabras y notando cómo me late el corazón.

—Pero si no quieres o no tienes tiempo, entonces quizá ha sido una mala idea y… —añado, preguntándome qué mierda está saliendo de mi boca.

—Iré contigo —me interrumpe Beth, con las mejillas encendidas—. Lo de hablar suena bien. —Sin dudar. Sin consultar. Simplemente acepta.

Y yo sonrío de oreja a oreja y no puedo ocultar mi alegría. La boca de Beth también se curva en una ligera sonrisa. Parece tan tímida, tan frágil. Completamente diferente a esta noche.

No quiero hacerle daño y ya lamento haberle ocultado el tema durante tanto tiempo.

—Me alegro mucho. Te recojo a las… ¿digamos, a las ocho?

—De acuerdo —dice Beth—. ¿Vuelves a llamar a la puerta de la tienda?

—También puedo subir a tu apartamento. La entrada a la escalera debe de estar al lado, ¿no?

—No, está bien. Saldré por la tienda —responde Beth rápidamente, evitando mi mirada.

—De acuerdo —digo, preguntándome por qué nunca he estado en su casa. ¿Se avergüenza porque su apartamento es más pequeño que mi mansión? Eso sería una tontería. Quizá le pregunte el motivo cuando hayamos hablado del gran tema.

—Estoy deseando que llegue. Pero, por desgracia, tengo que irme. Hasta mañana —digo, me acerco a ella y le doy un beso en la mejilla. Me encantaría besarle la boca, pero creo que, como ninguno de los dos sabemos dónde estamos parados y no hemos hablado, es mejor así.

—Yo también —susurra Beth en voz baja y me parece que ha cerrado un poco los ojos cuando le he dado el beso. Qué mujer tan sensual.

De vuelta a la oficina, lo repaso todo de nuevo: estrechar manos, sonreír amablemente, luego retirarme con Beth a un rincón tranquilo y explicarle que me gustaría hacerme con su tienda y convertirla en una sucursal. Pero a cambio, le compraré una nueva tienda en el lugar que ella elija. Y si lo del centro comercial sale bien, le ofreceré una segunda tienda allí. A los clientes de los centros comerciales les encantan las flores. No dará abasto con los clientes.

Eso debería funcionar, ¿no?

Quiero creerlo, pero no puedo librarme de la ligera sensación de que he hecho la cuenta sin contar con Beth y su compleja mente en esa cabecita tan adorable.

¿Y si soy sincero y le digo que he pospuesto el tema demasiado tiempo porque, sencillamente, me parece increíble?

Eso suena bien. Así lo haré.

Estoy impaciente y, por primera vez, estoy deseando que llegue una gala benéfica.

Capítulo 21

Beth

—Estás... preciosa —dice Alex, que está de pie frente a mí con un elegante esmoquin, cuando abro la puerta de mi tienda, a la que ha llamado un momento antes.

Son exactamente las ocho de la tarde y me alegro de haber conseguido hacerlo todo a tiempo hoy. Ben ya duerme en su cunita. Yo misma lo he acostado, le he leído un cuento y le he explicado que la tía Veronica está aquí esta noche y le dará el biberón.

Por supuesto, no es su tía de verdad; Ben no tiene tías. Pero Veronica siempre está ahí para él cuando la necesitamos. Porque ha vuelto a cambiar un turno y mi deuda impagable con ella se ha hecho aún mayor. ¿Cómo demonios podré devolverle tantos favores? Esperaba de todo corazón poder hacerlo alguna vez. Haría cualquier cosa por ella.

Antes lo he dejado todo preparado: me he sacado leche y la he congelado, he dejado listo el calientabiberones, me he arreglado y le he jurado a Veronica que estaría de vuelta a las doce de la noche

como muy tarde, porque de ninguna manera iba a pasar la noche en una cama ajena.

Quizá algo así no vuelva a ocurrir de todos modos, porque hoy la verdad saldrá a la luz. La verdad es que me he alegrado de que me pidiera que lo acompañara. El lugar parecía ideal. Allí habría gente importante para él, así que no me montaría una escena y escucharía lo que tenía que decirle.

Por otro lado, también me sienta bien, porque lo nuestro... ha sido tan intenso..., tan diferente a todo lo que he vivido. Es agradable ser su acompañante, casi real, como si de verdad hubiera algo que nos uniera. Y lo hay, esa conexión se llama Ben y ahora mismo duerme plácidamente en su cunita. Pero no me refiero a eso. Hay algo más. Tanto por descubrir y explorar.

Y, sin embargo, tengo miedo de que la verdad lo cambie todo y que lo nuestro termine después de esta noche.

—Tú también estás fantástico —le digo a Alex, que vuelve a darme un beso en la mejilla a modo de saludo, tan sensual que mi mente vuela de inmediato a su sofá, tumbada debajo de él.

Madre mía, esto va a ser difícil.

—¿Lista? —pregunta mientras me coge la mano y me guía hacia el coche.

—Lista —digo con una leve sonrisa, sintiéndome increíblemente segura al notar el calor de su mano. Debería habérselo dicho antes. Quizá entonces habríamos tenido una oportunidad. Pero ¿acaso yo quería esa oportunidad al principio?

—Solo son diez minutos en coche —dice Alex, abriéndome la puerta.

******

—Permítanme presentarles a Beth, mi acompañante —dice Alex, y estrecho unas cuantas manos más. Alex tiene razón. Este tipo de eventos son aburridos. Mucha charla trivial y sonrisas forzadas. Pero con él, nada es aburrido. Hemos entrado de la mano por la gran puerta principal y un botones ha cogido la llave de su coche para aparcar el Bentley, ya reparado.

Ha parecido tan real. En otro mundo, sin nuestra historia, de verdad habría creído que éramos una especie de pareja.

La forma en que Alex me susurraba algo al oído sobre cada uno de los invitados. Nada despectivo, una anécdota divertida por aquí, un secreto lascivo por allá. Le daba sabor a la velada y me encantaba cómo nos reíamos juntos y cómo, después de un canapé, me quitaba las migas de la comisura de los labios con el dedo índice y se lo llevaba a la boca. Como si fuéramos uno.

—Ya casi hemos terminado, Beth —susurra Alex—. Ahí vienen el alcalde y su mujer. La tercera, por cierto, se llama Elaine y...

—Señor alcalde. Elaine —saludo a ambos, les doy la mano y veo dos caras amables y abiertas.

—Encantado de conocerla, ¿señorita...? —pregunta el alcalde.

—Llámeme Beth —digo, tal y como Alex me había indicado antes. Dijo que a los de la vieja escuela les encanta llamar a las mujeres por su nombre de pila. Me parece extrañamente anticuado, pero lo

hago por Alex, que me asiente amistosamente y me coge la mano, que noto maravillosamente cálida y familiar.

—Señor Rodgers, he de decir que ha traído usted una acompañante maravillosa esta noche. ¿No es así, Elaine? —dijo el alcalde, estrechando la mano de Alex.

—Gracias, señor —dijo Alex—. ¿Tendría un momento para mí más tarde?

—Por supuesto. Para los caballeros con una acompañante tan guapa, siempre. ¿Un coñac después?

—Con gusto, señor —dijo Alex, y la pareja se alejó.

—Bueno, ¿qué te he dicho? Igual que hace cien años, ¿a que sí? —me susurra Alex al oído después de que se hayan ido.

—Increíble —digo, y no puedo evitar sonreír. La verdad es que lo es. Un mundo ajeno a mí, tan extraño que resulta hasta divertido.

—Contigo es la primera vez que me divierto en un evento así —continúa susurrando Alex y me da otro beso en la mejilla. Entonces, giro la cabeza. Las puntas de nuestras narices casi se rozan. Estamos tan cerca el uno del otro que el resto de la sala y la música se desvanecen.

Cómo me gustaría besarlo. A este hombre que me guía por este laberinto de hombres adinerados y me hace sentir como si de verdad perteneciera a él. A su lado.

Pero primero tiene que saberlo todo. Y su reacción lo cambiará todo.

—Alex... ¿podemos hablar? —pregunto en voz baja y con tono suave, resistiendo por los pelos el impulso de besarlo.

—Sí. Ven, allí detrás parece un buen sitio, alejado de todo y... —empieza Alex, señalando el sofá. Ese sofá de su salón en el que nosotros... Aparto el pensamiento. Ahora no.

—¿Señor? ¿Jefe? Ha surgido un problema. ¿Tendría un momento? —dice Eric, su asistente, que se ha acercado a toda prisa, me mira brevemente y luego se dirige a Alex. Alex me ha explicado que él también tiene la tarea de estrechar algunas manos por aquí y por allá.

—¿No puede esperar? Beth y yo íbamos a hablar de algo —dice Alex, molesto, y me alegro de que esta vez parezca tomarse en serio mi petición.

—No, me temo que... es... —balbucea Eric, mirando con nerviosismo de mí a Alex.

—Está bien. Pero solo un minuto —dice Alex de mal humor y se vuelve hacia mí—. Vuelvo enseguida.

—Bueno. ¿Qué pasa? —le pregunta Alex a su asistente mientras ambos se alejan de mí.

—Él también está aquí —oigo decir a Eric, pero no entiendo el resto. Sin embargo, veo por la expresión de Alex que no parece nada entusiasmado y gira la cabeza en la dirección que su asistente le indica con el dedo.

Entonces comprendo a qué *problema* se refería su asistente.

Capítulo 22

Alex

¿Quién ha venido? —pregunto, volviéndome otra vez hacia Beth, suponiendo que ya estamos lo bastante lejos para que no nos oigan.

—Jake..., con Dilara.

—No está invitado, joder —respondo, y miro a Eric con el ceño fruncido. Esto no es buena señal. Al contrario. Si Jake se deja ver por aquí con Dilara, seguro que es solo para armar jaleo.

—¿Dónde está? —pregunto, sintiendo cómo la rabia crece en mi interior.

—Allí delante —dice Eric señalando con el índice el otro extremo de la sala. Mi mirada sigue su dedo y entonces lo veo. Sin Dilara, la verdad, aunque, si he de ser sincero, casi que lo prefiero. Con una persona de esa calaña ya tengo suficiente.

—Yo me encargo de esto —le digo a Eric sin apartar la vista de Jake —. Vaya a ver a Beth y dígale que vuelvo enseguida. Que me espere, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, señor —oigo decir a Eric y me dirijo hacia Jake. Apenas percibo nada de lo que me rodea en la sala. Ni a mi ayudante, que me grita algo a la espalda, ni a los demás invitados. Solo veo a Jake, apoyado con aire despreocupado en una mesa, sosteniendo un vaso de whisky en la mano.

—¿Qué haces aquí, Jake? No estás invitado —le pregunto cuando nos plantamos uno frente al otro.

—¿Por qué tan borde, Alex? ¿Y por qué vienes sin tu acompañante? —pregunta, mirando por encima de mi hombro y saludando con la mano en la dirección donde debe de estar Beth.

—Déjate de hostias, Jake. ¡No te metas! —le espeto, intentando no hablar demasiado alto para que los demás invitados no oigan nuestra conversación. Siento cómo la tensión se apodera de todo mi cuerpo.

—Pero si no estoy haciendo nada. Solo saludar a tu acompañante. He visto que los otros caballeros le han besado la mano, quizá debería…

—Lo que deberías hacer es largarte. Tú y Dilara. No sois bienvenidos aquí.

—Pero bueno, Alex —dice Jake con indiferencia, ignorando mi gesto con el que señalo hacia la puerta—. Ya tendrás tiempo de follarte a la pequeña. Apuesto a que le gusta que se la metan por detrás, como a ti te va, y seguro que entonces también puedes…

—Una palabra más, Jake —siseo, y le agarro la muñeca en la que sostiene el vaso de whisky con tanta fuerza que un poco del líquido se derrama sobre su mano—. Te juro que pierdo los estribos.

—¿Y qué dirían tus invitados? —canturrea, y se detiene—. Ah, ahora caigo. ¿Cómo he podido ser tan tonto? —dice, dándose un golpecito en la frente con el índice—. Te gusta de verdad. Estás colado por la pequeña, ¿a que sí?

—No veo en qué te incumbe —replico secamente.

—Ya lo habéis hecho, ¿eh? Habéis follado. ¿Verdad? —dice Jake con una amplia sonrisa en la cara, y solo a duras penas consigo reprimir el impulso de darle un buen puñetazo en la nariz.

—Oye, tranquilo, Alex —dice Jake, posando su mano empapada en whisky sobre mi puño cerrado—. Me alegro por vosotros. Haz con ella lo que quieras. Fóllatela por el culo si te da la gana. Me da igual. Podéis casaros mañana mismo. Solo quiero que sepas que… —hace una pausa y agita la mano restándole importancia—. Ah, no. Seguro que prefiere decírtelo ella misma.

—¿El qué? —siseo, hirviendo de rabia por dentro—. ¿Qué tiene que decirme ella misma?

—No es nada. No debería haber dicho nada. Culpa mía —dice Jake, levantando las manos en un gesto conciliador.

—Jake, última advertencia. Como sigas provocándome, pierdo los estribos —digo, agarrándolo por las solapas y empujándolo contra la pared que tiene detrás. Con tanta fuerza que se golpea la nuca contra ella.

—Vale, vale. Te lo diré, ¿de acuerdo? Pero solo si me sueltas —responde, y me alegro de que su sucia sonrisa haya desaparecido de su jeta al menos por un momento.

—Hemos llegado a un acuerdo. Beth y yo. Me ha dado su palabra. Puedo quedarme con el local.

—Eso es imposible —digo, mientras siento un escalofrío glacial recorrerme y la sangre me martillea en los oídos—. Mientes.

Estoy seguro de que va de farol. Es típico de Jake. Pero me queda una pequeña duda que no consigo apartar del todo. Beth me lo habría dicho, ¿no? Por otro lado, llevaba todo el rato queriendo hablar conmigo. ¿Quizá era sobre eso?

—Pues sí, mientras tú estabas ocupado con cenas, flirteos y folleteo, yo he elegido el camino fácil y simplemente le he…

—¡Fuera! ¡Ahora mismo! —le grito, y en ese momento me doy cuenta de que esta vez no he hablado en voz baja, porque por el rabillo del ojo veo a un par de invitados volverse hacia nosotros, asustados.

—Pero, Alex, podemos hablar de esto como personas adultas —dice Jake en tono apaciguador y mira a los otros invitados como disculpándose, como si la situación le resultara incómoda.

—¿Desde cuándo te comportas como un adulto, eh? Mientes, engañas, robas y copias. Así es como has montado tu negocio. Y ahora lárgate. Llévate a Dilara, esté donde esté, y que no os vuelva a ver el pelo.

—Eric —le grito a mi ayudante por encima del hombro.

—¿Sí, jefe? —pregunta.

—Jake y su acompañante quieren irse. Asegúrese de que encuentran la salida y no los pierda de vista —le explico, sin dejar de mirar a Jake, cuyo semblante parece bastante satisfecho. Por lo visto, ha conseguido lo que quería.

—Ya te enviaré los nuevos datos bancarios —dice cuando Eric va a cogerlo del brazo para llevarlo a la puerta, pero él se libera del agarre con una sacudida.

—¿Qué? ¿Para qué? —pregunto—. ¿Te has vuelto completamente loco?

—Pues para el millón de dólares. Nuestra apuesta, ¿ya te has olvidado?

—Lárgate de una vez —digo, sintiendo una punzada en el estómago. Tendrá su millón, mantengo mi palabra. Pero no voy a hablar de ello con él aquí y ahora.

Maldita sea, ¿de verdad puede ser que me haya dejado deslumbrar por Beth y haya perdido de vista lo esencial? ¿Cómo ha podido pasarme algo así? ¡A mí! Para mí, los negocios siempre son lo primero, pero esta vez…

—Dale recuerdos a Beth de mi parte —dice Jake, que ahora sí se deja llevar por Eric hacia la puerta, aunque con cierta desgana.

Me doy la vuelta, esperando no tener que volver a verlo en mucho tiempo, y me dirijo hacia Beth, que me espera en la barra, en la otra esquina de la sala, con un zumo de naranja delante.

—¿Todo bien? —pregunta cuando vuelvo con ella, e intenta cogerme la mano, pero yo retrocedo instintivamente un paso—. Oye, ¿qué pasa? Pareces tenso.

—Jake provocando todo lo que puede. No debería estar aquí. Eric lo está acompañando a la salida —le digo a Beth. A continuación se produce un largo silencio y nos miramos. Sin embargo, no parece que haya tensión y deseo en el aire. Más bien, estoy esperando a que Beth me confirme lo que Jake ha dicho. Quiero oírlo de ella.

—¿Te ha dado malas noticias? —pregunta Beth, mirándome preocupada.

—Se podría decir que sí. Aunque con él nunca se sabe si miente o no. Parece que es su estilo —replico—. Ya lo conoces, ¿no?

—¿Qué quieres decir? —pregunta Beth, ladeando la cabeza.

—Bueno, también estuvo en tu tienda. —Hago una pausa—. ¿Cuántas veces, por cierto?

—No sé. ¿Qué importancia tiene? ¿Y por qué me miras como si hubiera hecho algo malo? —pregunta Beth, y parece dolida.

—Queríamos hablar, ¿no? Pues hablemos. ¿Has hablado con él por casualidad de algo que yo debería saber? —pregunto, sintiendo que mi paciencia se agota poco a poco.

—Si quieres saberlo, lo eché de allí —dice Beth, un poco ofendida—. Para ser exactos, fue cuando me invitaste a la *noche de cine* —dice, haciendo el gesto de las comillas en el aire con las manos al decir «noche de cine».

—Vale, ¿entonces no tenéis ningún acuerdo comercial ni nada por el estilo?

—¿Con él? —pregunta Beth con tono despectivo, señalando en la dirección por la que ha desaparecido—. Ni hablar. ¿Qué te crees que soy?

—Perdona, yo… Jake ha hecho un par de insinuaciones y quería saber si había algo de cierto en ello —explico, sintiéndome increíblemente estúpido en este momento. Por supuesto que era solo un farol. Y yo, idiota, he picado y con mi brusquedad lo he estropeado todo.

—De verdad. Perdona. ¿Hablamos ahora? —pregunto, intentando sonar amable e indicando el sofá.

—Voy a retocarme primero. Dame un momento —dice Beth mientras se levanta, y casi me parece ver un brillo acuoso en sus ojos. ¿La he ofendido tanto? Y eso que solo quería asegurarme.

—Claro. Te espero —digo, siguiéndola con la mirada y preguntándome si con esto he arruinado para siempre mi oportunidad de contarle mi plan.

Capítulo 23

Beth

¿Pero qué ha sido eso?

Me miro en el gran espejo del baño de señoras de su pasillo, que es más grande que muchos comedores. Hay incluso tres cabinas con cerradura y me pregunto si este baño se habrá instalado a propósito para este tipo de ocasiones.

¿Quién más tiene en su mansión baños separados por sexos que son más grandes que los de algunos restaurantes? Quizá su mundo me sea más ajeno de lo que pensaba. Hasta hace un momento, estos extraños rituales de bienvenida me parecían divertidos, pero, de algún modo, se me han quitado las ganas después de esta conversación tan rara.

La seriedad y la intensidad con que me ha mirado después de volver de hablar con esa persona tan repugnante, Jake. Como si hubiera cometido algún crimen. ¿Y por qué piensa que he llegado a un acuerdo comercial con él?

Claro, no le he contado que Jake volvió a aparecer y que quería ofrecerme no sé qué. ¿Pero por qué iba a hacerlo? Hay un secreto mucho más grande que, en realidad, quería compartir hoy con él.

Pero ahora ya no estoy tan segura.

Si Alex reacciona así cuando ese Jake le cuenta un cuento chino, ¿cómo reaccionará cuando se entere de que tenemos un hijo?

Me seco los ojos y aparto el sentimiento que se apodera de mí al pensar en tener que sincerarme con él. Quizá fue un error empezar algo con él. Quizá las muchas cenas y los besos fueron un error, y desde luego fue un error pasar esa noche con él.

No es que no me gustara. Al contrario. Pero debería haberle hablado primero de nuestro hijo. Debería haber jugado con las cartas sobre la mesa, en lugar de construir este castillo de mentiras del que ya casi no encuentro salida.

Por otro lado, al final se ha disculpado enseguida, pienso mientras me retoco la raya del ojo. Quizá ahora sea el momento adecuado, porque se ha dado cuenta de lo vulnerable que soy y será más paciente en nuestra conversación y me escuchará hasta el final.

Quiero creerlo de verdad, respiro hondo y sé que ahora debo volver poco a poco para enfrentarme a la verdad.

Pero, en lugar de eso, saco mi móvil y marco el número de Veronica. Sé que no hago más que seguir aplazando la verdad. Y, aun así, quiero hablar con ella un momento y, sobre todo, saber cómo está Ben. Vuelvo a mirar a mi alrededor. Ninguna de las tres cabinas está cerrada y no se ve ningún pie bajo el pequeño hueco de abajo.

—Hola, Beth. ¿Todo bien? —pregunta Veronica, y me alivia mucho oír su voz.

—Hola, Veronica. Solo quería saber si Ben está bien —pregunto.

—Claro. Está durmiendo. No te preocupes. Aquí todo va bien. ¿Y tú? ¿Ya se lo has dicho?

—No, todavía no. Acabamos de tener una conversación extraña. Estoy en el baño y me da un poco de miedo decirle que tenemos un hijo —suelto de sopetón. Pero sienta bien hablar de ello y ponerle palabras a mi miedo. Quizá me ayude a abordar el tema de una vez.

—¡Ay, Beth, cielo! Cuanto más lo pospongas, peor será. No puedo decirte cómo va a reaccionar. Lo que sí te puedo decir es que, después de lo que tenéis ahora, desde luego se merece saber la verdad —dice, y tras una breve pausa, añade—: Aunque, por supuesto, a mí me encanta hacer de madre soltera por vosotros.

Me echo a reír porque sé a qué se refiere Veronica. —Eres genial. Gracias, Vero. Voy a salir ahora mismo y a contarle lo de Ben. Que tiene sus ojos y que seguro que se parecerá a él cuando sea mayor.

Terminamos la conversación y me siento visiblemente mejor. Guardo el maquillaje en el bolso, compruebo mi aspecto una vez más en el espejo y entonces veo que, a mi izquierda, la puerta de una cabina se abre lentamente.

Ahí está Dilara, con una amplia sonrisa, y se me para el corazón cuando nuestras miradas se cruzan.

La llamada. Tiene que haberlo oído todo.

—Eso ha sido muy… interesante —dice mientras teclea en su móvil.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado…? La puerta no estaba cerrada y no se te veían los pies y… —empiezo, sintiendo un sudor frío.

—Cierras la tapa del váter y te subes. ¿Nunca lo has oído? Es útil cuando el asistente del anfitrión te está buscando para echarte —dice, sonriendo.

—Me esperaba muchas cosas esta noche. Pero oír una llamada así… Es como si la Navidad se hubiera adelantado —dice Dilara, sin poder dejar de sonreír.

—No tienes derecho… —empiezo, furiosa, señalándola con el índice, pero no sé qué decir.

—Tu hijo se llama Ben, ¿verdad? ¿Es hijo tuyo y de Alex Rodgers? ¿Y él no sabe nada? —dice ella, impasible, mirando alternativamente de mí a su móvil, en el que está tecleando algo.

—¿A quién le escribes? ¿Qué estás haciendo? —pregunto con un mal presentimiento. Me acerco a ella, la agarro y, en un arrebato de desesperación, le tiro el móvil de la mano.

—Zorra asquerosa —espeta Dilara, enfadada, y recoge el móvil.

Este es mi momento. Tengo que irme, salir de aquí y decírselo. Ahora mismo. Antes de que ella o ese Jake se lo cuenten y lo empeoren todo. Pero tropiezo con mis propios pies y caigo sentada.

—Bien empleado —dice Dilara, pasando a mi lado con calma y poniéndose de espaldas a la puerta, que cierra con pestillo a sus espaldas—. Tú no vas a ninguna parte por ahora —dice, y se lleva el móvil a la oreja.

—¿Jake? Sí, soy yo. ¿Has leído mi mensaje? Es la bomba, ¿a que sí? —dice Dilara sin quitarme los ojos de encima. Me levanto, voy hacia ella e intento apartarla, pero no cede.

—Sí, lo haré —dice, y cuelga. Luego me aparta con un fuerte empujón, haciendo que casi vuelva a caer sentada.

—¿Por qué haces esto? ¿Por qué eres así? Yo no te he hecho nada —susurro, desesperada, y siento una lágrima correr por mi mejilla mientras la desesperación se extiende por todo mi cuerpo.

—No tengo nada en tu contra. Al contrario. Solo estoy a favor de que la verdad salga a la luz. Y, hablando de la verdad, ¿sabes algo de la apuesta entre Jake y Alex y de la verdadera razón por la que sale contigo?

—No me creo nada de lo que dices. Será tan falso como la foto tuya con él.

—Vale, la foto era un farol. Lo que te voy a decir ahora es verdad. Te doy mi palabra. Puedes preguntárselo a él después de que te lo cuente.

—No mereces que nadie te escuche, y ahora déjame pasar.

—Alex quiere quedarse con tu local y convertirlo en una hamburguesería. Él y Jake han apostado un millón. Sobre quién consigue el local primero. Por eso Alex sale contigo. Por eso estás hoy aquí a su lado. Es su táctica.

Estaba a punto de abalanzarme sobre Dilara, pero sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago. Sé que no debería creerla, pero de repente todo cobra sentido. Su repentina aparición en mi tienda, el interés súbito, las muchas conversaciones interrumpidas en las que quería decir algo, su comportamiento y la pregunta de si Jake y yo teníamos un acuerdo.

Todo me da vueltas en la cabeza y me pregunto qué parte es verdad y qué se ha inventado Dilara. Me tambaleo y casi se me nubla la vista. Aunque solo una pequeña parte fuera cierta, ¿no significaría que para él solo soy un medio para un fin? ¿O de nuevo solo basura de la que se puede deshacer, como ya hizo el año pasado?

Capítulo 24

Alex

Maldita sea, ¿dónde se ha metido?

Molesto y de mal humor, tamborileo con los dedos sobre la barra del bar. De vez en cuando, asiento amistosamente, estrecho la mano de algunos invitados que no había visto hasta ahora y solo espero que este teatro se acabe pronto. Aunque quería hablar con el alcalde sobre la idea del centro comercial, el propietario del local de Beth todavía no ha dado su visto bueno y, de alguna manera, sería mejor que hablase primero con ella en lugar de con él.

Pero ¿dónde se ha metido? ¿Qué hace tanto tiempo en el baño? ¿Debería ir a ver si está todo bien?

No, eso seguro que no mejorará el ambiente, que ya estaba bastante por los suelos justo antes de que se fuese al baño.

—¿Jefe? —oigo la voz de Eric a mi espalda y me doy la vuelta de golpe.

—No he podido encontrarla. Lo siento. Quizá ya se haya marchado —dice, jadeando como si acabase de correr un esprint o algo parecido.

—Pero si está en el baño. La estoy esperando, ha dicho que volvía enseguida —digo con brusquedad y señalo hacia atrás con el pulgar.

—¿Se... están hablando entre ustedes? ¿No se suponía que debía encontrarla y echarla? —pregunta mi ayudante, mirándome con incredulidad.

—¿De quién estamos hablando? —replico, molesto, y me pregunto adónde quiere ir a parar. ¿Qué tiene él que ver con Beth?

—De Dilara. Se suponía que la encontrara y, junto con Jake...

—Ah, claro. Por supuesto. Estaba pensando en Beth —digo, aliviado, y le doy una palmada en el hombro a mi ayudante—. Siga buscando, ¿de acuerdo? De esa mujer se puede esperar cualquier cosa. Revise cada rincón dos veces, si es posible, ¿sí?

—De acuerdo, jefe —dice, y duda un instante—. ¿Puedo hacer algo más?

—No, está bien, Eric —respondo, mirando hacia el baño. ¿Cuándo va a venir Beth por fin? Quiero sincerarme con ella de una vez. Paseo la mirada por los invitados, levanto mi copa hacia el alcalde, que me corresponde asintiendo amistosamente y levantando también la suya. Eso ya es una buena señal, porque...

—¿Ya te has calmado? —oigo una voz masculina familiar a mi espalda y me giro bruscamente.

—¡Jake! ¿No he sido lo bastante claro? ¿Mi ayudante no te ha enseñado la salida? —pregunto con aspereza y doy un paso hacia él.

—Con calma, Alex. Hay muchos ojos mirándonos, ¿a que sí? —pregunta en un susurro, levantando las manos en un gesto conciliador.

—Di lo que tengas que decir y después lárgate, ¿vale? Provócame, haz tus chistes sobre Beth o cuéntame otra mentira sobre tu trato con ella. Sea lo que sea, acabemos con esto ya —digo y suspiro. Tiene razón. No puedo llegar a las manos delante de toda esta gente, así que voy a probar una táctica diferente que quizá tenga más éxito.

—Así que has descubierto que Beth y yo no tenemos ningún trato —dice, y se frota la mano en el hombro de la chaqueta, como si quisiera quitarle una mota de polvo invisible—. Ha sido más rápido de lo que pensaba. Mis respetos —dice, y hace una pausa—. Hay que admitir que solo era una pequeña broma.

—Tus bromas siempre han sido a costa de los demás y nunca nadie se ha reído de ellas, salvo tú —espeto, cerrando la mano en un puño.

—Pero lo que te voy a decir ahora es verdad. Pongo la mano en el fuego por ello y juro...

—Demasiado teatro para un mentiroso compulsivo como tú. ¿Por qué iba a creerte nada? ¿Puedo poner yo tu mano en el fuego si no es verdad? —pregunto y me acerco aún más a él. Entonces, me vuelvo de nuevo hacia el baño. ¿Dónde se ha metido Beth? ¿O se habrá marchado hace tiempo, harta de mí y de todo esto?

—En realidad, no necesito para nada la tienda de tu Beth. Porque he llegado a un acuerdo con el alcalde. Puedo quedarme con el complejo de edificios que hay frente a su tienda. Pertenece por completo al ayuntamiento. Allí se construirá un centro comercial, con una súper hamburguesería y una floristería aún mejor. Así que, como ves, no te necesito ni a ti, ni a Beth, ni a su tienda.

—No son más que mentiras. El alcalde ya me lo habría contado.

—¿Aún no lo ha hecho? —pregunta Jake, con aire un poco afectado, aunque seguro que es puro teatro—. Creía que estaba aquí solo por eso. Dijo que quería darte la noticia él mismo.

—No te creo ni una palabra. Le preguntaré al alcalde.

—Hazlo, Alex. Pero verás que tengo razón —me responde en tono serio. No hay ni rastro de sonrisa en su cara y esa seguridad en sí mismo que desprende consigue desestabilizarme un poco. ¿Será posible? Para empezar, ¿de dónde ha sacado la idea del centro comercial? Era mi idea. Es imposible que sea una coincidencia que él esté planeando algo parecido. Empiezo a creer que hay una filtración en mi empresa. ¿Será posible que tenga un topo en la central? ¿Quizá incluso alguien de mi confianza?

—También tengo una idea de lo que tú y Beth podéis hacer con la tienda cuando ya nadie quiera comprar flores allí. ¿Qué tal una guardería? Ya tiene un niño.

—¿A qué viene ahora ese estúpido comentario? Incluso si puedes quedarte con el complejo de enfrente —y lo dudo—, ¿por qué sigues metiendo cizaña contra Beth?

—No estoy metiendo cizaña. Lo que te voy a decir ahora es más bien un favor personal que te hago...

—Pff... Un favor, no me hagas reír —resoplo con desdén.

—Beth tiene un hijo. Un niño llamado Ben y, por lo que sé...

—Tonterías —le espeto, agarrándolo por la solapa de la chaqueta—. Como siempre, solo dices tonterías y no sabes nada. Beth cuida del hijo de su amiga y...

—¿Estás seguro de que sabes de lo que hablas? Resulta que Dilara ha escuchado a tu Beth hace un momento en el baño durante una llamada telefónica más que reveladora —dice Jake, y no puedo creer lo que estoy oyendo. ¿Qué? ¿Dilara ha estado espiando a Beth? ¿Y ahora él se presenta como un benefactor que me restriega por la cara una verdad que suena completamente absurda?

—Anda, mira. Ahí vienen las dos. Pregúntale a tu Beth —dice Jake, señalando con el dedo a una Beth algo alterada y a una Dilara con aire de suficiencia que salen una detrás de la otra del baño—. Dilara, creo que aquí hemos terminado —le dice a su ayudante, chasquea los dedos y señala hacia la puerta. Al menos, esto tiene algo bueno: se larga por su propio pie.

—Hola —digo cuando Beth se acerca de nuevo a mí. Sin embargo, no dice nada, solo me mira. Sus mejillas parecen llevar demasiado colorete, pero al ver sus ojos me doy cuenta de que ese rubor no tiene nada de artificial. Beth está que arde por dentro, y comprendo que no ha debido de estar en el baño con Dilara por placer durante tanto tiempo.

—Será mejor que me vaya —dice Beth sin más y se aparta de mí.

—Oye, no tan deprisa. Yo... —empiezo y la sujeto por el antebrazo.

—¡Suéltame, Alex! —dice, demasiado alto, y se zafa de mi agarre.

Y con eso, ocurrió. La mayoría de las conversaciones se silencian y los invitados nos miran.

—Está bien, pero ¿podemos bajar un poco la voz? —pregunto en tono conciliador.

—No veo por qué —dice Beth, cruzándose de brazos.

—Vale. Pues iré directo al grano: Jake acaba de hablar conmigo. Me ha contado algo... —carraspeo—. Probablemente sea una tontería, pero dijo que Dilara te había oído durante una llamada y que tú... —me detengo de nuevo—. Como digo, seguramente son tonterías, pero... ¿tienes un hijo?

—¿A qué viene eso ahora?

—¿No puedes simplemente responder a la pregunta para que podamos zanjar el asunto? Por favor, sería importante para mí.

—Zanjar el asunto. ¿Te refieres a como mi tienda?

Mierda. Seguro que Dilara le ha dicho un par de cosas, y ahora entiendo por qué ha vuelto del baño de tan mal humor.

—Estoy dispuesto a hablar de lo que sea que crees haberte enterado. Pero antes, ¿puedes decirme si es verdad? ¿Eres madre?

El corazón me late desbocado mientras miro a Beth e intento leer algo en su rostro.

Le tiembla el labio inferior y una lágrima silenciosa le resbala por la mejilla.

—¿Así que es verdad? —susurro, atónito. Beth asiente y se seca la lágrima.

Y entonces, las piezas encajan. La verdad ha estado delante de mis narices todo el tiempo. Es casi como si no hubiera querido verla: el moisés en su tienda; la amiga, que siempre desaparece rápidamente con el niño cuando llego y luego viene a por la bolsa de los pañales y los juguetes que, casualmente, están en su piso. Luego esas espantadas a la hora de la cena y, además... ¿ha bebido alcohol alguna vez? Joder, tengo que haber estado completamente ciego para no darme cuenta.

Mentirme así, todo este tiempo. Es simplemente un descaro.

Claro que yo también tengo mis secretos, pero de ningún modo pesan tanto como este. Es madre de un bebé. Eso lo cambia todo.

—¡Quizá sea mejor que te vayas, Beth! —digo, y siento cómo una inmensa tristeza se apodera de mí. Por el hecho de que todo ha terminado y porque esta vez no he dado prioridad al negocio, como siempre, y me he dejado llevar demasiado por esos rizos negros y ese cuerpo espectacular.

Capítulo 25

Beth

—Eres un hipócrita, Alex —le digo entre lágrimas, con el estómago revuelto de rabia y en voz demasiado alta cuando me pide que me vaya. Ahora todo el mundo en la sala nos mira, pero me da igual. Es su gente. No la mía.

Pero no voy a dejar que me despache así como así. No después de lo que he descubierto. Claro que, en cierto modo, puedo entenderlo, pero él actúa casi como si yo fuera la única con un secreto y él el pobrecito corderito.

—Sé lo de la apuesta con Jake por la tienda y que solo por eso aparecías tanto al principio. ¿Esa era tu táctica? ¿Camelarme como el año pasado para luego esperar conseguir la tienda? —Entonces me doy un golpecito en la sien con el dedo—. ¿Se puede ser más retorcido? ¿También habéis apostado a ver quién se acostaba primero conmigo? ¿Es eso lo que hacen los hombres de negocios en sus despachos? ¿Hacer apuestas asquerosas? —pregunto, dejando que mis lágrimas corran libremente.

—Beth, por favor, cálmate y... —dice Alex, y me pone la mano en el brazo.

—Suéltame, Alex —digo, y aparto la mano de un manotazo.

—Señor, la dama ha dicho claramente que... —interviene un hombre trajeado que no tiene nada que ver, al que le he dado la mano antes pero cuyo nombre no recuerdo.

—Nosotros nos encargamos —responde Alex, plantándose justo delante de él y mirándome como si quisiera decirle al invitado que se metiera en sus asuntos.

—Beth, lo de la apuesta fue un error. Me provocó. Ya lo conoces. Lo hace constantemente y yo no...

—¿Así que es verdad? —pregunto, sintiendo cómo me empieza a temblar el labio inferior. Jamás hubiera creído posible lo de la apuesta. ¿Qué era yo para él? ¿Un juguete?

—Beth, escúchame, por favor, yo... —dice Alex, tirando de mi brazo.

—No quiero escucharte más. Solo quiero irme de aquí... —chillo, me zafo y corro tan rápido como puedo hacia la puerta.

—Señor, de verdad debería dejar a la dama... —oigo una voz a mis espaldas, me doy la vuelta y veo que el hombre impide que Alex me siga—. Beth, espera, por favor...

Pero no lo haré. No quiero volver a verlo. Cuando veo un taxi al final de la calle, levanto el brazo y finalmente me siento en el asiento trasero, ya no puedo contener las lágrimas.

******

—Te entiendo, cielo —dice Veronica y me da una palmadita cariñosa en el hombro después de habérselo contado todo—. ¿Quieres que te prepare un té? ¿O cualquier otra cosa?

—Qué amable, gracias, Veronica. Pero ya has hecho suficiente. Puedes irte a casa si quieres. Ahora mismo no soy una buena compañía —sorbo por la nariz y me seco otra lágrima.

—Tú SIEMPRE eres buena compañía. Y si ese Alex no es capaz de reconocerlo, entonces...

Unos golpes fuertes desde abajo resuenan escaleras arriba. Debe de ser la puerta de la tienda. Miro el reloj: son casi las diez de la noche. ¿Quién puede ser?

—¿Un mensajero de un pedido en línea? —me pregunta Veronica—. ¿Quieres que vaya a ver?

—Está bien, ya voy yo —digo, sintiendo toda la rabia y el enfado que se apoderan de mí. Por mí misma, por la reacción de Alex al descubrir que tengo un hijo y al darme cuenta de que ni siquiera sabe que él es el padre. Pero incluso sin esa información adicional, su reacción lo decía todo.

Pero ¿por qué me altero siquiera? A fin de cuentas, a él solo le importaba la tienda y la estúpida apuesta. Yo solo era un trozo de carne para él que tenía que encandilar, y he caído en la trampa. Podría...

Me detengo y miro a través de la puerta de cristal de mi tienda. No hay ningún repartidor con el que pueda desahogar mi mal humor.

Quien está ahí es Alex.

Por un segundo creo que esto es la continuación de una pesadilla interminable. Me pellizco brevemente el dorso de la mano: nada. No es un sueño.

—¿Puedes abrir? Quiero hablar contigo —oigo los gritos de Alex, que me llegan amortiguados por el cristal, y veo cómo señala el pomo de la puerta.

—¿Para qué? ¿Es otra apuesta, a ver si abro? ¿Qué os jugáis? —pregunto, secándome los ojos y cruzándome de brazos.

—Beth. Fue un error. Llevo todo este tiempo queriendo contarte lo de la tienda. De verdad. Pero… —hace una pausa—. ¿No puedo entrar? ¿De verdad tenemos que hablar a través de una puerta cerrada? —grita, mirándome.

Es esa mirada la que siempre me ha hecho flaquear. Lo sé perfectamente y creo que él también lo sabe.

—Solo hablar. Sin tocar —digo, y giro la llave en la cerradura para abrir la puerta.

—Gracias —dice, entrando y cerrando la puerta tras de sí—. Prometido. Solo hablar —dice, levantando las manos en un gesto conciliador.

—Beth. Es que... todo se me ha ido de las manos.

—¿Eso quiere decir que es verdad que quieres esta tienda para tu negocio? —pregunto, sintiendo que algo se rompe de nuevo dentro

de mí, porque esa parte también parece ser cierta. Al parecer, todo lo que me ha contado Dilara es verdad.

—Sí... No... Quiero decir, ese era el plan al principio. Pero entonces te vi. La idea ya la tenía antes de saber que la tienda era tuya y...

—¿Y pensaste que, como ya me habías tirado una vez, eso ayudaría de nuevo? —pregunto bruscamente—. ¿Has dejado a tus invitados para venir a decirme esto?

—Los invitados no me importan —dice, restándole importancia con un gesto. Casi quiero creerle, pero esta vez me mantengo firme.

—No pensaba eso de ti. Todo esto es mucho más complicado de lo que crees. Yo no quería... —empieza y se interrumpe—. Beth, que tengas un hijo me ha afectado de verdad —comienza, cambiando de tema de repente—. ¿Por qué no dijiste nada?

¿Qué se supone que le diga a eso? Podría hacerle la misma pregunta. ¿No ve lo dolida que estoy? ¿Para qué ha venido? ¿Para reprocharme que mi secreto es peor que el suyo?

—¿Beth? ¿Cielo? Ben está despierto, quiere a su mamá, creo que tiene hambre y, ya que estás aquí, no tengo que descongelar nada de la leche que congelaste... —oigo a Veronica gritar de repente, bajando las escaleras detrás de mí.

—Veronica, voy enseguida, yo... —grito por encima del hombro.

—¿Quién es, por cierto? Un repartidor, o... oh... —dice Veronica y se detiene al ver a Alex delante de mí—. Ya me voy —dice.

—Tengo que ir con mi hijo —le digo a Alex mientras oigo a Ben llorar arriba. ¿Debería decirle que él es el padre? No, ya parece bastante impactado y como si la frase de Veronica le hubiera confirmado de nuevo lo que ya le había dicho Jake.

—Ve —dice Alex, y se da la vuelta.

—¿Beth? —pregunta entonces, con la mano en el pomo de la puerta, y yo me giro de nuevo.

—Ah, nada —dice él, abre la puerta y desaparece en la oscuridad.

Supongo que esto ha sido todo.

Lo nuestro se ha acabado para siempre.

De eso estoy segura.

Pero no tengo tiempo para pensar en ello. Ben me necesita. Ahora él es lo único que importa.

Capítulo 26

Alex

¡Se acabó! ¡Se ha acabado!

—Y todo por culpa de ese Jake y su estúpida... —se me escapa al entrar en mi mansión, y le doy una patada furiosa a una papelera que hay en un rincón. Esta sale disparada por la habitación, choca contra la pared y da varias vueltas antes de detenerse.

Por mucho que me gustaría decir que es culpa de Jake y Dilara, sé de sobra que no es tan sencillo.

Tendría que haberle explicado desde el principio por qué me fijé en su tienda. Pedirle perdón por lo del año pasado, invitarla a cenar y luego hacerle una oferta. Pero no pude mantener ni la polla en los pantalones ni las manos quietas.

Pero eso también es solo la mitad de la verdad. Porque lo más fuerte de todo es el hecho de que Beth tiene un hijo.

Me lo ha ocultado y me hace quedar como un mentiroso. Vale, yo le he ocultado algo, ¡pero ella también! ¿Por qué se comporta como si todo fuera culpa mía?

Al fin y al cabo, he abandonado la aburrida gala benéfica y he conducido hasta su casa para hablar. Cabría pensar que eso debería valer de algo. Incluso me he disculpado y he intentado explicárselo todo. Pero no ha querido escuchar.

Y entonces, cuando su amiga, esa tal Veronica, ha bajado las escaleras y le ha dicho que su bebé seguramente quería mamar... Mierda, me odio por ello, pero he sentido que algo se rompía dentro de mí en ese momento.

He querido volver a decirle cuánto lamentaba el malentendido, pero no he podido. Nunca me había sentido tan traicionado. En el fondo, ni siquiera sé quién es ella. ¿Qué relación tiene con el padre? ¿Siquiera lo conoce? ¿Quizá se han separado hace poco? No tiene una familia de tipo clásico, si no, su amiga no tendría que estar ayudándola. ¿O a lo mejor es bisexual? No, ahora estoy desvariando. Pero el hecho es que me ha estado engañando todo el tiempo.

Claro, la estúpida idea de la apuesta por la tienda —una competición absurda que en realidad debería haber dejado atrás como mucho después de la pubertad— tampoco me deja en muy buen lugar.

—¿Señor, ya ha vuelto? —me saluda Eric, a quien el estruendo de la papelera parece haber sacado de su despacho, que tiene a su disposición aquí.

—Sí. ¿Los invitados se lo han tomado bien? —le pregunto a Eric, a quien le di la orden de pedir a mis invitados que se marcharan. No quería volver a un evento y tener que escuchar a ricachones jubilados, medio calvos y de esmoquin, decirme cómo tratar a mi

acompañante. Yo mismo sé que no me he mostrado en mi mejor faceta.

—No ha habido problema. Solo el alcalde... —Eric hace una pausa—. Le hubiera gustado hablar con usted y ha dicho que lo llame.

—Lo haré. Gracias, Eric. Ya puede terminar por hoy —digo, le doy una palmada de reconocimiento en el hombro y me propongo no descargar mi mal humor en él.

—Una cosa más: ¿ha visto a Cutie? —le pregunto a Eric cuando ya está en la puerta.

—No, en toda la noche. ¿No debería estar en la cocina?

—Es verdad. Gracias. —Voy a la cocina, compruebo los comederos y bebederos que he comprado, pero siguen igual de llenos que justo antes de que recogiera a Beth.

—¿Cutie? —llamo, pero no se mueve nada. Miro a mi alrededor y me pregunto dónde podría haberse escondido. Es curioso cómo un ovillo de pelo tan pequeño me atrae mágicamente en un momento de rabia y tristeza. Solo su mirada y su ronroneo podrían levantarme el ánimo.

Interrumpo la búsqueda y llamo al alcalde.

—Señor Rodgers, ¿su asistente ha dicho que le ha surgido un imprevisto? —responde el alcalde justo al primer tono.

—Sí, disculpe. Mi acompañante y yo... —me detengo y me pregunto si él también lo ha visto. Mejor jugar con las cartas sobre la mesa—.

Quizá se haya dado cuenta de que ha habido una discusión y yo quería aclararlo urgentemente con ella.

—Su discusión, como usted la llama, la he visto, por supuesto. Todo el mundo la ha visto —dice, y percibo un claro reproche en su voz.

—Me he disculpado. No ha sido mi mejor día —digo, y le ahorro los detalles sobre que la conversación posterior no ha ido mejor.

—Un verdadero caballero, señor Rodgers —dice, con un tono más satisfecho, y se aclara la garganta. No me siento como un caballero. Más bien como el capullo que él creía que yo era antes, y de repente siento un vacío interior al darme cuenta de que lo de Beth podría haberse terminado de verdad.

¡Mierda!

—Señor Rodgers, quería hablar con usted sobre el terreno de la 4th Street. Me lo ha pedido Jake. —Me asombro, ¿se tutean? No es una buena señal.

—¿Qué pasa con él? —pregunto, sabiendo ya por la formulación de su primera frase que las palabras de Jake no habían sido un farol. Si no, el alcalde no sabría nada de eso.

—Va a adquirir el terreno. Ya hemos llegado a un acuerdo.

—Pero señor, ya habíamos tenido conversaciones preliminares sobre el terreno alrededor de la floristería, no es justo.

—Tengo las manos atadas, señor Rodgers. Justo o no. El día anterior, el ayuntamiento aprobó la venta del terreno por el que Jake ha

pujado. Jake estaba en el momento justo y en el lugar adecuado. —¡Menuda mierda! No podía ser verdad.

—¿Y si ofrezco un precio mejor? Ofrezco el doble —pregunto rápidamente.

—Pero usted no sabe lo que ha ofrecido Jake.

—Sé que a la ciudad le vendría bien más dinero —me apresuro a añadir, consciente de que esto no va del precio. Jake parece tener sus tentáculos por todas partes. ¿Cómo podía saber que la ciudad había acordado el día anterior vender el terreno que le pertenecía?

—No lo sé... Tengo que hacer algunas llamadas. No puedo prometerle nada —dice el alcalde.

—De acuerdo. Haga sus llamadas. Volvemos a hablar —digo, nos despedimos y terminamos la conversación. Si un político dice directamente que no puede prometer nada, ya sabía lo que eso significaba. Un no diplomático.

Pero quizá hoy también quiero verlo todo negro porque el desarrollo de la noche me está sacando de quicio.

—¿Cutie? —llamo de nuevo, miro en el cuarto de instalaciones, donde estaba la última vez, pero tampoco está allí. Luego vuelvo a la cocina, me abro una cerveza y entonces me fijo en una ventana abierta. Al lado, hay un vaso volcado. ¿Cutie? ¿Se ha escapado por la ventana?

Claro, estas cosas pueden pasar, sobre todo con una gata nueva. Pero ¿por qué precisamente hoy y quién ha dejado la ventana

abierta? Solo puede haber sido mi asistente o alguien del equipo de cocina.

Lleno de ira, llamo a mi asistente.

—¿Señor, ya se ha enterado? —me pregunta con la voz bastante alterada.

—¿Lo de mi gata? Acabo de enterarme, ¿quién ha dejado la ventana abierta en la cocina? —le espeto.

—¿Su gata? No. Me refiero al accidente de helicóptero. Acaba de salir en Channel 8. Su helicóptero privado. Sobre campo abierto. El piloto justo iba a recogerlo del taller de reparaciones. Lo han llevado al hospital.

—Mierda —se me escapa. Como si no hubieran pasado ya suficientes cosas hoy.

La decencia exigía que, como jefe, fuera a ver a mi piloto. Al fin y al cabo, tiene familia y se ha estrellado en mi helicóptero.

—¿Dónde está ingresado? —pregunto y anoto el nombre del hospital —. ¿Y Eric? Mientras tanto, cuelgue algunos carteles de «se busca» por Cutie.

Capítulo 27

Beth

Poco después de que Alex se marchara de la tienda

Observo a Ben mientras mama de mi pecho y parece clavarme la mirada con sus ojitos. —Saldremos de esta, Ben. Te lo prometo —digo en voz baja, acariciándole la cabecita tibia, y noto cómo una lágrima me resbala por la mejilla.

Me avergüenzo de mostrarme tan débil delante de mi pequeño y de Veronica, pero no puedo evitarlo. Me tiembla el labio inferior y siento un vacío enorme en mi interior, que parece haberse hecho aún más grande que antes de la visita de Alex a mi tienda.

—¿Para qué ha venido? —digo en voz baja y en un susurro, más para mí que para Veronica, que ha estado todo el tiempo sentada en silencio a mi lado y al de Ben, simplemente esperando y acompañándome. Entretanto, Ben se ha dormido; le saco el pecho de la boca a mi pequeño tesoro, en la que al parecer se ha creado un vacío, por lo que se oye un pequeño «plop», y él sigue durmiendo con la boca entreabierta. Tengo que sonreír un instante

porque la situación es muy bonita. Pero entonces la pena y la culpa vuelven a inundarme, porque ahora mismo solo estoy pendiente de mí y no tanto de mi pequeño tesoro.

—Si de verdad solo quería la tienda y por eso te ha engatusado y encima ha hecho una apuesta tan estúpida, entonces... —empieza Veronica, apretándome la mano con fuerza.

—Lo sé, supongo que es lo mejor —digo, tragando el nudo que tengo en la garganta—. Se ha marchado sin más en cuanto has llegado. Nunca me aceptará con un hijo, y probablemente nunca lo habría hecho si yo hubiera sido sincera desde el principio. Así que yo misma tengo la culpa de todo este lío.

—No pienses así, cielo.

—No te preocupes, intento verlo por el lado bueno —digo, y siento lo mucho que me cuesta mientras me seco las lágrimas—. Nunca le diré que Ben es su hijo y, en cierto modo, me alegro de que no lo sepa.

—Mmm... —dice Veronica, pensativa—. ¿Y si damos un paseo con Ben? El aire fresco seguro que te viene bien —añade, cambiando de tema. Noto que quizá no está cien por cien de acuerdo conmigo. ¿Acaso cree que sería bueno que él lo supiera? Pero ¿por qué? ¿Ahora también mi propia amiga me va a dar la espalda?

No, no puedo pensar así. Ella siempre está ahí para mí y hace de todo por mí. No tenemos por qué estar siempre de acuerdo. Al menos se guarda su opinión para sí y solo quiere distraerme un poco. Para eso están las amigas, ¿no? Y seguramente un poco de aire fresco me vendrá bien de verdad, porque el caos que tengo en la cabeza es terrible.

—Buena idea. Le doy algo de comer a Petey, luego meto a Ben en el cochecito y... —empiezo a decir mientras me levanto, voy hacia la jaula de Petey y me quedo paralizada a medio movimiento.

—¿Petey? —susurro en voz baja y abro la puerta de la jaula con nerviosismo al ver la pequeña bola de pelo yacer inerte en una esquina. *Por favor, no. Por favor, que solo esté durmiendo*, pienso, aunque sé que no es así. Para dormir, Petey siempre se metía en su casita. SIEMPRE.

Esta vez yace en la esquina opuesta. Acurrucado. Y no se mueve. Le doy un toquecito suave con el dedo para intentar despertarlo. Nada.

Repito el proceso un par de veces. El resultado es el mismo.

—Beth, ¿qué pasa? —pregunta Veronica. Noto que está detrás de mí e intenta mirar por encima de mi hombro.

—Oh, Dios mío —murmuro. Siento que me fallan las rodillas y me desplomo en el suelo delante de la jaula, sin responder a Veronica.

—¿Está...? —oigo preguntar a Veronica con cautela—. Oh, no —dice entonces, al darse cuenta de lo que ha pasado. Se deja caer a mi lado en el suelo, me rodea con el brazo, no dice nada y simplemente está ahí para mí, mientras una marea de pena y vacío interior me sobrecoge.

—Decías que estaba enfermo, ¿verdad? —pregunta tras unos minutos que hemos pasado así, en silencio.

—Sí. Y espero que no haya sufrido —digo en voz baja y con la voz quebrada—. Pero ¿por qué justo ahora?

—Le haremos un funeral bonito. Tengo un amigo que trabaja en una carpintería, quizá pueda hacernos una pequeña cruz... —dice Veronica, pero se interrumpe y me da palmaditas en la espalda porque la pena por Petey y el caos con Alex me hacen temblar de pies a cabeza—. No pretendía decir nada inoportuno. Lo siento.

—No, no te preocupes —respondo, sonándome la nariz con un pañuelo—. Es una idea preciosa. Pero ¿se pueden enterrar las mascotas? ¿Y dónde? —pregunto, notando lo mucho que me cuesta hablar. Me doy la vuelta, miro a Petey una vez más y vuelvo a sentir esa negrura en mi interior. Casi como si una parte de mí acabara de morir.

Entonces miro a Ben, que duerme en el sofá. Me invade una sensación horrible. Me levanto a toda prisa, me acerco a él y le pongo con cuidado la mano sobre el pequeño tórax. Todavía respira y me invade un alivio inmenso.

Sé que era una tontería, pero por un momento he sentido un miedo atroz a perderlo todo en mi vida.

—Oye, cielo —dice Veronica, acercándose a mí—. Todo irá bien. Estoy aquí para lo que necesites.

Solo asiento, acaricio a Ben y dejo que las lágrimas fluyan libremente. ¿Qué haría yo sin ella?

******

Una semana después

En algún momento, ya había llorado bastante y encontré en mi interior una fuerza que me permitió volver a funcionar. Quizá fue la

sonrisa inocente de Ben y los muchos momentos con él lo que me dio fuerzas para seguir adelante. Seguía sin saber cómo iba a apañármelas con todo, pero por mi pequeño merecía la pena intentarlo.

Para Petey, Veronica sugirió un lugar en el *Hartsdale Pet Cemetery*, el primer y único cementerio de mascotas de Nueva York. Una idea estupenda, pero por desgracia inasumible. Así que nos decidimos por otra solución algo menos convencional. Compramos una maceta que cabía justo en la repisa de mi ventana, lo enterramos dentro y planté el jazmín de invierno más bonito que pude encontrar. Una planta perenne que, junto a la pequeña cruz que aportó Veronica, me recordaría siempre a Petey. Unos días después, Veronica me preguntó si quería buscarme otro hámster. No lo tenía claro. Me dijo que podía llevarse la jaula y guardarla en su casa para que yo no tuviera que verla todo el tiempo. Una buena idea. Y cuantos más días pasaban, más segura estaba: me vendría bien un animal. Pero quizá ya no un hámster. Petey sería el único hámster de mi vida.

Además, intenté estructurar un poco mejor mi día a día. Veronica se ofreció a ayudarme dos horas por la mañana en la tienda. Al principio me negué, pero ella insistió. Al final acordamos que me ayudaría a cambio de un sueldo. Era lo mínimo que podía hacer.

Paula las dos primeras horas de la mañana, Veronica las dos siguientes y yo misma dos horas por la tarde, durante las cuales Veronica cuidaba de Ben. Así, Veronica podía arreglárselas sin problemas con sus turnos de tarde, no tenía que levantarse demasiado pronto porque Paula cubría el primer turno y yo ya no tenía que llevarme a Ben a la tienda y dejarlo tumbado cuando entraba una clienta, algo que siempre me había hecho sentir mal.

Con esto, la tienda solo abría seis horas al día. Tendría que ser suficiente, porque he analizado los ingresos y he visto que gran

parte proviene de los pedidos por internet y que, precisamente entre la una y las cuatro de la tarde, apenas había ventas. Por eso, ahora abro la tienda de cuatro y media a seis y media de la tarde para los clientes que quieren comprar algo al salir del trabajo.

Aunque me duele que por ello vaya a perder ingresos y además quiero pagarle a Veronica, parece la mejor solución para mí y para mi vida. Al menos, los ingresos han sido algo mejores en las últimas semanas y esta semana también he conseguido comprar las flores más baratas porque encontré a una mayorista que también era madre soltera y me entendió.

Todo parecía empezar a encajar, aunque me costaba reír o estar alegre, porque por dentro me sentía igual que el tiempo que hacía fuera: nublado, fresco, ventoso. Pero pensé que se me pasaría. Al menos hasta hace un momento, cuando Veronica me ha contado algo que ha hecho tambalear mi mundo.

—Beth, ¿cielo? ¿Me has oído? —pregunta, agitando una mano delante de mi cara.

—Que por fin puedes trabajar de abogada en un bufete de Washington. Es fantástico, me alegro mucho por ti —digo, esbozando una sonrisa a la fuerza y la abrazo. Me siento mal, porque debería alegrarme más por ella. Nadie se lo merece más. Por fin puede dejar atrás su trabajo de camarera y dedicarse a aquello para lo que estudió.

—Es solo una invitación a la segunda entrevista —dice Veronica, sonriendo.

—Y con el dinero, puedo conseguirte a alguien que cuide de Ben. No te voy a dejar tirada —dice, como si pudiera leerme el pensamiento, y me da un beso.

—Es muy amable por tu parte, pero no puedo aceptarlo —replico. De verdad que no puedo. No puedo permitir que Veronica organice su vida en torno a la mía. Ya he dependido de ella bastante tiempo. Tengo que apañármelas de alguna manera sin ella también.

—Bueno, no hablemos más de eso. Como he dicho, es solo una entrevista. ¿Ya has probado tu hamburguesa? —pregunta, señalando la mía, que está intacta y que nos ha traído para comer juntas. Sigue envuelta en el papel donde pone «BigBurger» y el solo hecho de leer el nombre me parece una burla. No le he contado a Veronica que Alex es el jefe de la cadena. Hasta ahora no me había parecido relevante.

—Es tu hamburguesa favorita —dice—. ¿No tienes hambre?

—Sí —respondo, sintiendo un vacío absoluto en el estómago. Quizá debería intentar hacer de tripas corazón. La hamburguesa estará buena y no la ha preparado Alex. Él es solo el trajeado que se sienta en la sede central y...

Aparto ese pensamiento, desenvuelvo la hamburguesa y, justo cuando voy a darle un bocado, un estruendo infernal me hace detenerme.

—¿Qué ha sido eso? —le pregunto a Veronica, que se encoge de hombros. Nos levantamos juntas y vamos a la ventana. Entonces lo vemos. Al otro lado de la calle están montando un andamio enorme y a uno de los trabajadores se le ha caído una barra a la calzada. Por suerte, no le ha pasado nada a nadie.

Entonces veo el cartel que cuelga unos metros más allá en el andamio y se me va todo el color de la cara al leer las palabras.

Aquí se está construyendo el centro comercial más grande de Nueva York, a cargo de ARS Group.

Debajo se ven numerosas imágenes que, al parecer, muestran las distintas tiendas. También hay una floristería.

—Madre mía —es lo único que oigo decir a Veronica a mi lado. Pero a mí se me pasa otra cosa por la cabeza. *ARS Group, ARS Group. ¿No son esos los que querían mi tienda? Un momento…*

—¿Qué haces? —pregunta Veronica cuando saco el móvil, busco ARS Group en Google y, en la página «Sobre nosotros», veo una imagen que me resulta muy familiar con el siguiente texto debajo.

ARS Group es el holding de inversiones del multimillonario, filántropo y fundador de BigBurger, Alex Rodgers.

No puedo creerlo, me falta el aire y le tiendo el móvil a Veronica sin decir palabra. ¿Hace una semana viene aquí y suelta no sé qué de que lo siente y que no era su intención y ahora? ¿Ahora quiere hundirme y plantarme el centro comercial más grande, con floristería incluida, delante de mis narices?

—¿Qué? —pregunta Veronica, horrorizada, y me mira—. Ahora que lo dices, abajo en la tienda hay una carta para ti de ARS Group.

—Esa la tiro sin leerla —digo. Bajo corriendo a la tienda, veo la carta y la hago tantos trozos como puedo. Eso me ha sentado bien por un momento, pero la mala sensación permanece.

Entonces veo otra carta, que estaba debajo de la de ARS. El remitente también me suena: mi casero.

Con el corazón desbocado, abro la carta y, cuando leo lo que pone, no me lo puedo creer. Me rescinden el contrato. Así, sin más. En tres meses tengo que desalojar la tienda. Enseguida tengo claro quién está detrás de todo esto.

La verdad es que pensaba que me derrumbaría hecha un mar de lágrimas, pero pienso en Ben y en la clase de madre que quiero ser para él, y sé exactamente lo que tengo que hacer.

Jamás voy a aceptar esto sin más.

Capítulo 28

Alex

—No puede ser, Eric —le espeto, golpeando la mesa con el puño—. ¿Por qué no ha vuelto esa maldita gata? Cuelgue más carteles, organice una partida de búsqueda. Cutie tiene que estar en alguna parte. —Me arrepiento al instante de haber dicho *maldita gata*, porque echo de menos a Cutie, a la que de alguna manera le he cogido cariño y que se ha convertido en un símbolo de mis pérdidas. Yo mismo he salido a buscarla en las tardes solitarias, e incluso he llamado a la puerta de algunos vecinos, que me miraban extrañados. Muchos de ellos ni me conocían. Claro, en una zona de chalés la gente no se conoce.

—Señor, jefe… De verdad que no sé… —balbucea, inseguro.

—Y averigüe de una vez quién de mi empresa le está pasando información a Jake. Esto no puede seguir así, ¿entendido?

—Entendido. ¿Puedo… puedo retirarme? —pregunta Eric, algo compungido, señalando la puerta.

—Puede retirarse —digo en voz más baja, al darme cuenta de que ha vuelto a pasar: he explotado y he descargado mi mal humor en la persona que está obligada a estar cerca de mí porque su trabajo así lo exige.

—¿Eric? —pregunto en voz más baja, y él se vuelve una vez más.

—¿Ocurre algo más, señor?

—Disculpe el tono. Es que… la semana… no ha sido la mejor que he tenido —digo, intentando sonar un poco más amable.

—Lo sé. No hay problema, jefe —dice, asiente y se da la vuelta para marcharse.

«No ha sido mi mejor semana», murmuro cuando me quedo a solas. Sé que esa expresión podría ser nominada sin problemas al eufemismo del año, pues un sentimiento desconocido me ha estado carcomiendo los primeros días, haciéndose cada vez más grande hasta sentir que me devoraba por dentro.

Incluso mi viejo amigo Troy ha sufrido mi mal humor cuando volvimos a hablar por teléfono. Cuando se lo conté todo, lo único que me dijo fue: «Alex. Estás enamorado de esa chica. ¿No te das cuenta?».

Descarté su idea por ridícula, pero la frase no dejó de darme vueltas en la cabeza y no me abandonó. ¿Podría ser verdad que estuviera enamorado de Beth? ¿O quizás incluso algo más?

Estaba de un humor de perros, irritable, la comida no me sabía a nada y no podía dejar de pensar en ella, preguntándome una y otra vez cómo habíamos podido llegar a ese punto. Incluso parecía

darme igual que me hubiera ocultado a su hijo de otro hombre. La deseaba y estaba dispuesto a aceptar también a un niño.

Incluso fui con unos proveedores a un bar de estriptis, porque llevábamos años haciéndolo. ¿Y qué pasó? Ni siquiera miré a las bailarinas, solo pensaba en Beth, en las cenas mágicas, que eran mucho más que el absurdo desfile de carne que tanto entusiasmaba a mis clientes, que a mi lado arrojaban billetes de dólar a diestro y siniestro.

¿Qué me pasaba? ¿Dónde estaba el Alex que cambiaba de mujer como de camisa? No lo sabía, pero, de algún modo, tampoco quería volver a mi antigua vida de antes de Beth porque, en retrospectiva, me parecía extrañamente vacía. Quería a Beth.

La idea se fue haciendo cada vez más clara en mi cabeza. Creo que, inconscientemente, ya lo tuve claro el día que discutimos y Cutie se escapó; cuando, bastante tarde esa noche, fui a visitar a mi piloto, que estaba en el hospital tras el accidente de helicóptero.

Sabe Dios cuántos ángeles de la guarda tenía, porque, a pesar del aterrizaje forzoso, solo salió con unos cuantos rasguños y pudo irse a casa al día siguiente. Suerte dentro de la desgracia en su forma más pura. Pero no fue eso lo que se me quedó grabado. Fue su mujer y su familia, sentados junto a su cama, cogiéndole la mano, y la preocupación que pude ver en sus ojos. Me di cuenta de que no había nadie que se sentara junto a mi cama si yo me encontraba mal. Quizá Eric. Pero solo porque le pagaban por ello. No había nadie que hiciera algo así porque quisiera. Estaba solo.

Y lo odiaba.

El piloto incluso se disculpó por ello. Le hice un gesto con la mano para que no se preocupara, le dije que se tomara todo el tiempo

libre que quisiera y que, para cuando volviera, tendría un helicóptero nuevo. Aquel trasto viejo pasaba más tiempo en el taller que en el aire de todos modos. Debería haberme dado cuenta de que el helicóptero no era más que chatarra.

Esta revelación sobre mi vida me llevó a hacer un par de llamadas y a tomar algunas decisiones que, con suerte, algún día llenarían este vacío interior que siento.

Entre ellas, una llamada importante al alcalde, que en contra de mis expectativas, debió de convencer al ayuntamiento de mi propuesta de ofrecer el doble que Jake. Claro, la ciudad andaba escasa de fondos, y el doble de la oferta de Jake era una suma astronómica que yo, sin embargo, podía reunir sin problemas y que no afectaba en lo más mínimo a mi estilo de vida. Es cierto que a *BigBurger* no le iba tan bien como me gustaría, pero mis cuentas privadas rebosaban de dinero. Así que eso no era un problema.

Transferí el importe de inmediato y ese mismo día lo sellamos todo con nuestras firmas, junto a nuestros abogados y un notario. Es increíble lo que es posible cuando una suma millonaria de casi nueve cifras cambia de dueño de repente. De repente, todo el mundo tiene tiempo y nadie tiene que esperar.

Tengo que admitir que me gustó haber ganado en este caso y haberle ganado la partida a Jake. Pero no lo hice por eso. En lo más profundo de mi ser, sabía que no era por eso. Lo hice por Beth.

Porque Jake habría construido un centro comercial, habría puesto una floristería y Beth se habría arruinado. Yo, por supuesto, tenía planes similares, pero no permitiría que entrara allí ni una sola tienda que tuviera la más mínima relación con las flores. En lugar de eso, colgaría carteles publicitarios de la tienda de Beth y ella no daría abasto con los clientes.

Cuando le conté a Eric que habíamos ganado, me miró sin expresión alguna. Casi como si le diera igual. No entendí muy bien por qué. Aunque puede que esta semana hubiera sido demasiado grosero con él y por eso simplemente no quería exponerse.

La idea de hacerle un bien a Beth me hizo sentir un poco mejor. Sabía que lo nuestro se había acabado y, aun así, no podía apagar el deseo que sentía por ella. Si no podía tenerla, al menos que tuviera una buena vida y no sufriera ningún daño por culpa de Jake y sus tejemanejes.

Y quizá… pero solo quizá, se daría cuenta de por qué lo hice.

Por amor.

Me detengo cuando el pensamiento me golpea como un rayo. Era eso.

Era amor. No un simple enamoramiento. Amaba a esa mujer, y lo hacía desde que la vi por primera vez el año pasado, y por eso me puse hecho una furia cuando me enteré de que Dilara la había mandado a casa, hasta el punto de que la puse de patitas en la calle.

RING, RING, RING

Me sobresalto cuando el timbre de mi teléfono sobre el escritorio interrumpe mis pensamientos. La lucecita roja me indica que es Eric, mi asistente. Ninguna otra llamada en espera. Quizá tenga buenas noticias sobre Cutie o sobre el topo que sospecho que hay en algún lugar de la empresa.

—¿Sí? —pregunto secamente después de coger el auricular.

—Señor, ELLA está aquí… La mujer de la floristería. Quiere hablar con usted —dice Eric con voz nerviosa.

El corazón se me para un instante. ¿Beth? ¿Estaba aquí? ¿Cómo me había encontrado? Claro, no era muy difícil averiguar que tenía mi despacho en las oficinas del Grupo ARS. Al fin y al cabo, en la página web salía mi cara y era un secreto a voces que mi empresa era propietaria al cien por cien de *BigBurger*.

—¿Señor? ¿Sigue ahí? ¿Quiere que…? ¡Oiga, espere, no puede entrar así como así…! —oigo gritar a mi asistente. El resto de la frase se pierde porque la puerta se abre de golpe, golpea con fuerza el tope y Beth aparece ante mí, con la cara roja de furia.

—Está bien, cierre la puerta detrás de ella, Eric —digo al auricular, que todavía sostengo, pero sin apartar la vista de Beth, y cuelgo sin esperar respuesta.

—Beth —digo, y mi voz suena de repente velada. Mis pensamientos se aceleran, mi corazón late desbocado. Quiero decirle tantas cosas y, sin embargo, no sé por dónde empezar, aunque lo he repasado mil veces esta semana por si volvíamos a vernos. Pero ahora mi mente está completamente en blanco. Me levanto de mi silla y quiero acercarme a ella. ¿Debería abrazarla? No, no sería correcto. Para empezar, ¿por qué está aquí y por qué parece tan furiosa?

—Me alegro de verte —digo, mirándola directamente e intentando poner una cara amable.

—No te me acerques —espeta, extendiendo la mano al darse cuenta de que quiero ir hacia ella. Al hacerlo, veo claramente cómo le tiembla la mano.

—Por Dios, Beth, ¿qué ha pasado? ¿Por qué estás tan alterada? No te he hecho nada. Vale, nos separamos peleados. Pero desde entonces no ha pasado nada…

—¿A eso lo llamas nada? —pregunta, interrumpiéndome a gritos—. ¿Arruinar mi medio de vida no es nada para ti? ¿El multimillonario solo tiene que chasquear los dedos y deshacerse de esa pequeña y molesta cosa?

—Beth, ¿de qué hablas? —pregunto, pensando febrilmente. ¿A qué se refiere? ¿Es posible que se haya enterado de la compra del inmueble de enfrente? No, hay una cláusula de confidencialidad y solo un puñado de personas lo sabe. No puede ser.

—Y ahora encima mientes sin inmutarte —responde Beth, sacando algo de su bolso y tendiéndomelo.

—Un momento… No, no puede ser —digo, preguntándome a qué viene todo esto.

Capítulo 29

Beth

—¿De dónde has sacado esa foto? —pregunta Alex, examinando la imagen que tengo en la mano. Realmente parece no tener ni idea cuando le enseño la foto impresa en la que se ve el edificio de enfrente junto con el cartel donde pone ARS Group en letras bien grandes.

Pero eso no puede ser. Al fin y al cabo, es el jefe y propietario de esa empresa. Sabrá de sobra si su empresa está construyendo un centro comercial en alguna parte, y más aún si es justo enfrente de mi tienda, por la que tanto se ha *esforzado*.

—La he hecho yo. Justo ahora y... —me interrumpo porque la rabia vuelve a hervir dentro de mí, bajo la foto y aprieto los puños—. No finjas que no lo sabes. ¿Me estás diciendo que no has comprado el edificio —bah, qué digo—, la manzana entera de enfrente y que no vas a construir ahí un centro comercial? —pregunto, y a duras penas consigo mantener la calma en la voz.

Y, sin embargo, apenas puedo mirarlo y me odio por sentir cómo me flaquean las rodillas en los breves y fugaces instantes en que nuestras miradas se cruzan. A pesar de todo lo que me ha ocultado.

Pero esta vez sé a qué atenerme. Aunque me cueste resistirme a su encanto, tengo claro que solo es superficial. Lo ha hecho todo por puro cálculo. Para quedarse con mi tienda. Y ahora que eso parece imposible, simplemente ha comprado los edificios de enfrente y va a construir un centro comercial con una floristería incluida. Puede que parezca encantador, pero en realidad es un témpano. Tan frío como el día de hace una semana en que se marchó de mi tienda sin más.

—Sí. He adquirido los edificios. Hace poco. Pero en realidad iba a ser... —empieza, y da un paso hacia mí, pero yo retrocedo más o menos la misma distancia.

—Bien, ¿así que lo admites? ¿Sin más? —pregunto y, he de reconocerlo, me sorprende. Ladeo la cabeza y siento una punzada de dolor al ver lo tranquilo que parece.

—No me explico cómo lo sabes, pero no es lo que piensas, Beth.

—Ah, ¿es que tenía que ser otro secreto, como las últimas veces? ¿Y qué se supone que pienso? ¿Qué parece? —pregunto mientras siento que la rabia ardiente vuelve a apoderarse de la boca de mi estómago.

—Yo no he encargado el cartel. Se suponía que iba a ser un secreto un tiempo más. Porque... —hace una pausa.

—¿Porque...? —inquiero, sintiendo cómo el corazón me martillea desbocado en el pecho.

—Porque ahí no va a haber ninguna maldita floristería, iba a hacer publicidad para tu tienda y quería calcular cuántos ingresos más te reportaría —suelta de repente.

Entonces, el silencio se instala entre nosotros. Intento procesar sus palabras, porque no tienen ninguna lógica. ¿Está jugando conmigo otra vez? ¿Cree que todavía no sé nada del aviso de desahucio de mi casero? ¿O de verdad no tiene nada que ver con eso?

No, no puedo ni quiero creerlo. El tiempo ha demostrado que TODO tiene que ver con Alex. ¿Por qué si no iba a desahuciarme mi casero, que no hacía más que balbucear cuando le he llamado antes y le he preguntado si ARS Group era el motivo de mi desahucio?

Lo sabía, y su vacilación y su forma de colgar tan apresurada han sido una confesión más clara de la que podría haber esperado.

—¿Me estás diciendo que lo haces por pura amabilidad hacia mí? —pregunto, intentando sonar más suave, porque quiero pillarlo en la mentira.

—Así es, Beth. No te quiero ningún mal. Solo quiero que estés bien. Tú y tu hijo.

Cuando menciona a mi hijo, que es nuestro hijo, me tambaleo por dentro, porque sé que yo también tengo parte de culpa de que lo nuestro no funcionara. ¿Pero de verdad se cree lo que acaba de soltar?

—O, querido Alex... —digo, empujándolo en el pecho con la punta de mi dedo índice y desterrando de mi cabeza las imágenes de noches salvajes—, o tienes una esquizofrenia grave que debería tratarse con urgencia, o no tienes controlado tu negocio.

—¿Qué quieres decir? ¿De qué hablas? —pregunta, desconcertado y frunciendo el ceño. No puede ser. ¿Va a seguir fingiendo que no sabe nada del desahucio?

—Beth, sé que han pasado muchas cosas. Puede que no me creas, pero no entiendo a qué viene este numerito. Quizá deberías volver a tu tienda y con tu hijo y...

—Me has desahuciado, joder. Tengo que desalojar la tienda en tres meses. ¿Para qué voy a volver ahora? —suelto de golpe, porque su consejo hipócrita y bienintencionado hace que la rabia que siento hierva hasta desbordarse. Es y será un mentiroso hasta el final, y me odio por no haber sido capaz de resistirme a esos ojos.

—¿Que yo he hecho qué? —pregunta, mirándome horrorizado. Pero no me trago su reacción. Seguro que los ricos reciben clases de interpretación y él ahora se está acordando de lo básico.

—Quizá también tengas demencia. No lo sé. Creo que tampoco quiero saberlo. SOLO quiero que sepas que yo... —me detengo, porque cuando nuestras miradas vuelven a encontrarse, hay un breve instante en el que todo parece como antes. Como si el aire a nuestro alrededor estuviera cargado de electricidad. Como si pudiéramos ser todo lo que quisiéramos.

Pero no en esta vida. No en este universo. Aparto la mirada, la pierdo en el vacío, reprimo las lágrimas que amenazan con brotar y digo las palabras que tanto me cuestan: —No quiero volver a verte. Nunca más.

Entonces me doy la vuelta, giro sobre mis talones y camino hacia la puerta.

—Beth, por favor, quédate. Yo no he encargado el cartel ni tampoco el desahucio. No sé qué está pasando —le oigo gritar.

Quiero creerle, pero ya le he creído demasiadas veces. Si de verdad no ha sido él, que lo demuestre.

Pero ¿por qué iba a hacerlo? Acabo de decirle que no quiero volver a verlo nunca más.

Aunque una parte de mí todavía suspira por él, sé que probablemente sea lo mejor.

Para mí.

Y para Ben.

¿O no?

Capítulo 30

Alex

Como fulminado por un rayo, me dejo caer en la silla de mi despacho, miro hacia la puerta e intento comprender qué acaba de pasar.

No quiero volver a verte. Nunca más.

Esas han sido las palabras que Beth me ha espetado, y su rotundidad es difícil de superar. Ha ignorado mis gritos y, en su lugar, ha salido furiosa del despacho, de la misma forma en que había irrumpido antes.

Por un momento me pregunto cuál habrá sido el propósito de su visita. ¿Quería simplemente desahogarse? Al menos, eso parecía. Y, sin embargo, pienso sobre todo en el movimiento de su pelo rizado mientras negaba con vehemencia con la cabeza. Después, el siguiente pensamiento atraviesa mi cabeza como un tren de alta velocidad y veo a Beth con las mejillas sonrojadas. Pero en esta imagen está tumbada desnuda y sudorosa debajo de mí en el sofá, con la boca entreabierta y...

Mierda, no puedo entregarme a este tipo de ensoñaciones. Tengo que hacer algo, porque este asunto apesta.

Porque, en realidad, no fui yo quien colgó el cartel. Y tampoco mandé que la echaran de su tienda.

¿Por qué iba a hacer algo así? Con el trato del centro comercial y el desorbitado precio de compra me la he jugado por ella, y todo estaba pensado como una sorpresa para Beth. Quería arreglar un poco las cosas entre nosotros, no empeorarlas y que pensara que quiero destruirla por completo.

Aunque no me crea y no quiera volver a verme —y esa idea me duele de una forma muy desagradable—, al menos tengo que aclarar este asunto. No quiero que piense eso de mí. Aunque lo consiga, no sé si tendremos futuro. Pero tengo que intentarlo. Por Beth. Por su hijo. Y quizá —solo quizá y solo si ella quiere— por nosotros.

Pero una cosa está clara: algo está pasando en mi empresa de lo que no sé nada.

Y eso no es bueno. No es bueno en absoluto. Repaso mentalmente quién sabía del acuerdo por el complejo de edificios de la calle 4 y quién tiene autorización para negociar un trato con su casero en mi nombre, para lo cual seguramente se ofreció una suma considerable para que echara a Beth.

Entonces lo veo claro de repente y me doy una palmada en la frente. Maldita sea, ¿cómo no lo he visto antes?

No tengo demencia ni me han diagnosticado esquizofrenia, como sospechaba Beth. Pero si la ignorancia es una enfermedad, entonces

debía de estar infectado hasta la médula, porque...

Me detengo.

No, nada de sacar conclusiones precipitadas. Primero haré unas cuantas llamadas y algunas averiguaciones, porque para lo que voy a hacer a continuación, tengo que estar completamente seguro.

—¿Jefe? —oigo la voz de Eric, que asoma la cabeza por la puerta, y levanto la vista.

—¿Sí? —pregunto, mirándolo con ojos penetrantes.

—Siento que esa señora haya irrumpido así. Ya he llamado a la policía y he puesto una denuncia por allanamiento de morada...

—Llame ahora mismo y retire la denuncia —le espeto—. Ya lo comprobaré yo más tarde. Y ahora cierre la puerta y no me moleste. Tengo trabajo.

—De acuerdo, señor —dice Eric, y cierra la puerta tras de sí.

Entonces me levanto, me acerco sigilosamente a la puerta, me aseguro de que la ha cerrado bien y la echo el cerrojo por dentro para que nadie más pueda entrar. Sobre todo Eric.

Me tiemblan los dedos de nerviosismo, porque si mi sospecha se confirma, entonces... Maldita sea, entonces me he ganado un premio en el campo de la estupidez.

—¿Sí? ¿Eres tú, jefe? —oigo la voz de un señor mayor al otro lado de la línea, después de marcar un número que hacía mucho que no

usaba.

—Richard, ya sabes que no tienes que llamarme jefe —le digo, y recuerdo los comienzos de mi negocio y cómo me hice cargo de las dos primeras sucursales de una cadena de hamburgueserías bastante venida a menos. Richard fue mi primerísimo empleado. Hacíamos todo juntos: los pedidos, la gestión de personal, los planes de expansión, etc. Absolutamente todo.

Era mi mano derecha, todo era perfecto, pero entonces enfermó. Gravemente. Dijo que el estrés lo había destrozado y me pidió un traslado a contabilidad, a lo que accedí a regañadientes.

Pero allí se sintió realizado y se recuperó. Sin embargo, en nuestros almuerzos periódicos, las distancias se fueron haciendo cada vez más grandes a medida que la empresa crecía. Richard decía que no quedaba bien que comiera con el jefe. Que los compañeros harían preguntas. Así que lo dejé en paz tanto como pude.

—Lo sé, Alex —dijo en voz baja, quizá para que los demás no lo oyeran—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Tú sabes mucho, conoces a mucha gente en la empresa y sabes lo que se cuece por los pasillos y... —empiezo a decir.

—¿Quieres que sea tu soplón, Alex? —pregunta Richard, y no parece muy entusiasmado.

—No, no me refiero a eso. Me interesa un asunto en concreto. Por si has oído algo. ¿Sabes de algún trabajo para montar un andamio y colocar un cartel en la calle 4?

—¿Quieres que busque facturas en el sistema? —pregunta Richard.

—No, me refiero a si conoces a alguien del equipo de allí que pudiera estar involucrado. Necesito saber quién dio la orden.

—Ah, te refieres a eso —dice Richard con tono aliviado—. Sí, se me ocurre alguien. No tenemos a mucha gente que haga ese tipo de cosas. Preguntaré y te digo algo, ¿vale?

—Gracias, Richard. Y deberíamos volver a quedar para comer —digo, sintiéndome culpable al mismo tiempo por no haberle llamado en tanto tiempo.

—No te preocupes, Alex. Ya sabes: la gente habla de todo. Y que un contable coma con el jefe levanta sospechas, y yo tengo que vigilarme la tensión.

—Me alegro de tenerte en la empresa, Richard —digo, y siento una profunda gratitud hacia él.

—Te llamo —dice Richard de nuevo, a punto de colgar.

—Una cosa más, Richard: llama solo a mi número directo. Ya sabes. El que te apunté una vez. No a mi asistente. Es muy importante, ¿sí? Habla solo conmigo en persona de lo que averigües, ¿vale?

—De acuerdo, jefe —dice, y noto cómo sonríe al decir la palabra *jefe*. Voy a responderle, pero ya ha colgado.

Me detengo un momento, esperando que Richard pueda averiguar algo de verdad. Mientras, abro un programa en el ordenador y rebusco en los archivos digitales que mi empresa ha conseguido sobre el inmueble de Beth. Durante el proceso, pienso en ella con demasiada frecuencia y en cómo brillan sus ojos bajo la luz del sol

poniente, y tengo que concentrarme una y otra vez para no desviarme del tema.

Finalmente, encuentro lo que busco y veo el número de su casero en la pantalla, que marco inmediatamente en mi teléfono.

—Aquí Keith. ¿Quién es? —oigo la voz de un señor mayor al otro lado.

—Señor Keith. Hola, habla Alex Rodgers, yo...

—Oh, sé quién es usted —dice, y de repente suena mucho más despierto—. ¿Qué más quiere? Ya he hecho todo lo que quería.

—Señor Keith, puede que suene extraño, pero no sé a qué se refiere. Estoy intentando averiguar qué...

—¿Me está diciendo que los cien mil dólares en mi cuenta no son de su empresa? Su... ¿cómo se llamaba?... Ese hombre me dijo que llamaba de su parte. Que en cuanto llegara el dinero, debía rescindir el contrato a la pobre mujer de la floristería y...

—¿Sabe cómo se llamaba ese hombre? —pregunto, sintiendo cómo el corazón me late en la garganta porque estoy a punto de descubrir qué está pasando aquí.

—Vino a verme, ¿sabe? Fue bastante desagradable. Y venía con esa mujer. Esa... ay, qué mala memoria tengo para los nombres. Ella solo dijo su nombre de pila. Y el nombre de él era... Algo como Final... Finn... Una cosa así.

—Eso me ayuda mucho, señor Keith. Y no se preocupe, puede quedarse el dinero. Pero, por favor, retire la rescisión del contrato —

digo, y de repente siento una opresión en el pecho. Mi sospecha es cierta y está al otro lado de la puerta, porque mi asistente se llama Eric. Eric Finelly.

—Pero eso no tiene ningún sentido, señor Rodgers, no entiendo...

—Ni yo tampoco, señor Keith. Se lo confirmaré por escrito en los próximos días. No se preocupe. Está todo bien. No ha hecho nada malo. Yo, en cambio, he confiado en alguien en quien no debería haber confiado —explico.

—De acuerdo, esperaré el documento. Seguro que lo entiende —dice el anciano, y terminamos la conversación.

Todo da vueltas en mi cabeza mientras anoto en un papel que tengo que prepararle el escrito correspondiente, y me pregunto por qué y desde cuándo Eric trabaja en mi contra en lugar de para mí. Ahora por lo menos está claro quién es el topo. En realidad, ya lo tenía claro antes de que mencionara el apellido a medias, porque aparte de mí y de Eric, nadie en mi empresa tiene una autorización tan alta. Nadie, excepto nosotros dos, puede autorizar una suma de cien mil dólares sin iniciar un complicado proceso de aprobación.

Ese capullo está usando el dinero de mi propia empresa para perjudicarme. Esto no es obra de un solo empleado frustrado. Hay algo más detrás. ¡Jake!

Tiene que ser así, ¿no? ¿Fue él quien le dio los planos del centro comercial? ¿Y fue él quien le dijo dónde íbamos a cenar Beth y yo, o quien hizo la foto mientras Dilara se apretaba contra mí con el torso desnudo y...?

El timbre de mi teléfono me hace detenerme.

—¿Sí? —pregunto al coger el auricular y ver que es el famoso número de contabilidad de Richard el que me llama.

—A ver —dice, y parece un poco sin aliento—. No sé qué se cuece ahí arriba en la última planta, pero los dos hombres en los que confío me han dicho que la orden venía de ti. Tu asistente les dio las instrucciones y me han dicho que iba acompañado de una mujer a la que llamó Dilara la tercera vez que se vieron. —Entonces Richard hace una pausa—. Oye, ¿no se llamaba así una antigua asistente tuya?

—Richard, no sé cómo darte las gracias. Gracias —digo, y siento cómo la rabia, la desesperación y la tristeza luchan en mi interior, y cada una de esas emociones quiere imponerse.

Tamborileo nerviosamente con los dedos sobre el escritorio, me muerdo el labio inferior y pienso en qué hacer ahora. ¿Sospechará ya algo porque antes me mostré tan irritado y le hice retirar la denuncia? No, seguro que no, porque llevo toda la semana de mal humor, lo que ahora incluso podría jugar a mi favor.

Pero ¿y ahora qué? ¿Debería hacerlo entrar y enfrentarme a él? No, seguro que lo negaría. En lugar de eso, me propongo pillarlo con las manos en la masa, porque con un poco de suerte, también lo acusarán de espionaje industrial, y no se merece que simplemente lo despida. No después de lo que me ha hecho.

Pero antes de ocuparme de eso, tengo que hacer algo que es aún más importante para mí: hablar con Beth.

Tengo que contarle lo que he descubierto y esperar que me crea. Todo suena tan absurdo que ni yo mismo me lo creería, y mientras recojo mis cosas, calculo que las posibilidades son escasas.

Pero no quiero rendirme. No quiero renunciar a Beth. No quiero renunciar a nosotros.

—¿Tiene alguna cita, jefe? —me pregunta Eric cuando abro la puerta y paso a su lado con la bolsa preparada.

—Un asunto privado —digo, apenas capaz de mirarlo a los ojos, y sé que no debo tardar demasiado en pillarlo. Cada día que pasa aquí puede perjudicarme.

Pero Beth es la prioridad. En realidad, siempre lo ha sido, desde que la conozco. Solo que no quería admitírmelo a mí mismo.

Sus palabras, que no quiere volver a verme, resuenan de nuevo en mi interior. Aun así, espero que me escuche.

No puedo renunciar a ella. Porque... ¡maldita sea, creo que de verdad la amo!

Capítulo 31

Beth

Quería luchar, decirle lo que pensaba de él y...

¿Pero qué era lo que quería en realidad? ¿Acaso Veronica tenía razón cuando intentó impedir que fuera a buscarlo? ¿En qué narices estaba pensando? ¿En que podía enfrentarme a un empresario rico de Nueva York y que todo se arreglaría solo con decirle lo que pensaba de él y de sus tejemanejes?

Sí, algo así debió de pensar mi pequeño y atormentado corazón. Pero ahora, de vuelta en la tienda, no me siento ni un ápice mejor; de hecho, estoy peor que antes. Enfrentarme a él ha sido duro. Más duro de lo que pensaba. Porque su presencia en la habitación todavía provoca algo en mí y me odio por ello. Lo aparté de mi mente para concentrarme. Lo peor de todo fue tener que escucharle hacerse el inocente y luego intentar justificarse.

En el taxi de vuelta a mi tienda, las lágrimas me corrían por las mejillas, hasta el punto de que el conductor me preguntó dos veces

si podía hacer algo por mí, a lo que me limité a negar con la cabeza vehementemente.

En la tienda, a pesar del abrazo de Veronica, la cosa no mejoró. Más bien empeoró, porque ella, una vez más, tenía razón. Aun así, me abrazó con fuerza y me ahorró un *ya te lo decía yo*. Durante ese tiempo, también había cuidado de la tienda y de Ben, que ahora duerme plácidamente después de que le diera algo de beber y le dijera que mami lo había vuelto a hacer todo mal.

Intento calmarme procesando los pedidos en línea que han entrado. Pero ni siquiera trabajar con mis queridas plantas me proporciona paz interior. Me tiemblan las manos y me cuesta cortar las flores.

Suena la campanilla de la puerta, me doy la vuelta y veo a una clienta que visita mi tienda con regularidad.

—Buenos días, me gustaría un nuevo arreglo floral para la tumba de mi marido —me saluda con una sonrisa amable, se quita el sombrero y deja a su lado el carrito con el que arrastra sus compras.

—Claro, Miss Shield. ¿Qué deseaba? —pregunto, intentando sonar profesional. Con estas palabras empieza siempre nuestra conversación, pero esta vez pienso en lo maravilloso que debió de ser tener un marido con el que pasar la vida y a quien, incluso después de su muerte, le sigue llevando flores frescas a la tumba. Eso debe de ser amor verdadero, incluso más allá de la muerte. A mí no parece que se me vaya a conceder algo así. Al contrario: el hombre que creía un rayo de esperanza primero me deja embarazada y luego parece divertirse arruinándome la vida y mi medio de subsistencia.

—Hija, ¿estás bien? ¿Te encuentras mal hoy? —pregunta Miss Shield, a quien al parecer no se le han pasado por alto mis ojos llorosos.

—Estoy bien —sorbo por la nariz—. Hoy no es mi día.

—Sé lo que es eso. Cuando Peter y yo aún estábamos juntos, también teníamos nuestras broncas a menudo. Pero siempre acabábamos arreglándolo. Y eso es lo más importante, ¿no te parece?

—Mmm —digo, asintiendo en silencio. No soy capaz de más, porque no creo que jamás vaya a *arreglar las cosas* con Alex.

—¿Qué le parecería un pequeño centro en forma de corazón con rosas blancas y algo de verde alrededor? —le pregunto, señalando una foto de mi catálogo que muestra varios arreglos funerarios posibles, intentando cambiar de tema.

—Sería estupendo. Siempre tienes unas ideas fantásticas. Por eso me gusta tanto venir. ¿Puedo recogerlo más tarde? —me pregunta sonriendo.

—Sí, debería estar listo en treinta minutos. ¿Le va bien?

—Claro, hija. Perfecto. Mientras tanto, haré unos recados. Quizá no vuelva hasta dentro de dos horas. Tómate tu tiempo. Hasta luego. —Entonces, se dirige a la puerta, arrastrando su carrito—. Ah, ¿y, hija? —la oigo llamar, me doy la vuelta y veo que se ha vuelto hacia mí de nuevo—. Verás como todo se arregla.

—Gracias —digo con un hilo de voz, forzando una sonrisa porque sé que lo dice con buena intención.

Antes de que las emociones me inunden de nuevo, me pongo a trabajar y empiezo directamente con el centro en forma de corazón

para Miss Shield, antes de procesar el siguiente pedido en línea, que de todos modos no tienen que recoger hasta dentro de una hora.

La campanilla vuelve a sonar. Me pregunto si Miss Shield ha cambiado de opinión, algo que ya ha ocurrido varias veces. A veces el color no le convence, a veces quería algo completamente distinto; era una especie de juego en el que yo entraba una y otra vez.

—Hola, guapa —oigo una voz masculina que me hiela la sangre en las venas cuando me giro y, por supuesto, no veo a Miss Shield. Sino a Chris. Mi ex.

Oh, no, ahora este no, por favor. El día ya ha sido bastante duro y no estoy para otro enfrentamiento.

—¿Qué quieres? —pregunto con brusquedad y vuelvo a centrarme en el arreglo floral, pero noto que los dedos me empiezan a temblar de nuevo.

—Vaya, vaya. ¿Tan antipática con un cliente? —pregunta, y por el tono de su voz, ahora noto que debe de estar bebido. Me giro y veo cómo se acerca al mostrador. Sus movimientos parecen inseguros, sus ojos y su nariz están enrojecidos. Conozco esa expresión y recuerdo cómo, en aquel entonces, más de una vez se le fue la mano, como solía decir. Pensaba que ese capítulo estaba cerrado para siempre, pero parece que no me libro de una. Siento cómo un miedo antiguo y reprimido repta por mi interior; retrocedo un paso, pero, por supuesto, aquí en la tienda no puedo esconderme de él en ningún sitio.

—¿Es verdad lo que se oye por ahí? —pregunta entonces, dejándose caer contra el mostrador, que cruje bajo su peso. Su aliento a alcohol me llega hasta aquí. No está simplemente bebido. Está borracho como una cuba.

—¿Te puedes ir, por favor? No tenemos nada de qué hablar. No sé lo que se oye de mí y no me importa. Solo quiero una cosa, que por fin... —empiezo a decir, pero entonces golpea la mesa con el puño.

—Que eres una puta de mierda y tienes un hijo. ¿Quién te ha preñado? ¿Soy yo el padre? Dilo, vamos, o te juro que te voy a... —brama, levantando la mano. Me encojo, probablemente un viejo reflejo de entonces, porque el mostrador todavía nos separa y no puede alcanzarme. Aun así, estoy como en estado de shock y sé que lo que está a punto de pasar es inevitable. Lo superé entonces y lo superaré hoy. Defenderse solo empeora las cosas y Ben me necesita y...

—Baja la mano y déjala en paz —oigo otra voz de hombre detrás de Chris. La reconozco al instante y si es posible sentirse aliviada y molesta al mismo tiempo por la presencia de alguien, ese es exactamente el caso en este momento.

Alex está en la puerta. No sé desde cuándo ni qué ha oído, pero sé que no permitirá que Chris me pegue. Con él nunca me he sentido amenazada, y recuerdo cómo ayudó a la anciana aquí en la tienda. Sus abismos emocionales son de otra naturaleza.

—¿Y tú quién eres? —pregunta Chris, con ganas de bronca, señalando a Alex con el dedo índice y acercándose lentamente a él.

—Beth y yo nos conocemos —dice Alex—. Y ahora vete, por favor, como te ha dicho Beth —añade, señalando hacia la puerta.

—Pfff… *vete, por favor* —se burla de Alex imitándolo con voz chillona —. Solo cuando le haya sacado a esta zorrita quién es el padre de su hijo y... —empieza Chris de nuevo y, furioso, se gira hacia mí y avanza con el puño en alto.

—No lo voy a repetir —oigo decir a Alex, que agarra el puño de Chris y lo hace girar con un fuerte apretón, de modo que Chris grita y lo mira echando chispas.

—¿Tú qué eres? ¿Su chulo? ¿Te la has follado? ¿Es tuyo el crío?

—Mide tus palabras, idiota, o te voy a...

—¿TE LA HAS FOLLADO? —grita Chris directamente en la cara de Alex. Alex no responde durante un segundo.

—¡JA! ¡Lo sabía! Mi mujer liándose por ahí. Así, sin más. El matrimonio ya no significa nada para ti, ¿verdad?

—Chris, sabes perfectamente que te he pedido como cien veces que firmes los papeles de una vez... —intervengo, y siento un sudor frío y caliente a la vez cuando Alex me mira un momento con incredulidad. Porque es verdad. Sobre el papel, Chris y yo somos marido y mujer. Nadie lo sabe. Ni siquiera Veronica.

—Te voy a dar una paliza como es mi derecho como marido, pequeña...

—¡Lárgate! —grita Alex, interponiéndose de nuevo entre Chris y yo y empujándolo, de modo que cae estrepitosamente al suelo frente a la puerta—. Desaparece y no vuelvas. O perderé los estribos. Te juro por Dios que te romperé la nariz y eso solo será el principio si llegas a tocar a Beth —brama Alex, plantándose delante de mí.

Casi me siento un poco halagada de que me ayude. ¿Pero por qué lo hace? De todos modos, quiere destruirme. De otra manera, pero... ¿Y si hay algo de verdad en que él no sabía nada?

Chris se levanta a duras penas y mira a Alex. Por un momento pienso que se va a lanzar sobre él y que mi tienda se convertirá en el escenario de una pelea en toda regla, justo antes de tener que cerrarla, por culpa del hombre que me está defendiendo.

Es absurdo. Nadie me creería. Ni siquiera me lo creo yo misma.

Pero Chris, como por milagro, parece decidir otra cosa. —Has tenido suerte. Ya nos veremos. Esposa —dijo, señalándome, y luego salió de la tienda.

—¿Esposa? —pregunta Alex, girándose hacia mí—. Estás casada con ese... —señala con el pulgar por encima de su hombro.

Me sonrojo, porque esa parte de mi vida me da una vergüenza increíble. Tanta vergüenza que nunca se lo he contado a nadie. Una estupidez sin igual que, en realidad, solo puede ser superada por lo que Alex y yo hemos pasado. Casi se podría pensar que atraigo estas cosas y que son mi sino. Una razón más para odiarme a mí misma, sobre todo porque no parece que aprenda nada de ello.

—Un viaje tonto a Las Vegas y una laguna mental total. Hace años. Ni siquiera nosotros lo sabíamos hasta que dos semanas después llegó por correo el certificado de matrimonio. Fue un shock. Quise anularlo, firmé los papeles, pero él se negó. Luego llegó nuestra ruptura hace más de año y medio y desde entonces le está dando largas y... —me detengo y lo miro—. Un momento, ¿por qué te estoy contando todo esto? ¿Qué haces aquí? —Hago una pequeña pausa y añado—: Ah, y gracias... por tu ayuda. Es un verdadero...

—Gilipollas —completa Alex mi frase—. Igual que lo he sido yo, Beth. De verdad, puedo entender lo mucho que...

—No tienes que disculparte —le digo, aunque la forma en que lo dice y cómo me mira son un bálsamo para mi alma malherida. ¿Quizá todo fue solo un enorme malentendido?

—Tu hijo... es de él, ¿verdad? —pregunta en voz baja, todavía un poco sorprendido por el hecho de que estoy casada. No puedo culparlo.

—¿Has venido por eso? —replico, sin saber si debo decírselo ahora, sintiendo lo herida que sigo, aunque me haya defendido de Chris. ¿Por qué lo del centro comercial y por qué la rescisión del contrato? Así que él también tendrá que vivir con el shock de que, sobre el papel, soy una mujer casada.

—No, tienes razón. Tampoco es asunto mío —dice, haciendo una pausa. Oh, si supiera hasta qué punto es asunto suyo, pienso.

—El niño no es suyo —digo rápidamente, evitando su mirada, porque al menos eso quiero dejarlo absolutamente claro.

—Está bien, Beth. Estoy aquí porque nuestra conversación de antes no me ha dejado tranquilo. Ya sabes, lo del centro comercial —dice, señalando por la ventana en la dirección donde se construirá—. Y por la rescisión del contrato de tu tienda. Verás, es que he cometido algunos errores increíblemente estúpidos. Lo del centro comercial fue idea mía, pero quiero que sepas que pensaba que era lo mejor para ti. Jamás habría permitido que...

—¡Beth! ¿Estás ahí? —la voz de Veronica resuena estridente desde el piso de arriba, interrumpiendo el discurso de Alex, que tanto me apetecía escuchar porque deseaba que fuera verdad y que tuviera buenas razones para todo esto. Aunque en realidad no lo creo, después de su acto de salvación había decidido escucharlo al menos una última vez.

—Sí, Veronica. ¿Qué pasa? ¿Puede esperar un momento? —pregunto, haciéndole un gesto a Alex con la mano para que se detenga.

—No lo creo. Hay un problema. Con Ben...

Su voz suena claramente alterada. ¿Pero qué pasa? Mil preguntas me asaltan. No habrá...

Capítulo 32

Alex

¡Está casada! ¡Vaya shock!

Vale, solo sobre el papel y el tipo es un completo idiota que no la merece. Sabe Dios qué habría hecho con el puño en alto si yo no hubiera aparecido por casualidad.

Podía verlo en los ojos de Beth y creo que ya lo había hecho antes: pegarle.

Solo por eso se habría merecido una buena paliza y a duras penas pude contenerme para no dársela.

Pero se trataba de Beth y no quería volver a meter la pata, así que reuní toda la sensatez que pude y lo puse de patitas en la calle.

Muchas preguntas me rondaban por la cabeza: ¿Era él el padre de su hijo? ¿Había quizá algo más que ese matrimonio que solo existía sobre el papel y que ya estaba zanjado desde hacía tiempo?

De nuevo tuve la sensación de que Beth se me escurría literalmente de entre los dedos. Pero me recompuse y no hice demasiadas preguntas, porque Beth reaccionó —con razón— a la defensiva. Podía entenderla, pues seguro que todavía pensaba que quería hacerle una jugarreta, después de todo lo que Eric había provocado.

Así que aparqué mis preguntas y decidí hacer aquello para lo que había venido y antes de que ese tal Chris lo volviera a poner todo patas arriba. Quería explicarle por qué he comprado el complejo de edificios y de qué manera quería ayudarla con ello. Pero simplemente no me salían las palabras, pues en ese momento me di cuenta de que quizá ella no quería mi ayuda en absoluto. ¿No podría ser que lo viera como un ataque a su independencia y me acusara de pensar que no podía apañárselas sola?

¡Oh, vaya! ¿Por qué no he pensado en eso antes?

Pero ya era demasiado tarde. Estaba aquí y quería seguir adelante, explicar el desastre que había montado mi asistente y aprovechar la única oportunidad que podría llevar a que tuviéramos un futuro.

Sin embargo, era como si estuviera gafado. Justo cuando estaba listo, algo volvió a interponerse. Casi parecía que el destino se empeñaba en ello.

Por un momento me enfadé mucho cuando su amiga llamó desde arriba. Beth quería seguir escuchándome, podía verlo en sus ojos. Pero entonces dijo las palabras que lo cambiaron todo:

—Hay un problema. Con Ben...

******

Beth me mira asustada durante una fracción de segundo y se puede ver literalmente cómo se le va toda la sangre de la cara. Pero la imagen de una madre preocupada desaparece al instante, pues, sin decir una palabra más, sube corriendo las escaleras como si le hubiera picado una tarántula.

Ahora estoy aquí, preguntándome qué hacer y oyendo desde arriba las voces excitadas de las dos mujeres, que al parecer hablan entre ellas.

El tema entre nosotros ha quedado aparcado por el momento, eso está claro. Pero ¿qué debía hacer ahora? ¿Simplemente esperar? ¿O ir a ver qué pasa? ¿Qué le ocurre a su hijo? ¿Algo grave? Pero ¿puedo ayudar en algo? No tengo ni idea de niños.

—Cogemos un taxi y vamos al pediatra. Ha dicho que vayamos ahora mismo, hasta luego, Veronica —oigo de repente la voz de Beth de nuevo, alta y clara, y luego percibo el sonido de sus pies en las escaleras y baja de nuevo hacia mí, probablemente para decirme que ya seguiremos hablando en otro momento.

Entonces volvemos a estar uno frente al otro, mirándonos. Pero no está sola. Por primera vez la veo con el niño en brazos. Su hijo.

—¿Qué pasa? ¿Está todo bien? —pregunto al ver su mirada preocupada y ligeramente desconcertada, y supongo que se había olvidado por completo de que yo estaba aquí.

—Tiene un sarpullido raro. Y fiebre. Ha sido todo de repente y... —se interrumpe y mira a su pequeño, que acaba de emitir un quejido—. Ya está, cariño, mamá está aquí. Vamos a coger un taxi para ir al médico y...

—Ni hablar. Mi coche está en la puerta, os llevo yo —me sale del alma y siento un nuevo y desconocido afecto por Beth, que va más allá de lo que hemos tenido hasta ahora, al verla tan cariñosa con su hijo.

—¿De verdad? No tienes por qué, quiero decir...

—Entiendo tu preocupación. Y ya estoy aquí. Así que no perdamos tiempo y vámonos —digo.

—Vale, pues vamos —dice, y veo por primera vez al pequeño, al que Veronica ha llamado Ben, mientras nos dirigimos a la puerta. Es un niño precioso, las tres manchas rojas de la cara no le restan belleza. Entonces se me ocurre un pensamiento que me deja helado: si alguna vez tengo un hijo, quiero que sea así de mono.

—¿Todo bien? ¿Has cambiado de opinión? —pregunta Beth, porque me he detenido en mitad del movimiento.

—No, es que... bah, nada. Seguimos hablando luego, ¿vale? —pregunto y Beth y yo nos miramos en la acera. Por un momento, las preguntas y las dudas que se interponen entre nosotros vuelven a aparecer. Pero también está ese afecto intangible. Una mezcla complicada que hasta ahora no ha tenido un final feliz.

—Vale —dice Beth, se sienta en el asiento trasero con Ben y yo cierro la puerta tras ellos. Los miro un instante, luego me apresuro a ocupar mi sitio y de repente siento también la preocupación por el pequeño y espero que el sarpullido no sea nada grave.

******

—Todo en orden, señora. Es solo la varicela —dice finalmente el médico después de examinar al pequeño y sonreírnos a Beth y a mí —. Solo tiene que aplicarle una crema, darle algo para la fiebre y asegurarse de que el pequeño no se rasque todo el rato. Para eso hay unos guantes especiales para bebés que podrían ser útiles — añade, y empieza a tomar notas en el ordenador—. Ya puede vestir al pequeño.

No sé ni cómo he acabado en la sala de exploración. Cuando he aparcado, he ayudado a Beth a bajar del coche, lo que significa que me ha dado a Ben un momento. Era la primera vez que tenía un niño en brazos y me he sentido extrañamente indefenso, con una mezcla de miedo atroz a que se me cayera y, al mismo tiempo, de alguna manera maravilloso, porque el pequeño me ha mirado, ha emitido un sonido como un gorgoteo y, a pesar de sus manchas, no parecía estar de mal humor.

Beth me explicó que las manchas rojas podían significar cualquier cosa, sobre todo si iban acompañadas de fiebre. Internet estaba lleno de historias de terror, así que era mejor ir directamente al médico.

Le devolví su hijo a Beth y simplemente la seguí. Beth tampoco se opuso, y así acabamos juntos en la consulta. Quizá tampoco quería irme porque entonces parecería de nuevo que sus problemas me daban igual. Y no me daban igual en absoluto.

Y, de algún modo, le había cogido cariño al pequeño. Qué raro todo. Ojalá esto acabara bien y pronto pudiéramos hablar de todos los malentendidos entre nosotros y...

—Oiga, yo a usted lo conozco... —dice entonces el médico al mirarme más detenidamente—. Es Alex Rodgers, el jefe de

BigBurger, ¿verdad? —dice y se me queda mirando más tiempo del necesario.

—Correcto —digo lentamente y miro su rostro radiante.

—Es un placer. —Entonces me tiende la mano y se la estrecho un poco desconcertado—. Sus hamburguesas me alegran las pausas para comer —dice y se da unas palmaditas en la incipiente barriga, a lo que respondo con una ligera sonrisa.

—Seguro que está muy ocupado, pero como le decía, es importante que el pequeño no coja ninguna infección nueva durante este tiempo. Así que, cuando vuelva a casa del trabajo, lávese siempre bien las manos antes de tocar al pequeño en las próximas semanas.

—Un momento, debe de haber un malentendido, yo... No soy... Solo los he traído y... —Miro a Beth, pero está vistiendo a Ben y parece totalmente absorta hablando con él, sin darse cuenta de nuestra conversación.

—Pero usted es el padre, ¿no? —Al decir esto, el médico me mira perplejo, alternando la vista entre el ordenador y yo—. ¿Viven separados? ¿Custodia compartida? —pregunta entonces en voz más baja, inclinándose hacia mí.

—No entiendo —digo de nuevo.

—Aquí pone que usted es el padre —dice, y da un golpecito en la pantalla—. El pequeño Ben nació aquí. Mi consulta está especializada en esto. No es un hospital, pero tampoco un parto en casa. Un ambiente acogedor y la atención de un médico es algo que nuestras pacientes aprecian. Su madre lo indicó a usted como padre en aquel

momento —dice, señalando a Beth y girando la pantalla en mi dirección.

Al principio no entiendo nada e intento dar sentido a las numerosas anotaciones. Entonces lo veo. Efectivamente, ahí está mi nombre. Se me oprime el pecho. No entiendo nada. Cuando veo la fecha de su nacimiento y calculo a grandes rasgos cuándo nos vimos por primera vez, me doy cuenta de que es posible.

—¿Qué hacéis? ¿Nos vamos? —oigo la voz de Beth a mi espalda, que suena aliviada desde que está claro que a Ben no le pasa nada grave.

—¿Beth? —pregunto, con la voz apenas un susurro—. ¿Soy yo el padre? ¿El padre de Ben?

El médico, al parecer, no entiende muy bien lo que está pasando, pero se calla y debe de sentirse como en una telenovela.

—¿Por qué lo dices? —dice Beth, soltando una risa chillona.

—Lo pone ahí. Lo dijiste cuando nació —digo, girándome ahora para mirarla a los ojos y señalar el monitor.

Beth no dice nada. Se le humedecen los ojos y le tiembla la barbilla. Una lágrima le resbala por la mejilla. Finalmente asiente y yo...

Me derrumbo. Siento como si un agujero negro y profundo se hubiera abierto bajo mis pies y amenazara con engullirme. ¿Primero me oculta que tiene un hijo y encima que yo soy el padre?

¿Cómo ha podido hacer eso?

—¿Alex? Déjame que te lo explique —dice Beth en voz baja.

Pero esta vez soy yo quien niega con la cabeza. Sin decir palabra, me levanto y salgo de la consulta. —¡Alex, espera! —grita Beth a mis espaldas. Pero no espero. Sigo caminando, salgo del edificio y me dirijo a mi coche bajo la lluvia que empieza a caer y en la oscuridad, mientras los sentimientos me abruman.

Entonces me siento al volante y, creo que por primera vez desde mi infancia, siento cómo la rabia y la tristeza no se enfrentan combativas. Mis ojos también están húmedos. El pequeño Ben aparece ante mis ojos, a quien he tenido en brazos hace un rato y a quien, de algún modo, le había cogido cariño.

¿Tengo un hijo? ¿Por qué no me ha dicho nada? ¿Por qué me lo ha ocultado? ¿Qué más me oculta?

Capítulo 33

Beth

Tres días después

—Tranquilo, Ben. Ya está, todo bien, mi pequeño... —le susurro a mi hijo mientras le quito el body y observo las manchas que ya están remitiendo. Yo también tuve la varicela de pequeña, así que por suerte me ahorro los guantes. Veronica también. De modo que, en realidad, todo puede seguir su curso normal, aparte de las manoplitas que le hemos comprado a Ben para que no se rasque.

—Sé que te pica, pero el médico ha dicho hoy que ya casi lo has superado. Eres un campeón valiente —añado mientras le aparto suavemente los bracitos y le pongo una prenda limpia por la cabeza.

Los últimos días han sido duros. Ben ha dormido bastante mal y yo también. En realidad hemos estado pegados casi todo el tiempo, la tienda solo ha estado abierta por horas y eso ha sido únicamente gracias a Veronica y a Paula. Como es natural, eso ha enfadado a los clientes, y cuando he tenido que cancelar varios pedidos en línea, también ha provocado una serie de malas reseñas, lo que hace

temer que mucha menos gente me compre como antes. Pero es algo con lo que tengo que lidiar. Para mí era importante estar con Ben durante este tiempo, cuidarlo, algo que de todas formas he descuidado demasiado durante mucho tiempo. Ni siquiera puedo explicarme de dónde ha sacado la varicela, porque apenas tenemos contacto con otros niños.

En este punto, mi conciencia vuelve a hacer acto de presencia, porque eso sería muy importante para él. Pero no sé cuándo voy a poder encajarlo con la tienda. Ahora mismo tendría más bien tiempo por las tardes, después de cerrar, pero claro, la mayoría de los bebés de su edad ya se van a la cama a esa hora y los grupos de juego para bebés suelen ser por la mañana.

—Pa, pa, pa... —balbucea Ben. Últimamente lo hace a menudo. He leído suficientes libros sobre niños antes del parto como para saber que este es un sonido completamente normal, al igual que «ma, ma, ma», y ambos los emite con frecuencia últimamente.

Y, sin embargo, este sonido, que unido forma la palabra *papá*, me clava una punzada en el corazón. Porque desde que se marchó del hospital, Alex no ha vuelto a dar señales de vida.

Una parte de mí no se lo puede reprochar. Al fin y al cabo, ha descubierto que tiene un hijo, algo que le he ocultado durante bastante tiempo. Esa parte puede entender que esté enfadado por ello, quizá incluso que tenga miedo de asumir responsabilidades. Pero, ¿por qué? Si yo no he hecho ademán de querer nada de él. ¿O hay algo más detrás de todo esto?

Sin embargo, otra parte de mí piensa que no debería ponerse así. Al fin y al cabo, él tampoco es un santo e incluso apostó con un rival a que me camelaba, y probablemente solo por eso salió conmigo al principio. Sí, le oculté lo de Ben, pero no me aproveché de él, como

él de mí, ni pensé solo en mi propio beneficio. Y no compré el complejo de edificios de enfrente de su empresa para arruinarle la vida.

Lo que ninguna de las dos partes de mí entiende es: ¿por qué compra el edificio? ¿Solo para acabar conmigo? Entonces, ¿qué más quiere aquí? De todos modos, no necesita la tienda. ¿Y por qué se hace el inocente en todo esto y quiere explicarme no sé qué? ¿Y cree que protegerme de Chris borra todo lo demás?

Hay tantas cosas que no entiendo, pero en realidad da igual. Porque desde entonces no ha vuelto a dar señales de vida ni ha aparecido por la tienda.

Con eso queda dicho mucho más que con sus interminables visitas. La cosa parece meridianamente clara. Yo he perdido, él ha ganado.

Tengo que mudarme y él consigue lo que quería.

Pero, ¿por qué demonios tengo que pensar una y otra vez en el capullo que tanto daño me ha hecho? ¿Por qué es él quien aparece ante mis ojos cuando me duermo, a pesar de que por su culpa tengo que desalojar mi tienda? Al principio estaba colada por él, lo admito. Pero ahora me pregunto si algo como el amor y el odio no son más que dos caras de la misma moneda y simplemente tengo que pensar en él tan a menudo porque lo odio a muerte.

A veces me gustaría creerlo, pero sé qué imágenes se forman en mi cabeza. Cómo estamos los dos tumbados en su sofá. Cómo me hace reír durante la cena y él mismo sonríe mientras me aparta un mechón de pelo detrás de la oreja. Eso es...

¡Quítate eso de la cabeza, Beth!, me digo a mí misma.

—Hala, cariño mío —le digo a Ben y lo cojo en brazos después de haberlo vestido por completo—. Mamá va a bajar ahora a la tienda y la tita Veronica va a cuidar de ti. O al menos... —me interrumpo, porque me acuerdo de su oferta de trabajo en Washington. No he vuelto a preguntar, porque tengo miedo. Miedo de la verdad y de quedarme sola, porque ahora mismo no puedo permitirme económicamente a nadie que me lo cuide. Me seco una lágrima silenciosa, cojo a Ben en brazos y bajo con él las escaleras hacia la tienda.

—¿Qué tal? ¿Algún cliente? —le pregunto a Veronica, que está detrás del mostrador escribiendo en el móvil.

—Por desgracia, solo ha venido una clienta esta mañana —dice, sonriendo con desánimo porque sabe lo que eso significa, y me da una palmadita en el hombro.

—Bueno, grandullón. Vamos a dejar a mamá trabajar y a dar una vuelta en el cochecito, ¿qué te parece? —le pregunta a Ben, dándole un toquecito en la nariz, a lo que él responde con un gorgoteo divertido.

—Gracias —susurro una vez más. Sé que en realidad es muy poco, y sin embargo, apenas puedo responder otra cosa, lo que me hace sentir tan pequeña e indefensa.

—Bah. Un poco de aire fresco nos vendrá bien a los dos —dice Veronica, restándole importancia con un gesto, y empieza a vestir a Ben y a sacar el cochecito del rincón.

Unos minutos más tarde, después de haber ayudado a Veronica a bajar el cochecito por las escaleras, los veo doblar la siguiente esquina y luego vuelvo a entrar en la tienda desierta.

En silencio, camino detrás del mostrador, dejando que mi mirada recorra las muchas flores que todavía están bien hoy y mañana, pero que a más tardar pasado mañana tendré que tirar a muchas de ellas al gran contenedor detrás de mi tienda en el callejón lateral, lo que me duele no solo económicamente, sino también por el desperdicio.

Luego me siento en la pequeña silla detrás del mostrador y miro el ordenador para comprobar los pedidos en línea. Pero aquí tampoco hay nada, aunque a esta hora del día solían llegar de cuatro a cinco pedidos a la vez. En cambio, hay otras tres malas reseñas, con lo que, por supuesto, tengo claro cuál es la razón. Pero con la falta de personal y la enfermedad de Ben, ¿cómo podría haberlo hecho de otra manera? Probablemente, de todos modos, era solo cuestión de tiempo que todo me estallara en la cara, y quizás es mejor que suceda ahora, porque en tres meses se acaba todo.

Quizá en este tiempo pueda ganar algo de dinero con algunas ofertas. Hasta el desalojo hay varias festividades en las que las flores están muy solicitadas. Eso podría tapar un poco el agujero en mi economía doméstica y ayudarme a reorientarme. Me animo un poco con este pensamiento y paso un rato preparando ofertas en línea lo más atractivas posible, esperando que con ello esta parte del negocio vuelva a arrancar. También añado en la página de mi tienda una disculpa por la interrupción junto con una explicación sincera.

Entonces se me ocurre que también podría colgarla en el escaparate. Empiezo a escribir en un cartel, pero me detengo. ¿Qué estoy haciendo? ¿Acaso con esto solo estoy mendigando compras por compasión?

El tintineo de la campanilla de la puerta me saca de mis pensamientos. Esbozo una sonrisa con la que quiero recibir a mi clienta, levanto la vista y me quedo paralizada. Delante de mí, en la

tienda, hay un hombre. No es Alex, pero lo conozco. ¿No es su asistente? ¿El perro guardián que estaba delante de su despacho y que no quiso dejarme entrar?

Sí, es él. Lo recuerdo perfectamente. Ese pelo engominado, ese porte arrogante. Esa mirada sombría. Es él.

¿Por qué está aquí? ¿Alex envía ahora a su asistente?

—Seguro que no está aquí por unas flores, sino por algo que quiere decirme de parte del señor Rodgers —digo, cruzándome de brazos y mirándolo con gesto gélido—. Sea lo que sea, dígale a su jefe que yo...

—Quería entregarle esto. —Me interrumpe y, completamente impasible, me tiende un sobre.

—¿Qué es esto? ¿Qué se supone que haga con ello? —espeto, le arrebato el sobre y siento cómo me tiemblan las manos—. ¿Qué pone? —digo, dando un golpecito en el sobre.

—Compruébelo usted misma. Que tenga un buen día —dice, asiente con la cabeza, se da la vuelta y desaparece de mi tienda al instante.

Respiro hondo y me dejo caer en la silla frente al ordenador, mirando el sobre en mi mano todavía temblorosa. Mil pensamientos me rondan por la cabeza y por un momento considero tirar esa cosa a la basura, pero no puedo. La incertidumbre me está carcomiendo por dentro.

Así que rasgo el sobre. Para mi sorpresa, no aparece el logotipo de su empresa, sino que es de nuevo de mi arrendador. Al principio pienso que quizás ha conseguido anular el despido, porque de

alguna manera me pareció que eso era lo que había dado a entender antes de la visita al hospital.

Pero es todo lo contrario. Repaso las líneas y no puedo creer lo que leo. Mi arrendador me rescinde el contrato de forma extraordinaria, sin plazo alguno, y se ampara en unos artículos que no entiendo y en algo que denomina incumplimiento grave de las obligaciones.

No puedo pensar con claridad, se me corta la respiración, porque me doy cuenta de que Alex tiene que estar metido en esto. ¿Por qué si no me entrega la carta su asistente?

¿Por qué me hace esto? ¿No estará satisfecho hasta que nos haya arruinado por completo a mí y a su propio hijo y tengamos que dormir en la calle?

Capítulo 34

Alex

Me estiro y parpadeo mientras vuelvo en mí lentamente en mi cama. Una tos ronca y perruna me hace incorporarme de inmediato, acompañada de una punzada de dolor en la cabeza, consecuencia de la cantidad de alcohol de anoche y de la noche anterior.

—Mierda, ¿dónde está mi aspirina? —murmuro, rebuscando en mi mesita de noche mientras me froto los ojos, intentando de alguna manera controlar el dolor de cabeza.

Entonces encuentro la cajita, abro el blíster, me meto una pastilla en la boca y me la trago con un buen sorbo de agua.

Me quedo con la mirada perdida, esperando a que haga efecto, mientras repaso mentalmente los dos últimos días.

Después de enterarme de que tenía un hijo, me inundaron todo tipo de emociones y apenas podía pensar con claridad. De hecho, estuve

a punto de tener un accidente por alcance dos veces de camino a la oficina, porque sencillamente tenía la cabeza en otra parte.

Al llegar a mi despacho me esperaba Eric, que me miraba con cara de no haber roto un plato. Me habría encantado partirle la cara por lo que, sin duda alguna, había hecho por encargo de Jake. En realidad, quería pillarlo con las manos en la masa y jugar un poco con él, pero ya no estaba de humor para eso.

Ya no quería jugar. Tenía que enfrentarme a la verdad. Y la verdad era que me había vendido y traicionado.

—Tiene usted mala cara, señor. ¿Un día duro? Quizá debería tomarse el día libre —me dijo aquella víbora.

—Eso es lo que haré, Eric. Pero antes quería que supiera que está despedido. Recoja sus cosas y lárguese —grité, señalando la puerta con el índice.

Primero se me quedó mirando, luego asintió, pero no pareció sorprendido en absoluto ni preguntó por qué. Él lo sabía. Y yo también.

Llamé a seguridad e hice que lo escoltaran fuera, llamé a Richard, de contabilidad, y le dije a grandes rasgos que no me encontraba bien, que mi asistente era el topo y si podía encargarse de todo durante dos o tres días.

Es un amigo de verdad; sabía que era mucho pedir, pero aceptó. Tranquilizado por ese lado, porque Richard era el mejor hombre para el puesto, salí de la empresa, me metí en el primer antro que encontré y me emborraché.

Recuerdo a las mujeres de mala vida que se me acercaban de vez en cuando y me hacían proposiciones, pero no me interesaba. Simplemente las ignoraba y bebía un whisky tras otro, hasta que en algún momento me desperté a la mañana siguiente, me di cuenta de que ya no quedaban aspirinas en casa y compré una buena provisión en la farmacia.

Ayer, la misma historia. Recurrí al alcohol en cuanto el pensamiento de que era padre volvía a aflorar en mí. Estaba furioso y triste porque Beth no me había dicho nada. Habría estado ahí para ella, joder. Para los dos. Por qué quiso...

Y de nuevo ahogué la pregunta con un trago de la botella.

Fue pura casualidad que Troy apareciera anoche por mi casa. Se podría pensar que había olido mi desgracia, pero la verdad es que habíamos quedado hacía mucho tiempo y yo, simplemente, lo había olvidado. Igual que solo quería olvidarme de todo lo que me rodeaba.

Al final, nada de ir al partido de baloncesto de los New York Knicks con asientos en primera fila. No estaba de humor. En lugar de eso, me senté en el sofá en chándal, le ofrecí una cerveza a Troy y busqué un sitio para ella en la mesa de centro, entre las numerosas botellas vacías.

—Joder, tío. Lo tuyo es fuerte —dijo Troy después de que chocáramos con la segunda cerveza y yo se lo contara todo.

—Bueno, ¿cómo te sentirías tú si de repente te enteraras de que eres padre? —pregunté. Troy solo me lanzó una mirada de reojo; entonces mi cerebro medio nublado recordó que lo suyo con su Monica no había sido menos turbulento. Solo que de eso hacía ya una eternidad. Ya ni siquiera recuerdo cómo era él sin mujer e hijo.

Monica y TJ son parte de él, como las flores a la primavera, como el chocolate al… ¡Dios, qué sarta de chorradas estaba pensando!

—Vale, lo sé. Pero esto es diferente. ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué me ocultó el bebé? —empecé.

—Supongo que tendría sus razones. Tú tampoco has estado libre de culpa, si no he entendido mal, ¿no?

—Pero eso es otra cosa. Un bebé, eso es... —repliqué, pero Troy me interrumpió.

—Vuelvo a repetirlo: lo tuyo es fuerte. Eso es exactamente el mal de amores, colega —dijo, dando un sorbo a su botella.

—Quieres decir... —dije, intentando comprender.

—Quiero decir que nunca te había visto tan hecho polvo —dijo, señalando la mesa de centro llena de botellas vacías—. Para ti las mujeres siempre han sido más bien una mercancía. Un objeto. Pero esta Beth y su hijo... creo que la quieres.

—Amor... —murmuré en voz baja, mirando al vacío más allá de Troy. ¿Podría tener razón? Había algo de cierto en que, por lo demás, las mujeres me daban igual. Pero con Beth era diferente. Siempre había sido diferente. Desde nuestro primer encuentro. Y que tuviéramos un hijo y me lo ocultara... creo que nunca había sentido tanto dolor.

—¿Se te está encendiendo la bombilla? —preguntó Troy con las cejas arqueadas, y dio otro sorbo.

Yo también quise beber, pero me detuve y dejé la botella a un lado. —Tengo que ir a verla. Tengo que contárselo todo. Hablarle de mi

asistente, Eric, que fue quien montó toda la mierda del edificio y el despido y...

—Alex, son las once de la noche y, si me permites decirlo: ¿te has mirado en el espejo?

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—Tienes ojeras, una camiseta con manchas y apestas a aguardiente. Me parece bien que quieras ir a verla, pero ¿qué tal si lo haces sobrio? Mañana por la mañana. Métete en la cama, duerme hasta tarde y, por favor, por favor, dúchate. Y después: ¡dile lo que sientes!

******

Eso es exactamente lo que pienso hacer hoy. Recién duchado y con dos expresos dobles, me siento como nuevo. Además, he recogido el desastre del salón para que mi asistenta no salga corriendo y gritando, y me he puesto algo limpio.

Todo esto me ha llevado bastante tiempo y ya es más de mediodía. Se debe sobre todo a la pequeña sorpresa que quería organizar para Beth. Una especie de prueba de lo en serio que voy. La idea se me ocurrió espontáneamente esta mañana, y el sobre con la confirmación está en el asiento del copiloto mientras conduzco hacia la floristería cuya dueña y su hijo lo son todo para mí. Repaso mentalmente una vez más lo que quiero decirle y siento cómo el corazón me late en la garganta.

Siempre había interpretado el amor como algo tonto y cursi. Pero que solo pensar en fracasar me deje sin aliento no es ni cursi ni tonto. Simplemente me lo juego todo y tengo un miedo de la hostia a perderla.

Aparco no muy lejos de la entrada, cojo el sobre, me lo guardo en el bolsillo interior de la chaqueta, salgo del coche y, con cada paso que doy hacia la puerta, mi tensión aumenta. Después de respirar hondo una vez más, abro la puerta.

—Vaya, ¿a quién tenemos aquí? —me llega una voz femenina y displicente que no es la de Beth. Miro hacia el mostrador y veo a su amiga Veronica, que me mira con desprecio mientras mete algo en una caja de cartón. Al hacerlo, me doy cuenta de que hay cajas por todas partes.

—¿Puedo... puedo hablar con Beth? ¿Está aquí? —pregunto, acercándome a ella y señalando hacia las escaleras.

—Eres el último al que se lo diría. ¿Y sabes qué? —me pregunta, mirándome con desdén—. Me encantaría partirte la cara.

—Entiendo que algunas cosas no han ido bien. Pero estoy aquí para aclararlo todo. De verdad.

—Bah —espeta Veronica, y hace un gesto de desdén con la mano—. ¿Crees que tus palabras van a cambiar algo después de haber enviado a tu asistente como un cobarde para acabar de destruir a Beth?

No entiendo ni una palabra de lo que me dice, la miro interrogante, buscando una explicación.

—No te hagas el tonto ahora —grita, y me estampa un papel en el mostrador—. Esto es lo que ha entregado él. Esta mañana. —Repaso las líneas con la vista y siento un sudor frío.

Esto es culpa mía. ¿Cómo pude ser tan estúpido como para despedirlo y luego retirarme a mi caparazón a emborracharme como un adolescente ofendido? Debería haberme dado cuenta de que correría a ver a Jake y que ambos tramarían algo. Pero no pensé que se desquitarían así con Beth y la echarían.

—Un momento —digo rápidamente, saco el teléfono y llamo al casero, el señor Keith, con quien ya hablé hace poco. Fue amable entonces y seguro que me ayudará esta vez también.

—Señor Keith, soy Alex Rodgers. Yo...

—Ya lo hemos aclarado todo esta mañana, ¿no? ¿Qué más pasa? —pregunta, con un tono algo molesto, aludiendo al sobre que tengo en el bolsillo del pecho.

—Señor, ¿es posible que mi asistente, Eric, se haya puesto en contacto con usted?

»Sí, claro que lo hizo, muchacho. Cincuenta mil dólares si rescindía el contrato de la señorita de forma extraordinaria. ¿Pensé que era lo que usted quería?

—No lo era, señor —digo, abatido, y me pregunto por qué no me contó nada esta mañana. Probablemente no fue a propósito, parecía un poco despistado y, en el fondo, se alegró mucho cuando recogí el documento de su parte, que ahora está en el bolsillo de mi chaqueta. Aparte de eso, me pregunto de dónde sacó Eric los cincuenta mil dólares. ¿De la cuenta de la empresa? No, no era posible, porque hice que el departamento de informática bloqueara inmediatamente sus accesos. Seguro que era dinero de Jake.

—Da igual. De todas formas, el local ya es suyo —dice, refiriéndose a nuestro encuentro de esta mañana—. Haga lo que quiera, señor. —Y la llamada termina.

—Veronica. Por favor. Necesito hablar con Beth —le suplico a ella, que me ha estado observando todo el tiempo durante la llamada—. Ha sido un enorme malentendido. Mi asistente me ha traicionado. Él está detrás del escrito. Él y mi competidor.

—¿Por qué debería creerme nada de eso? Hasta ahora todo han sido mentiras —pregunta, sin parecer convencida en absoluto.

—La entiendo —digo, y saco el sobre de mi chaqueta, extraigo los documentos y se los tiendo—. Pero esto no es una mentira.

Sus ojos van de un lado a otro, intentando comprender lo que está escrito allí. Luego me mira en silencio. Me muero por volver a preguntar por Beth, porque no puedo pensar en otra cosa, porque estoy loco por ella y su hijo y quiero arreglarlo todo.

—Si eso es verdad... entonces... —balbucea, y me alegro enormemente de que sus facciones se ablanden un poco, pero entonces se oye un grito de arriba y enseguida queda claro que es de Ben.

—Tengo que subir. Ben se ha despertado. Beth no está —dice, y ya se dirige hacia la escalera—. Se ha... quería ir a tu casa para saber por qué la habías despedido y... —Otro grito—. Tengo que irme —dice, señalando hacia arriba—. Y, por favor, no le hagas más daño.

—No lo haré —le grito mientras se va. Nunca quise hacerle daño a Beth. Esa nunca fue mi intención. Y tampoco lo es esta vez.

¿Así que está en mi casa? Debemos de habernos cruzado. Pues, rumbo a casa.

Capítulo 35

Beth

No pude evitarlo. Simplemente, tenía que saber por qué lo había hecho.

Era consciente de que me estaba dejando llevar por la rabia. Veronica intentó disuadirme de que fuera a su casa a pedirle explicaciones. —No merece la pena —fueron sus palabras.

Sé que probablemente tiene razón, porque mi visita a su despacho por aquel entonces tampoco sirvió de nada. Al contrario. Su asistente intentó despacharme y él volvió a hacerse el inocente. Casi le creí.

Pero, en el fondo, sabía que necesitaba oírselo decir a él. Una última vez. Si algún día Ben me pregunta por qué ha crecido sin padre, quiero poder decirle con total convicción lo que hizo, por qué hizo que me echaran de mi tienda y por qué mandó solo a su asistente para hacerlo. Quiero poder decirle que nos odiaba tanto a mí como a él y que todo el tiempo estuvo jugando sucio solo para conseguir sus propios objetivos.

Quiero decirle que...

Me detengo al darme cuenta de que he estado pensando en él todo el tiempo mientras conducía hasta aquí, hasta su mansión. El lugar donde empezó todo aquello con un ridículo ramo de flores adornado con pan de oro. Ya entonces debería haber salido corriendo, haber renunciado a esos doscientos o trescientos dólares y mi vida seguiría en equilibrio.

Por otro lado, con ese pensamiento estaría deseando una vida sin Ben, algo que ya no me puedo imaginar en absoluto. Porque ese pequeño encanto me ha robado el corazón. —Es imposible no quererlo —dijo Veronica una vez. Quizá sea verdad. Y quizá, también en esto, Alex Rodgers sea la gloriosa excepción.

Aparco el coche como aquella vez, delante de la verja de hierro forjado. Los recuerdos me invaden y los aparto a un lado mientras recorro con el corazón palpitante el camino de entrada desierto.

Ni siquiera he necesitado el navegador para llegar y es casi como si el camino se me hubiera grabado a fuego en la mente para siempre.

Una vocecita en mi cabeza me pregunta por qué he venido aquí y no a su despacho, que seguramente es el lugar donde los hombres de negocios sin escrúpulos pasan su jornada laboral, agitando vasos de güisqui mientras miran al mundo por encima del hombro y se deleitan con el sufrimiento que infligen a sus semejantes. No puedo responder a la pregunta de esa vocecita, porque han sido más bien la rabia y la desesperación las que me han llevado a este arrebato.

Ahora que estoy casi en la puerta, vuelvo a sentirme pequeña, estúpida y como la reina de las mujeres ingenuas e incorregibles.

Pero voy a seguir adelante, ya que he hecho todo el camino hasta aquí. Por mi tranquilidad. Por Ben. La última vez.

Me armo de valor, pulso el timbre y miro con semblante serio hacia el objetivo de la cámara, casi sin atreverme a respirar. Nada.

Lo intento de nuevo y, cuando la rabia vuelve a apoderarse de mí, acabo aporreando la puerta con fuerza. —¡Abre!

Pero eso tampoco me conduce al resultado deseado. No está. Debería ir a su despacho y pedirle explicaciones allí. Pero, de repente, me doy cuenta de lo que probablemente me ha traído hasta aquí. Aquí fue concebido Ben. Aquí lo volvimos a hacer, y podría abofetearme por lo débil que fui. Aquí empezó todo y aquí debe terminar. No en ese enorme rascacielos donde sus empleados y su asistente vigilan como perros guardianes para que no me acerque a él.

—No va a abrir —grita una voz detrás de mí. Me doy la vuelta bruscamente, miro a contraluz y tengo que protegerme los ojos con la mano para reconocer a la persona que se acerca lentamente hacia mí por el camino de entrada. ¿No es...?

—¿Qué hace usted aquí? ¿Me ha seguido? ¿Le ha dicho su jefe que...? —suelto de sopetón cuando estoy segura de que quien se acerca no es otro que el asistente personal de Alex.

—Sé que esto debe parecerle extraño. Pero puedo asegurarle... — empieza él, levantando las manos en un gesto apaciguador.

—¿Qué? —le interrumpo—. ¿Que el despido improcedente ha sido revisado por numerosos abogados? ¿Que es legalmente irreprochable? ¿Que su jefe es un grandísimo gilipollas? —espeto—.

Y no se acerque más. Tengo espray de pimienta en el bolso y... —digo, y empiezo a rebuscar como una loca en el bolso el pequeño frasco que hace mucho que no veo.

—Créame. La entiendo. Solo he hecho lo que me ha exigido y estoy harto de trabajar para un hombre tan malvado. Muy harto. Y siento lo que le ha hecho.

—Quiere decir que... —me interrumpo, porque no puedo creer lo que estoy oyendo. ¿Su asistente le está traicionando? ¿De verdad está pasando esto?

—Quiero decir que usted se merece la verdad. Pero al señor Rodgers le importa una mierda todo lo que no sea dinero, poder e influencia. No tiene consideración, es...

—Un gilipollas —completo la frase de su asistente. Todo esto me sigue pareciendo un poco raro, pero al mismo tiempo sienta tan bien poder compartir la rabia con alguien que también lo conoce.

—Oh, sí. Lo es, desde luego —dice su asistente.

—¿Sabe dónde está? Quiero hablar con él. Cantarle las cuarenta. Una última vez —digo, y siento una chispa de esperanza, porque este hombre seguro que no me negará un deseo que pueda resultar incómodo para su jefe. Jamás se me habría ocurrido que su propio asistente le guardara rencor. Bueno, a veces el karma devuelve el golpe más rápido de lo que uno piensa. ¡Te lo mereces, Alex Rodgers!

—Me cuesta decirle la verdad, señorita —dice, y aparta la mirada, avergonzado.

—¿Cómo? ¿No se suponía que quería ayudarme? ¿O no? ¿Y ahora qué? ¿Era todo palabrería? —pregunto, poniendo las manos en jarras.

—No, no lo era. Es solo que... —vuelve a hacer una pausa y me mira con expresión atormentada.

—¿Tiene miedo de que le despidan? ¿Es eso? Ese hombre me lo ha quitado todo. No me queda nada. Y estoy segura de que usted encontrará otro trabajo. ¿De verdad quiere seguir trabajando para alguien a quien desprecia? —pregunto.

—Está bien. Pero no le va a gustar —dice el asistente, y sus ojos parecen oscurecerse en ese momento.

—Está ahí arriba —dice, señalando las ventanas del primer piso. Sé de sobra lo que hay detrás: su dormitorio—. Y no está solo. ¿Quizá se acuerde de su antigua asistente?

—¿Esa tal Dilara? —pregunto, sintiendo que algo se me oprime en todo el cuerpo, como si fuera a vomitar de un momento a otro.

—Exacto. En realidad, sigue trabajando para él. Pero le paga por sexo. ¿Una locura, verdad?

—¿Cómo sabe usted...? —mi voz se vuelve un hilo y lucho contra las lágrimas porque me siento increíblemente estúpida. Claro. Era asquerosamente rico, podía simplemente comprarse una mujer. Varias, incluso. Y yo que pensaba que todas aquellas conversaciones durante las cenas habían sido reales. El primer premio a la estupidez de este año es sin duda para mí.

—Soy su asistente. Conozco sus trapos sucios —dice, y sus ojos vuelven a brillar con oscuridad—. Si quiere, se lo enseño, venga.

Como si me estuvieran teledirigiendo, camino tras él. Rodeamos la casa, pasando junto a setos y arbustos recién plantados, y a veces a través de ellos. Ninguno de los dos presta atención a las flores y los parterres. Mi corazón roto martillea con fuerza y me pregunto si de verdad podré soportar la escena. Pero la curiosidad me hace seguir al hombre que, al parecer, quiere jugársela a su jefe.

—Aquí —dice finalmente, señalando una escalera de mano que yace en el suelo—. Ayúdeme. La llevamos al frente, la apoyamos y así podrá mirar. Pero mantenga la compostura. He oído que le gusta el sexo anal.

Lucho contra las náuseas, porque es algo que ni me puedo imaginar ni quiero probar. Pero junto a mi nuevo aliado, llevo la escalera de vuelta al frente. Él la apoya con cuidado y parece tener la longitud perfecta para poder echar un vistazo por la dichosa ventana del dormitorio.

—Yo la sujeto desde aquí abajo. Por favor, tenga cuidado y no pierda la compostura, vea lo que vea ahora.

Asiento y subo por la escalera. Peldaño a peldaño, voy ascendiendo y siento como si el aire se enrareciera cada vez un poco más. Porque me mareo y se me nubla la vista un par de veces, y tengo que detenerme en varias ocasiones.

—¿Todo bien? —grita el asistente desde abajo, sin soltar la escalera. Apenas logro articular un débil «sí» y me concentro en el ascenso.

Entonces, llego. Simplemente, tengo que verlo. Respiro hondo, subo el último peldaño, miro por la ventana del dormitorio, me agarro con todas mis fuerzas para no caerme y veo...

NADA.

No hay nadie. ¿Se habrá equivocado de habitación?

—Ehm... ¿puede ser que usted...? —empiezo, y giro la cabeza con cuidado hacia un lado.

—Rata escurridiza —oigo otra voz que llega desde el camino de entrada. Esta vez también giro la cabeza hacia ella, aunque no necesito protegerme los ojos de la luz, porque esa voz lleva todo el día resonando en mi cabeza: ahí está Alex.

No entiendo nada y por un momento olvido por qué he venido. ¿Por qué ha dicho su asistente que estaba aquí follándose a su exasistente si ni siquiera está en casa? ¿Qué está pasando aquí exactamente?

—Menos mal que vienes. Justo a tiempo —dice su asistente—. Mira a quién tengo ahí arriba. ¿Qué crees que pasará si suelto la escalera? No estoy seguro de si una caída desde esta altura es mortal. ¿Tú qué crees?

—Ni se te ocurra tocarle un pelo a Beth —ruge Alex, y se abalanza sobre su asistente.

Me da vueltas la cabeza y no entiendo nada. ¿En qué me he metido? Está claro que Alex y su asistente no se tragan. Pero ¿soy ahora una especie de moneda de cambio? ¿De verdad va a tirar la escalera conmigo? Siempre pensé que en momentos así me pondría a gritar,

histérica, pero estoy completamente tranquila y pienso si, llegado el caso, podré agarrarme al alféizar de la ventana. Pero ¿y luego qué? Sin escalera no aguantaré mucho y en la habitación no hay nadie que pueda subirme.

—Tengo aquí unos papeles —dice el asistente, metiendo la mano en el bolsillo trasero de su pantalón y arrojándoselos a los pies a Alex junto con un bolígrafo—. Firma y dejaré la escalera quieta.

Alex recoge los papeles, les echa un vistazo y, furioso, mira alternativamente a su asistente, a mí y de nuevo a los papeles.

—No te preocupes, Beth, no voy a permitir que te pase nada —grita. Yo solo asiento en silencio. No soy capaz de mucho más y, de alguna manera, no sé si reír o llorar, porque el hombre que me quita la tienda y que huyó cuando se enteró de que teníamos un hijo ahora quiere salvarme. Qué ironía.

—No te saldrás con la tuya. Ni tú ni Jake —murmura, mirando con dureza a su asistente.

—Eso ya lo veremos. Pero se acabó el tiempo. ¿Firmas o debo...? — la escalera se tambalea, y ahora sí que escapa un grito de mi boca mientras intento agarrarme con todas mis fuerzas.

—Está bien. Déjala en paz. Toma —dice Alex, y le lanza el fajo de papeles con el bolígrafo a su asistente—. Y ahora, suéltala.

—Con mucho gusto —dice su asistente. Entonces siento que caigo. Ha tumbado la escalera de todas formas. Solo puedo pensar en Ben. En mi hijo, que crecerá sin madre y sin padre.

Dentro de nada todo habrá acabado.

¡Para siempre!

Capítulo 36

Alex

Cuando veo caer la escalera, siento que el pánico se apodera de mí. Miedo de que ese cabrón, en quien he confiado y que ha sido mi asistente durante tanto tiempo, le haga algo a la mujer que amo.

Ya cuando llegué aquí y vi a Beth subida a la escalera, tuve un mal presentimiento. Sabía que haría cualquier cosa por salvarla. Absolutamente todo. Por eso firmé ese papel delirante que Eric me había tirado. Decía que cedería los derechos de construcción del centro comercial de enfrente de la tienda de Beth a la empresa de Jake y que renunciaba a ellos de por vida.

En ese momento me daba todo igual. Tengo dinero de sobra y podría construir otro centro comercial en otro sitio y comprarle a Beth todas las tiendas que quisiera. Pero eso solo sería posible si Beth seguía ahí.

Jamás habría esperado que cruzara esa línea y que de verdad tirara la escalera si yo accedía a su exigencia. Pero, por lo visto, apenas conocía a Eric, cuyo rostro se deforma en una mueca horrible, y

parece que observa con especial deleite cómo caen la escalera y una Beth que grita.

Cuando la escalera aterriza en los arbustos, se hace el silencio. Ni un sonido de Beth, y de nuevo el pánico se apodera de mí. ¿Y si ella...?

—No —bramo—. Beth, ¿me oyes? ¿Te ha pasado algo? ¿Estás bien? —pregunto mientras corro hacia el lugar donde debe de estar, intentando contener las imágenes en mi cabeza que me dicen que es demasiado tarde, que la he perdido y que ella...

—Es demasiado tarde. Has perdido. Tu centro comercial, tu mujer y... —dice Eric cuando paso corriendo a su lado.

—Cállate la boca —le espeto, me doy la vuelta brevemente y lo derribo de un violento puñetazo. No espero a ver cómo cae, pero oigo el golpe sordo cuando su cuerpo inconsciente impacta contra el suelo. Pero no siento ninguna satisfacción, solo miedo por Beth.

—¿Beth? —vuelvo a llamar al llegar al arbusto contra el que ha caído la escalera.

—¿Alex? —oigo una llamada débil.

¡Es Beth! ¡Es su voz! ¡Está viva! Podría llorar de alegría.

—Beth, ¿dónde estás? ¿Estás bien? No puedo creer lo que te ha hecho ese cabrón, yo...

Para mi sorpresa, es Beth quien se abre paso a través de la espesura del enorme arbusto que ya había querido mandar quitar porque parece una bola gigante y el jardinero cobra siempre unas sumas horrendas por podar a esa bestia. Por lo visto, esa cosa ha

amortiguado su caída y, a primera vista, solo le ha dejado unos cuantos arañazos. Nunca volveré a decir nada sobre esa planta.

Beth sostiene algo en la mano. Al principio no lo reconozco, pero entonces el pequeño ovillo de lana salta, se acerca a mí y se sienta junto a mis pies. —¿Cutie? —pregunto, asombrado.

—Estaba en ese arbusto gigante —dice Beth con voz débil cuando se para frente a mí. No puedo evitarlo. Corro hacia ella y la estrecho contra mí. Para mi grata sorpresa, siento también sus manos en mi espalda.

—He temido tanto por ti —susurro, sin querer soltarla, mientras la miro profundamente a los ojos.

—¿Por mí? —pregunta Beth—. Creía que tú... ¿que querías arruinarme?

—Todo ha sido Eric. Mi exasistente. Lo descubrí hace poco. Trabaja para Jake. Fue él quien te despidió y lo del desalojo también fue cosa suya. No sé cómo he podido ser tan estúpido como para no darme cuenta.

—¿Sigue aquí? —pregunta entonces Beth.

—Me he encargado de él —digo, señalando la figura que yace en el suelo, a lo que Beth asiente, aliviada.

—Oh, Beth, lo siento muchísimo. Todo ha salido terriblemente mal. Y yo solo quería... Oye, ¿qué te pasa? —pregunto, preocupado, al ver que Beth se lleva la mano a la cabeza.

—Nada, solo dolor de cabeza —dice mientras la ayudo y la siento con cuidado en la hierba. Cutie parece notar que Beth no está bien y se sienta justo a su lado, y Beth empieza a acariciarla.

—Voy a llamar a una ambulancia.

—No, no hace falta, estoy bien. Qué gata más bonita. ¿Es tuya? Qué ha sido todo eso... —Beth se interrumpe y vuelve a llevarse la mano a la frente.

—Por favor, Beth. Quizá no tengas ningún hueso roto, pero podrías tener una conmoción cerebral. De verdad que me gustaría que te hicieran un chequeo.

—Es solo por el susto. Ya se me pasará —repite, pero vuelve a tocarse la cabeza y luego me mira—. Vale. Quizá tengas razón.

—Gracias —murmuro, aliviado.

Llamo entonces tanto a emergencias como a la policía. Llegan al mismo tiempo y les describo lo que ha sucedido. Los sanitarios atienden a Beth y quieren llevarla al hospital. Insisto en ir en la ambulancia, pero como no somos parientes ni estamos casados, no es posible. Así que decido ir justo detrás con mi coche, después de explicarles a los agentes todo sobre Eric y su doble juego, y en qué consiste el asunto con mi competidor, lo que comúnmente se conoce como espionaje industrial. Los policías parecen algo abrumados por la situación, pero se llevan a Eric, que ha recuperado el conocimiento con la nariz ensangrentada poco antes de que llegaran, porque es culpable de intento de homicidio. Por lo visto, eso es suficiente por ahora para llevárselo esposado.

Cuando el coche patrulla se marcha, me ocupo de Cutie, que ha esperado todo el tiempo a mi lado, y entonces solo tengo un objetivo: ¡Beth!

******

—Solo una conmoción cerebral leve, han dicho los médicos. Mañana me dan el alta —oigo decir a Beth al entrar en la habitación que me ha indicado la enfermera. El tráfico ha sido un infierno, he tardado una eternidad, no podía pensar con claridad y no paraba de imaginarme qué podría pasarle a Beth. Oír ese diagnóstico ha sido un verdadero alivio.

—Me alegro mucho de oír eso, Beth —digo, me acerco a ella, voy a abrazarla y me detengo al ver que esas palabras no iban dirigidas a mí, sino a Veronica, que ya está aquí con su hijo.

—Voy a esperar un momento fuera —dice Veronica, se levanta, pasa por mi lado y me guiña un ojo al cerrar la puerta.

—¡Beth! —susurro, mirándola mientras está sentada con nuestro hijo en brazos en la mesita que hay junto a su cama.

—¿Puedo... puedo cogerlo? —pregunto con cautela.

—Claro —dice Beth, se levanta y se acerca a mí. Sus ojos brillan y está preciosa incluso con ese camisón de hospital.

—Toma. ¿Sabes cómo hacerlo? Un brazo bajo la cabeza, un brazo... Oye, así está perfecto —dice Beth mientras me entrega al pequeño, que me mira con curiosidad, y siento cómo un calor se extiende por todo mi cuerpo y estoy casi seguro de que esto debe de ser amor a primera vista. Igual que con su madre.

—Este es tu papá, Ben —dice Beth, secándose una lágrima silenciosa.

—Qué nombre tan bonito —digo con un hilo de voz, sintiendo que a mí también se me saltan las lágrimas.

—Ay, Beth. Todo ha salido terriblemente mal. Desde el principio. Ya entonces con Dilara, que te echó. Nos robaron tanto tiempo... Y luego fui un idiota y no te dije claramente que estaba interesado en tu tienda. Pero yo...

Ben se queja e, inseguro, miro a mi hijo, a mi propia carne y sangre. —¿Eh, qué le pasa? —pregunto, inseguro, y miro a Beth, que me sonríe.

—Tranquilo. Aún no te conoce bien. Es normal. ¿Me lo dejas? —pregunta, a lo que me quita al pequeño de los brazos y este se calma al instante. Eso me duele, aunque sé que tiene razón. Y sé que quiero cambiarlo: ¡para siempre! No quiero ser un extraño para mi hijo. Nunca más.

—¿Por dónde iba? Ah, sí: cuando te vi, solo quería salir contigo. Quería decírtelo entonces. Pero de alguna manera...

Ben vuelve a quejarse, pero se calma enseguida.

—...¿siempre surgía algo? —pregunta Beth.

—Exacto. Y luego lo de Jake y Eric, tu despido y el desalojo. Para ti tuvo que parecer que yo era...

—...un cabrón de tomo y lomo —completa Beth.

—Exacto. Y entiendo que pienses así y yo...

—Yo también podría haberte dicho que teníamos un hijo —dice Beth —. No soy mejor que tú. Oye, ¿qué le has firmado a tu asistente? — pregunta, cambiando de tema.

—Exasistente. Lo despedí antes de ir a tu casa y de que estuviéramos en el hospital por Ben —empiezo, y me detengo un instante—. Era una declaración de cesión para el centro comercial. Ahora Jake puede construirlo.

—¿Que has hecho qué? —pregunta, mirándome horrorizada.

—Beth. Se trataba de ti. Nunca querría que te pasara nada. Haría cualquier cosa por ello, porque... ¡Te quiero, Beth!

Nos quedamos mirándonos un momento. Entonces me atrevo: me acerco a ella lentamente y la beso. Sus labios saben aún más maravillosos de lo que recordaba, no quiero volver a soltarla nunca...

—Pa-pa-pa —balbucea de repente entre nosotros. Interrumpimos el beso y nos echamos a reír.

—Oye, ¿has dicho *papá*, Ben? —le pregunto, jugando con sus deditos—. Papá ya está aquí y si mamá quiere, entonces... —Esta vez miro a Beth—. Entonces no volverá a irse.

Esta vez es Beth quien me besa. Y este beso es sensual, lleno de afecto, de promesas y de amor, tanto que no hacen falta más palabras.

Cuando nos separamos, sin embargo, es Beth quien toma la palabra: —Yo también te quiero.

Frente con frente, nos quedamos ahí, abrazados, mirando a Ben y disfrutando del tiempo en familia. Por primera vez, siento que mi vida está verdaderamente completa.

—Oye, voy al quiosco, ¿queréis algo... oh... perdonad... —dice Veronica, asomando la cabeza por la puerta para retirarse de inmediato, tras lo cual Beth y yo nos miramos con una sonrisa.

—Ella me ayudó a encontrarte. Sin ella no habría llegado a tiempo —digo, señalando hacia la puerta.

—Y eso que se suponía que no debía decirte nada —dice Beth con un fingido enfado.

—Tenía buenos argumentos —replico sonriendo.

—¿Ah, sí? ¿Cuáles? ¿Tu encanto de *playboy*? —pregunta Beth, dándome un golpecito en el pecho.

—Si quieres saberlo, fue esto —digo, y saco el sobre blanco de mi chaqueta, lo abro y le tiendo los documentos a Beth.

—Oh, Alex. ¿Esto es...? —dice tras unos segundos de silencio.

—Exacto. Es un contrato de compraventa de la casa donde están tu tienda y tu piso. Tu casero y yo todavía tenemos que ir al notario, pero este precontrato es vinculante. He firmado muchos como este. Y el segundo es un derecho de uso y disfrute vitalicio y gratuito para ti, para ambos. Así que, aunque decidas que ya no...

El resto de la frase se pierde en un beso tempestuoso que me indica que no debo preocuparme por eso.

—Pero... —empieza Beth cuando se separa de mí—. El centro comercial. Seguro que allí también hay una floristería. ¿No estaré perdida de todos modos? —dice, con un aire un poco abatido.

—Yo no estaría tan seguro. Eric me ha chantajeado de forma clásica. Puede que todo esto tarde un poco en llegar a los tribunales, pero haré todo lo posible para que no llegue a eso.

—Pero entonces tú quieres construir el centro comercial. ¿Por qué, en realidad?

«Voulí posar publicitat de la teva botiga. Al meu centre comercial no hi haurà cap floristeria. La millor floristeria de la ciutat és just al davant».

»Això és una bogeria, Alex».

»Pot ser. Però estic boig per tu... per vosaltres».

Tornem a besar-nos i aquesta vegada estic segur que res ni ningú ens separarà. Mai més. Això és per sempre i no permetré que cap secret ni res més s'interposi entre nosaltres.

Epílogo

Beth

Unos meses después

—¿Y usted es...? —me pregunta el señor mayor de esmoquin, que antes le ha estrechado la mano a Alex y ahora me tiende la suya.

—Esta es Beth. Es mi novia y la mujer con la que quiero pasar mi vida, señor —responde Alex por mí, se gira y me guiña un ojo. Me inunda una cálida sensación de seguridad, aunque no es la primera vez que me presenta con estas palabras esta noche en la gala benéfica.

Es el primer evento de este tipo desde que Ben y yo nos mudamos a la mansión de Alex. Los últimos meses, desde el incidente de la escalera y su exasistente, han sido pura felicidad. Nos hemos convertido en una pequeña familia de verdad. Ben adora a su papi y ahora mismo me pregunto qué estarán haciendo él y Veronica arriba, en su habitación. Seguro que están bien. Veronica quiere mucho a ese pequeño diablillo y para mí es mucho más que su madrina. Es un verdadero ángel que me ha acompañado en la época

más difícil de mi vida. Estoy supercontenta de que finalmente no se haya mudado a Washington y en su lugar haya conseguido un puesto en el departamento de personal de una empresa de Nueva York, donde sus conocimientos como abogada laboralista también están muy bien aprovechados.

Sin embargo, ha mencionado que su jefe es un capullo de tomo y lomo y hace un rato, justo antes de empezar la gala, me ha dicho que tenía que contarme algo. Algo realmente increíble. Pero en ese momento Ben ha reclamado la atención de su mami vaciando por completo la mesa del comedor y dejando un mar de caos en el suelo de la cocina que no quería que limpiara Bertha, el ama de llaves. Todavía se me hace raro tener a alguien como ella en casa para ocuparse de esas cosas. Ben lloraba, yo lo consolaba, limpiaba el estropicio junto con Veronica y Bertha, que no se ha dejado disuadir del todo y ha dicho más de una vez que yo era *lo mejor que le había pasado nunca a su jefe*, lo que me hace sonrojar cada vez. Por si fuera poco, Cutie se ha puesto a pisotear los líquidos del suelo y ha lamido un poco. Bertha ha corrido tras ella para que la bola de pelo, que pareció cogernos cariño a Ben y a mí desde el primer momento, no llenara todo el piso de arriba de pequeñas manchas que parecían huellas de patas.Tenía curiosidad por la historia que Veronica quería contarme, pero me ha dicho que no me preocupara, que fuera a cambiarme y me pusiera un vestido sin manchas ni restos de comida. Se lo agradecí, pero notaba que el asunto le pesaba. Decidí preguntarle después de cambiarme, porque ella siempre ha sido una buena amiga para mí y yo quería ser exactamente lo mismo para ella.

Pero entonces ha llegado Alex diciendo que teníamos que irnos porque los primeros invitados ya esperaban. Le ha dado un beso al pequeño Ben y ha reprimido una sonrisa al ver el caos. «Papi... oto», ha dicho Ben un poco triste por haber roto algo. Había empezado a llamar «papi» a Alex, lo que hacía que a Alex se le iluminara la cara cada vez. Era incapaz de enfadarse con el pequeño.

Y yo tampoco. Alex le ha dado un beso y le ha dicho que no pasaba nada.

—Vaya, vaya... Ay, el amor joven. Qué bonito. Ha pescado usted un buen partido, Beth. Soy Arnold. Pero mis amigos me llaman Arni —dice el invitado, sacándome de mis pensamientos, y sonríe mientras me estrecha la mano con efusividad.

—Encantada de conocerle, Arni —digo sonriendo y le devuelvo el apretón de manos, como me ha dicho Alex antes.

—Oiga, un momento —dice, luego mira a Alex y me señala—. ¿Es ELLA?

—Si se refiere a si es la mujer de la floristería de al lado del centro comercial en construcción, la respuesta es sí. Ella es —dice Alex, satisfecho.

—Los periódicos estaban llenos de eso. ¿Es verdad que compró la tienda por el doble del valor de mercado para impresionarla?

—El amor no se puede comprar, Arni. Eso también he tenido que aprenderlo. Pero lo que sí se puede conseguir con dinero es que echen injustamente de su tienda a la mejor florista de la ciudad —explica Alex, describiendo con bastante exactitud cómo sucedieron las cosas. Todavía me parece un cuento de hadas cuando lo cuenta y siento que lo que hay entre nosotros ha sido especial desde el primer momento, aunque hayamos tenido que superar una dura prueba.

—¿Y el centro comercial es suyo ahora de verdad? ¿Está construyendo esa cosa frente a la tienda de su mujer, quiero decir, de su novia? —pregunta Arni, algo desconcertado.

—Sí, mi exasistente cantó, con lo que evitó una larga pena de cárcel y ahora solo cumplirá unos meses por agresión con lesiones —Alex me acerca más a él al decir estas palabras. Hemos hablado a menudo de la suerte que tuve y, cuando me asomé a la ventana de su dormitorio, me di cuenta. Porque aparte de ese arbusto enorme, no había más que suelo raso que no habría amortiguado mi caída de la misma manera. Pero he superado el trauma y ya he mirado más de una vez por esa misma ventana y he contemplado las estrellas después de hacer el amor, tumbados en la cama, abrazados, mientras Alex me daba un beso en la frente.

A Jake, sin embargo, nunca se le pudo probar nada. Sus abogados eran demasiado buenos y Eric cargó con toda la culpa. Eso enfureció a Alex, que quería que Jake rindiera cuentas. Pero yo le dije a Alex que el tiempo demostraría lo que la gente pensaba de él. Y resulta que en los últimos meses se ha enfrentado a pérdidas masivas de ingresos. Legalmente era inocente, pero los clientes de Nueva York no se lo tragaron y recordaban muy bien la mala imagen que había dado en el juicio.

—O sea, que de verdad quería chantajearle y usted le cedió el centro comercial. Vaya, y yo que pensaba que todo eso eran cotilleos de la prensa rosa. ¿Con qué le chantajeó, si se puede saber?

—Con Beth. Quería... —Alex hace una pausa—. Amenazó con hacerle daño.

—Menudo cabrón —dice Arni y por un momento todos guardamos silencio. No puedo evitar pensar en cómo Alex decía que Eric en el fondo no era más que un pobre diablo y que también se había dejado chantajear porque estaba totalmente colado por Dilara, quien, sin embargo, solo lo había utilizado por orden de Jake antes de marcharse a México a tiempo. Según la información que tiene

Alex, vive allí en un pequeño pueblo y en las peores condiciones, porque al parecer Jake le ha cerrado el grifo, ya que solo estaba interesado en que se abriera de piernas para él. Qué locura, y sin Eric, nada de esto habría salido a la luz. Para la prensa, un auténtico filón.

—Pero el centro comercial... ¿no le roba clientes a su mujer? —pregunta Arni.

—Nunca habrá una floristería en ese sitio, ¿me entiende? —explica Alex.

—Entiendo —asiente Arni.

—Tiene usted una mujer estupenda. No la deje escapar —dice Arni.

—No pienso hacerlo. Nunca —responde Alex, pasándome un brazo por los hombros y acercándome a él—. Nunca más.

—Maravilloso —dice Arni y luego señala con el pulgar por encima del hombro—. Avísenme cuando suenen campanas de boda. Tengo que ir a saludar por allí. Hasta luego —dice, se da la vuelta y desaparece.

—¿Ves? Como te decía. Un montón de apretones de manos, charlas triviales y todos quieren saber si la historia que salió en el periódico es cierta —dice Alex, girándose hacia mí. Ahora pone ambas manos en mi cintura y me mira directamente—. Sin ti, esto sería insoportable, Beth. Sin ti, todo es insoportable. Me alegro de que estés aquí —susurra y me besa.

—Vaya galán estás hecho —digo con un poco de picardía cuando vuelvo a abrir los ojos después del beso, sintiendo cómo las

mariposas revolotean por todo mi estómago—. Pero yo también me alegro de estar aquí. Contigo.

Volvemos a besarnos y siento que toda la sala se desvanece a nuestro alrededor y que, por un momento, no existe nada más que nosotros dos y este beso, que sigue enviando pequeñas descargas eléctricas por todo mi cuerpo.

—¿Señor? —oigo una voz a nuestro lado. Es de Barney, su nuevo asistente, que parece un tipo discreto, agradable y de confianza, que hace su trabajo correctamente y cuyos antecedentes fueron investigados a fondo. Alex estuvo varias semanas sin asistente porque no quería volver a confiar en nadie, pero se ahogaba en trabajo, así que decidimos buscar juntos al siguiente candidato o candidata. Barney parecía la mejor opción.

—¿Qué pasa, Barney? —pregunta Alex.

—Hay alguien en la puerta. Con flores. Le he dicho que no habíamos pedido nada y...

Beth y yo nos miramos y nos reímos, porque sabemos que así es exactamente como empezamos los dos.

—Déjelo, Barney. Nosotros nos encargamos —dice Alex y le da una palmada en el hombro a su asistente, que le mira desconcertado.

—Oye, Beeeeth —dice una voz de mujer que me suena vagamente, mientras nos dirigimos a la puerta.

—¿Nos conocemos? —pregunto, deteniéndome y dándome la vuelta.

—Soy yo, Meredith. Ya sabes, la capitana de las animadoras del St. Patrick's. Íbamos al mismo curso y... —dice con voz nasal.

Me quedo callada, mirándola. Meredith. Recuerdo ese nombre demasiado bien. Era ella la que siempre se metía conmigo por mi peso y les decía a las otras chicas que no eligieran a *Miss Gordi* para su equipo cuando teníamos gimnasia.

—¿No te acuerdas? ¿En serio? Aunque si yo hubiera estado tan gorda como tú, a lo mejor también querría olvidarlo.

—Zorra —se me escapa.

—No recuerdo haberla invitado. Salga de mi casa. Ahora mismo —le espeta Alex. En aquel entonces, solo Veronica me defendió y siempre estuvo ahí. Por eso, me reconforta aún más que ahora esté de mi parte.

—¿Cómo dice? Soy la acompañante de... —dice Meredith con voz artificialmente aguda.

—No me importa. Quien insulte a mi mujer, se va a la calle. —Alex se gira—. ¿Barney? Esta señora se quiere ir. Por la salida de atrás. Encárguese de ello.

—¿Su mujer? Ya está casada, por si no lo sabía —suelta la exanimadora, dolida, mientras Barney la coge del brazo y la empuja hacia la salida lateral sin mucho alboroto para que ninguno de los otros invitados se dé cuenta.

—Lo sé. Pero no estás al día. El divorcio ya es firme —replica Alex.

—Lo siento, Alex. No sabía que estaba aquí. Y lo del matrimonio seguro que lo sabe por Chris. Es algo que todavía me persigue... —digo, abatida.

—Oye —dice Alex y apoya suavemente sus manos en mis mejillas—. No dejes que te coma la cabeza. Me da igual que todo el mundo sepa que estuviste casada. Lo que no me da igual es que alguien se crea con derecho a insultarte.

—Ven aquí —digo, agradecida. Esta vez paso los brazos por sus hombros, lo atraigo hacia mí y lo beso—. A veces creo que estoy soñando —susurro.

—A mí me pasa lo mismo —susurra Alex a su vez—. Y todo gracias a ti. —Hace una pausa—. Oye, ¿vamos a ver quién está ahí fuera con las flores?

—El viejo playboy todavía sigue ahí dentro, ¿eh? —digo, dándole una palmada en el culo—. No me muevo de tu lado.

—No lo decía por eso. Es solo que... —dice Alex, inseguro.

—No pasa nada, solo quería tomarte el pelo un poco —digo entre risas.

—Me las pagarás. Por esto, luego te voy a... —gruñe Alex en broma y me mordisquea el punto exacto de la oreja que sabe que apenas puedo resistir. El mundo a mi alrededor se desvanece y siento que me fallan las rodillas.

—Eh. Perdona, no quería asustarte —dice Alex, sujetándome.

—No lo has hecho. Te tomo la palabra —digo, mientras mi corazón feliz me late en la garganta y el hombre de mis sueños me sostiene en brazos.

—¿Señor? —de nuevo es la voz de Barney la que interrumpe este intenso momento.

—¿Barney? —pregunta Alex sin apartar la vista de mí.

—He metido a la señora en un taxi. Sin embargo, en la puerta sigue habiendo...

—Nos encargamos. Gracias —dice Alex, a lo que Barney asiente y se retira.

—¿Vamos? —pregunta Alex y yo asiento.

Cuando abrimos la puerta, para mi sorpresa, hay dos hombres de mi edad, más o menos, cogidos de la mano. El que lleva la bandolera sostiene un ramo de flores que habían elegido hoy en mi tienda.

—Hola, disculpen la molestia. Somos Ed y Rick. Sus nuevos vecinos.

—Encantados —digo en lugar de Alex, y no puedo evitar sonreír porque sé lo enamorados que parecían los dos en mi tienda. Clientes así simplemente hacen mi vida más colorida y me alegro de que la tienda se haya recuperado un poco. Ahora solo trabajo dos o tres horas al día yo misma y el resto lo cubren los empleados. La mayoría de las veces Alex se ocupa de Ben durante ese tiempo y, si no es posible, entra Bertha, a quien el pequeño le ha cogido cariño tan rápido como a nuestra gata Cutie y también a Veronica, que a pesar de todo su trabajo, pasa a vernos a menudo.

—Hoy tenemos un evento, ¿no quieren entrar? —ofrece Alex y hace un gesto de invitación con la mano, después de recomponerse un poco. Estoy casi segura de que es la primera vez que habla con una pareja gay. Pero se desenvuelve de maravilla, en mi opinión.

—No, solo queríamos saludar. No queremos molestar y solo preguntar, ¿qué pasa con el agujero en el seto?

—¿El agujero en el seto? —preguntamos Alex y yo al unísono.

—Sí. En el seto de nuestra casa de al lado hay un pasadizo. Dentro había una caja con todo tipo de artículos de broma y una especie de diario en el que se anotaba cuándo se había gastado cada broma. No estábamos seguros de si era suyo y queríamos preguntar. Los vendedores no nos dijeron nada.

—Ahora entiendo muchas cosas —dice Alex, riendo y dándose un golpecito en la frente—. Todas las bromas de llamar al timbre, las bolsas de caca de perro ardiendo. Eran sus predecesores —dice y se gira hacia mí—. ¿Te acuerdas de aquella vez con el ramo de flores, nuestro primer encuentro?

—Cómo podría olvidarlo —digo y sonrío.

—Pensé que era una de esas bromas y que tú estabas compinchada.

—Involuntariamente, sí —digo sonriendo.

—La mujer del vendedor hizo algunas insinuaciones. ¿Quizá estaba ella detrás de todo? —dice Ed, que parece aliviado de que el asunto se haya aclarado tan rápido.

—Puede ser. Ahora que lo pienso, hubo una época al principio en la que siempre quería invitarme, pero nunca le seguí el juego.

—Gracias por venir, Ed y Rick. ¿De verdad no queréis uniros a la fiesta? —pregunta Alex, invitándolos de nuevo a entrar, y ellos se miran sonriendo.

—Bueno, vale. Pero solo un ratito —dicen los dos.

—Venga, entrad. Seguro que os lo pasáis bien.

***

—Menuda noche —me dice Alex en un susurro mientras estamos juntos frente a la cunita de nuestro hijo dormido. Bertha lo ha acostado y nos ha asegurado que todo ha ido como la seda. Dijo que Veronica tuvo que irse de repente, que había balbuceado algo sobre su jefe y que parecía un poco atormentada. Le dejé un mensaje preocupada, me respondió que todo estaba bien y que vendría mañana a contármelo todo. Eso me tranquilizó, al menos un poco.

—Sí, Ed y Rick han bailado con el alcalde. Esos dos han sido el alma de la fiesta. En el buen sentido —digo en voz baja.

—Los voy a invitar siempre. Así los eventos no serán tan estirados —explica Alex sonriendo—. Duerme bien, pequeño —dice entonces, le da un beso a Ben, que inspira profundamente, espira relajado, se gira de lado mientras duerme y nos da su pequeña espalda.

—Qué niño tan maravilloso —dice Alex, mirando a Ben con adoración.

—Lo es —asiento.

—Qué suerte tengo de que me hayas perdonado todas mis tonterías y de que ahora seamos una familia de verdad, aunque... —dice Alex, rebuscando en su bolsillo.

—Todavía falta un pequeño detalle. —Al decir esto, se arrodilla y me tiende una cajita abierta con un anillo dentro—. Mis mejillas arden, mi boca tiembla, todo mi cuerpo se estremece.

—Beth Jackson: ¿quieres hacerme el homb...? —empieza Alex.

—Sí, quiero —digo, radiante de felicidad, y me seco una lágrima de alegría, lo levanto hacia mí y lo beso: salvaje, apasionada y llena de amor.

—¿Mami? —pregunta Ben, a quien debo de haber despertado con mi respuesta demasiado alta.

—No pasa nada, cariño. Mami y papi están aquí —dice Alex y le da un beso, tras lo cual Ben se vuelve a tumbar y cierra los ojos al instante.

—Ven, futura señora Rodgers —dice Alex en voz baja y me coge en brazos, como si me llevara en volandas, y vuelve a besarme justo en ese punto detrás de mi oreja que me hace ver las estrellas—. ¡Quiero demostrarte cuánto te quiero!

—Yo también te quiero —susurro, mientras Alex me lleva con cuidado al dormitorio, me besa, y yo no podría ser más feliz. Luego enciende el vigilabebés que hay en la mesita de noche, se inclina sobre mí y me besa con la misma pasión que la primera vez.

Me deposita con delicadeza en la cama, se sube sobre mí, empieza a besarme y a tocarme apasionadamente, me desnuda con ternura, juega con mis pezones, traza un camino de besos sobre mi vientre hasta mi coño y, cuando lo lame un poco, siento que ya me estoy corriendo ligeramente.

Entonces Alex también se desnuda por completo, vuelve a colocarse sobre mí y me mira directamente a los ojos mientras su polla dura se desliza lenta y placenteramente dentro de mí, haciéndome soltar un gemido ahogado. Nos mecemos suave y tiernamente al compás, aumentando el ritmo con el tiempo, mirándonos profundamente a los ojos, y no dejo de ver el anillo en mi dedo, que solo hace que lo nuestro sea aún más perfecto.

Alex aumenta el ritmo, se vuelve un poco más salvaje y duro, sus huevos golpean mi culo y, cuando su mano juega con mi clítoris, siento que el placer me inunda y llego a otro orgasmo. Alex también se corre profundamente dentro de mí.

Sudorosos, pegajosos y felices, permanecemos uno encima del otro, cuando de repente se oye un «mami, papi» y nos miramos sonriendo.

—Creo que quiere dormir con nosotros, como las últimas noches. Creo que lo necesita ahora mismo —digo, apartando a Alex para ponerme un batín.

—Tráete al pequeñajo —dice Ben sonriendo, mientras se pone sus pantalones de pijama—. Estamos aquí para él cuando nos necesite.

Nos besamos antes de que yo vaya a por Ben y sé que nunca podría haber deseado un padre mejor para mi hijo. Un hombre mejor.

Ahora somos una familia de verdad.

Así es perfecto.

¡Y así será para siempre!

F I N